

María Cristina Ramos Mexia

De la Sombra á la Luz

BUENOS AIRES — 1906

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Valentina

La señorita Valentina Evoli pertenecía á una de las familias más distinguidas de la ciudad de Venecia.

Hasta la edad de diez y seis años había estado en un Colegio Pío, recibiendo la esmerada educación que correspondía á su clase y fortuna.

En la época que voy á presentarla en mi verídico relato, acababa Valentina de abandonar el colegio, para ocupar en el hogar de sus padres el puesto que le correspondía.

La incomparable belleza de esta joven, no tardó en llamar la atención entre el vasto círculo de los amigos de sus padres, y se mentaba hasta en el Palacio Ducal, llegando á ser proverbial en toda la ciudad de Venecia.

Hija única del señor Leonardo Evoli y de la bella Leonor Foscarini, era adorada de sus padres, quienes cifraban en ella todo su amor y sus esperanzas.

La vuelta al hogar de la señorita de Evoli fué celebrada con una suntuosa fiesta.

El día fijado para ésta, amaneció apacible y hermoso, desde muy temprano comenzaban á llegar los convidados atraídos por la amable acojida que siempre les dispensaban los dueños de casa.

El palacio Evoli era una expléndida mansión situada en las afueras de la ciudad; allí pasaba la familia los veranos. En el bien cultivado jardín había dos inmensas

glorietas tapizadas de enredaderas, las que impedían penetraran los rayos del sol, y al mismo tiempo mantenían el ambiente fresco y perfumado. Dentro de aquellas glorietas se habían colocado pequeñas mesitas, cargadas de dulces, frutas y refrigerios de todas clases.

El puro ambiente de la mañana, deliciosamente embalsamado por el perfume de las rosas, las lilas y otras flores, el armonioso canto de las avecillas y lo ameno del lugar excitaba la alegría de todos los invitados.

En medio de la mayor animación, las horas se pasaban como un soplo.

Después del almuerzo, que fué servido al aire libre, los unos se dedicaron á la pesca, otros á la lectura y los más á la música.

Al caer de la tarde, y cuando ya el sol había moderado el ardor de sus rayos, embarcáronse en góndolas que esperaban balanceándose coquetas y graciosas, la invasión de aquella alegre y bulliciosa juventud. Más de cuarenta personas tomaron parte en la excursión y recorrieron los más pintorescos y alegres canales de la ciudad.

Algunas de las jóvenes que iban en las barcas tocaban el laud, mientras un coro de encantadoras voces, entonaba armoniosas y sentidas barcarolas.

Ya la noche iba enseñoreándose del espacio y la luna pálida y melancólica, iluminaba con su plateada luz el cuadro encantador que formaban aquellas jóvenes con sus claros y vistosos ropajes.

De regreso al sitio de partida, y al momento de desembocar las góndolas en el gran canal, apareció silenciosa y suavemente impelida por los remos una pequeña gondolilla ocupada por un hermoso caballero y su gondolero. Al pasar rosando la quilla de la barca donde iba Valentina, las miradas del joven se fijaron con insistencia en ésta, cual si hubiera deseado ardientemente conocerla.

Fué sin duda el viejo gondolero quien hizo saber al joven cual era la "hermosa Veneciana" como acostumbraban llamarla habitualmente.

La pequeña góndola pasó tan silenciosamente entre la

barca de Valentina y la margen del canal, que nadie (exceptuando á ésta) había reparado en aquella *aparición*. Ambos jóvenes se miraron y en aquella mirada se formó el primer eslabón de una cadena, que pudiendo ser de flores, fué de amargos pesares y disgustos.

El apuesto mancebo que Valentina viera aquel día, era sin que ella llegara á sospecharlo, el hijo del poderoso Dux de Venecia, Enrique Dandolo.

Honda impresión causó en el ánimo de la señorita de Evoli la vista del gallardo y hermoso caballero, y cuando se halló en su casa, no podía (aunque lo hubiera deseado) apartar de su mente la imagen de aquel á quien ya no había de olvidar jamás, y que tanta influencia tendría en su porvenir.

Aquella noche, cuando sus amigas se entregaban al placer de la danza, nuestra joven se acercó á un balcón abierto para dejar penetrar en el salón la brisa perfumada del jardín. Un hermoso rosal trepaba por la pared hasta el balcón y sus aromados botones que empezaban á entreabrirse, envolvían á la joven en su suave perfume.

Tomó ésta, con temblorosa mano un pimpollo, el más hermoso y lo prendió en su corpiño de baile.

Te guárdaré toda mi vida—se dijo—como recuerdo de este día; si lo que sueño en mi fantasía, llegara algún día á realizarse, me será grato contemplarte en años venideros, y traer á la memoria la impresión de este dulce sentimiento que hoy embarga mi alma; si no le vuelvo á ver.....

Sintió en aquel instante la voz de su madre que la llamaba, y corrió á su encuentro.

Al día siguiente de la fiesta, cuando ya todos los invitados se habían retirado á sus respectivas moradas, Valentina se dirigió á un delicioso bosquecillo de lilas, situado junto á la margen del canal que pasaba por delante del palacio.

La joven acostumbraba desde muy pequeña, saludar á sus padres por la mañana, llevándoles un fresco y florido ramo.

Púsose pues á cortar flores para formarlo, y cuando

más abstraída estaba en su tarea, sintió á lo lejos el ruido que producen los remos al chocar con el agua, y pocos momentos después aparecía ante su vista la misma góndola que ocupaba el día anterior aquel mancebo, dueño ya de todos sus pensamientos; pero ¡oh! desilución, solo iba en ella el gondolero, el sitio del joven estaba desierto.

Todas las mañanas la góndola aquella aparecía del mismo lado y pasaba silenciosamente frente al bosquecillo de lilas donde era seguro hallar á Valentina.

Transcurrió una semana durante la cual ella no vió al apuesto caballero que ocupaba su imaginación.

Era á principio del caluroso mes de Julio. La señorita de Evoli se paseaba por la margen del canal, bajo una tupida bóveda de verdura; un largo traje de muselina blanca la envolvía en sus pliegues; llevaba entre sus manos un precioso ramo de rosas rojas, y caminaba en dirección á su casa, pues la mañana estaba nublada y amenazaba lluvia.

Había llegado á la mitad de su camino, cuando de pronto apareció ante su vista la consabida góndola, pero esta vez ¡oh felicidad! iba en ella el objeto de sus caros ensueños.

Creyó ella ver al viejo gondolero, y no fué poca su sorpresa al encontrarse con la hermosa y simpática faz de Rafael Dandolo, de quien Valentina ignoraba aún el nombre. Respondió con una inclinación de cabeza á la profunda reverencia del joven y prosiguieron su paseo en sentido opuesto.

* * *

Rafael Dandolo había oído ponderar con entusiasmo la hermosura de la señorita de Evoli, pero nunca creyó que fuera tan bella como la contempló aquella mañana, fresca y lozana como las rosas brillantes de rocío que llevaba en sus manos.

Desde aquel día la imagen de Valentina quedó eternamente grabada en la mente del caballero.

Resuelto á buscar los medios de acercarse á la que ya

amaba, pasaba largas horas pensando en la situación en que se colocaría, una vez que sus intenciones fueran conocidas por su padre y por consiguiente en los obstáculos que se opondrían á la realización de sus caros anhelos, si tenía la dicha de llegar á ser amado por la casta beldad que tanto le había cautivado!

Pero llegaría ella á amarle? Una vez que calculara todos los inconvenientes con que había de luchar si compartía aquel amor, ¿no se amedrentaría y renunciaría á él antes de entregarse á su pasión?

Abismado en estas ideas se hallaba Rafael, cuando se presentó un ujier, el cual venía á anunciarle de parte del Dux, que éste deseaba hablarle.

El Dux Enrique Dandolo, estaba solo en sus habitaciones. Cuando su hijo se presentó ante él, leía muy atentamente un abultado legajo que tenía abierto ante su vista sobre una mesa dorada cubierta con un rico tapiz de terciopelo rojo. Al entrar Rafael en la habitación dejó el legajo á un lado, é hizo una seña al joven para que se acercara, y después de ofrecerle un asiento muy cerca del suyo exclamó: He enviado á llamarte, hijo mío, porque ha tiempo deseaba comunicarte un asunto que es para mí de la mayor importancia, y aunque sé que no ignoras de lo que se trata quiero repetírtelo. Pienso Rafael, contraer un segundo matrimonio.

¡Padre mío! dijo aquel, levantando vivamente la hermosa frente contraída.

¿Tan pronto habeis olvidado á aquella santa á quien llamasteis esposa? oh! no lo creería si otro que vos me lo dijera.

El semblante del Dux se contrajo visiblemente y con irritado acento exclamó.

¿Olvidas que estás hablando con tu amo y señor?

No hablo al Dux, hablo á mi padre.

Aún siendo así, no te concedo derecho para censurar mis acciones ¿lo comprendes?

Sí señor perdonad mi atrevimíento dijo dolorosamente Rafael.

Estás perdonado, respondió menos severamente el adusto padre.

¿Me permitís preguntaros si habeis fijado ya la fecha para esa boda?

¡A fines del verano pienso realizarla si Dios no dispone otra cosa! Creo que no ignoras quien es mi prometida?

No señor, nadie lo ignora en Venecia:

Bien hijo mío, ahora retirate, pués mis ocupaciones reclaman mi atención.

Rafael posó sus lábios sobre la noble frente de su padre y salió de la estancia con el corazón oprimido y el descontento pintado en su semblante.

Encaminóse maquinalmente á su saloncito de lectura y una vez en él dejóse caer sobre un canapé. Los últimos resplandores del día que penetraban por la entreabierta ventana, alumbraban débilmente los ricos tapices y los severos muebles que adornaban la habitación.

Nuestro joven, muellemente recostado en su asiento dejaba vagar libremente su pensamiento por los ideales mundos de la fantasía.

Cuando en la Torre del Reloj, sonaron las nueve volviéndole á la realidad con sus vibrantes tañidos, ya las tinieblas le habían envuelto en su oscuridad: Rafael se puso de pié, encaminándose al balcón y abrió las ventanas de par en par, cual si precisara todo el aire del espacio para henchir su oprimido pecho.

Recostado de codos en el alfeisar y con la cabeza entre sus manos intentaba contener el torbellino de ideas que bullian en su abrazado cerebro.

Nunca como en aquellos momentos sentía la necesidad de un amor grande y vehemente de un corazón que fuera todo suyo, que por él y para él solo latiera. Hombre de alma noble y de elevados sentimientos; soñaba con las puras é inefables alegrías del hogar . . . . Valentina, era pués para él, la estrella luminosa que alumbraba el ignorado camino de su vida. . . . y aquella noche á la pálida claridad de la luna, retratada en las cristalinas aguas que corrían á sus piés, formó Rafael el inquebrantable propósito de unirse á la que amaba, mediante la ayuda de Dios y aunque tuviera que abandonar para ello su título, su fortuna y todo cuanto po-

seía en caso de que su padre se opusiera á aquella boda, fundándose en la carencia de títulos nobiliarios de la señorita Evoli.

CAPÍTULO II

La marquesa Aurora de Alcibiani

En un suntuoso palacio situado en uno de los barrios más pintorescos de la Ciudad de Venecia, habitaba esta noble matrona, mujer dotada de gran talento y de una soberbia belleza. Era conocida en toda Venecia, pero no amada, pués eran proberviales la dureza de su corazón, y la insultante altivez de sus modales para con las personas inferiores á su rango.

Contaría en aquella época treinta y cinco años á lo más y era esta la futura esposa del Dux.

La marquesa había conocido á este antes de contraer matrimonio con la señorita de Foscari su primera esposa. Se decía que Aurora había concebido una vehemente pasión por el Dux, pasión alentada por éste, quien estaba entonces, en vìsperas de unirse con la que más tarde fué madre de Rafael.

Esta felonía jamás la perdió la vengativa Aurora y desde entonces sintió un ódio implacable por el mísero y perjuro que tan cruelmente jugara con su corazón de quince años.

Desde el día que para siempre vió perdidas sus esperanzas, no tuvo otro anhelo ni otro ideal en su vida que la venganza.

Destruir para siempre, aniquilar toda la existencia y la felicidad de aquel hombre, ese era su único deseo.



La noche que siguió al día de la entrevista del Dux y de su hijo, el primero se dirigió á casa de la mar-

quesa quien veía próximos á realizarse sus dorados sueños de antaño.

Cuando el Dux llegó á la morada de su futura, fué anunciado como de costumbre por un pequeño pajecillo de faz tan negra como el ébano y lujosamente ataviado con una librea de tali blanco galoneado de oro: calzaba medias y borceguíes rojas, y entre la crespa cabellera brillaba una vincha de oro y perlas lo mismo que los largos garcillos que pendían de sus negras orejas. El único cargo del lindo pajecillo era conducir y anunciar al ilustre personaje.

Aurora salió al encuentro de este saludándole con toda la amabilidad de que era capaz.

Sed bien venido mi serenísimo Príncipe dijo acompañando sus palabras con una mirada tierna y cariñosa y al mismo tiempo levantó con inimitable gracia un extremo del manto ducal, conduciendo al visitante hasta un muelle y cómodo diván donde le hizo sentar.

En aquella época la belleza de Aurora se ostentaba en todo su vigor. Alta, gruesa, dentro los límites de la elegancia, de cabellos como el azabache, ojos vivos y rasjados, nariz fina y admirablemente modelada; una boca pequeña y graciosa de rojos lábios que dejaban ver al entreabrirse, una doble hilera de blanquísimos dientes de muñeca, agregándose á esto una frente ancha y despejada, y un rostro de anacarada blancura donde no se advertía el más ténue sonrosado y se tendrá el retrato de aquella hermosa y altiva mujer.

Cortas aunque frecuentes eran las visitas que el Dux hacía á la marquesa. Aquella noche, después de un dulce coloquio de amor en el que solo habían cambiado los papeles, pués mientras años atrás él juraba amor mentido y se reía de aquella ciega credulidad, ella le prodigaba toda la ternura de un amor grande y profundo, hoy. . . . él juraba un amor verdadero y sin límites, mientras ella saboreaba en silencio el placer de su venganza que estaba á punto de realizar.

Las diez eran cuando el Dux, ébrio de amor y de felicidad, abandonó el pequeño saloncito donde todo desde los tapices, los muebles, las bugías y el alfombrado, eran

de color de rosa como las ilusiones que albergaba en su corazón el incauto amante.

Aurora luego que quedó sola, pasó á la sala inmediata donde pocos momentos después penetró el pajecillo, luego que hubo acompañado al Dux hasta su góndola.

La marquesa se dirigió á aquel diciéndole: Vé, Otelo y haz decir á la señorita Enriqueta que deseo hablarla y condúcela hasta aquí.

Pocos momentos después alzábase el pesado tapiz que cubría la puerta y penetraba en la habitación, una preciosa jovencita que contaría á lo sumo de quince á diez y seis abriles; ojos que vieron aquel peregrino semblante, no lo olvidarán jamás ¡ Cuán bella era ! De pequeña estatura, de formas proporcionadas, andar suave y gracioso, cabellos negros que en largos rizos caían como un sedoso manto sobre sus hombros y espaldas. Había heredado de su madre la maravillosa blancura y los hermosos ojos, si bien los de la doncella, tenían una expresión de dulzura y candor que atraían con un poder irresistible. La bondad (el dón más estimable en la mujer) era la cualidad dominante en aquella amable criatura. Esta era la hija única de la marquesa Aurora de Alcibiani.

Dada la corta edad de esta niña, no axistía aun á reuniones ni á fiesta ninguna y estaba al cuidado de una aya, la cual la instruía en lo poco que en aquella época se enseñaba á las jóvenes.

Con una cariñosa sonrisa se aproximó á su madre. ¿ Deseabas hablarme, madre mía ?

Sí, querida hija, murmuró Aurora, acercando á sus lábios la pura frente de su niña; luego la dijo, indicándole un asiento frente al que ella ocupaba—siéntate.

Sabes mi buena Enriqueta para que te he llamado? Nó, no puedes saberlo—agregó sin expresar la respuesta de su hija; pués, es para darte la notícia de que el Dux quiere que se celebre nuestra boda á fines del verano.

La sonrisa huyó de los lábios de la joven dando lugar á una súbita palidez y permaneció así inmóvil, sin pronunciar palabra, fija su ansiosa mirada en la marquesa. La idea de aquel matrimonio, llenaba el alma de Enri-

queta de una profunda tristeza. Muchas veces había suplicado á su madre que desistiera de aquella unión, pués comprendía que una vez casada esta, se vería ella más abandonada de lo que había sido hasta entonces.

Quizá á haber sido otro el pretendiente, no fuera para ella tan triste aquella perspectiva, pero un secreto presentimiento le hacía mirar con desagrado aquella boda. He ahí pués por que el semblante de Enriqueta se nubló ante las palabras de su madre, como se nubla el sol al cernirse sobre él la parda nube.

Contrariada Aurora ante el silencio de su hija, exclamó :

¿Y bien, querida? nada me dices? Creo que esta noticia no te causará sorpresa, pues ya podías suponer que esta boda había de realizarse; luego no me explico tu silencio—dijo con marcado gesto de enojo, fijando en la joven una severa mirada.

¡Ay, mamá! balbuceó Enriqueta juntando las manos sobre el pecho—perdoname si te disgusto, pero no he podido acostumbrarme, á pesar de mis esfuerzos á la idea de verte unida al Dux. Quisiera pensar en todo como tu, pero.... que quieres—no puedo, pues desearía que todo tu cariño fuera mío solamente.

¿Es esto ser mala?—Piensa madre mía que es lo único que tengo en el mundo; no pido más, pero no puedo resignarme á perder la mejor parte de ese afecto que lo es todo para mí; si no te amara tanto—continuó con mayor vehemencia—no serían estos los sentimientos que agitaran mi corazón—y al pronunciar estas palabras, los ojos de la pobre niña se llenaron de lágrimas.

¿Qué corazón por más duro que sea no se conmueve al escuchar semejantes razones de labios de una criatura ingénua y bondadosa como aquella?

La marquesa inclinó la frente hasta rozar con sus labios los negros cabellos de su hija y con acento menos severo, la dijo:

Tu no eres ya tan niña para que no puedas reflexionar y contestar razonablemente á aquello que se te consulta. Lo que acabas de decir no tiene fundamento alguno, pues no porque yo me case dejaré de amarte, ni cam-

biaré para tí. Mira, continuó la marquesa, este matrimonio será un bien para los dos, yo encontraré en el Dux un buen esposo y poderoso protector, y tú un padre complaciente y bueno. Enjuga pues tus lágrimas mi buena Enriqueta, no quiero que un día tan feliz para mi lo señale un pesar tuyo.

Hubo un corto silencio que interrumpió Aurora, diciendo :

Muchas veces te he dicho hija mia que fuí muy desgraciada en mi primer matrimonio; que sufrí toda clase de humillaciones y sinsabores. Tu no sabrás quizás nunca lo que yo he sufrido, pero si algun día llegas á saberlo, justificarás mi deseo de unirme al hombre que en breve será mi esposo. Así, hija mía, no mires solo tus intereses y ten un poco de abnegación por mí, porque la merezco Enriqueta, pues muchas veces, sintiéndome tan desgraciada, quise morir y acabar así mi vida de martirio; pero tu te presentabas ante mi vista y alargándome tus manos pequeñitas, sonreías balbuceando el dulce nombre de madre. Te confieso que nunca pequé de sentimental, pero aun así tu voz me conmovía, sentía una sensación de felicidad y te tomaba en mis brazos para acariciarte; me sentía atraida hacia ti, pero pensaba en mi verdugo y entonces ¡oh.....! ¡cuánto sufría!

La marquesa había inclinado su hermosa cabeza sobre el pecho.

¿Qué pensamientos cruzaron en aquellos momentos por su mente?

¿Qué terribles recuerdos comunicaron á su semblante la expresión de odio y de maldad que se advertía en sus contraidas facciones cuando levantó la frente?

¡Pobre madre mía!—murmuró Enriqueta al verla así—abrazándola con infinita ternura. ¡Cuánto te amo!

Aurora abrazó á su hija y levantándose la dijo.

Ve á descansar hija mía y confía en tu madre.

Después de separarse de la niña, la marquesa encaminóse á su alcoba donde su doncella la despojó de sus ricas galas y ayudándola á ponerse en el magnífico lecho, retiróse luego.

Densa palidez cubría el semblante de Aurora y dos

anchos círculos morados rodeaban sus ojos. Con las manos bajo la cabeza y recostada en las almohadas, hablaba sola y á media voz.

Ah! que no me vengue? qué olvide el mal que me hiciera? No!—nunca, jamás, desistiré de mis proyectos. Vá, debo estar loca para pensar semejantes desatinos! El Dux—continuó tras breve pausa—el miserable! ¿qué tormento no he sufrido por su causa? bien sabía él cuanto le amaba, como aman las mujeres como yo; sí, él lo sabía, podía haber hecho de mí una buena esposa y una madre cariñosa, y no ha hecho sino convertirme en un ser que solo espera el momento propicio para satisfacer su sed de verganza; oh! la venganza! la venganza! que dulce debe ser.... y con estas palabras se cerraron á impulsos del sueño sus cansados párpados.

Las primeras claridades del naciente día se advertían hacia Oriente, alumbrando con su pálida luz el sonrosado horizonte y destacándose misteriosamente las casas envueltas aun en las sombras matutinas, y poco después el día se enseñoreaba por completo del espacio. Paulatínamente comenzó el despertar de la ciudad entéra. El Palacio Alcibiani permanecía aun en profundo silencio, más de pronto se abrió una de las ventanas del aposento de Enriqueta y apareció ésta fresca y lozana como el despertar de aquel hermoso día.

Poco después la marquesa dejaba el lecho y al contemplar su imagen en un espejo, quedó asombrada ante la demacración de su semblante.

¡Que sueños! ¡que sueños espantosos! dijo con débil acento.

★ ★ ★

Hacía ya largo rato que Enriqueta se paseaba muy pensativa. La mañana estaba serena y hermosa, las plantas y las flores ostentaban su lozanía, exparciendo en el fresco ambiente sus deliciosos y variados perfumes.

La señorita de Alcibiani tenía aquel día el semblante pálido y apesadumbrado y vagaba como un autómata con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos.

Al pasar junto á un perfumado rosal cubierto de hermosas flores, se detuvo y dejando escapar de su pecho un prolongado suspiro, dijo:

¡Dios mío!—qué triste será mi vida de hoy en adelante! Mi madre vá á casarse, otro será el dueño de su ternura, y me veré obligada á compartir con él las escasas caricias que se me prodigan; esto lo comprendo perfectamente, es un egoismo del que debiera avergonzarme, si mi vida no se deslizara desde mi infancia entre el abandono y la indiferencia más completa. Sola siempre y privada de toda ternura, mi existencia es monótona y triste en esta suntuosa morada. Si tuviera una hermana ó una amiga con quien compartir mis muchas tristezas y amarguras, y mis pocas alegrías, no saldría de mis labios queja alguna, pero.... tengo, es cierto, á mi madre y aunque la amo con toda el alma y que Dios sabe diera mi existencia por evitarle un pesar, no dejo, no, de comprender cuan mezquino es el sitio que ocupo en su corazón: ¡oh, Dios mío! dijo levantando al cielo sus hermosos ojos, ¿porqué he nacido con un destino tan cruel? y al acabar de pronunciar estas palabras á media voz, volvió Enriqueta la cabeza, atraída su atención por el ruido que producían en la arena las pisadas de una persona que se acercaba, era la marquesa que se dirigía hacia ella con el semblante frío é impasible.

¿Gozando de la hermosa mañana Enriqueta? exclamó al acercarse á su hija. Sí, madre mía, respondió ésta al depositar un tiernísimo beso sobre la pálida frente de aquella infeliz.

La marquesa tomó entre las suyas la mano de su hija y prosiguieron su paseo.

Dime, Enriqueta, dijo Aurora, después de un instante de silencio: ¿recuerdas que día es el quince del mes entrante?

—¿Cómo no he de recordarlo, madre mía, siendo tu cumpleaños?

—Bien, y ¿cómo quieres que festejemos ese día?

—Con la fiesta más hermosa que imaginarse pueda—repuso la niña con entusiasmo juvenil, regocijada al verse consultada por su madre.

—¿Te parece bien dar una comida seguida de un baile al que invitaremos á todas nuestras amigas y amigos?

—Me parece muy acertado, dijo la joven algo pensativa.

Y ¿dime madre mía—murmuró luego, fijando sus tímidas miradas en Aurora—podré yo asistir aunque sea á la comida?

—Sí querida, ya has cumplido quince años y puedes por lo tanto asistir á esta fiesta y á todas las que se den en adelante.

Así continuaron la conversación haciendo proyectos para dar mayor lucimiento á aquella fiesta.

CAPÍTULO III

El baile

Llegó por fin el quince de Julio. La noche no podía ser más hermosa; las anchas ventanas de los salones estaban abiertas de par en par, y dejaban entrar por ellas la fresca y perfumada brisa del jardín.

En el suntuoso comedor magníficamente iluminado por centenares de bugías colocadas en gigantescos candelabros de maciza plata, circulaban los criados ataviados con sus lujosas libreas y en la gran mesa brillaba el oro, los cristales y las porcelanas.

Aurora y su hija en sus respectivas habitaciones se ataviaban para asistir á la brillante fiesta.

Enriqueta sentada ante un gran espejo portátil, contemplaba el caprichoso peinado con que adornaba su cabeza una doncella de las que Aurora había colocado á su servicio desde aquel día.

Luego que el peinado estuvo concluído, la diestra peinadora colocóle al estilo griego una riquísima sarta de perlas color de rosa que sentaba admirablemente sobre los negrísimos cabellos de la joven griega. Luego ayu-

dóle á ponerse un riquísimo trage de brocato color rosa pálido, con franjas bordadas de perlas. En los desnudos brazos y cuello ostentaba por todo adorno su marmórea blancura.

¡Que bella estaba! jamás ojos humanos contemplaron una criatura de belleza más ideal; desprendíase, de toda su persona, un no sé qué de etéreo y divino que hacía experimentar al contemplarla un sentimiento como de temor de hacer con las miradas desaparecer aquel angel semejante á un inmaculado lirio entre magníficas rosas.

Un momento después de terminado el atavío de la joven se presentó en busca de esta su madre para acompañarla al comedor.

Llevaba la marquesa un regio traje de raso carmesí adornado con encajes de hilo de oro, sembrado de rubíes. Entre sus hermosos cabellos lucía una mariposa de filigrana de oro, cuyas alas estaban guarnecidas de diamantes, piedras que adornaban sus brazos y su cuello. Aquel expléndido traje le sentaba admirablemente y hacía resaltar su soberbia belleza.

A las seis de la tarde los salones de la suntuosa morada estaban llenos de invitados, encontrándose entre ellos el Dux y su hijo Rafael.

Fué imposible á éste negarse á asistir á aquella fiesta pues su padre le había pedido y al mismo tiempo ordenado que concurriera á ella para presentarle á la que en breve sería su madrastra.

Cuando el Dux se presentó en el salón Aurora se adelantó como siempre á recibirle.

Después de saludarle con aquella exquisita gracia que la hacía tan adorable, preguntóle:

—¿Este joven que os acompaña es sin duda vuestro hijo, mi señor?

—Sí marquesa, y tengo el mayor placer en presentároslo, esperando que de hoy en adelante seréis buenos amigos.

Rafael se inclinó respetuosamente ante Aurora al tiempo que exclamaba: Gran honor sería para mí merecer vuestra amistad, señora marquesa.

Esta ofreció su mano al joven, pronunciando algunas

palabras afectuosas. En aquel momento apareció en el salón la apacible y hermosa faz de Enriqueta. Aurora le hizo una seña para que se acercára y le presentó al Dux y á su hijo.

Al momento simpatizaron aquellos dos jóvenes á cual más noble y bondadoso.

El Dux ofreció su brazo á la marquesa y Rafael á la señorita de Alcibiani, dirigiéndose al comedor seguidos de los demás invitados.

* * *

El banquete había terminado cuando comenzaron á llegar las personas invitadas al baile.

Enriqueta paseaba apoyada en el brazo de Rafael, cuando un criado anunció á los señores y señorita de Evoli.

Al oir el joven pronunciar aquel nombre un ligero extremecimiento agitó su cuerpo. Su compañera miróle sorprendida y al ver que su emoción había sido notada preguntó sonriendo:

—¿Conocéis á esa familia de Evoli, señorita?

—No señor—contestó Enriqueta—pero mi madre, conoció en su niñez á la señora de Evoli y después de muchos años vuelve á reanudar su amistad. ¿Y vos las conocéis?

—De vista solamente, señorita—dijo el joven.

Leonor y su hija fueron recibidas por la marquesa con muestras de la mayor simpatía.

Valentina era aquella noche como siempre "la hermosa veneciana" como la llamaban sus numerosos admiradores. Su belleza se hallaba realzada por un delicado traje de color cielo, adornado con mariposas de plata bordadas sobre la tela; su hermosa cabellera formaba á su cabeza una rica diadema de oro, un broche de záfiros adornaba su artístico peinado; gargantilla y pulseras de las mismas piedras lucía en sus brazos y alabastrino cuello.

—Querida Leonor—decía Aurora—cuanto placer experimento al volver á veros.

Luego saludó á Valentina, quedando admirada ante aquella belleza.

—¡Qué hermosa criatura!—exclamó al besarla—Qué contenta va á estar mi Enriqueta de poder llamarla su amiguita.

Esta última, que había visto entrar á las de Evoli, dejó el brazo de Rafael y se dirigió á donde estaba su madre.

—Ven Enriqueta, quiero hacerte conocer á mi antigua amiga, sintiéndome dichosa de que la primera que tú cuentas sea esta hermosa criatura, dijo la marquesa.

Enriqueta quedó prendada de la gentil y hechicera Valentina. Ambas jóvenes se tomaron del brazo y la señorita de Alcibiani deseando saber si producía en Valentina la vista de Rafael la misma impresión que notó en él, cuando la señorita de Evoli fué anunciada, se dirigió al sitio en que momentos antes dejara al joven.

¡El mismo resultado!

Apenas divisó la joven á Rafael se extremeció; sus hermosos ojos se entornaron y su semblante se cubrió de rubor.

—¿Conocéis á aquel caballero que está de pie junto á ese jarrón con lirios azules?—preguntó Enriqueta á Valentina

—Le he visto algunas veces pero nunca le he tratado. ni sé quien es ¿por qué lo preguntáis querida amiga?

—Porque si no lo conocéis quiero tener el honor de presentároslo y prosiguió—si no supiera porque él me lo ha dicho, la vida tan retirada que ha llevado mientras vivió su madre y aun después de haber dejado ésta de existir, me sorprendería sobremanera que no lo conocierais.

—¿Por qué?—interrogó Valentina, pudiendo apenas contener el temblor de su voz.

—Pues porque llamándose Rafael Dandolo y siendo hijo de nuestro Serenísimo Príncipe tendría suficiente motivo para sorprenderme que no le conozcais.

No es posible describir el efecto que estas palabras produjeron en el ánimo de Valentina; jamás había pasado por su mente semejante idea.

¡Rafael Dandolo! el hijo del poderoso Dux de Venecia, era el hombre que ella amaba ciegamente!

¿Por qué? Por qué había puesto sus ojos en él? Por qué había entregado tan ciegamente su corazón á un hombre que ni aun sabía si la amaba? Qué hado perverso había hecho que ella ignorara hasta aquel instante el nombre del único hombre que para ella existió?

Las dos jóvenes habían llegado al sitio donde se hallaba Rafael y Enriqueta hizo la presentación con algunas amables frases, luego se sentaron y hablaron largo rato de las fiestas, la música y otras cosas por el estilo.

Rafael cada vez más encantado de Valentina, la consideraba como la criatura más noble y bondadosa de cuantas existían.

Aquella noche era la primera vez que Rafael se presentaba en una fiesta y como era de esperar, todas las jóvenes deseaban ardientemente conquistarse las simpatías del noble y hermoso caballero.

Mientras que la Duquesa, su madre, vivió, esta fué su única preocupación; pasar sus días junto á ella amenizando y llenando su soledad, era su anhelo; haciendo con su presencia menos triste el aislamiento á que se había condenado su adorada madre, era para el excelente hijo un deber sagrado que cumplía con solícita y amorosa ternura. Nunca consideró esta esclavitud como una carga, y por muchos años fué su madre la única sociedad que tuvo, hasta que la consunción que minaba día por día su existencia, llevó al sepulcro á su adorada enferma.

Desde aquel día funesto, vivió al lado de su padre agobiado por el terrible golpe que le privó del ser que más le amaba en el mundo.

Durante dos años después de la muerte de su madre, siguió viviendo en el mismo retraimiento, hasta que los deberes de su posición, recordados por su padre, le obligaron á presentarse en el gran mundo, entre la sociedad más escogida de Venecia, despertando con su presencia la admiración y simpatías de todas las jóvenes.

Pero él no se daba cuenta de los sentimientos que excitaba á su paso cuando llevando de su brazo á Va-

lentina recorría orgulloso el salón; junto á la mujer que amaba, ninguna otra existía para él.

La señorita de Evoli había aprendido todas las artes necesarias á una niña destinada á brillar en sociedad. Tocaba el arpa con rara perfección, pintaba, poseía varios idiomas, bordaba como una hada, y cantaba con voz dulce y melodiosa y también bailaba con la misma gracia que ponía en todos sus actos.

Pero aquella noche no danzaba casi. Apoyada gravemente en el brazo de Rafael, escuchaba con embeleso su amena conversación.

Ambos jóvenes hubieran deseado, á ser posible, que aquella noche fuera eterna para no tener que separarse. Fueron felices durante aquellas breves horas, estando el uno al lado de la otra, en éxtasis encantador, sin que para ellos existiera nada más que su mútuo amor, aunque ninguno de los dos hubieran pronunciado una palabra que denunciara el estado de sus corazones.

Serían las cuatro de la mañana cuando Enriqueta se acercó á ellos, para llamar á Valentina, pues Leonor quería retirarse.

Un accidente imprevisto privó á ésta de su góndola, pues su gondolero había reñido con otro y ambos fueron tomados por la justicia.

Felizmente para Rafael y Valentina, el Dux se había retirado temprano, así que aquel pudo ofrecer á las dos damas un asiento en su góndola, lo que considerado como un honor fué aceptado sin vacilar.

El Palacio de Evoli estaba construído en círculo y lo rodeaba una balaustrada de mármol rosa, abierta por varias puertas con escalones que daban al canal. En una de aquellas se hallaba el señor Evoli esperando ú su esposa é hija.

Al ver al hijo del Dux que venía acompañarlas, experimentó una viva impresión de orgullo y regocijo, y acercándose á la barca, rogó al joven les hiciera el favor de pasar adelante y aceptar una taza de esquisito café, que sirvió muy complacida la amable Valentina.

Al retirarse el joven, prometió visitarles con frecuen-

cia, promesa que llenó de júbilo al enamorado corazón de Valentina.

Rafael se retiró con el alma llena de placer. Parecíale imposible que en algunas horas, hubiera visto realizado la felicidad, que momentos antes veía él tan lejos.

En su imaginación poética y exaltada, creía ver la sombra de su bien amada madre, que le sonreía con dulzura, siendo feliz con la felicidad de su caro hijo.

El joven Dandolo, cumplió sus promesas, visitando á su nueva amiga con bastante frecuencia. Era para él uno de los mayores placeres, el pasar las hermosas tardes de Venecia junto á su amada, mirándose en sus divinos ojos y deleitándose en escuchar el eco melodioso de su voz.

Habían transcurrido algunas semanas y Rafael no había dicho aún á la joven cuanto la amaba, más ella no lo ignoraba y se sentían felices con amarse mútuamente sin ostentación, sin los arranques de esas pasiones violentas que no tienen ni la intencidad ni la constancia del verdadero amor.

Valentina quiso al principio combatir aquel sentimiento que había nacido en su pecho al dulce calor de una mirada, pero convencida al fin de que le sería más fácil arrancarse el corazón del pecho que dejar de amar á Rafael, se entregó sin vacilación á aquella ternura que era su vida.

Rafael no había cumplido veinte y dos años y Valentina se acercaba á los diez y siete y sabiendo aquel que la boda del Dux debía celebrarse á fines del verano, quería aprovecharse de aquel acontecimiento, esperando tener mejor acogida en su demanda.

CAPÍTULO IV

Enriqueta

Era á fines del mes de Agosto.

En el palacio de Alcibiani, se notaba gran movimiento, pués la marquesa no descansaba un instante con los

preparativos de su boda que estaba fijada para el día treinta del mes corriente.

Enriqueta veía con íntimo pesar acercarse aquel acontecimiento que tanto la disgustaba.

Rafael no había olvidado á su amiguita y todas las semanas dedicaba algunas horas á la buena y amable joven.

Cuando iba á hacerla sus visitas, ambos se tomaban del brazo y alegres y descuidados daban largos paseos por el jardincillo situado al frente de la suntuosa morada.

Un día en que ellos se entregaban á este inocente placer; Aurora que sentada junto al Dux, en un hermoso parterre que tenía frente al diminuto jardín por el que paseaban sus hijos: Mirad dijo llamando la atención del Dux; mirad á nuestros hijos cuán felices son, estoy segura que ya se aman. Reparad señor con que calor y entusiasmo se expresa Rafael.

Es verdad dijo el Dux algo pensativo: Antes tenía que obligarle á que os visitase, mientras que de algún tiempo á esta parte está siempre dispuesto á acompañarme y agregó después de breve pausa, si bien es cierto que también visita con alguna frecuencia á vuestras amigas las de Evoli.

La marquesa quedó silenciosa por algunos instantes, y luego exclamó con mal disimulado enojo. ¿Quién sabe no es á esa joven Valentina á quién él ama? Más esto señor Dux sería un desatino.

No, Aurora respondió él, no creo á mi hijo capaz de semejante desacierto.

¡Oh! no hay que confiar mucho en el asierto de los jóvenes, mi amado señor, y conviene que con tiempo averigûeis lo que haya al respecto, pués ya sabeis que la mayor parte de los males tienen remedio si se acude á tiempo.

Sí, sí, murmuró el Dux, seguiré vuestros consejos mi querida Aurora. Hasta ahora no había pensado en esto pero. . . . . . Acordaos señor, interrumpió ella que me habeis prometido vuestra ayuda para lograr que nuestros hijos se amen y ya sabeis que esto es mi más grande anhelo, y el verlo realizado sería el colmo de mi felici-

dad. . . . . . ellos se acercan, hablemos de otra cosa. Solo me resta deciros, que cuento con vuestra palabra, mi amado Enrique, murmuró ella, con voz baja y envolviéndole en una mirada llena de amor.

La presencia de los jóvenes, cortó las palabras próximas á salir de los lábios del amante.

Aurora miró á su hija, á caso como no la había mirado hasta entonces.

Estaba esta tan bella, que Aurora se dijo: Es imposible que él no la ame; tendría que ser ciego ó tonto.

Sigamos ahora de lo que trataban Rafael y Enriqueta durante su paseo.

Mi querido amigo decía ella, con su acento grave pero melodioso y dulcísimo. Hace algún tiempo, noto que estais triste y preocupado, y creedme, á mí me apena sobre manera que siendo yo como tantas veces lo habeis dicho á vuestra mejor amiga, no pueda saber la causa de vuestra tristeza y preocupación; y continuó mirándole sonriente. Que estais enamorado no me lo digais, pués que hace tiempo lo sé, más. . . . . .

¡Que lo sabeis Enriqueta — Vos ¿cómo? decídmelo! Decidme como lo sabeis?

Oh Rafael! La emoción os vendió á los dos y dejasteis traslucir lo que quizá hubierais querido ocultar en lo más íntimo de vuestro pecho.

No amiga mía, yo no tenía idea de ocultaros nada pero, me encontraba en una situación por demás embarazosa. . . . . .

Para que podais daros cuenta, voy á contaros como conocí y amé á la hermosa criatura sin la cual, lo he comprendido hace tiempo, me sería insoportable la vida y aquí contó á su amiga la breve historia de sus amores.

Cuando él terminó su relato, Enriqueta que lo había escuchado con una bondadosa sonrisa exclamó:

Pero, ¿entónces no le habeis manifestado el sentimiento que os anima?

No, nada le he dicho directamente, más ella sabe, Enriqueta, cuanto la ama mi corazón.

La amiguita quedó pensativa y silenciosa durante algunos instantes, luego tomando su semblante una expre-

sión de gravedad inucitada.—Y habeis pensado mi querido Rafael en los poderosos obstáculos que se opondrán á ese enlace si desearías realizarlo? interrogó.

Si, he pensado en todo, más nada me daría cuidado si no estuviera mi padre de por medio, pués tengo casi seguridad de que jamás me dará él su consentimiento para realizar esa boda.

Este es mi querida amiga, el pesar que me abate y me hace mirar con temor el momento en que tengo que ponerme ante su presencia para hacer mi demanda.

Presiento la lucha inevitable y vos podeis comprender cuan doloroso me será revelarme contra el que es para mí, padre y señor.

Grandes inconvenientes se os presentan, pero con la ayuda de Dios y perseverancia de nuestra parte quizás salgais triunfante.

Yo sé Enriqueta, continuó el joven, que es otra la esposa que mi padre me destinaba; no menos hermosa y buena, digna del más ferviente amor que puede experimentar el hombre, pero cuando la he conocido ya mi corazón no era libre.

Mientras él pronunciaba estas palabras el semblante de su compañera revestíase de una expresión picarona y burlona y levantando sus ojos hasta la faz de Rafael, dijo al mismo tiempo que golpeaba su falda con una ramita de florido cedrón.

Ya sé quién es la persona á quién os referís pero permitid que os diga exagerais sus méritos al hablar de ella en los términos que lo habeis hecho, pués es en todo inferior á la que amais.

¿Sabeis á quien me refiero? dijo Rafael sonriendo á su vez.

Sí.

Nombradla pués.

No hay necesidad, la teneis á vuestro lado.

Cuán buena sois mi querida Enriqueta y cuanto admiro la elevación de sentimientos que os permite despojaros de esa vanidad tan general en vuestro sexo y que en tanto desmerece á la mujer; y al decir esto es-

trechaba entre las suyas, la pequeña y terza mano que ella le tendía.

Bien Rafael, hablemos ahora de vuestros proyectos y busquemos el medio de realizar vuestras esperanzas.

¡Oh! querida Enriqueta, gracias, mil veces gracias por el interés que por mí os tomais, yo sabré recompenzaros queriendoos con toda mi alma. Ahora continuemos.

Habeis dicho prosiguió la joven, que estais resuelto á prescindir de todo excepto de vuestro padre, para uniros con Valentina?

Sí, de todo, absolutamente de todo.

Aquí llegaban en su conversación cuando Aurora hizo notar al Dux el entusiasmo de su hijo.

¡Cuán lejos estaba ella de imaginar, á que obedecía aquel entusiasmo!

Enriqueta, continuó Rafael, ayudadme con vuestros consejos. Aunque amo á Valentina intensamente, temo el enojo de mi padre y la negativa que estoy seguro de escuchar.

No os amilaneis tan pronto mi querido amigo, pensad que es el único camino que podeis seguir, hablad primero á vuestra amada y después á vuestro padre, sed elocuente, pintadle con vivos colores vuestro amor, habladle en fin con el persuasivo lenguaje del corazón tocando sus más íntimos sentimientos: conmovedle, esa es la única esperanza que podeis tener.

—¡Oh! teneis razón y me habeis aliviado de un gran peso. Esta misma noche hablaré á Valentina y si ella corresponde á mi pasión mañana habré escuchado mi sentencia de labios de mi padre.

Solo á una criatura como vos podía deber la satisfacción que en estos momentos experimenta mi alma.

—¡Ohl amiga mía, hermana mía que buena soy. Permitidme Enriqueta que de hoy en adelante os dé este caro nombre. Vos no teneis hermano, yo lo seré vuestro. Yo no tengo hermana vos lo sereis mia. ¿Verdad mi hermanita que aceptais?

Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la joven.

—Sí querido hermano, dijo, seré vuestra cariñosa her-

mana y Dios sabe cuanta alegría me causa oir de vuestros labios ese nombre, porque, voy á seros franca: yo no os hubiera hecho feliz, pues mi corazón de mujer no ha despertado aún y solo siento por vos el puro y tranquilo cariño con que se ama al hermano.

* * *

Aquella noche, más temprano que nunca presentóse Rafael en el palacio Evoli.

Valentina como de costumbre esperaba al joven en el salón.

Aprovechando la soledad de su amada resolvióse á manifestarle su pasión y sentándose junto á ella dijo:

—Mucho tiempo hace Valentina, busco una ocasión favorable y palabras con las cuales pueda daros una idea del sentimiento que desde el instante que os vi hicisteis nacer en mi corazón.

No soy elocuente, mi amada, pero quisiera deciros algo para haceros ver si es grande y sincero el amor que os ofrezco; muchas veces he intentado hablaros como lo hago ahora, pero cuando iba á hacerlo, me faltaba el valor temiendo oir vuestra respuesta.

Ella nada dijo, pero fijó en el pálido semblante de Rafael, una mirada que en su mudo lenguage, decía un mundo de amores.

En aquel instante, supremo para ambos, fueron interrumpidos por los padres de Valentina, que entraron al salón acompañados de un arrogante joven marino, que había llegado de España en aquellos días: se llamaba Edmundo de Villenas, Conde de Miramar.

Luego que se hubieron saludado, Leonor propuso salir al jardín, proposición que todos aceptaron con placer porque hacía en el salón un calor insoportable.

Rafael y Valentina se adelantaron por una estrecha callecita de perfumados naranjos; los esposos Evoli y el joven marino les seguían á corta distancia.

Era una noche de completa calma. Brillaba en el cielo azul y plata la luna pálida y hermosa, bañando la tierra

con su difusa luz, mientras sus rayos iban á quebrarse sobre la tranquila superficie de las aguas que en caprichosas fuentes de marmoles, destacábanse de entre el follage del pequeño jardín; las flores bañadas por el suave rocío de la noche levantaban sus corolas y en alas del céfiro esparcían sus delicados perfumes por los ámbitos de la dormida tierra.

Todo, en aquella magnífica noche convidaba á las dulces y gratas espansiones del amor.

Exaltado ante tanta belleza, el amor de Rafael se desbordó en palabras, como si en aquellos instantes la cárcel de su pecho fuera pequeña para contener en él su inmensa pasión.

Ella escuchó las palabras del único hombre que para ella existiera sobre la tierra, con infinito placer, con aquel divino deleite que todo corazón sensible que ama debe sentir cuando escucha de los labios de su amado, palabras que acarician y que hacen inolvidable esos instantes, durante la existencia del ser á quien van dirigidos.

Valentina respondía con monosílabos á las preguntas del joven, cual si temiera con una sola palabra destruir la dicha infinita que esperimentaba su alma en aquellos momentos y fijaba sus miradas ora sobre la pálida faz de su amado ora sobre la fina arena de las calles, que crugía bajo sus menudos pies.

Luego haciendo un violento esfuerzo de voluntad, y comprendiendo que el fin de su éxtasis y de su felicidad había llegado: Rafael, dijo, con temblorosa voz: escuchad lo que voy á deciros; Dios es testigo de que diera mi vida entera por evitaros un pesar, pero juzgad vos mismo las razones que voy á daros. Yo os amo, Rafael; sí, por qué negarlo? bien lo habeis comprendido, pero os amé sin saber. ¡Oh Dios mio! que amaba un imposible. Por piedad Rafael amado de mi alma, (dejadmelo decir por la primera y postrera vez) por vuestro bien os lo digo, huid, huid lejos de mi: huid donde el eco de mi nombre no llegue á vuestros oídos ni el vuestro ¡ay! á los mios, dijo sin poder contener un sollozo que se ahogó en su garganta.

Luego luchando por contener su emoción, continuó:

Casaos con la esposa que os destinan Rafael, ella es noble, es buena y hermosa, y podrá haceros feliz sin ningún sacrificio de vuestra parte, mientras que yo... ¡oh! Rafael llegará día en que acosado por los sufrimientos maldecireis mi amor!!!

Rafael soltó violentamente el brazo de la joven y mirándola de frente con el semblante demudado por el dolor esclamó:

—Valentina... ¿Qué habeis dicho?... Yo maldecir vuestro amor? Este amor que es mi vida, mi único anhelo, mi sola felicidad?... Valentina.... Valentina decid que he oído mal para que no sea tan cruel mi martirio, para que no os crea despiadada!

—¡¡Rafael!! esclamó ella con la voz estrangulada por los sollozos.

—Quiere decir, continuó el joven, con creciente exaltación; quiere decir que creis que mi amor es un juguete de niño, ¿que puedo amar á otra mujer cambiando de amor como se cambia el traje que ya está usado ó pasado de moda? Decid si así pensaís para deciros que estais cruelmente engañada, ó que me juzgais muy mal.

—Rafael, mi amado Rafael, calmaos, yo os lo suplico, si es verdad que me amais. ¿Cómo podeis hablarme con semejante dureza? Si os he ofendido perdonadme, no aumenteis mis pesares con vuestro enojo; yo no se ni lo que digo ni lo que pienso yo... solo se que te amo y que seré tuya ó de nadie en este mundo!.... y.. tenga Dios piedad de nosotros.

—¡Vida mia! mi adorada Valentina, murmuró el joven con el semblante transformado por la dicha.

Yo te adoro y al decir esto tomó una mano de la joven y la cubrió de besos.

En aquel momento un hermoso arbusto les ocultaban á las miradas paternas y aprovechando esta circunstancia tomóla entre sus brazos y la estrechó contra su pecho palpitante de amor.

CAPÍTULO V

Desengaño

Traslademonos al palacio Alcibiani y veamos lo que en el acontecía.

En un pequeño saloncito con riquísimos tapices de damasco color plata con flores de un tono más oscuro; alhajado con un lujo oriental y esquisito buen gusto, Aurora en traje de mañana consistente en una bata de seda de la India blanca adornada de grandes ramos de lilas, esperaba á su hija, á quien hacía breves momentos enviára á llamar.

Cuando la joven se presentó: Sientate Enriqueta hemos de hablar, la dijo y continuó. . . .

—Hace ya algún tiempo, noto la asiduidad con que nos visita el señor Dandolo (así llamaba ella á Rafael) y esto sucede desde que tuve la buena idea de presentaros. Ahora bien, yo quiero saber si realmente os amais, ó si me he equivocado.

—Querida mamá, dijo Enriqueta, acompañando sus palabras con una dulce sonrisa.

Mucho siento que lo que voy á decirte pueda causarte disgusto; pero tu estás en un error creyendo que Rafael pueda esperimentar por mi otro sentimiento que una sincera amistad.

Has concebido ilusiones de todo punto irrealizables pues él ama muy deveras á nuestra buena amiga Valentina Evoli y. . .

¡Basta, basta! Nunca creí que fueras tan tonta, para no comprender que el amor del señor Dandolo por Valentina no puede ser más que un simple pasatiempo; así pues escucha lo que voy á decirte.

Bien conoces mi carácter y sabes que cuando quiero que se haga una cosa, tengo la energía de hacerme obedecer... Sin contar que cuando no puedo á buenas puedo á malas ¿me oyes? y no tendría consideraciones para

nadie y menos aún para tí, que eres la más obligada á obedecerme.

Hecha esta salvedad, voy á decirte cuales son mis deseos. Veo que me he equivocado en mis cálculos, creyendo que ya os amabais; pero no importa. Lo que hasta ahora no se ha realizado puede conseguirse más tarde. De hoy en adelante quiero que trates de conquistarte el amor de ese joven y que luego sea tu esposo. Eres bastante hermosa para que esto te parezca imposible.

Enriqueta miraba á su madre con espantados ojos, sin poder darse cuenta de cual podría ser el objeto que Aurora se proponía con aquella infame acción. El fuego de la más santa indignación, brillaba en sus miradas y sus pequeñas manos, temblaban á impulsos del dolor que en aquellos momentos laceraba su corazón. Ni por un instante pensó ella en cumplir aquellas terribles órdenes. ¿Y qué había de hacer? Obedecer ciegamente y convertirse en una miserable criatura?

¡No jamás! antes morir.

Revelarse contra la voluntad maternal y luchar hasta triunfar ó sucumbir!

Sí, era este el único camino que le mostraba el deber. Bien sabía que aquella lucha sería, la lucha del debil contra el fuerte, del bien contra el mal, siempre más poderoso; pero no había otro camino que seguir y tuvo que resignarse con su adversa suerte que la ponía frente á frente de su madre, obligándola á revelarse contra ella por la primera vez de su vida.

Aurora comprendió lo que pasaba en el ánimo de su hija y queriendo darle una razón que ella creía concluyente continuó así:

—Podría no decirte los motivos que tengo para que intentes á lo que te he dicho, pero no quiero que obres á ciegas.

Cuando yo era niña, prosiguió diciendo, conocí, por mi desgracia, al Dux nuestro señor y concebí por él una loca pasión, más ya era tarde, pues el amaba á la que fué después su esposa; una joven muy linda, pero no tanto ni tan joven como yo era entonces; no obstante él la prefirió y se casó con ella.

Durante cinco meses estuvo el miserable alentando aquella pasión que el fingía y que era mi vida.... No necesito decirte, como desde que se casó mi amor se convirtió en odio, pero en un odio mortal, inestinguible.

Por aquel entonces conocí á tu padre y sin amarlo, sin conocerlo casi, me casé con él para que el Dux y su esposa no fueran á creer que estaba desesperada como lo era en realidad.

Que caro pagué mi ciego capricho, hija mia. Ay, cuanto sufrí desde aquel día fatal. Mis pobres padres que no tenían valor para oponerse á ninguna de mis voluntades, me dejaron hacer engañados por mi, pues yo les aseguraba que había olvidado al Dux y que solo amaba al marquez. Pero cuando se apercibieron de lo desgraciada que era aquella por quien ellos hubieran dado gustosos su vida, entonces su dolor no tuvo límites; se creían ellos los únicos responsables de mi desgracia por no haberse opuesto á mis locos deseos.

Yo quise huir y esconder mi terrible desventura lejos muy lejos de ellos. Aún está presente en mi imaginación y repercuten dolorosamente en mis oídos las palabras llenas de amargura que pronunció mi padre cuando fuí á despedirme de ellos.

Pobre mariposita mia, me dijo, tomándome la cabeza entre sus manos y obligándome á sentarme sobre sus rodillas, tu quieres alejarte de nosotros, para evitarnos el martirio de ver tu sufrimiento y tu desgracia, pero podrás acaso con tu partida cortar las alas de nuestro pensamiento y hacer que te olvidemos? No mi pobre niña, no harás eso; y de lejos como de cerca veremos tus males, sentiremos tus penas y oiremos tus suspiros que nos traerá el viento envueltos con tus lágrimas. Y que habrás conseguido agregar á nuestro gran pesar el horrible martirio de no verte.

Creeme Aurora, hija mia. No te separes de nuestro lado, junto á nosotros te encontrarás más fuerte para sobrellevar tus males, inspirándote en el ejemplo que te dan estos pobres ancianos y será menos grande tu dolor porque seremos tus corazones para un solo sufrimiento.

Tu desgracia, me dijo dulcemente mientras acariciaba con sus manos mis cabellos, tu lo sabes es verdad? Es irreprochable. Lo comprendes así?

Si padre mio, respondí casi sin voz.

Pues bien no tienes otro remedio que armarte de mucho valor y de una gran resignación hasta que Dios ponga fin á tu martirio que es el nuestro mi querida hija. ¡Mi pobre flor tan temprano marchita! Y dijo estas palabras con un acento... ¡Ay! que acento mezclado de sollozo y suspiro que degarró su pecho.

Inclinó su frente sobre la mia y bañó mis mejillas con su llanto.... en aquel momento se abrió la puerta del salón donde estábamos y apareció mi pobre madre con el semblante innundado de lagrimas. Todo lo he oído me dijo y mientras vosotros hablabais yo invocaba la ayuda del Señor para que tu padre lograra disuadirte de tu intento.

—No partirás de nuestro lado, nuestra única alegría, nuestro solo bien. Verdad hija mia.

—Nó, no partirá, se apresuró á decir mi padre. Porque mi Aurora no puede negarme nada en los pocos días que me quedan de vida.

Yo no pude resistir más y caí sin sentido en brazos de mis padres.

Cuando volví en mi me encontré en mi lecho; una doncella estaba á mi lado. La pregunté por mis padres, y por el modo de contestarme comprendí que una catástrofe más grande que todas se cernía sobre mi frente.

Salté del lecho apesar de los esfuerzos de la doncella, por impedírmelo y echándome un peinador, corrí á las habitaciones de mis padres. Todas estaban desiertas, más al poner el pie en el umbral del dormitorio de tu abuelo, sentí un murmullo de voces que heló la sangre en mis venas. Levanté el cortinado y avancé resueltamente.

¡Ay! Enriqueta; jamás otro dolor más grande que aquel volverá á desgarrar mi pecho como lo desgarró en aquel instante. Sobre el gran lecho y entre las azules colgaduras, pálido, con la palidez de la muerte, yacia el cuer-

po del que más amé en este mundo. Yo, creí morir en aquel instante.

Las últimas palabras que pronunció mi padre, resonaban en mis oídos con fatídico son.

Me acerqué al lecho. Mi madre estaba arrodillada á la cabecera y tenía entre las suyas una mano de su esposo.

Me incliné sobre ella y le pregunté con el acento de locura: ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tiene papá? Dímelo por Dios madre mia!

No te asustes me respondió, es un ataque; ruega al Señor que pase pronto.

¡Oh! sus palabras mentian pero su acento no.

Y aquel acento fué el que me reveló que si mi padre no había espirado estaba ya en la agonía.

Así pasó aquel dia memorable, los médicos no se apartaban del enfermo, pero toda su ciencia era inútil. A la madrugada del siguiente día se notó alguna mejoría.

¡Oh! maldita mejoría de la muerte, que nos hace concebir locas esperanzas, para sumirnos luego en el horrible infierno de la desesperación.

Mi pobre padre se incorporó en el lecho y fijó sus ávidas miradas sobre nosotros dos, que estábamos arrodilladas junto á él y mientras mamá rezaba en el colmo de su dolor yo lloraba amargamente.

Esposa mia, hija mia, balbuceó. Dadme un último abrazo y rogad á Dios por mi.

Nos abrazamos sobre el lecho y cubrimos de caricias y lagrimas aquel semblante adorado.

¡Padre, padre! No nos abandones para siempre, grité yo en el paroxismo del dolor y oprimiendo fuertemente aquellas pobres manos húmedas y frias.

Algo como una triste sonrisa apareció en los labios del moribundo y con el acento casi extinto dijo:—Si no os abandono para siempre, no veis... que... os... aguardo... allá.... Hasta que nos encontremos.... en la patria de los justos. Adios mi amada esposa.... hija de mi alma.... Oí el ruido de un cuerpo que se desplomaba sobre el suelo, al mismo tiempo que en un beso postrero recibia el último aliento de vida que se escapó de

aquel pecho y aquella cabeza cayó desplomada sobre las almohadas.

Cuando vi aquella cara lívida, cuando palpé con mis manos aquella frente helada... cuando mis ojos se fijaron en aquellos ojos entornados y aquella boca muda para siempre, recordé las últimas palabras que salieron de ella, entonces otra mujer surgió de mi y poniéndome en pie en el límite en que se confunden la razón y la locura salió de mi pecho un rugido y de mis labios una blasfemia y una horrible maldición lanzada sobre la frente de un ser odiado.

En aquel momento algo pasó dentro de mi pecho, algo así como si mi corazón se hubiera vuelto de dura roca, y desde entonces no latió ya más para el bien, no amé á nadie ni á nada y odiaba á todos.

Al llegar aquí, la marqueza lanzó un ¡ay! desgarrador oprimiendo su pecho con ambas manos.

Aquella noche, óyelo bien Enriqueta, yo velaba arrodillada entre dos féretros. A la derecha mi padre y á la izquierda mi madre.... esa madre que había caído herida de muerte al exhalar el último suspiro, el amado compañero de su vida.

Cuando cansada de llorar y de retorcerme en medio de crísis nerviosas, dejé llegar hasta mí á otras personas, estas me dijeron que mi madre quería verme, salí de la mortuoria cámara para entrar en otra que pronto iba á serlo. Solo tuve tiempo de recibir un beso y una bendición de aquella madre tan buena, tan santa y tan querida.

Cuando entre mis brazos sentí helarse su cuerpo, la dejé sobre el lecho y una segunda blasfemia salió de mis labios, y otra más horrible anatema lanzada sobre una frente mil veces más odiada execrada que la primera.

Sin estos espantosos dolores que mataron para siempre mi corazón, yo hubiera perdonado á mis enemigos, pero no, después de quedar huérfana fuí más desgraciada que nunca, y es de suponer que mi sed de venganza ha ido siempre aumentando hasta que hoy es mi único anhelo.

Mi pobre madre! dijo Enriqueta, besando tiernamente

la frente de la marqueza. Cuantos dolores y sufrimientos. ¡Ah! si lograras olvidar á ese hombre perjuro y mísero cuantos males te evitarias porque la venganza no reporta más que sinsabores.

Una sonrisa de desdeñosa compasión crispó los labios de Aurora al oir las palabras de su hija.

Que niña eres, esclamó, crees que por nada de este mundo renunciaría á mi venganza?

Que les perdone en recompensa del mal que me han hecho? jamás, venga lo que venga, estoy resuelta y no retrocederé.

Hoy menos que nunca, hoy que estoy al fin de la jornada y tengo casi entre mis manos al odioso asesino de mis padres, sí, él fué el más culpable y me vengaré! ¡Oh! sí, me vengaré, dijo ferozmente. ¡Ah! el me burló entonces pero hoy me toca á mi, y continuó:

Ahora hija mia, escucha bien lo que voy á decirte, se buena y obediente si no quieres enojarme.

Después de haber hecho gala ante ellos, de una felicidad que estaba muy lejos de ser verdadera y de despreciarles con toda mi alma, dije á mi marido que quería viajar por espacio de dos años.

La muerte de mis padres quebrantó sencillamente mi salud, esta fué la causa que sirvió de pretesto para mi viaje y á nadie estrañó mi repentino capricho.

Yo quería tener la tranquilidad de espíritu necesaria para combinar el plan de mi venganza, idea que ni un momento se separó de mi imaginación.

Aquellas dos tumbas que me veía en la necesidad de abandonar, mantenían vivo en mi pecho el odio, que á no haber sido la causa de la muerte de aquellos seres tan queridos, talvez se hubiera extinguido en mi pecho, pero el recuerdo de ellos le mantenían latente hasta no ver realizado mi anhelo.

Todo el tiempo que duró mi ausencia de Venecia medíté mil proyectos, á cual más descabellados é irrealizables y que eran unos tras otros desterrados de mi mente.

Cansada de buscar en vano, decidí poner á prueba mi

paciencia y dejar al tiempo que me proporcionara el medio de vengarme.

Guardó un instante de silencio y luego prosiguió:

Hallándonos en Grecia y después de tres años de casada viniste tú al mundo.

Cansada de los viajes decidí regresar á mi patria agobiada por las penas y con el corazón tan destrozado como dos años antes.

Para evitar que los desórdenes del marquez llegaran á oídos de mis enemigos, decidí habitar lejos de ellos y por ese motivo nos instalamos en Florencia.

Pero poco tiempo después de cumplir tú los doce años, murió tu padre y entonces me trasladé aquí hasta el presente.

El hado trae á mis manos á aquel que durante tantos años ha sido mi preocupación. ¡Ay! hoy que lo tengo no le dejaré escapar. ¡Ay! ¡No! no, dijo estas palabras rechinando los dientes y con una espresión de satánica alegría pintada en su semblante.

Después por una hija de tu aya, que era doncella de la esposa del Dux, supe todo cuanto pasaba en el palacio ducal.

La doncella fué quien me dijo que la salud de Marta estaba muy quebrantada, que los médicos mejores del país y extranjeros que habían sido consultados dijeron que pocos años de vida le restaban.

Hacía algún tiempo que ella en compañía de su hijo se habían retirado á vivir á una espléndida mansión que había heredado de sus padres. Esta casa está situada en la Isla de San Lázaro, á espaldas del convento que lleva este nombre.

Allí vivian completamente alejados del mundo, dedicándose la madre por completo á la educación de su pequeño. El Dux iba de tarde en tarde á visitarlos y pasaba unos días entre su esposa y su hijo.

Vivieron allí largo tiempo, hasta que pronto, harán dos años, la muerte se cernió sobre su frente.

El día antes de su muerte, pude verla por última vez. Era una hermosísima tarde; animada por el buen tiempo me embarqué en mi góndola para dar un paseo. Andaba

á la voluntad del gondolero, el cual sin que yo me apercibiera, me conducía por el camino de la Isla de San Lázaro.

Figurate cual no sería mi sorpresa, cuando vi aparecer ante mi vista y en dirección contraria á la que yo seguía, la góndola del Dux y en ella á éste, su esposa y su hijo, Rafael que tenía entonces veinte años.

El Dux sostenía á su esposa que parecía muy enferma y Rafael la hacía aspirar un frasco de sales para reanimarla.

Ya llegaban muy cerca de mi cuando hice tomar otra dirección á mi gondolero y proseguí paseando durante algunas horas. Todo un mundo de recuerdos se agolpó á mi imaginación.

Volví á verme como era á los quince años, hermosa, viva, mimada y adulada de cuantos me conocían; cortejada por un sin número de caballeros que se disputaban como una merced impagable una mirada de mis ojos.

Luego veía surgir en aquel vasto círculo de admiradores á uno.... ¡miserable! el que fué elegido de mi corazón.... y desde aquel día la muerte de todas mis ilusiones y alegrías.

Luego la incertidumbre en que viví durante cinco meses, hasta que pude convencerme de la infamia del perjuro.

Después mi malhadado matrimonio y como consecuencia la desesperación y la muerte de mis padres. ¿Después? El abandono, la soledad, la vida sin alegrías ni encantos y esta sed de venganza que hoy por fin voy á saciar.

Cuando regresé á mi casa encontréme con la doncella de Marta.

Señora, me dijo en cuanto me vió. La señora se muere; acaba de llegar á palacio con el Dux mi señor, y los médicos han dicho que no hay esperanza alguna de salvarla.

No te diré los sentimientos que en aquel momento agitaron mi ser, pues yo misma no se esplicármelos. Mis afanes cesaron bien pronto, pues voy á vengarme.

¡Ah! veinte años de martirios no se olvidan nunca mi querida Enriqueta.

No es posible desconocer que tenía razón para odiar á aquel hombre, que por el solo placer de hacer mal la hiciera tan desgraciada. Más ella tenía gran parte en su desgracia, pues que en cuanto se vió abandonada del Dux y olvidada de aquellos que por el desprecio, casó con el marques de Alcibiani; quien arruinado á causa de sus excesos, no buscaba sino la dote de la joven, y luego en vez de tratar por la bondad y la ternura de apartar al que era su esposo, de la vida de crápula que llevaba, se alejó de él con horror, lo despreció.

Mas tarde Dios, queriendo mostrarle que no la abandonaba, envióle una niña, hermosa é inocente criatura que la hubiera salvado del dolor y abandono en que yacia. Pero nó, ella ve en aquella hija á la decendiente del despreciado esposo y la aleja de su lado cuanto le es posible, y allí donde hubiera podido encontrar impagables alegrías para ella, no es así y entrega á su pobre hija á manos mercenarias para que cuiden de su infancia la pobre criatura crece sin los besos amantes de su madre y sin sus dulces caricias y tiernos cuidados.

¡Pobre Enriqueta! ¡Pobre Aurora!

La una víctima, la otra extraviada.

Pasan los años y el corazón de la madre se enfría cada vez más... y más. ... sin que haya una mano cariñosa que ilumine su razón ofuscada, que caliente su corazón helado.

Aurora guardaba silencio después de las últimas palabras que pronunciara.

Su semblante pálido y contraido dejaba adivinar las borrascosas ideas que bullían en su cerebro.

Luego rompiendo su silencio dijo con alterada voz:

Acabemos.

Rafael me era indiferente, pero desde que he sabido cuanta antipatía guarda para mi en su pecho, han cambiado mis planes. Quiero que te cases con él porque así le tendré en mi poder y le veré doblegarse ante la que tanto odio.

Sí, eso quiero, y todo cuanto yo quiero lo consigo.

Enriqueta permanecía ante su madre, muda de indignación, el dolor paralizaba la voz en su garganta.

Por fin pudo esclamar: y tendreis valor, tú, mi madre, para sacrificarme así? Para hacerme desgraciada toda la vida por satisfacer tus odios? Me harias descender á semejante fango sin consideración alguna? ¡Oh! ni por un instante quiero pensar en semejante horror!....

—Me haces dar risa con los desatinos que dices; crees que me importa que quieras ó no obedecerme, si tengo la fuerza para obligarte?

—Y lo único que conseguirás con tus necios escrupulos, es ponerme fuera de mi y entonces de lo que ocurra no te quejes.

Al decir esto Aurora se había puesto de pie y sus ojos lanzaban rayos.

Enriqueta temblaba.

—Por compasión madre mia, balbució la joven juntando sus manos y pronta á caer de rodillas, no me impon....

—Basta, basta, gritó la inhumana madre; ni una palabra más y señalando la puerta, con ademán amenazador dijo: sal de aquí y no vuelvas á ponerte en mi presencia.

Enriqueta abandonó aquel aposento teniendo que apoyarse en las paredes para no caer.

En aquellos momentos, juzgábase la criatura más infeliz de la tierra.

—Parecíale que todo había concluido para ella en el mundo, y después de haber visto al desnudo el corazón de su madre, había deseado morir.

Maquinalmente encaminóse á sus habitaciones y al llegar á su alcoba hubiera caído si su doncella que en aquel momento pasaba por allí no la hubiera tomado en sus brazos al verla vacilar.

La marquesa después que salió su hija llamó á una doncella, dándole orden de no recibir à nadie que no fuera el Dux, pues para éste estaba siempre visible.

CAPÍTULO VI

Angustias

Enriqueta está gravemente enferma.

Su temperamento debil y su corazón sensible no han podido resistir las fuertes emociones que lo han conmovido.

¡Allí está! Tendida sobre su lecho sumida en un profundo letargo. Vanos han sido cuantos cuidados se le han prodigado. El desmayo no cede, y la vida de la joven está en peligro inminente, y este crece á medida que pasan las horas y no se prodigan á la enferma los cuidados de la ciencia.

Al declinar el día, el estado de la señorita Alcibiani se agravó visiblemente, por lo que la doncella muy alarmada, corrió á avisar á la marquesa lo que ocurría.

Que se llame un médico, ordenó, y permaneció encerrada en su habitación hasta que este se hubo presentado.

Cuando el facultativo se apercibió del grave estado de la enferma, hizo un movimiento de disgusto; luego examinándola atentamente, recetó algunos medicamentos y después de advertir á la madre del peligro que corría la vida de su hija, se retiró, prometiendo volver en las primeras horas de la mañana siguiente.

Llegó la noche.

Aurora seriamente alarmada por el pronóstico del médico, se instaló en el aposento de Enriqueta.

Sentada á la cabecera del lecho, recogía con mano trémula los cortinados que la ocultaban y fijaba constantemente ávidas miradas sobre el rostro de la enferma.

De pronto dejó caer la cortina, y en su semblante se pintó la expresión del más profundo espanto; toda temblorosa balbució á media voz y como si hablara consigo misma. ¡Ah! si no salva. Si su naturaleza aún no acos-

tumbrada á las luchas de esta vida no pudiera resistir tan violento golpe y sucumbiera! Horror... Sería yo la asesina de mi propia hija.... y quien me asegura no me asaltarían terribles remordimientos, y que su recuerdo no me dejaría vivir en paz, amargando aún más los días que me restan de vida.

Vaya, decia despues, como si quisiera tranquilizarse á si misma, que lúgubres ideas me asaltan esta noche.

Porque no ha de salvarse? Esperemos, esperemos agregaba pasándose las manos por la frente pálida y contraida.

A la mañana siguiente, el estado de Enriqueta pareció haberse reagravado.

Aurora esperaba con visible ansiedad la llegada del medico. Cuando este se presentó; la señorita de Alcibiani, casi incorporada en su lecho. con los cabellos en desorden y con los ojos inmensamente abíertos, llamaba á su madre en el paroxismo de su delirio.

La marquesa lloraba (No se sabe si de miedo ó de dolor). Doctor dijo al verle entrar. Decidme os lo suplico el verdadero estado de mi hija. Y por lo que mas ameis, en este mundo os pido que la salveis.

Ese es mi deber, señora marquesa, y cumpliré con él hasta donde mi oscura ciencia lo permita, respondió el facultativo y agregó. Si no teneis inconveniente llamaremos otro medico. Yo puedo indicaros el mejor de Venecia. El doctor X, que es el medico de Palacio.

Si. si... esclamó Aurora: Todo cuanto sea necesario para salvar á mi hija, hacedlo que será aceptado por mi y os lo agradeceré eternamente.

Pues bien, á las cinco de la tarde estaremos aqui. Adios. Señora Marquesa: Adios Doctor.

Aquel dia fué terrible para Aurora.

Prosternadada junto al lecho de su hija, escuchaba presa de espantosa congoja, las incoherentes palabras que brotaban de los calenturientos labios de la pobre enferma y cuando esta llamaba á su madre ora con voz dulce y suplicante ora con el acento de la mas profunda desesperación, ella respondía á los gritos de su hija con dulces palabras que esta no escuchaba.

En aquel momento entraba una criada trayendo la benefica poción que el médico recetara.

Una cucharada del liquido fué bastante para calmar el delirio de la enferma y sumirla en un sueño apacible y reparador.

La marquesa mas tranquila, pidió, recado de escribir y alli mismo sobre sus rodillas escribió al Dux la siguiente carta.

Amado Señor mio:

Con el corazón traspasado de dolor os escribo estas lineas, pues habeis de saber, que desde ayer mi hija se encuentra gravemente enferma. Estoy pasando señor momentos tan crueles que no sé de donde sacar valor para sobrellevarlos. Asi pues espero mi señor querais venir á infundir algun consuelo en medio de su aflición á vuestra fiel prometida= Aurora=

Presentóse nuevamente el medico proximamente á las dos de la tarde.

Hallábase Aurora en la habitación contígua á la que ocupaba Enriqueta, juzgando ser tranquila la completa inmovilidad de la enferma.

Cuando entró precedida del facultativo la respiración de la enferma, era tan debil que no se percibía. Mortal palidez habia sucedido al color rojo que cubría sus mejillas el dia anterior, dos círculos morados rodeaban sus ojos cerrados y undidos en las orbitas comunicando á aquel lindo rostro la espresión de la muerte.

Al verla así, Aurora no pudo contener un ahogado grito. Por piedad Doctor dijo, acercándose á este que se hallaba inclinado sobre el lecho de la jóven y la pulsaba.

Decidme la verdad, por espantosa que esta sea, pues la prefiero mil veces á la duda.

Señora, ayer y aun esta mañana abrigaba la esperanza de salvar á vuestra hija pues esperaba que cediera la fiebre, sin sobrevenir el ataque que se presenta ahora con los sintomas mas alarmantes.

Sin embargo no debemos desesperar mientras el corazón late en nuestro pecho, pero tampoco os hagais ilusiones que tengais luego que perder.

Aurora volvió al lado de su hija junto á cuyo lecho cayó de rodillas.

Fuertes sollozos desgarraban su pecho sin que una lágrima humedeciera sus abrazados párpados, y mil acerados puñales desgarraban su angustiado corazón.

El Dux y su hijo y más tarde la señora Evoli y Valentina acudieron al palacio de Alcibiani en busca de noticias de la enfermedad de Enriqueta.

También acudieron otra infinidad de amigas de la marquesa sin que ninguna acertara á esplicarse la causa de aquel repentino mal.

Valentina había acudido presurosa al lado de su querida amiga. Jamás hubiera pensado que tan grave fuera su estado y su corazón se conmovió dolorosamente al verla yaciendo en su lecho casi moribunda.

Aquella alma sensible y bondadosa no pudo contener el llanto que bañó su rostro ante aquel cuadro desconsalador.

Aurora permanecía insensible á cuanto la rodeaba y con la cabeza envuelta entre las ropas del lecho gemía dolorosamente. Al sentir que alguien lloraba junto á su hija, levantó la frente y fijó sus miradas en Valentina, luego en las demás personas que allí estaban y cuya presencia ella no había advertido.

Después con un sollozo convulsivo y desgarrador volvió á su anterior postura.

Todos los allí presentes sentíanse vivamente impresionados ante aquel dolor, aunque habían sido testigos de la frialdad de aquella madre para la dulce y bondadosa niña.

Lúgubre silencio reinaba en la habitación interrumpido á cortos intérvalos por los gemidos que se escapaban de los entreabiertos labios de la enferma.

Los dos médicos que la asistían se comprometieron á no separarse del lado de ésta hasta tanto no pasara el peligro ó acabara todo.

Las horas pasaban con desesperante lentitud para Aurora y Valentina, quienes no se apartaban un solo instante de la joven.

Era un día nublado y desapacible y le sucedió una

noche fría y lluviosa. La ciudad toda dormía silenciosa bajo las negras alas de la noche y de vez en cuando envueltos entre los roncos mugidos de las aguas y el viento llegaba á los oídos de las veladoras el eco de una triste barcarola que cantaba uno que otro arriesgado gondolero que surcaba el canal á aquellas horas.

A cada instante entraban los médicos y examinaban á la enferma, sin que al parecer nadie se advirtiera.

Pasó la noche, y llegó el nuevo día lleno de zozobras y angustias para la pobre Aurora y para los médicos que daban visibles muestras de disgusto.

Los insuficientes recursos con que en aquellos tiempos contaba la medicina eran ineficaces para combatir aquella grave enfermedad. Comprendiendolo así los sensatos facultativos, dijeron entre otras personas al Dux y á Valentina que si en las primeras doce horas no se operaba una reacción favorable no respondían de nada. Cuanto puede hacerse en estos casos se ha hecho, pero sin resultado satisfactorio; así pues, continuó el doctor H, solo Dios con su infinita sabiduría y poder, puede salvar de la muerte esta vida que se nos escapa apesar nuestro. Nada más puedo deciros sino que confiemos en la Divina Providencia.

Todos los semblantes estaban taciturnos y pesarosos. No había una dama de cuantas allí estaban que no tuviera sus ojos empañados por las lágrimas, pues, quien dejaría de querer á aquella niña tan pura y tan buena que parecía decir en sus miradas á cuantos conocía. Amadme, amadme todos como yo os amo á todos vosotros.

Las horas proseguían siempre infatigable su interminable marcha, pero la anhelada reacción no se producía.

Serían las diez de la mañana.

Valentina arrodillada ante una sagrada imágen invocaba al Señor para que salvase aquella existencia que estaba en el dintel que separa la vida del ignorado más allá.

Aurora se puso en pié para dar á su hija la medicina que tomaba por horas. Valentina acudió presurosa junto á su amiga y sostuvo su cabeza mientras la marquesa vertía la poción en los entreabiertos labios de su hija.

Con espantosa anciedad observaba Aurora mientras la enferma parecía tragar el líquido.

Después de corto instante de dolorosa incertidumbre vió con indecible espanto que el remedio no pasaba de la garganta!! Se inclinó sobre el rostro de su hija y escuchó.... Luego retrocedió un paso poseida de pavor. Su hija no suspiraba. Su hija estaba muerta!

Valentina corrió en busca de los médicos que en aquel momento habían bajado al jardín para despejar su cerebro debilitado por el insomnio.

Rafael que vió pasar á Valentina con las manos estendidas y el semblante lívido, se precipitó en la habitación de Enriqueta, previendo una catástrofe.

Un espectáculo espantoso se presentó á su vista. La marquesa con la cabeza caída hacia atras, las manos estendidas y fijas las miradas en el lecho de su hija devoraba en silencio aquel lúgubre cuadro.

La palidez de Enriqueta se había vuelto cadavérica, sus labios lo mismo que los párpados y las uñas estaban morados.

Aurora se dejó ir hasta la puerta buscando en que apoyarse y caminando siempre de espaldas salió del aposento pronunciando en medio de suspiros que más bien parecían rugidos. Mi hija, asesina, asesina, he muerto á mi hija.

Rafael escuchó aquellas terribles palabras, pues estaba parado delante de la puerta por donde salió la marquesa.

—¡Mónstruo! esclama el joven, sintiendo acudir á sus ojos lágrimas de dolor é indignación, pues al escuchar las palabras de Aurora, algo como un rayo de luz penetró en su cerebro haciéndole ver la causa de aquella enfermedad que á todos sorprendía.

Todo esto duró solo unos instantes. Ya los médicos habían acudido junto á la enferma.

En cuanto á la marquesa no alcanzó á dar veinte pasos y cayó desmayada antes que nadie tuviera tiempo de sostenerla.

Un momento después de volver en sí la Marqueza entró el doctor H. en el salón.

Todos los allí presentes le rodearon con ansiedad. La

Marqueza le interrogó con un gesto no atreviéndose á hablar.

¡Vive! fué lo único que respondió el interpelado.

La infeliz madre estaba inconsolable apesar de cuanto hacían todos por calmar su aflicción.

El doctor H. compadecido de aquel dolor, se sentó al lado de la Marqueza y con acento dulce y grave—Señora le dijo, esas lágrimas y esa desesperación sientan muy mal en vos, pués en medio de vuestra desgracia podeis consideraros feliz, y voy á deciros por que.

En los veinte años que llevo ejerciendo la medicina he visto muchos casos como el de que hoy se trata; pués bien, ninguno á vivido lo que ella, después de atacados.

Os he dicho que aún vive, y aunque su vida es como la vacilante luz de una bujía que con un soplido se apaga, aún así, debeis esperar y rogar á Aquel que todo lo puede y es dueño de nuestras vidas para que salve esta que os es tan querida.

Orad señora, que la oración es, dijo el piadoso galeno, el sostén de las almas cristianas.

Pero que había de orar aquella que solo pensaba en su venganza y en su ódio. Ella nunca rezaba, lo había olvidado.

Aurora volvió al aposento de su hija. Allí estaba Valentina. Tenía entre las suyas una mano de su amiga y de vez en cuando secábale con su pañuelo la húmeda frente.

La terrible crisis había pasado y se notaba ya alguna mejoría, sin embargo el peligro era aún muy grande y nada podía asegurarle su salvación.

Valentina se instaló definitivamente en el palacio Alcibiani para ayudar á Aurora en la asistencia de Enriqueta, pués desde el primer instante comprendió que en aquellos momentos no eran lágrimas y lamentos los que requería la enferma, sino muchos cuidados y fervientes plegarias para poder arrancar de los brazos de lo más impacable de las divinidades, aquella existencia que se extinguía.

Así pués, con la nobleza de sentimientos que la ca-

racterizaban, cuidó de la joven con infinita ternura y gran acierto.

Nada le importaba tener que pasar las noches en vela ni los sobresaltos y ansiedades por que tuviera que pasar, según las alternativas que experimentaba la enfermedad de su amiga, de quien, con la abnegación de la verdadera cristiana y de la mujer bondadosa, cuidó como si fuera su propia hermana.

Aún por espacio de muchos días continuó siendo grave el estado de la señorita de Alcibiani, solo después de una lucha de veinte días los médicos anunciaron que la enferma habia entrado en el período de convalecencia.

Más ¡ay! quedó tan débil é imposibilitada como un niño.

Quebrantada, física y moralmente, no era capaz de dar un solo paso ni sostener las más sencilla conversación.

Muy lentamente, fué recobrando las fuerzas, pero lo que no recobraba era aquella expresión infantil que se advertía en su semblante y que tanto cautivaba á cuantos trataron aquella niña.

¡Pobre Enriqueta! Cuanto la había cambiado aquella terrible enfermedad.

No se la veía ya sonreir á cada instante, y permanecía horas enteras con los ojos cerrados y muda como una estátua.

Algunas veces veiánla llevar una mano á su frente y concentrar su pensamiento en una idea fija que de contínuo parecia preocuparla.

Otras, clavaba sus miradas en su madre con una insistencia arto intranquilizadora para esta, como si quisiera recordar algo que pasara por su mente como la vaga visión de un sueño, luego entornaba nuevamente los ojos lanzando un gemido sordo y doloroso.

Para Aurora aquellos días que duró la convalecencia de Enriqueta, fueron siglos de mortal angustia.

No cesaba de pensar ni un instante en su difícil situación.

Ahora decía no piensa ni recuerda quizás nada, pero dentro de algunos días sus ideas serán más claras, y

entonces aprovechando su estado y haciendo un arma de su debilidad, me pedirá que desista de mis proyectos así pués debo evitar toda ocasión de quedar á solas con ella.

Después de un momento de pausa prosiguió en alta voz su soliloquio.

Presiento dijo: que ese ódio á Rafael sospecha algo: varias veces, y cuando más desesperada estaba, he visto fija en mi la escudriñadora y severa mirada de ese intruso, y esto hace que le odie cada vez más y más.

Como se ve por estas palabras, la Marqueza en medio de su espanto y estravío, no se apercibió de la presencia de su futuro hijastro, en los momentos en que ella pronunciara aquellas comprometedoras palabras que hicieron vislumbrar al joven, cual era la causa de que su buena amiguita hubiera estado á punto de atravesar el sombrío dintel de aquella puerta, tras de la cual habita la muerte.

CAPITULO VII

La Boda

Durante los largos días de su convalecencia, Enriqueta era conducida desde el lecho á un pequeño saloncito cuyas paredes estaban tapizadas de brocato azul y de las puertas y ventanas pendían ricos cortinados de color plateado.

El vivo fuego que ardía en la chimenea y los templados rayos del sol de otoño, mantenían al aposento en una agradable temperatura.

Era aquella la habitación más alegre y confortable de la casa.

Más para Enriqueta nada tenía encantos, y permanecía sentada en un cómodo sillón, los ojos cerrados y sumida en una dulce quietud; nada la distraía ni se daba cuenta de lo que pasaba á su alrededor.

Aurora había recobrado tranquilidad absoluta respecto al estado de salud de su hija. Los médicos se habian retirado ya dejando al tiempo el cuidado de volver á la convaleciente á su antiguo estado.

El otoño había pasado ya y los primeros fríos del invierno comenzaban á sentirse.

La boda del Dux con la Marqueza se anunciaba para fines de Diciembre: los preparativos se hacían con la mayor rapidez sin que se hubiera dicho una sola palabra á Enriqueta temiendo ocasionarle una emoción perjudicial en su delicado estado.

Una mañana se hallaba la joven menos taciturna que habitualmente y Aurora aprovechó esta ocasión para hacerle saber el día ya fijado en que debía celebrarse su boda.

La joven escuchaba las palabras de su madre con los ojos ligeramente entornados.

Cuando esta cesó de hablar y viendo que Enriqueta permanecía silenciosa, la dijo con melifluo acento.

Dime hija mía si esto te disgusta, pués si así fuera desistiría de mi proyecto, pués mi mayor deseo es evitarte cualquier pesar.

Querida mamá, dijo la pobre niña, no queriendo ser menos generosa que esta y dispuesta á sufrir con resignación la contrariedad que le causaría el enevitable paso que su madre iba á dar. Nada de lo que tú hagas puede disgustarme, pero me encuentro tan débil que creo no podría dar un paso sin caer.

Pués bien, hija mía, esperemos unos días más hasta que recobres algunas fuerzas y al decir esto, dejó su asiento sin poder disimular un marcado gesto de contrariedad.



Como todos los acontecimientos de esta vida, ya sean para nosotros motivos de pesar ó de contento, llegan al fin, también llegó para la señorita de Alcibiani el día de la prueba.

Era el veinte de Enero.

A las doce y media de aquel día, fueron recibidos en el palacio Ducal la señorita y sesenta senadores, de allí se dirigieron á la plaza de San Márcos pasando la comitiva por debajo de magníficos arcos en los cuales se ostentaban las pinturas más espléndidas y los adornos más lujosos.

Luego que se hubieron trasladado á la laguna, se embarcaron en el Bucintón y se dirigieron hacia el palacio Alcibiani donde los esperaba la Marqueza rodeada de sus numerosas amigas y ataviada con la magnífica vestidura Ducal.

Consistía este traje en una larga túnica de brocato blanco cubierta por un traje de tela de oro con anchas mangas y rodeado todo de perlas y piedras preciosas: caíale de la cabeza cubriéndole los hombros un blanco velo de candia fijado en el artístico peinado por una diadema de oro y perlas.

Aquel espléndido traje que la Marqueza llevaba con gentil magestad y soltura, realzaba de un modo admirable la mágica belleza de la novia revelando en ella á la mujer de noble estirpe.

En cuanto llegó la comitiva á la suntuosa morada de Aurora, salió ella á recibirla y después de los saludos y demás ceremoniales hiciéronla jurar la obediencia capitular.

Aquel día fué de grandes regocijos y festejos para el pueblo veneciano. Se verificó la regata de costumbre en el gran canal á la que acudieron barcas y góndolas profusamente adornadas con terciopelos y telas de oro y plata, que esparcían brillantes resplandores al ser heridas por los rayos del sol.

Aquella alegre muchedumbre surcaba las aguas al son de pífanos, cítaras y violas y en medio de cantos y vivas á los prometidos no podría imaginarse un cuadro más animado y bullicioso.

A cierta hora del día, la gran comitiva del Dux se dirigió á la Iglesia de San Marcos haciendo aquel trayecto por debajo de arcos triunfales que se habían levantado en todo el camino que debía recorrer los des-

posados. Llegaron á la plaza la cual había sido alfombrada de raso blanco; descendieron todos allí en admirable orden, primero los maceros y la música, luego las artes, enseguida los hombres más respetables por su edad y gerarquía, vestían largos trajes de terciopelo negro y capas venecianas de damasco blanco.

Después seguian los trompeteros y escuderos del Dux, venían luego más de doscientos cincuenta mujeres vestidas de demasco y de tabí blanco, llevando collares de perlas y magníficas joyas de gran valor, seguían á éstas sus esposas que llevaban el cabello suelto y entretejidos con oro y perlas; luego veintiuna matronas vestidas de raso negro con sobrevertas de damasco color de rosa y velo del mismo color bordados de perlas negras.

Seguían á éstas los senadores el canciller y los parientes del Dux entre los que iba Rafael ricamente vestido á lo ducal y finalmente aparecía Aurora pálida de emoción y de alegría. Un mandatario sostenía los extremos de su regio manto. Muchos caballeros, senadores y damas formaban su inmenso cortejo.

Junto á la marqueza iba Enriqueta marchando á menudos pasos y sosteniendo entre sus manos un hermoso ramo de blancos lirios.

Ataviada con un rico traje de terciopelo de color carmesí adornado de fino tisú de oro, corpiño rameado de perlas y abrochado por delante con gruesos rubíes; en el cuello rosarios de piedras preciosas obsequio del Dux y de su esposa en aquel día,

¡Pobre Enriqueta! Cuán bella estaba en su palidez y blancura alabastrina; aunque algo enflaquecida aún por la pasada enfermedad aquel día estaba divina.

Penetraron todas las personas de la comitiva en la Iglesía de San Marcos donde se entonó un himno gratulatorio; después del cual la Marqueza prestó nuevo juramento y acto contínuo, siendo ya la esposa del Dux subió la escalera Toscana y recorrió el palacio elogiando y admirando las innumerables maravillas que encerraba la regia mansión.

Asi que la hubo recorrido todas las habitaciones, llegó á la gran sala y fué á tomar asiento en el trono ducal

donde la rodearon los principales personajes del Estado, quienes estaban encantados con la nueva esposa de su señor y no cesaban de alabar su buena elección.

Por fin la noche tendió sobre la alegre ciudad su denso y negro capúz sembrado de infinidad de astros de plateada luz sobresaliendo entre ellos por su argentada claridad y pálidos reflejos la reina luminosa de la noche.

A aquella hora el palacio, se iluminó por completo y trescientos hombres recorrieron la plaza llevando cada uno de ellos una fuente de maciza plata cargada de dulces y confituras y acompañados de cien niños con vistosos vestidos de seda blanca: llevaban éstos teas encendidas lo que daba un aspecto mágico á aquella gran comitiva.

Después de dar una vuelta en derredor de la plaza donde el pueblo entusiasmado se había reunido, volvieron á palacio y dirijiéndose á la gran sala ducal ofrecieron dulces y confites á las personas que formaban el cortejo de Aurora.

Enriqueta sentada cerca de esta contemplabala radiante de felicidad, sentada sobre aquel trono y en medio de toda aquella muchedumbre que se disputaba el honor de recibir una palabra de sus labios.

Embebida en esta contemplación, no había reparado en la presencia de un gallardo caballero que no cesaba un solo instante de mirarla con estático embeleso.

Era él un joven alto y bizarro, sus rubios y sedosos cabellos caían en largos risos sobre sus hombros haciendo marco á un semblante de varonil belleza. Vestía traje de terciopelo negro, capa forrada de armiño y gorra de terciopelo del mismo color del traje con cordones de oro y plumaje blanco; contaría á lo sumo veinticinco años.

En ese momento pasó por delante del joven un pajecillo cargado con una gran bandeja llena de esquisitos dulces.

—Mira chiquillo, le dijo cédeme por un instante tu bandeja; voy á obsequiar á aquella dama y te la devolveré al momento.

—Está á vuestra disposición contestó el galante pajecillo.

Tomóla el joven y se acercó á Enriqueta quien en ese instante volvía la vista hacia él. Con secreta emoción vió la jovencita acercarse á aquel caballero á quien no viera hasta aquel momento y hacia el cual se sintió atraída por una corriente de misteriosa simpatía.

Con incomparable apostura y elegancia ofreció á la señorita de Alcibiani el contenido de su bandeja. Tomó la joven una pasta almendrada y dióle las gracias.

—Tengo el mismo gusto que vos, señorita dijo el caballero tomando á su vez otra pasta de almendras y devolviendo luego la bandeja al pajecillo.

—Os gusta las almendras interrogó Enriqueta fijando sus hermosos ojos en el arrogante joven.

—Mucho, y de hoy en adelante me gustará mil veces más.

—¿Y por qué? interrogó ella casi sin levantar la vista.

El nada contestó, pero fijó en su interlocutora una de aquellas miradas que dicen más que un torrente de palabras, y asi permanecieron por un momento silenciosos.

Pero el joven deseando aprovechar aquella ocasión de establecer conocimiento con aquella hermosa joven, siguió hablando de cosas triviales hasta llegar á un animado diálago.

Ella sentía grandes deseos de saber quien era aquel caballero con el cual acababa de tener un rato de amena conversación.

Una circunstancia imprevista vino á sacarla de su natural curiosidad.

Eran ya cerca de las siete de la noche hora en que debía ser servida la cena con que el Dux obsequiaba á la concurrencia.

En la sala del trono empezaba á notarse gran animación. Los caballeros ofrecían su mano á las damas para conducirlas al suntuoso comedor.

En aquel momento en que Enriqueta hablaba con su galán desconocido, acertó á pasar por el sitio á donde

ellos estaban, Rafael, el cual aunque de mala voluntad se había visto obligado á asistir á aquella boda.

Al ver á Enriqueta se detuvo y dirigiéndose al caballero que la acompañaba, ¡ola!, esclamó ¿Vos aquí señor conde?

El llamado conde se puso de pie y ambos se estrecharon la mano.

—¿Por lo visto conversáis con mi buena hermanita?

—En efecto he tenido el honor de hablar con esta señorita, pero ignoraba que fuera vuestra hermana.

—Es hija de mi madrastra.

—¡Ah!

Y volviéndose á Enriqueta.

—Querida mía: el señor conde Edmundo de Miramar la señorita de Alcibiani.

—Ella alargó al joven su blanca mano sobre la cual el imprimió un respetuoso beso.

Sonó entonces la primera campanada de las siete en la Torre del Reloj.

El Dux ofreció la mano á su esposa y seguidos de sus invitados encamináronse al comedor.

Después de la cena empezó el baile el que duró hasta el día siguiente y durante muchos más siguieron espléndidas fiestas.

Enriqueta no supo jamás como acabó aquella feliz noche. Quedóle solo el recuerdo de aquellas dulces horas que pasaron junto al hombre que no olvidaría jamás.

Cuando una semana después de celebrada la boda volvió todo al orden de siempre cesando la fiesta y el bullicio, Aurora feliz por ver próxima á cumplirse su venganza solicitó de su esposo una entrevista que le fué concedida para las diez de la noche hora en que ya muy poco quedaba que hacer á su ilustre esposo.

La noche estaba clara y apacible, pero se dejaba sentir un frío intensícimo.

Paulatinamente fueron apagándose los voces y los diferentes ruídos que animaban el suntuoso palacio.

Aurora había despedido á sus doncellas y sola en un pequeño saloncito de sus habitaciones esperaba anciosa la llegada de su esposo.

Sentada junto al vivo fuego que templaba el aire del aposento y envuelta en un largo ropaje de terciopelo blanco sobre el cual llevaba un manto blanco de piel de armiño estaba Aurora pensando lo que iba á decir á su víctima en aquella helada noche de Enero, sola, con sus recuerdos de quince años y sus esperanzas pronto á realizarse.

Vibró en el aire la última campanada de las diez.

Aurora sintió toda su sangre afluir á su rostro, luego.... al mirar su imagen en un espejo vió su rostro pálido como de una muerta!....

En aquel momento sonaron unos golpecitos en la puerta y una mano levantó el pesado cortinado que la cubría, dando paso al ilustre y tímido Dux de Venecia Don Enrique Dandolo.

Aurora disimulando cuanto le fué posible la violenta emoción que la dominaba ofreció á su esposo un asiento junto á ella.

El Dux depositó un beso en la frente de su esposa sintiéndola ardiente, por lo cual dijo tomándole una mano con cariño.

—Durante estos últimos días querida esposa he notado que no te hallas en tu estado habitual; ¿por qué estás triste y taciturna? ¿por qué arde ahora tu frente y tus manos cual si te devorara intensa fiebre?

—Sentaos y os lo diré dijo Aurora, con temblorosa voz.

El Dux obedeció:

—¿Señor, antes de responderos quisiera haceros una pregunta? ¿Me lo permitis?

—Haz cuantas quieras esposa mía, que pronto estoy á responderte.

Há tiempo empezó Aurora, contáronme una anécdota respecto á vos y quisiera saber si cuanto se me dijo en aquella ocasión fué verdad.

—¿Qué fué ello Aurora?

—Escuchad; Decían que un cierto día se os confió un secreto del cual estaba pendiente la felicidad y el honor de un caballero, no tendríais entonces más de veinte años, los enemigos de aquel se apoderaron de

vos (yo no sé como) y os hicieron elegir entre la muerte ó la confesión de aquel terrible secreto ofreciendoos al mismo tiempo papel y tinta para que firmaráis lo que hubieras declarado.

Al haceros aquella proposición se dice que respondistéis. Cuando he empeñado mi palabra, antes de faltar á ella me arrancaría la lengua y si esto no fuera suficiente cortaría mis manos, y si aún no bastara me arrancaría el corazón.

Entonces uno de los hombres que os había hecho prisionero, se acercó á vos con la espada desnuda y os dijo: ¿Habéis pensado en que váis á perder la vida ahora mismo?

—Decid si habéis dicho vuestra última palabra.

—Entre perder el honor ó perder la vida, ved cual elijo, dijistéis al mismo tiempo que desgarrabáis vuestra ropa presentando el pecho desnudo al que iba á hacer de verdugo.

Un grito de admiración se escapó del pecho de aquellos hombres é inmediatamente fuistéis puesto en libertad después de haber dado vuestra palabra de no acordarse más de aquel secuestro y de dejar impunes á los autores del él.

—Todo eso es la más pura verdad Aurora, pero no acierto á explicarme porque ahora queréis cercioraros de una cosa que hace veinticinco años sucedió.

Porque quisiera saber si lo que entonces hicisteis lo hariais ahora. Es decir, si moririais antes de faltar á vuestra palabra.

Con solo ponerlo en duda me ofendes querida mía; bien sabeis que jamás he faltado á lo que solemnemente prometí.

Una sonrisa llena de ironía crispó los lábios de Aurora y continuó.

Pués bien; juradme señor, por vuestro honor que os diga lo que os diga y por más terribles que sean las palabras que salgan de mis lábios, no os vengareis de mí ni me molestareis en lo más mínimo.

¡Aurora! Aurora! exclamó el Dux vivamente emocionado! ¿Que palabras tan terribles pueden dirigirme vues-

tros lábios para haceros temer mi cólera y mi venganza?

Seguiré vuestro ejemplo señor, es mi última palabra, ó jurais lo que os pido y hablo ó no jurais y quedamos como antes.

Había tal resolución en el acento con que Aurora pronunció aquellas palabras que el Dux renunció á insistir más y pensó? Que puede decirme que exite mi cólera hasta el extremo de que pueda perdonarla, si la amo tanto?; si cuantas palabras salen de sus lábios son para mí dulces y meliodosas. ¿Qué puedo temer? No, yo no quiero estar en esta incertidumbre: se puso de pie y doblando una rodilla ante su esposa dijo:

Dictad el juramento que debo hacer, estoy pronto á obedeceros.

Un destello de pérfida alegría cruzó por las pupilas de Aurora y con firme acento exclamó:

Juradme que diga lo que os diga y por mas terribles que sean mis palabras no os vengareis de mí, ni me molestareis en lo más mínimo.

El Dux puso una mano sobre su corazón y levantando los ojos al cielo dijo:

Juro que accedo á lo que pides y lo juro por todo aquello que más sagrado hay para el hombre por Dios y por la corona que ha colocado en sus sienes!

Ahora sentaos y escuchad dijo Aurora.

Figuraos señor que anoche tuve una terrible pesadilla: soñé con el pasado, cuando aún no había cumplido quince años y todavía era feliz. Veía en mis sueños á mis amados padres, escuchaba sus alegres risas y sus dulces palabras, veía mi lujoso palacio de verano con sus frondosos jardines y sus gigantescos árboles donde infinidad de avecillas escondían sus nidos y lanzaban al aire sus alegres gorgeos. Todo en mis sueños me recordaba mis alegrías; y mis inocentes placeres.

Veíame rodeada de mis amigas y amigos de los cuales jóvenes, viejos, ricos, hermosos y feos todos se disputaban mi amor como en un campo de batalla se disputa el soldado un glorioso pendón.

Yo á nadie amaba por que aún mi corazón no había

despertado: dormía el envidiable y corto sueño de la felicidad y la inocencia.

Pero Aurora, dijo el Dux con impaciencia ¿Porqué te empeñas en contarme ese sueño ahora?

Escuchad, escuchad señor Dux, viene ahora lo más interesante.

Como iba diciendo mi corazón dormía pero ¡Ay! al fin despertó como dispiertan todos más tarde ó más temprano! Pobre corazón mío! cuanto mal te hicieron. Por quien diste tu primer latido? ¡Ah! tú creias que era un ángel, pero tú te engañasteis como te engañas siempre, pués aquel hombre era como Luzbel cara de ángel con alma de demonio. Pero que loca soy señor Dux, parece mentira que un sueño haya hecho tanta impresión en una mujer como yo.

Sabeis ahora por que mi frente y mis manos andan cual si me devorara intensa fiebre.

El Dux empezaba ya á perder la paciencia. Ya que se á que causa tan nímia obedece tu malestar permitireis que me retire.

No señor, dijo Aurora, teneis que oir hasta el fin de mi sueño.

Pués bién, no quiero oirlo, exclamó el Dux con un ademán de cólera.

¿Qué habeis dicho? acordaos de vuestro juramento, y volved á sentaros dijo Aurora inclinando el cuerpo hacia adelante y señalando al Dux el asiento que acababa de dejar.

El león quedó vencido. Sin fuerzas para contenerse en pie, dejóse caer sobre su asiento oprimiéndose el pecho con ambas manos presintiendo la catástrofe que amenazaba herirle.

La despiadada mujer prosiguió así:

Aquel amor que nació en mi pecho haciéndome la mujer más feliz de la creación, no fué por parte del miserable que lo inspiró, nada más que un simple pasatiempo y ví en mi sueño, señor como se burlaba de mi desdicha y cual pronto me olvidaba en brazos de mi rival.

Dejad al menos la farsa á un lado y decidme que es vuestra propia historia la que estais contándome.

¡Ah! eso era lo que yo deseaba y os doy las gracias, pués que me habeis complacido tan pronto, y continuó.

Bien, hablemos pués de vos y de mí--Aurora, balbució el Dux con débil acento, por piedad no me martiriceis con tu cólera. Vengate de mí, matame si quieres pero evitaros el suplicio de oir tus recriminaciones.

¡Ah! Cobarde, cobarde, sois como todos señor Dux. En aras de nuestras mesquinas aspiraciones haceis beber hasta los haces el cáliz de la amargura, más, cuando recibió el golpe que vosotros habeis dado los primeros sobre una frente inocente, entonces retrocedeis como culebras. ¡Ay! cuán miserable sois y cuanto os desprecio. Aurora, Aurora, gimió el Dux abrumado por el dolor de ver tan pronto desvanecidos sus sueños de felicidad, muertos hoy quizá para siempre por una mano alevosa que solo anhela venganza.

No me hagas ver el negro abismo de tu alma, dejadme creer todavía que no eres del todo despiadada— Basta te lo pido.

Tenme un poco de lástima siquiera por que te amo tanto.

Lo mismo decías veinte años há y entonces mentiais como quizás mintais hoy.

Nó, nó, nó, gritó el Dux, te amó Aurora, te amó, tú estás seguro de ello? por qué lo niegas? no me hagas sufrir más te lo suplico en nombre de lo que sea más sagrado para tí.

Oyeme Aurora, óyeme; continuó con mayor vehemencia, dando á sus palabras una expresión de inmensa dulzura: yo te amo, te lo juro. Perdóname y yo te prometo con mi amor y mis desvelos, con mi ternura y mis cuidados hacerte olvidar el mal que te hice. Yo sé que este amor sin límites que has hecho nacer dentro de mi pecho es mi castigo, es la expiación de mi falta.

¿Y qué me importa ese amor exclamó Aurora, hoy que mis cabellos empiezan á blanquear, hoy que mis mejillas están ajadas por la mano del dolor, hoy que mi frente

ha perdido su frescura y mis lábios han olvidado sus sonrisas á fuerza de sufrir?

Sí, si soy un miserable exclamó la pobre víctima pero muéstrate generosa y perdóname; mira, te lo pido de rodillas, y al decir esto Enrique Dandolo, el temido, el león en las batallas, el bravo y activo señor del poderoso reino del Adriático cayó de rodillas á los piés de aquella mujer.

Aurora escuchaba impasible las palabras del esposo humillado; ni el menor vestigio de piedad quedaba en aquel corazón helado, á no ser así hubiera perdonado á aquel hombre humillado y vencido que tan duramente espiaba su falta.

Al escuchar las últimas palabras de su esposo, Aurora fijó en él una dura mirada y exclamó:

¡¡Yó no perdono!! y al decir esto púsose de pie.

Enrique la imitó y cruzándose los brazos delante de su esposa exclamó con acento vibrante de ira y de dolor. ¿Qué clase de mujer sois vos? Que teneis dentro de ese pecho y qué dentro de esa cabeza: lodo, cieno, lava, fuego!

No lo sé, dijo Aurora y sin escuchar más cruzó la habitación con magestuoso paso.

Enrique Dandolo creyó que la tierra se abría bajo sus piés y el mundo entero se conmovia ante su acerba pena.

¡Adios! balbuceó el desventurado esposo: Adios para siempre mis dulces esperanzas y mis dorados sueños. ¡Ay! y que no pueda odiarla ó á lo menos olvidarla......

Pero no, es imposible, este amor es inestinguible, solo terminará con mi existencia.

¡Dios mío, Dios mío! imploró, envíame tu auxilio para que no me falte el valor y la resignación. ¡Pobre de mí! dijo y cayó desplomado sobre su asiento cubriéndose el semblante con ambas manos. . . . . .

Y la mañana del siguiente día, le sorprendió así, con las manos húmedas aún de sus lágrimas.

El fuego se había extinguido y se dejaba sentir un frío insoportable. El Dux temblaba de pie á cabeza y sus dientes castañetaban dolorosamente.

Deseando que nadie le viera en aquel estado encaminóse á sus habitaciones antes de que su servidumbre hubiera abandonado el lecho.

Quebrantado por completo no tenía ánimo para nada; sentía la cabeza dolorida y las sienes le latían fuertemente.

Vertió agua fresca en una jofaina y bañó su rostro sintiéndose luego algo aliviado.

En aquel momento sonaron las sèis en la torre del reloj.

Todavía es temprano, se dijo, hasta las nueve que vendrán á despertarme puedo descansar tres horas.

Quiero aparecer completamente tranquilo así ante ella como ante todos mis cortesanos, y añadió con altivez.

Creo que si alguien se apercibiera de mis quebrantos me faltaría valor para vivir.

Con sus propias manos despojóse de sus ropas metiéndose despúés en el lecho.

A las nueve cuando vinieron á despertarle, levantóse con presteza sin que nadie pudiera advertir en su semblante la más mínima huella del sufrimiento que laceraba su corazón.

Momentos después aparecía en el gran salón con el tranquilo semblante de siempre empezando sus tareas como de costumbre.

Cuando á las doce del día penetró en el comedor para el almuerzo, Aurora y su hija ya estaban allí.

La primera se levantó como siempre para recibir á su esposo.

Buenos días señor, le dijo, y acercándose al Dux le presentó la parte donde el fingió estampar sus lábios pero en realidad ni alcanzó á rozarlos.

No quiero, dijo el Dux á media voz, imponeros el tormento de recibir mis besos.

—Ya sabeis señor (esclamó Aurora como respuesta á las palabras del Dux) que ante el mundo seremos lo que hasta aquí hemos sido; vuestra dignidad misma así lo exige.

—No necesito que me hagais esa advertencia señora, yo se cumplir con mi deber.

Estas palabras fueron cambiadas en vóz tan baja que no pudieron ser oídas por ninguna de las personas allí presentes.

El Dux dijo que no se sentía bien y casi no probó bocado.

Para todos pasó desapercibido el resultado de la entrevista del Dux y su esposa, menos para Enriqueta que no cesaba de observar á los esposos.

Notó algo anormal en las relaciones de estos y con aquel don de doble vista que poseía, comprendió que la venganza de Aurora había empezado ya.

CAPÍTULO VIII

El suplicio

Enriqueta se hallaba en el palacio más triste y aislada que nunca.

Rafael dejó de vivir allí tan pronto se realizó la boda de su padre, pues no quería habitar bajo el mismo techo que su madrastra.

Sentía hacia ella una invencible antipatía, la que con su carácter franco y su innata nobleza, le era imposible disimular.

Todos estos desprecios del mansebo iban á herir como emponzoñado dardo el corazón de la madrastra, lo que contribuía á aumentar el odio que contra él sentía.

Solo faltaban seis meses para que Rafael Dandolo llegara á la mayor edad, acontecimiento que este esperaba para pedir la mano de Valentina.

El Dux no desmayaba en su empeño de conseguir reconquistar el amor de su esposa, sin el cual se convencía más y más cada día, le era insoportable la vida, y para conseguir lo que anhelaba hacía cuanto estaba de su parte para complacerla y halagarla.

Después de aquella noche fatal tuvo la atención de hacer arreglar para Enriqueta las habitaciones más ale-

gres del palacio, pues según dijo él, dábale pena ver aquella cara siempre pesarosa y macilenta, ingeniándose por todos los medios posibles para que ella recobrara la perdida alegría.

Una mañana fría y lluviosa del mes de Febrero estaba Enriqueta levantada desde muy temprano y cómodamente arrellenada en un sillón colocado adelante de la ventana, á traves de cuyos cristales contemplaba la joven el triste afecto de cuanto tenía ante su vista.

A lo lejos distinguía los corpulentos arboles despojados de su follage, pareciéndole con sus tortuosas y largas ramas, esqueletos levantados de sus tumbas para aparecer ante ella en toda su fealdad y desnudez.

Gruesos nubarrones cubrían el sol pálido y sin vigor que alumbraba por momentos volviendo después á envolverse entre negros vendales de crespón.

Enriqueta se hallaba aquella mañana más abatida que nunca. Pensaba con secreto pesar en aquel joven conde tan hermoso, cuyos modales, porte distinguido y gallardo, la había cautivado desde el instante que apareciera ante su vista por la primera vez.

Veo se decía que lo que yo había concebido en mi mente, no era sino una ilusión que voló en alas del viento dejándome ver la realidad amarga.

¡Ah! decía, cuanto diera por tener en la soledad y abandono en que vivo un corazón que latiera por mí, que fuera todo mio, para consagrarle toda la ternura que rebosa de mi ser y compartir con el mis penas y mis alegrías.

Pero estoy sola, sola con mis tristezas sin tener siquiera una mano amiga que enjugue mis lágrimas.....

En aquel momento una fuerte ráfaga de viento cruzó el espacio y gruesos copos de nieve comenzaron á caer, cubriéndolo todo lo que alcanzaba á divisar desde su observatorio. En medio del desaliento que de ella se había apoderado parecíale que aquel glacial manto de hielo que caía sobre la tierra la envolvía en su lúgubre frialdad.

Y para complemento de aquel triste cuadro vió entrar á su madre fría y altanera como siempre.

Parece imposible dijo Aurora al acercarse á su hija, que una niña de tu edad y posición quiera entregarse así al abandono y la indiferencia en que tu vives.

Siempre callada é insensible á cuanto te rodea, pasas las horas y los días entregada á esa negra melancolía que te consume. Te asemejas más á una fría estátua que á una joven que penetra recien en los floridos vergeles de la juventud, donde por lo general solo existen para nosotros sonrisas y placeres.

¡Pobre Enriqueta! Infeliz criatura oprimida bajo el yugo de aquella madre inhumana, que quería sacrificarla sin piedad á sus propios intereses, más ¡ay! á que intereses tan bajos y mezquinos.

Con la hermosa cabeza inclinada sobre el pecho, abrumada por el quebranto de su cuerpo y de su espíritu, escuchaba las irritadas frases de su madre.

—Perdona madre mia, murmuró Enriqueta con humilde acento, las faltas que hacia tí cometo, debidas no á mi poca voluntad por complacerte, sino á la debilidad de mi carácter.

Pero tu sabes, agregó, cuanto diera yo por complacerte en todo y verte feliz. Dí lo que quieras de mi y me verás pronta á cumplir tus deseos; y al decir esto, algo como un ahogado gemido se escapó de su pecho, al pensar en el cáliz de amargura que como consecuencia de sus palabras, su propia madre le brindaría.

Al escuchar á su hija, una sonrisa de triunfo crispó los labios de Aurora.

—Lo que yo quiero, dijo, es que te reanimes y vuelvas á la vida, que recobres la alegría y hagas en fin la vida que las demás jóvenes como tú hacen.

Quiero además Enriqueta, añadió después de una corta vacilación, que procures con empeño conquistar el corazón de ese miserable que me ofende á cada paso con bravatas y desprecios intolerables para mi. Porque quiero vengarme esa es la verdad.

Aquella pobre mártir, sintióse desfallecer al oir las coléricas palabras de su madre.

Aurora había dejado su asiento, su estatura parecía haber aumentado en aquellos momentos, envuelta en un

largo traje de terciopelo carmesí, orlado de pieles blancas sobre el cual llevaba una capa de piel de arminio, estaba espléndida.

—¡Cuan bella es! esclamó Enriqueta contemplándola, pero hay algo de terrible en esa belleza que fascina.

Ante aquella mujer soberbia é inflexible sintióse vencida, comprendiendo que era imposible desobedecerla, y que oponerse á su voluntad era locura.

Viendo que su madre esperaba una respuesta.

—Está bien, dijo, tomando una repentina resolución que si bien repugnaba á su alma noble y franca, era la única que podía tomar para nó verse obligada á desafiar la cólera de su madre.

—Está bien, cumpliré tus deseos madre mía.

—Gracias, gracias, hija querida se apresuró á esclamar esta sin poder, disimular la íntima alegría que de ella se había apoderado.

Tu no amas á nadie hasta ahora, así pues, no será tan grande como al principio podrá parecerte el sacrificio que por mí te impones.

Además, siguió diciendo, como si sintiera en lo más recóndito de su corazón, cierto asomo de remordimiento por la indigna acción que cometía, tú no debes permitir que ese imbecil prefiera á tí, á una plebeya ensobervecida con sus millones y al acabar estas palabras acercóse á su hija, besóla con gran efusión retirándose luego á sus habitaciones.

Cuando la señorita Alcibiani quedó sola, rompió á llorar amargamente y esclamaba en medio de su dolor y de sus lágrimas.

Vamos, pongámonos la máscara de la falsedad y la hipocrecia, para engañar á la que me ha dado el ser. He ahí á lo que ella me condena en su terrible ceguedad.

¡Ah! que Dios la ilumine y la perdone todo el mal que me hace, y nuevos sollozos ahogaron su voz.

Afuera la nieve seguía cayendo en gruesos copos. Todo desaparecía bajo un inmenso y glacial manto. El viento soplaba de recio y los canales se veían solitarios cual si fuera aquella una ciudad desierta.

Enriqueta temblaba de frío bajo los chales y pieles en

que estaba envuelta. Fatigada de contemplar aquel cuadro, como su situación, tétrico y desconsolador, retiró su asiento de la ventana, yendo á instalarse junto á la chimenea, donde ardía un agradable fuego.

Pasó algún tiempo.

Desde el día de la entrevista con su hija mostrábase Aurora con ella como nunca cariñosa y solícita, sabía cuanto gozaba Enriqueta con cualquier demostración de cariño que viniera de su madre y se valía de esto para atraerse más la buena voluntad de la joven.

Todo daba motivo á Aurora para tener alguna atención hacia su hija.

Por la mañana era ella quien iba á llamarla, luego ayudábala á vestirse, servida por la doncella; le aconsejaba cual vestido debía ponerse, el peinado que mejor le sentaba, el adorno que convenía con aquel traje, la flor que más le gustaba; en fin cuanto halagaba á su hija se le procuraba al instante.

Después, cuando el sol empezaba á calentar salían las dos á dar un paseo al aire libre y luego el almuerzo donde todo era alegría y conversaciones amenas que encantaban á cuantos la oían.

Por la tarde eran los paseos y las escursiones á los sitios de recreo, las visitas; á la noche, los bailes y las tertulias en casa de sus amigas.

Cuando el tiempo demasiado húmedo ó frio, no permitía á la débil niña salir de casa, Aurora reunia en el salon de música de Enriqueta, algunas jóvenes de la misma edad de esta y alli, hacían música cantaban y charlaban á su gusto hasta altas horas de la noche.

Una existencia como aquella no podia menos de encantar á Enriqueta pero no por eso abandonó sus nobles propósitos ni perdió nada de la energia de que se habia revestido para engañar á su madre por el mismo bien de esta, ya que estaba convencida de que era el unico medio de salvarla y de salvarse.

Muchas veces notó Enriqueta que el semblante de su madre se nublaba por un velo de desaliento y mal humor y veia tambien los esfuerzos que hacia por aparecer alegre y satisfecha.

Aquel disgusto (bien lo comprendia Enriqueta obedecia á la impotente rabia que le producian las ausencias cada vez mas prolongadas de Rafael).

Esto favorecia á Enriqueta pero contrariaba Aurora y aquella situación no podia continuar así·

Pocos dias despues fué Rafael quien le dió solución.

Una mañana Enriqueta oyó por casualidad algunas palabras de una conversación ya comenzada entre el Dux y su esposa.

Entonces decia aquel, estaís resuelta á negarme vuestro perdon y vuestro amor mientras dure mi existencia.

Vuelve á repetirlo Aurora mia, yo no puedo vivir sin ese amor que hoy lo es todo para mi. He hecho todo lo posible por olvidaros mas! Ay¡ señora es imposible; estoy vencido.

Hubo un instante de silencio. Luego volvió á hablar el Dux con mas calor y vehemencia.

Decidme tan solo amada esposa, si no hay para mi una esperanza. Pedid cuanto querais y lo obtendreís; mandadme lo que os plasca y sereís obedecida, imponedme el sacrificio mas grande y me vereís pronto á complaceros. Todo, todo lo haré por ser hoy acreedor á vuestro cariño tanto como en el pasado fuí indigno de él. Hablad, suplicaba, hablad sino sois inflexible y dadme con vuestras palabras la vida ó la muerte.

No es mi deseo el haceros mal, señor dijo Aurora con suavidad: y si asi como con vuestra conducta pasada os hicisteis indigno de mi cariño, hoy os arrepentis y quereis reconquistarlo aceptando las pruebas y condiciones que quiera imponeros, no puedo deciros de ningun modo que no lo consiguireis.

El Dux lanzó una exclamación de inmensa alegria y tomando una mano de su esposa llevóla á sus labios con pasión.

Ahora oid señor lo que voy á pediros dijo Aurora con acento imperativo.

Hablad respondió el Dux.

¿Podeis concederme una hora de conversación despues del almuerzo? si Aurora, dijo el Dux: Habia concedido á

mi hijo una audiencia que solicitó hace dias pero se la daré mañana.

Los ojos de Aurora, brillaron de alegria al escuchar aquellas palabras ¿Vuestro hijo ha solicitado hablaros y vendrá hoy á Palacio? interrogó.

Si Aurora ¿porque lo preguntais con tanto afan?

Pues porque casualmente para hablaros de él, solicitaba la hora que hace un momento os pedia pero ya no es una hora sino diez minutos y asi podeis recibir á vuestro hijo y conplacerme á mi.

¿Estamos? pronunció Aurora poniéndose en pie y colocando una mano sobre el hombro de su esposo.

Un apasionado beso fué la respuesta de esas palabras.

Desde entonces la felicidad de Rafael, Valentina y Enriqueta estaba amenazada por un nuevo peligro:

CAPITULO IX

¡¡¡ Tarde !!!

En la Torre del Reloj sonó la una del dia y un instante despues se presentaba Rafael en la morada Ducal; sin demora fué introducido en la gran sala del trono donde le esperaba su padre.

El joven Dandolo se hallaba ante el Dux, mas vacilaba en espresarle el objeto de su visíta.

Su padre habló el primero; Me han anunciado dijo que solicitabas esta entrevista para hablarme de un asunto del mayor interés para los dos.

Esplicame tus palabras hijo mio.

¡Padre y señor! balbuceó el joven temblando y vacilante pues dudaba del buen resultado de su cometido.

Dí lo que quieras esclamó el Dux notando la vacilación de su hijo, estoy dispuesto á ayudarte en todo cuanto pueda sin faltar á mi deber.

Lo que vengo á pediros padre mio, es vuestro consentimiento para casarme: ya veis que solo de vos depende

en estos momentos mí felicidad y si quereis darme en esta ocasión una prueba de vuestro cariño en vuestra mano está el hacerlo. En cuanto á la jóven que elegí, es digna bajo todos conceptos de llamarse vuestra hija.

¿Pero quien es, como se llama? înterrogó el padre.

Se llama Valentina Evoli.... y pronunció este nombre como si hubiera pronunciado el de una princesa del mas ilustre principado de la tierra.

¿Valentina Evoli? esclamó el Dux levantando la frente con soberbia. La hija de Don Fernando Evoli; ese naturalista pleveyo?

Si señor la misma contestó Rafael levantando á su vez la hermosa frente pálida y surcada por una profunda arruga, ofendido por el acento de desden con que acababan de pronunciar el nombre de su amada, y sintió vivos deseos de que el que lo hizo no fuera su padre para hacerle pagar bien caro su desprecio.

¿Pero has pensado lo que dices Rafael? interrogó el Dux.

Si padre lo he pensado.

¿Y quieres casarte con una mujer que no pertenece á tu clase?

Estoy dicidido, contestó este con firmeza.

¿Y crees que yo sin menoscabo de mi dignidad puedo aceptar por hija á esa jóven?

Tú nacistes noble Rafael y como de tal ha de ser tu proceder. Nunca, me oyes, nunca debes faltar á los deberes que tu rango te imponen.

Creeme, si yo me resolviera á darte mi consentimiento, cuando vieras las consecuencias de tu locúra serias tú el primero en juzgarme débil y sin cabeza. Yo te lo digo hijo mio, estos matrimonios desiguales no engendran sino disgustos.

Busca entre las jóvenes de tu clase una que reuniendo las buenas cualidades de la que amas no carezca de lo que me empide aceptarla como hija.

Rafael comprendió al momento la alusión de su padre y con un hondo suspiro acompañó estas palabras dichas con toda la energia de que era capaz.

Si no me caso con Valentina nunca jamas, me casaré

con otra mujer por mas noble buena y hermosa que ella sea.

Vaya, vaya, no lo dicen todos á tu edad, pero despues, cuando la reflexión les hace ver lo desatinado de sus ideas entonces piensan de muy destinto modo.

En este caso no sucederá lo mismo.

Amo demasiado á mi prometida para que pueda olvidarla.

Rafael dijo el Dux irritado ante la obstinación de su hijo, esta discusión me desagrada en demasia; solo te digo: Acuerdate de tu noble linaje, piensa en el disgusto que tu casamiento causaría no solo en la nobleza sino en todo el pueblo y no olvides que eres mi hijo y que me debes respeto obediencia y cariño.

Mi resolución es inquebrantable, puedes deshonrrarte, cometer cuanto desatinos quieras pero nunca con mi consentimiento.

Yo no creo deshonrrarme uniendome á una jóven llena de vírtudes y que tan fielmente me ama. Y para probaros que no olbido mis deberes ni la sangre que corre por mis venas compliré á pesar de todo mi palabra em peñada.

¿Apesar de todo has dicho? grito el Dux levantándose de su asiento con el semblante enrrojecido por la colera.

Sal de aqui, esclamó, has dicho tu última palabra y yo tambien.

Olvídate que tienes padre pues desde hoy diré que no existe en el mundo un hijo mio.

Padre, padre mio,--Mirad lo que decìs esclamó Rafael pálido de dolor. Yo os suplico que no escucheis otros consejos que los que os dicte vuestra razon, quien sinó vos debe velar por mi felicidad en este mundo?

Rafael hablaba con voz suplícante y sus palabras estaban llenas de un acento tan persuasivo que el Dux no quiso escucharlo por mas tiempo, sabiendo que si lo hacia no podría resistir á los argumentos del jóven y disgustaria á su esposa. Ademas no podia consentir en que su único hijo contrayera un tan desigual matrimonio.

Es inútil Rafael no consiento, no puedo consentir dijo.

Está bien murmuró dolorosamente el pobre jóven y

quiera Dios que no tengais que sufrír remordimientos por vuestra injusta crueldad.

Adios padre mio y esto diciendo dirigióse hácia la puerta. Antes de cruzar el dintel volvió la cabeza y con las facciones contraidas por el dolor y la ira grito á su padre estas palabras.

Podeís decir á la antigua rival de mi bendita madre que no le daré gusto y que si me espera á mi para casar á su hija esperará en vano hasta la consumación de los siglos.

Fué tal la sorpresa y la indignación que se apoderó del Dux al escuchar aquellas frases que no atinó á llamar ni dar un solo paso para castigar la inaudita revelión del exaltado hijo.

Rafael había llegado tarde! Si hubiera hecho su demanda el día anterior quizá obtuviera satisfactorio resultado.

Pero no fué así y esta tuvo lugar después de la entrevista de diez minutos que el Dux concedió á su esposa aquel mismo día, momentos antes de presentarse en palacio el joven Dandolo.

Sed inflexible, había dicho Aurora al separarse de su esclavo y el Dux cumplió fielmente aquella orden.

CAPÍTULO X

Edmundo y Enriqueta

Enero tocaba á su fín.

Durante diez días consecutivos el sol no había dejado ver su brillante faz, oculto siempre tras densas nubes de un color gris ceniciento.

La nieve no cesaba un solo instante de caer y Venecia la hermosa ciudad de los placeres y de los misteriosos amores aparecía triste y silenciosa durante aquellos helados días.

Todo el mundo permanecía encerrado en sus viviendas, los canales con sus aguas escarchadas hallábanse desiertos.

Claro y templado amaneció por fín el undécimo día y poco después un sol radiante y esplendoroso apareció en el cielo de un hermoso color azul profundo.

Las pocas nubes que aún quedaban desaparecían rápidamente impelidas por el viento en grupos de caprichosas formas, semejantes á fantasmas vaporosas que corrían... corrían... hasta desaparecer....

Las puertas y ventanas se abrían y aparecían en ellas rostros alegres y risueños dispuestos á gozar de aquel hermoso día, después de haber pasado tantos y tan largos de interminable fastidio.

El pueblo despertaba con inusitado ardor, empezando sus cuotidianas tareas, llenándose de góndolas los canales cuya nieve se derretía rápidamente al calor de los rayos solares que al quebrarse sobre su tersa superficie de inmaculada blancura producían los brillantes y variados colores del arco-iris.

Enriqueta de Alcibiani animada por el buen tiempo solicitó de su madre la acompañára á dar un paseo.

Negóse Aurora, so pretesto de no encontrarse bien.

—Pero no por esto, dijo, te vas á privar de salir tu, puedes hacerlo en compañía de Belisa, que era nodriza de la joven.

—No mamá, esclamó la bondadosa niña, ¿qué placer puedo encontrar en mi paseo sabiendo que tu te hallas indispuesta?

Ni pensarlo, hoy mi lugar es junto á tí.

—No hija mía, es un malestar pasagero, no hagas caso y vete á pasear.

Yo lo deseo así, agregó con tono imperativo, viendo que Enriqueta íba á insistir en quedarse á su lado.

Ante el tono con que su madre pronunciára las anteriores palabras, no vaciló ya y salió contrariada por el brusco cambio que se había verificado en Aurora, á quien veía cada día más taciturna y menos afectuosa con ella.

Fuése en busca de su nodriza, excelente mujer, que amaba á Enriqueta con idolatría y por quien hubiera dado hasta la última gota de su sangre.

La había criado desde pequeñita y no se separaba nunca de la niña.

Un momento después, salía Enriqueta con su acompañante y se embarcaban en una góndola que las esperaba ante la puerta.

Mandó al gondolero que bogara á su antojo por los canales para entregarse más libremente á su pensamiento, arrullada por el cadencioso rumor de las aguas y sumida en una dulce quietud producida por el templado sol y el apacible ambiente.

Repentinamente ocurrióle la idea de ir al palacio Evoli para tener el placer de ver á su amada amiga Valentina.

Serían las dos y media de la tarde cuando la góndola se detenía frente á la escalinata de la mansión de esta.

Sentados en la terraza, los dueños de casa gozaban de la agradable temperatura de aquel día sereno y apacible.

El señor Evoli cómodamente arrellenado en un sillón leía, cerca de él sentada en un elegante taburecillo trabajaba su esposa en una labor ya comenzada; por último Rafael y Valentina conversaban en voz baja, recostados en la balaustrada de marmol rosa que daba al canal.

Valentina acudió presurosa á recibir á su amiga y todos la saludaron con muestras de gran cariño y alegría por su visita, que la pobre Enriqueta poco acostumbrada á aquellas manifestaciones experimentó consuelo, al ver que habia en el mundo seres que la amaban sinceramente.

Valentina tomó del brazo á su amiga y acompañadas de Rafael, paseaban por la terraza, entablándose entre los tres una animada conversación; aprovechando Enriqueta aquellos momentos para poner en conocimiento de los jovenes los proyectos de Aurora; pedirles su ayuda para desbaratarlos sin verse ella obligada á desobedecerla, evitando así su enojo.

—No tengas temor ninguno querida hermanita, los planes de tu madre se verán destruídos, sin que sobre tí caiga culpa alguna.

Aquí llegaban en su conversación, cuando vieron acercarse una pequeña góndola de la cual descendía poco después el conde Edmundo de Miramar.

Luego que hubo saludado á los esposos Evoli enca-

minóse hacia los jóvenes y al ver á Enríqueta, no fué dueño de reprimir un marcado gesto de sorpresa y de inmensa alegría, al encontrarse allí con aquella encantadora criatura que tan vivamente interesara su corazón.

El rostro de Enriqueta se habia tornado pálido y conmovido en presencia del arrogante y hermoso caballero.

Valentina apreciaba en extremo al joven marino y á no haber amado á Rafael aquel hubiera sido su ideal.

Pero aunque ella no podía amarle, allí estaba su querida Enriqueta para hacerle feliz, pues eran dignos el uno de la otra.

Cuando Edmundo, cesó de hablar con Leonor;—conde, esclamó Valentina, no podíais haber llegado más á tiempo, había aquí dos damas para un caballero. Ya que llegasteis tan á tiempo dignaos ofrecer vuestro brazo á mi querida Enriqueta y aunque mi pequeño jardín está tan triste y mústio siempre es un sitio más agradable para tomar el sol.

El conde creyó que el cielo se abría para él y con los ojos brillantes de alegría y palpitándole violentamente el corazón ofreció su brazo á Enriqueta.

Aquel fué para la joven quizá el día más feliz, pero habiendo dejado á su madre indispuesta, no quiso prolongar demasiado su visita y después de una hora de animado y dulce coloquio retiróse de la hospitalaria mansión llena su alma de contento y felicidad.

Cuan lejos estaba Enriqueta de imaginar en esos momentos que aquella visita sería más tarde, de fatales consecuencias para ella.

Llegó á palacio cuando el sol entre flamíferos resplandores se despedía de la tierra en el ocaso.

Rafael se sintió poseído de la más grande indignación y juró desbaratar los planes de su madrastra, evitando ir á palacio ni á ninguna parte donde con ella pudiera encontrarse.

Cuando Enriqueta llegó á su morada ya hacía rato que Aurora la esperaba, impaciente por su tardanza; desconfiando que hubiera ido á casa de Valentina, maldijo su torpeza al dejar ir sola á su hija y cuando ésta entró á saludarla nada le dijo ni le preguntó á donde había es-

tado. Correspondió con marcada frialdad al saludo de la joven y volvió á tomar el libro que leía cuando esta entró.

Una mañana, algunos días después de la visita de Enriqueta á los Evoli, Aurora se presentó en el aposento de su hija.

Esta ya había dejado el lecho y sentada ante un espejo entregaba sus hermosos cabellos á la doncella que la peinaba.

—Buenos días, hija mía, dijo Aurora al entrar.

—Buenos días, querida mamá; ¿cómo has pasado la noche?

—Bien, dijo con acento distraído y sentándose junto al fuego que ardía en la chimenea:—Tengo que hablarte Enriqueta, agregó.

La joven abandonó su asiento y dirigiéndose á la doncella:—Idos, la dijo, cuando os necesite llamaré.

Salió la doncella; la joven se acercó á su madre, y tomando entre sus manos la cabeza besóla repetidas veces en la frente y en las mejillas.

En cuanto vió á Aurora aquella mañana, notó que algo desagradable le acontecía.

Dábalo á entender así, el ancho círculo morado que rodeaba sus ojos, su mirada triste y opaca y el timbre de su voz, en la que se notaba un marcado acento de pesar.

Al verla tan abatida toda la ternura que Enriqueta sentía hácia su madre se desbordó en palabras cariñosas.

¿Qué tienes, sufres acaso madre carísima? decíale al oído. Cuéntame, cuéntame cual es el motivo de tu pena madre mía. . . . . .

Aurora permanecía silenciosa como si temiera ó dudara en decir el motivo de su pena.

Había puesto sus manos sobre los brazos del sillón y con los ojos entornados, la cabeza reclinada sobre el respaldo, de esto dejábase acariciar con íntimo arrobamiento por aquellas manecitas suaves y pequeñas como las de un niño.

Con los cabellos sueltos, las mejillas sonrosadas y los

negros y hermosos ojos empañados por el aliento de la dicha, estaba Enriqueta tan bella y parecia tan niña que Aurora, subyugada por un innato sentimiento de orgullo por ser madre de aquella hechicera criatura, comenzó á recordar como, cuando esa pequeñita la tomaba en sus brazos y sentándola sobre sus rodillas recostaba la rizada cabeza de la niña sobre su seno maternal y conmovida ante aquel dulce recuerdo oprimió la cabeza de su hija contra su pecho palpitante.

¡Cuán cerca pasó! Ay! de su felicidad la pobre Enriqueta. Si en aquel momento hubiera intentado destruir los terribles proyectos de venganza que agitaban aquel corazón, si le hubiera pedido que desistiera de sus funestas ideas y cifrara solo en ella y en el amor de su esposo la felicidad de su vida futura, quizás en aquella ocasión lo hubiera conseguido.

Pero Enriqueta temiendo romper el encanto de aquel momento, permaneció silenciosa, escuchando los fuertes latidos de aquel corazón.

¡Pobre Aurora! Parecía que el voráz fuego del dolor había muerto en su pecho todos los sentimientos nobles y buenos que pudieran albergarse en él.

Pués así como para los seres nobles y de elevadas aspiraciones la terrible escuela del dolor es la piedra de toque, donde la virtud se fortalece, donde el alma se dignifica, pués nos acerca á Dios; así también para las almas mezquinas y pequeñas, para los seres de limitado criterio, excépticos é incrédulos, el dolor, los sufrimientos y todo el inmenso cortejo de males que aquejan y conmueven á la humanidad, sírveles solo para volverlos malos y hacer caer su virtud vacilante. Y ¡ay! de aquellos que no ven á tiempo el abismo que á sus plantas se abre.

Durante un corto intérvalo latió el corazón de Aurora á impulsos del maternal amor, que aunque muchas veces adormecido en lo más recóndito del alma, existe siempre y despierta más tarde ó más temprano, por una ú otra circunstancia.

Quizás por vez primera después de mucho tiempo, aquella mujer miró á su hija con amorosa ternura, olvi-

dando todo para pensar solo en aquel pedazo de su propio ser, que en dulce abandono reposaba sobre sus rodillas.

¡Más cuán poco duró la pura espansión de aquella alma! Fué como un soplo tibio y perfumado de la hermosa primavera que huyó fugáz perdiéndose en la noche del recuerdo.

Algo como un relámpago cruzó por la mente de Aurora y cual arroyo de hirviente lava ahogó en gérmen los santos afectos que comenzaban á despertarse en ella.

Parecía que el espiritu de las tinieblas se obstinabá en tenerla siempre sumergida en el infierno de los ódios y de las malas pasiones, pués pasó por su imaginación el recuerdo de sus sufrimientos y de los desprecios que al presente le infiriera el hijo de aquel que era el causante de todos sus pesares, despertando aquellas pasiones, momentáneamente adormecidas.

¡Ah! cuanto le odiaba! No! no podía perdonar: había acariciado por tanto tiempo la idea de su venganza que ya le era imposible renunciar á ella.

CAPITULO XI

¡¡Buenas nuevas!!

El Dux ocultó á su esposa hasta aquel día las sarcásticas palabras que pronunciara Rafael al salir del gran salón, el día de la entrevista con su padre.

Aurora había dicho á su hija que tenían que hablar, apartó á la joven haciéndola sentar en una butaca, junto á la que ella ocupaba.

Tengo que darte una noticia dijo: y estoy segura que te causará mucho placer.

¿De qué se trata madre mía? interrogó la joven.

El hijo del Dux se casa dentro de algunos meses, con Valentina Evoli. El miserable pasa por alto la oposición de su padre y se casa á pesar de esto.

¿Cómo, sería posible describir el inmenso júbilo, la alegría sin límites que se retrató en el semblante de

Enriqueta, alegría que no pasó desapercibida para Aurora?

Ya vez prosiguió esta, como tenía razón cuando dije, que la noticia era de lo mejor para tí.

Con sus nobles y elevados sentimientos, Enriqueta era incapaz de aparentar aquello que no sentía, además. ¿Cómo ocultar la satisfacción que la noticia de la pronta realización de aquella boda le ocasionaba? Boda que no solo haría la felicidad de sus caros amigos, si no que también iba á librarla á ella del terrible pacto hecho con su madre.

Aunque quisiera engañarte, amada madre, murmuró la joven, no podría hacerlo, pero tengo también un gran pensar y es que para tí sea esto un motivo de disgusto. Creeme, madre mía, continuó con mayor vehemencia. Solo olvidándote de esos séres, podrás vivir dichosa y tranquila junto á los que tanto te amamos.

Piensa, carísima madre, cuán grande es la ternura que tu esposo siente por tí; vive pendiente de tus lábios y tus pesares ó tus alegrías se retratan en su semblante.

Y luego. . . . . . acuérdate ¡oh mamá mía! de esta hija que tanto te ama. . . . . . Mírala aquí arrodillada á tus piés pidiéndote como una gracia suprema, que abjures de esa malhadada idea de venganza. . . . . .

¡Ah! que no pueda yo darte aún á costa de mi vida la felicidad que para tí anhelo.

Piénsalo bien mi querida madre y verás como si te desprendes de los ódios que te agitan y quitan el reposo, Dios descenderá á tu corazón para curar tus heridas y darte la paz y la alegría con su santo perdón y su amor purísimo.

En los ojos de Aurora brilló una cristalina lágrima y al mismo tiempo se puso en pie.

Enriqueta posternada aún se abrazó á sus rodillas. Dí, dí esa palabra que espero con el alma pendiente de tus lábios! Es una sola. . . . . . díla por piedad. . . . . .

Qué palabra es esa? interrogó Aurora temblándole la voz y sin atreverse á mirar á su hija?

¡Perdono! . . . . . . madre mía! dila, dila y te salvas! gritó Enriqueta suplicante levantando hasta Aurora su hermoso rostro bañado en lágrimas.

Dejame, dejame por piedad rogó la infeliz extraviada, luchando en vano por desacirse de los brazos que la retenían.

No me hagas sufrir más suplicó, con el rostro descompuesto y lívido, y logrando al fin apartar á su hija, huyó de la habitación oprimiéndose las sienes con sus manos.

Vencida y angustiada por la pasada excena, Enriqueta permanecía aún de rodillas y con el semblante oculto entre sus crispadas manos zollozaba.

Cuando el primer toque de la campana que anunciaba la hora del almuerzo, llegó á sus oídos, levantóse con presteza, bañó su rostro con agua fresca y peinó sus cabellos, haciendo desaparecer toda señal de lágrimas y de lucha.

Al penetrar en el suntuoso comedor vió en él, al Dux y algunos otros caballeros que le acompañaban, pero su madre no estaba allí y solo se esperaba á ella para sentarse á la mesa.

Un momento después entraba una doncella de Aurora y anunciaba que una repentina indisposición impedía á su señora, acompañarles aquella mañana en el almuerzo.

Acostumbrado el Dux á los frecuentes caprichos de su esposa, no hízo caso de aquel y sin más dilación tomó asiento, ejemplo que todos imitaron,

No bien huvo terminado la comida abandonó Enriqueta su sitio y corrió presurosa á la habitación de su madre para informarse por sí misma de su estado.

En la puerta de la alcoba, estaba Laura sentada en un taburetillo y tenía entre sus manos un tejido en el cual trabajaba atanosamente.

No me dejas entrar? exclamó Enriqueta, al ver que la sirvienta no habría la puerta para darle paso.

Lo siento mucho señorita, pero la señora me ha dado orden de no dejar entrar á nadie.

¿Ni aún á mí?

La señora padece tanto de la cabeza, que el menor ruido la molesta

Está bien, volveré luego dijo Enriqueta, retirándose bastante contrariada.

A la tarde mandó preguntar si podía ver á la enferma, á lo que contestaron que en aquel momento dormía.

Cuando llegó la noche vino una doncella á decirle que su señora le daba las buenas noches y que por ella no pasara cuidado, pues su indisposición desaparecería con algunas horas de tranquilo sueño.

Así transcurrieron tres días, sin que Enriqueta lograra ver á su madre.

Al cuarto, por la mañana, á la hora del desayuno, logró por fín verla, estaba sentada en un diván junto al Dux. En su rostro no se notaba la menor huella de enfermedad; estaba pálida como siempre y revestida de esa máscara de frialdad é indiferencia habituales en ella.

La jóven pudo oir la última parte de la conversación que los esposos sostenían.

—Vuestro hijo, decía Aurora, es muy afortunado, por tener un padre tan complaciente como vos; quizá otro menos encumbrado y poderoso hallaría y pondría en práctica medios para evitar ese descabellado matrimonio.

Pero vos os conformais con labaros las manos como Pilatos y permaneceis indiferente ante la reveldía de... vuestro señor... hijo.

—Le dije en una ocasión, respondió el Dux, sin incomodarse ante las hirientes palabras de su esposa, que olvidara el darme nombre de padre, y que yo á mi vez olvidaría que en el mundo existía un hijo mío y después de esto, no quiero ya inmiscuirme en sus asuntos.

—Sí, pero entre tanto él sale con su capricho...

—Piensa Aurora, dijo el Dux gravemente y ya mortificado por la obstinación de su esposa, que no se trata de un niño, mi hijo llegará pronto á su mayor edad.

Además, no es un capricho, puesto que por unirse á la mujer que ama, renuncia incondicionalmente á su fortuna, á sus títulos y á los derechos que tiene al trono de su padre, resignándose á ser considerado como un estraño para nuestra patria.

Esto querida mía, no se hace por capricho, concluyó el Dux, pudiendo notarse en su voz y en sus ademanes cierto sentimiento de orgullo por aquel revelde hijo, á quien á pesar de todo, admiraba.

Al acabar el Dux estas palabras, Aurora abandonó su asiento y dirigiéndose á donde estaba su hija (la que había permanecido á discreta distancia) dióle un silencioso beso y sin decir palabra, púsose á servir el desayuno que acababa de traer un criado en una gran bandeja de oro maciso.

Para Enriqueta aquel desayuno, sabía á hiel, pues acababa de convencerse de que su madre no abandonaba su fatal idea y esto le causó tal amargura y desconsuelo tan grande que en cuanto le fué posible salió del comedor y fué á encerrarse en sus habitaciones con todo el peso de su inmensa tristeza.

Quince días después de aquella mañana, y en una hermosa y serena tarde, la señorita de Alcibiani fué agradablemente sorprendida por la visita del conde Edmundo de Miramar.

En aquella ocasión atavióse Enriqueta, con más gusto y esmero que nunca.

Sobre su elegante y rico traje de rosa blanco, cuya delantera estaba bordada de oro y hermosas esmeraldas, echóse una larga sobrevesta de terciopelo también blanco lijeramente ajustado al talle por un ancho justillo de oro y esmeraldas.

Terminado su tocado, encaminóse al salón donde Aurora la esperaba.

Cuando apareció la encantadora joven, semejante á una alba aparición, la madre y el caballero se pusieron de pie.

—Hija mía, esclamó aquella, tengo el honor de presentarte al señor conde de Miramar.

Señor conde (dirigiéndose á él) mi hija En....

—Señora, esta presentación es supérflua, pues ya he tenido el alto honor de ser presentado á vuestra encantadora niña, el día de vuestra boda y no hacen....

Comprendió Enriqueta que el conde iba á hacer mención de su visita á los Evoli y temiendo las consecuencias que Aurora atribuiría á aquella visita, máxime, cuando no había hablado de ella á su madre, apuróse á cortar las palabras próximas á salir de los labios de Edmundo.

—Es verdad, dijo, que la noche de tu boda me pre-

sentó Rafael á este caballero, así que nuestro conocimiento data ya de algunos meses. Y al pronunciar estas palabras, fijó en el conde tan elocuente y significativa mirada, que éste comprendió al instante que su encantadora beldad tendría sus motivos para ocultar á su madre la escursión de aquel memorable y feliz día.

Por el momento creyóse salvada Enriqueta, pero cuan engañada estaba al creerlo así.

Pasados aquellos momentos de turbación para los dos jóvenes y de observación para Aurora, empezaron una animada conversación.

Enriqueta tocaba admirablemente el laúd y con su dulce y poderosa voz acompañaba tiernos cantos que ella misma componía.

Edmundo no ignoraba esto y deseando oirla en aquella ocasión, díjole así:—Me han referido en el círculo de mis amigos una poética anécdota que voy á relataros á mi vez: Dicen que en las tranquilas y hermosas noches del verano se abría silenciosamente una ventana de cierta morada y aparecía en ella una hada de incomparable belleza, con negros y abundosos cabellos que caían como un manto sobre su alba vestidura.

Traía en sus manos un laúd, miraba al cielo tachonado de brillantes astros, enviaba una dulce sonrisa á la pálida confidente de sus vagos ensueños y luego pulsaba el laúd, llenando el espacio de tiernas melodías. Entonaba después sentidas barcarolas y melancólicas canciones, que cual el canto de las hechiceras sirenas atraia y embelezaba al dichoso mortal que acertaba á pasar por aquel lugar.

Ahora bien: por el retrato que del hada me hicieron, veo que entre ella y vos hay tan notable semejanza que no vacilo en creer que el hada de mi cuento y vos sois la misma.

Enriqueta escuchaba las palabras del conde, dejando vagar sobre sus labios una dulce sonrisa.

—¿No podría ser yo uno de los felices mortales que habeis embelezado con vuestra música y con vuestro canto? prosiguió Edmundo.

—Ya que sabeis que no hay tal hada, dijo Enriqueta,

sino una simple mujer á la cual vos, con esquisita galantería habeis querido revestir con esa poética forma, pasemos á mi salón de música y allí os complaceré gustosa.

Aurora había escuchado la conversación de los jóvenes y sonreía al parecer llena de complacencia y precedidos por ella pasaron á la sala de música.

Era esta una pieza circular, cuyo techo representaba al cielo cubierto de estrellas y blanquísimas nubecillas; las paredes estaban tapizadas de damasco azul celeste; una magnífica alfombra de Esmirna del mismo color cubría el pavimento. Un diván en forma de media luna y algunas sillas y taburetillos de raras y variadas formas estaban artísticamente diseminados por el saloncito, en el centro del cual había una pequeña fuente de marmol rosa llena de agua con delicadas esencias que embalzamaban el ambiente. En cada extremo del diván se destacaba una hermosa estátua, de Erato la una y la otra de Euterpes, musas de la poesía y de la música respectivamente. Completaba el mueblaje del lujoso saloncito una elegante mesa de plata con incrustaciones de oro sobre la cual estaba una caja de los mismos metales, la que contenía el rico laúd de Enriqueta.

Tomóla ésta en sus manos y sentándose frente á Edmundo con aquella gracia y gentileza que ponía en sus menores movimientos, comenzó á preludiar los primeros acordes de una tocata tierna y melodiosa, acompañando aquella música con una canción llena de suavidad y melancolía, sin sospechar en aquellos instantes que era la última que durante muchos años saldría de sus labios.

Edmundo permanecía estático, escuchando aquellas sublimes melodías.

Parecíale fluctuar en un mundo ideal, donde un coro de ángeles y querubines entonaban aquel divino concierto.

Tan absorto estaba, que cuando Enriqueta cesó de tocar y dejó el laúd sobre la mesa, recién notó que Aurora había desaparecido del salón.

Su hija la vió alejarse y tembló instintivamente, sintiendo en lo íntimo de su ser, como un presentimiento

de algo terrible y fatal para ella. Sin embargo, disimuló cuanto le fué posible su creciente ansiedad y continuó su canto con mayor sentimiento y dulzura, poniendo toda su alma en aquella tierna canción de amor.

Sentíase Edmundo cada vez más cautivado por aquella linda y hechicera mujer. Todo en ella atraía; su belleza, sencilla y modesta, sus ingénuos modales, que llevaban todos un inimitable sello de gracia y distinción. Cada una de sus palabras, cada sonrisa, cada mirada le seducían y aumentaban gradualmente su amor por ella.

Resuelto á saber si era posible su felicidad con la mujer que amaba, pensó interrogarla, aprovechando aquellos momentos de soledad y si era aceptado, pedir su mano aquel mismo día.

Enriqueta no podía negar al conde aquello que llenaba su alma de placer, pues sin que ella se hubiera dado cuenta, su inocente corazón había empezado á latir por Edmundo desde que sus miradas se cruzaron.

Pasaba el tiempo y Aurora no regresaba; esta prolongada ausencia inquietaba de tal manera á Enriqueta que su rostro se demudó por completo.

Notólo Edmundo y con acento de amorosa ternura interrogó á su amada, cual era el motivo de su inquietud.

Ella vacilaba entre descubrir las faltas de su madre, que tan cruelmente quería sacrificarla, ó engañar al conde, que era quizá el ser que más la amaba y deseaba su felicidad.

Pero su acrisolada virtud y honradez triunfaron como siempre en ella y dijo así á su amante:

—Perdonadme por ahora que no os haga conocer el motivo de mi inquietud; se trata de mi madre y por eso no puedo daros cuantos detalles quisiera. Básteos saber que ella ignoraba mi visita á Valentina, aunque ahora imagino que lo ha sospechado hace mucho, quizá el mismo día en que la hice.

No me juzguéis desfavorablemente Edmundo, por haber procedido así, pues tenia graves motivos para ello.

Respeto vuestro secreto, amada mía, como respeto cuanto á vos concierne; y en cuanto á juzgaros mal, eso jamas sucederá os lo juro. Solo siento que mi torpe indiscrección os ocasione algun disgusto.

Una casí imperceptible sonrisa de tranquila resignación apareció en los labios de la pobre jóven cual si con ella quisiera decir que estaba ya muy acostumbrada á sufrir en esta vida, muchos y muy crueles sinsabores.

Aquella espresión de heroica conformidad puso fuera de sí al joven.

—!Dios mio¡ dijo! que no diera yo por no haber pronunciado esas malhadadas palabras.

Temo, dijo Enriqueta, como respondiendo á su propio pensamiento, que esta ausencia de mi madre no tenga otro objeto que cerciorarse de si fuí ó no, aquel dia á casa de Valentina, de quienes estaban alli y en fin de todo cuanto aquel dia hice y !Ay¡ de nosotros, si llega á saber que allí os vi á vos y á Rafael—No solo se opondrá á nuestro amor, sino que ni siquiera nos dejará el placer de vernos.

Levantose al acabar estas palabras y fué hasta la puerta exterior del salon inmediato, mas al llegar á ella quedosé alli como petrificada.

Un grito de mujer descompasado y angustioso habia llegado á sus oidos y percibió al mismo tiempo el eco de dos voces: colérica y autoritaria la una suplicante y llorosa la otra.

El semblante de Enriqueta palideció hasta tornar livido y volviendose presurosa junto al conde; Edmundo esclamó, yo os lo dije, no volveremos á vernos mas. A estas horas mi madre lo sabe todo, no me cabe duda alguna..... ¡Estoy perdida!

Ante la honda afliccion de la infeliz criatura Edmundo recobró toda su entereza y energia.

¿Que estais perdida habeis dicho?—No, Enriqueta. amada mia no repitaís esas palabras! Acaso no hay en el mundo un ser que os ama mas que á su vida y que está pronto á luchar hasta la muerte por vos y por vuestra felicidad? Oh, no me amaís lo suficiente para darme el derecho de hacerlo así?

No es eso Edmundo sino que tengo el presentimíento de que si luchais por mi luchareis en vano.

Yo nada se de cuanto pasa en vuestro hogar, Enriqueta, pero entreveo algo terrible, que hiela la sangre en mis

venas y llena mi pecho de índignación. Y acercándose mas á la jóven inclinóse ante ella diciendole con resuelto y persuacivo acento: Dime dueña de mi alma que me autorizas para que pida tu adorada mano ahora mismo; en cuanto tu madre vuelva á nuestra presencia y asi angel bueno y querido, una vez que seas mia cesarán todos tus sufrimíentos y renacerán la calma y la alegria en ese pobre corazón angustiado.

!Oh Edmundo¡ No hagais semejante cosa !Bien se ve que no conoceis á mi madre¡ Ella no es tan mala comò quizás la juzgueís vos pero cuando la ira la domina se deja llevar de sus ímpetus y no sabe lo que hace. Asi pues, yo os lo suplico si no quereis duplicar mi terrible ansiedad no pidais mi mano, á lo menos hoy.

Y pensar que todo esto podia haberse evitado no pronunciando solo una palabra!...... esclamó el conde lleno de desesperacion.

Y mesandose los cabellos con impotente rabia hubiera querido que aquella ímpacable madre, hubiera sido un hombre para hacerle pagar bien caros los sufrimientos que ocasionaba á su inocente hija.

Se oyó á lo lejos cerrarse una puerta con estrépito y comprendiendo Enriqueta que el momento terrible para ella se acercaba, miró á su amado con suplicante y acongojado rostro.

¡Oh vida mia! Estando á mi lado nada temas, dijóle él casi al oido y sí......

Son tan breves los instantes que me quedan para estar á vuestro lado Edmundo.......interrumpiole ella......

Cuanto sufro en estos momentos, mi adorada Enriqueta ¡Nunca podrás hacerte una idea de lo profundo é intimo de mi dolor......¡

!Dulce amor mio! respondiole ella á media voz; mi primero, unico, é inestinguible amor¡..... Esta será quizás la última vez que nos vemos pero ten la seguridad de que nunca, ni en esta vida ni en la otra te olvidará mi amante corazon¡...... y sus lágrimas á duras penas contenidas largo rato, rodaron de sus ojos á raudales.

No dueña mia, no será esta la última vez que nos veamos por que te amo tanto, con inmensa pasion, que habré de

remover cielo y tierra para arrebatarte de las manos que hacen robarme la felicidad, la alegría, el amor puro y divino de mi adorada prometida. No viertan pues más llanto esos amados ojos, dijo inclinándose hacia ella y cerrando con un suave beso de sus amantes labios aquellos párpados cansados enrrojecidos.

Los pesados cortinados que cubrian la puerta se levantaron y en el dintel apareció Aurora tranquila y sonriente como momentos antes.

Pidió mil disculpas al conde por su prolongada ausencia; pues un asunto, dijo, de la mayor importancia me distrajo lejos de vosotros.

Al ver la serenidad y el acento natural de Aurora el conde creyó que su amada se habia equivocado, pero Enriqueta que tambien conocia aquel semblante no pudo compartir la esperanza de Edmundo.

Terrible fueron aquellos momentos para este pues aunque comprendia que habia llegado el momento de partir, temía hacerlo, y dejar sola con su irritada madre á su tierna avecilla; pero no tuvo otro remedío y con la mente llena de terribles presentimientos salió de la soberbia mansión para no volver á ella durante muchos años.

Madre é hija quedaron por fin solas, y frente á frente la una de la otra.

La tormenta que amenazaba herir á Enriqueta se desencadenó entonces, pero menos formidable y violenta de lo que ella esperaba.

Aurora se habia puesto en pié y fijando en su hija una mirada llena de enojo y desden: He sabido, la dijo, cual ha sido tu miserable proceder y me sorprende te lo juro, tu habilidad para el engaño y la hipocresia, pues no te creia capaz de tanta bajeza como la que has demostrado uniéndote contra tu madre con sus enemigos, consiguiendo así que ese miserable Rafael pueda reirse impunemente de mi; Enriqueta se retorcia las manos, presa de una desesperacion facil de imaginar y levantando hasta su madre sus grandes angustiados ojos !Madre tu no sabes porque lo hice! tu no lo sabes!....!no me acuses pues sin oirme!....

!Calla, callate! grito Aurora levantando sobre Enriqueta

su mano amenazadora—No pronúncies, la dijo, una palabra mas. No quíero que te defiendas porque para mi, tu conducta es incalificable y pagarás en su justo precio la traíción de que me has hecho victima.

Pronunciadas estas crueles palabras salió aquella terrible mujer, dejando á su hija infelíz bajo el peso de su inmensa amargura.

Dadme valor y resignación Dios mio, pues siento que ambas cosas van faltándome.

En medio de su mortal desasosiego, pensaba ella en cual seria el castigo que su madre le impondría. Estaba á merced de ella y ninguno de los seres que la amaban podrian salvarla, á pesar de cuantas seguridades le diera Edmundo pues sabia cuan grandes eran la energia y poder de Aurora.

Entregada á sus tristes pensamientos, no se apercibió de la presencia de una persona que acababa de entrar, hasta que esta no estubo á sus pies: Era su nodriza, cuyo rostro estaba tan conjestionado y descompuesto que Enriqueta se asustó al verla en tan misero estado:

!Hija mia! !hija de mi corazon! esclamaba la pobre mujer sollozando, soy indigna hasta de estar á vuestras plantas pero no me arrojeis pues sufro tanto, que si tal hícierais moriría de dolor.

No temas eso Belisa. Tú has sído una madre para mí, y eso jamas lo olvidaré.

!Oh niña mia! Vuestra madre me amenazó con darme la muerte, si no respondia á todas sus preguntas, siguió diciendo la nodriza; al principio resistí, pero tuve miedo de la cólera de esa mujer y...... todo lo dije !Fui una cobarde, una miserable, pues debí haberme dejado matar antes de hablar una sola palabra. Pero no creais que no tuvo que luchar antes de conseguir su objeto, mirad, aqui teneis la prueba de lo que os digo: y desabrochando el cuello y los puños de su traje mostró sus carnes amontonadas con señales de dedos que le habian apretado como tenazas de hierro.

La infeliz estaba tan angustiada, que Enriqueta olvidándose momentáneamente de si misma tuvo que consolarla y darle un poco de aliento con sus dulces y cariñosas frases.

Luego que se hubo retirado, trasladóse la joven á su alcoba donde pasó el resto del dia sin ver á nadie.

A la mañana siguiente, no habia dejado aun el lecho, cuando entró su madre y sin saludarla siquiera, díjola así: Mañana á las siete nos podremos en viaje para Roma: Así pues has preparar lo que quieras llevar contígo y que cuando vengan á buscarte estés preparada para marchar.

Enriqueta se había imcorporado en el lecho y cuando Aurora salía dejóse caer nuevamente presa de una desesperación muda y silenciosa.

!A Roma! A Roma, se decia con acentos y miradas incoherentes y como si ninguna otra idea lúcida quedara en su cerebro.

¿Cuanto tiempo pasó así? Nunca lo supo. Con la cabeza oculta bajo las almohadas encomendándose á Dios; era su único consuelo.

CAPÍTULO XII

¡A Roma!

El brillante carro de la aurora se alejaba más y más por el espacio, llevándose tras si, la claridad del día. Cubríase el cielo de negros nubarrones y las aguas del canal comenzaban á agitarse sordamente. La noche sería á no dudarlo tempestuosa. Nada más triste y lúgubre que aquel frío crepúsculo de invierno.

—¡Señorita, señorita! se oyó exclamar quedamente en la semi oscuridad de la habitación de Enriqueta. Era su nodriza.

!Oid, hija mía! Oid lo que tengo que deciros.

—¿Vienes á hacerme apurar un trago más de hiel?

—Sí, noble y bondadosa criatura, pero creo que este será el último, pues vos no podeis habitar por más tiempo bajo este techo. Sabeis ¡oh! misericordia divina para lo que os llevan á Roma?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Ay! señor! Yo sí lo sé y no ceso un solo ins-

tante, desde ayer, de espiar á vuestra madre. Yo sé, pobre hija mía, que os llevan para meteros en un convento.

El semblante de Enriqueta palideció intensamente pero no pronunció palabra.

Belisa prosiguió: La abadesa del convento donde piensa llevaros, es parienta de ella, por lo que considera estareis allí segura.

—¿Qué puedo hacer Dios mío para evitar que esta maldad se consuma?

—No ir, fingiros enferma, todo menos hacer ese viaje; y entre tanto buscais el medio de salvaros.

Una fugaz sonrisa iluminó el descolorido semblante de la señorita de Alcibiani.

—¡Ah! Bien se ve, dijo, que no has pensado que tu y yo y todos estamos bajo el poder de mi madre y cualquier cosa que intentaramos se estrellaría contra su poderosa voluntad, pues nada podemos hacer sin que llegue á su conocimiento.

Nó, continuó la joven, será tal vez mejor para mí encerrarme para siempre en un claustro que pasar mi vida luchando contra la que me dió el ser.

—¡Misericordia dívina! ¡Cuanto me duele el oiros hablar así! ¡Y pensar que nada podemos hacer, que somos impotentes para prestarnos nuestra ayuda! . . . .

Fué interrumpida esta conversación por la presencia de una doncella que venía á encender las luces y á avivar el fuego que ardía en la chimenea y después de hecho esto salió seguida de Belisa.

Serían más ó menos las seis de la tarde. La claridad del día se apagó lentamente y la noche se enseñoreó del espacio tendiendo su oscuro manto sobre la faz de la anchurosa tierra.

Una densa niebla envolvía la ciudad toda y á cortos intervalos oíanse los gritos de los gondoleros que se anunciaban unos á otros para no chocar con sus góndolas.

Enriqueta de Alcibiani sola con su dolor y sus pesares, paseábase silenciosa por su habitación.

Había perdido hasta la facultad de pensar, tal era el entorpecimiento que embargaba todas sus facultades.

Sintiendo que el aire le faltaba á sus pulmones abrió la ventana y poniéndose de codos en el alfeisar con la cabeza descubierta, aspíraba con delicia el helado aire que azotaba su rostro refrescando así su ardorosa frente.

Sintióse entonces algo más aliviada y despejado su entendimiento. En la exaltación de los primeros momentos pensó que tal vez sería lo mejor que podría sucederle, encerrarse en un convento donde á lo menos viviría tranquila, y ya estaba casi resignada con su suerte.

Más después, tras la calma, vino la reflexión y por ésta comprendió cuan pobre y mezquina hubiera parecido á los ojos del conde viéndola resignada á separarse para siempre del que tan fielmente la amaba, sabiendo que al dar este paso le proporcionaría un cruel desengaño.

Es pues necesario no dejarse anonadar por este golpe y buscar algún medio de salvarse, pues aunque su amado le había jurado que sabría rescatarla de los brazos de quien osara arrebatársela, ¿cómo iba á luchar contra un peligro desconocido? ¿Llegaría él á imaginar jamás que iban á alejarla de la ciudad, para trasladarla nada menos que á Roma?

Nó, nunca pasaría por su mente semejante idea.

Y conociendo Enriqueta como conocia á su madre, estaba segura de que su inícuo plan sería llevado á cabo en el mayor misterio y quizá ni aún el Dux supiera la verdad. ¿Cómo pues iba á descubrir Edmundo la perfidia de Aurora?

Si á lo menos pudiera ella hacerselo saber..... Pero esto era del todo imposible, no podía tener ni la más mínima esperanza.

Entonces, si de nadie puedo esperar mi salvación, en quién sino en tí puedo confiar Dios mío!

Si mi Divino Padre, dijo, cruzando sobre el pecho sus manos entrelazadas, tu me auxiliarás, pues no puedes querer que por entero no te pertenezca la que se te ofrece en el ara Santa de tu Templo.

¡Tú! que has puesto en mi camino á aquel á quien he jurado amor eterno y he entregado mi corazón, no que-

rrás permitir que este corazón que está ligado á la tierra con los fuertes lazos de un amor mundano te ofrezca consagrarse á ti entre los muros de un claustro donde tú solo debes imperar....

Oh! sí! Dios me salvará, dijo llena de fé y de confianza, porque El es misericordioso y en su pecho no encuentran cabida las pasiones mezquinas que agitan á los seres de este mundo.

Después de hacer esta corta y ferviente plegaria, sintióse tan confortada y animosa que pudo libremente entregarse á sus pensamientos casi sin angustia ni temor por el terrible «mañana» que tenía en perspectiva.

Así permaneció durante algunas horas silenciosa é inmóvil como una estátua.

De pronto una ahogada esclamación se escapó de sus labios; comprimióse las sienes con ambas manos é inclinando la cabeza sobre el palpitante pecho permaneció así por breves instantes.

Cuando levantó la frente, sus ojos brillaban de una manera inucitada y sus mejillas tan pálidas momentos antes, estaban levemente sonrosadas.

No se le oyó pronunciar más palabra ni hacer un movimiento que revelara lo que acababa de pasar en su cerebro; solo se advertía en su semblante una expresión tan firme é inquebrantable que la resolución tomada en aquellos momentos había de ser decisiva.

Abandonó su asiento y con firme paso encaminóse á un elegante pupitre que había en su habitación, sobre el cual se veían algunos libros, papeles de música y recado de escribir.

Sentóse delante de él y con mano un tanto temblorosa, escribió la siguiente carta:

Madre mía: Cuando ésta llegue á tus manos yo habré dejado de existir!... Y no tendrás ya hija!

Si esto fuera un motivo de pena para tí, bien me guardaría de llevar á término mi criminal propósito, pero como sé que no será así puesto que tú no me amas y hallándome cansada de una lucha estéril y bochornosa me sustraigo á mi adverso destino, cortando el hilo de mi existencia.

Te parecerá imposible que yo tan devota, tan sufrida y resignada siempre sea capaz de cometer este crimen, pero ten presente, madre mía, que la desesperación y la soledad á que tu me has condenado, son malas consejeras y como tales nada bueno pueden sugerir.

Adios pues, madre de mi alma, en esta carta regada con mi llanto te envío mi perdón, por cuanto en tu obstinada seguedad me has hecho padecer. A las doce de la noche me arrojaré al canal por la ventana del salón de lectura.

Te encargo muy especialmente á mi pobre Belisa; sé cuanto me ama y cuan grande va á ser su pesar, pero te suplico le digas de mi parte que por mi no se apure, pues ya habré dejado de sufrir en este mundo.

Y ahora madre carísima, escucha el ruego supremo que voy á hacerte, deseando que estas sean las últimas palabras que mis labios te dirijan antes de despedirme de ti quizás para siempre. Olvida tus odios y tus locos anhelos de venganza; cierra tus ojos al mal y abre al bien tu corazón, volviendo al seno de tu Dios para que regenerada por el arrepentimiento, goces de la paz y del contento que aquellas terribles pasiones te han robado.

Y aquí tienes depositado en este papel mi último beso que es para ti madre mía. Recíbelo con el imperecedero amor de tu hija infeliz

ENRIQUETA.

Cerró su carta y poniéndole su sello la colocó sobre el velador junto á su lecho.

En aquel momento daban las nueve y media.

Si dentro de dos horas no se me ofrece otro medio de salvación, esclamó la joven, mi suerte estará marcada y cumpliré mi propósito. Dijo estas palabras dejándose caer vestida sobre su lecho.

Faltaba un cuarto de hora para las doce cuando Enriqueta muy sigilosamente se levantó, quitóse la larga capa de pieles que la envolvía y metió sus hermosos cabellos entre una fina redecilla de hilos de plata, conservando el traje y la gola de encajes que llevaba aquel día.

Luego pasó al saloncito inmediato y después de cerrar con llave su dormitorio, colocó esta sobre el pupitre y apagó la luz, quedando todo en completa penumbra. Oyóse abrir quedamente una ventana y luego una voz angustiosa y ténue pronunció estas palabras:—Puesto que ella lo quiere, cúmplase su voluntad.

CAPÍTULO XIII

¡ Paz en su tumba !

Nublado y desapasible amaneció el día siguiente y pocos momentos despues gruesas gotas de lluvia comenzaron á caer.

Aurora levantada ya y envuelta en una rica andriana de cachemira blanca miraba á traves de los cristales, el cielo todo cubierto de espesas nubes.

Mal tiempo tendremos, esclamó á media voz, pero quizás sea mejor, pues asi habrán menos ojos que nos vean salir.

Su breve soliloquio fué interrumpido por Laura la doncella que traia un sencillo y elegante traje de terciopelo negro con el cual atabió á su señora. Cubrióle luego la cabeza con un virrete negro tambien con filigranadas almenas de oro y por último echó sobre sus hombros una ancha capa que la envolvía por completo entre sus pliegues.

Poco despues de las siete y media envió á la doncella á llamar á Enriqueta: Un instante despues volvia aquella para decir á Aurora que la habitación de la señorita estaba cerrada y que apesar de haberla llamado repetidas veces no habia tenido respuesta.

Aurora sabía que su hija se recogia algunas veces á altas horas de la noche, entretenida, ya en bordar en leer ó en componer música, que eran las ocupaciones á que ella se dedicaba con mayor predilección.

Seguramente dijo se acostó tarde y el sueño la ha vencido, voy á despertarla.

Pero advertid señora, observó la sirvienta que la señorita no cierra nunca su alcoba con llave.

Aurora no contestó y ya algo alarmada penetró en las habitaciones de su hija.

Empujó repetidas veces la puerta al mismo tiempo que llamaba á la joven, pero sín obtener mejor resultado que la doncella.

Aurora comenzó á inquietarse seriamente.

Con ansiosa mirada recorrió todos los muebles del pequeño salon y al fijarse en el pupitre sobre este vió la llave colocada junto al quinqué.

Con rápido movimiento tomó Aurora aquella llave é introduciendola en la cerradura abrió la alcoba penetrando en ella seguida de la pobre Belisa, quien acababa de acudir. Encaminóse directamente al lecho recogiendo con temblorosa mano el cortinado que lo ocultaba y al verlo vacio y sin señales de que nadie hubiera dormido en el retrocedió dos pasos palideciendo intensamente.

Señora, señora, esclamó Belisa en aquel momento: !Mirad, una carta! y señalaba la que dejara Enriqueta sobre el velador.

Aurora se precipitó sobre ella y con ansiedad fácil de imaginar rasgó el sello con presteza.

A medida que leia, la cólera, el dolor y la sorpresa se retrataban en su semblante horriblemente descompuesto.

Leyó hasta la ultima palabra y despues en un arranque de desesperacion, corrió á la habitacion inmediata, abrió la ventana y cual sí en su mente se retratara el cuadro que se presentaría ante su vista. asomosé al canal..... cerrando sus ojos.....

Abriólos al instante y fijó sus ávidas miradas en las dormidas aguas. Todo estaba en completa calma.

En el primer momento nada vió pero fijando sus ojos en las profundas y silenciosas aguas. vió con indecible espanto la gola de encajes de Enriqueta enrredada en un grueso gancho que sobresalia del murallón flotando sobre las aguas con un mechón de sus negros cabellos.

Un pavoroso grito que hizo crispar los cabellos de las personas que la habían seguido, salió de su pecho y con el semblante lívido y descompuesto abandonó el salón y corrió en busca del Dux.

En cuanto este fué enterado de lo sucedido, mandó que buscaran por todos los canales de la ciudad el cuerpo de la infortunada niña.

Pero todo fué inútil, nada se encontró.

Entonces se supuso que la suicida para llevar á cabo su intento había atado á su cuerpo algún peso que la mantendría para siempre sumergida en las profundas aguas.

Aurora permanecía encerrada en sus habitaciones completamente sola; no prestando atención á nada que no se relacionara con su hija.

La terrible noticia de aquel trágico suceso cundió por toda la ciudad con increible rapidez; llevando el duelo y la consternación á muchos corazones que amaban tiernamente á la infortunada joven y las más fantásticas y descabelladas congeturas se hacían en todos los hogares.

Valentina y sus padres derramaron sinceras lágrimas, dolorosamente impresionados ante la abrumadora realidad de aquella horrible desgracia, tan inesperada é incomprensible para todos, pués exceptuando á Edmundo nadie podía explicarse la causa que pudo inducir á privarse así de la vida en los albores de la juventud, conociendo el carácter y las creencias profundamente religiosas de la señorita de Alcibiani.

Edmundo no podía convencerse de que aquella terrible desgracia se había consumado en realidad separándole para siempre de su bien amada y cuanto más pensaba en aquel suceso, parecíale más imposible que aquella criatura tan apacible, tan delicada y paciente hubiera tenido valor para acabar su vida de aquella manera.

Lleno de dolor y angustiado por un cruel remordimiento, unióse á las personas encargadas de buscar el cadáver de su primero y único amor y Dios sabe cuántas lágrimas fueron aumentar el caudal de las aguas que servían de eterno y mortuorio lecho al cuerpo de su amada.

¡Ah! decía luego que se hubo convencido de lo infructuoso de sus investigaciones. Soy yo solo el culpable del trágico fin de este angel y la desgracia que hoy me

aflige bien la merezco por mi necedad incalificable, pués no me cabe la menor duda, que solamente en un momento de loca desesperación, por el castigo que esa madre inhumana haya querido infringirle, pudo tomar una determinación que al más valiente de los hombres lo hubiera hecho vacilar.

Caía ya la noche cuando Edmundo regresó á su casa después de haber recorrido toda la ciudad, pintándose en su semblante el dolor y la desesperación que lo consumía.

Rafael sabedor del suceso é imaginándose el profundo dolor de su mejor amigo, corrió presuroso á su lado para acompañarlo en medio de aquella pena que también á él le hería íntimamente.

Al penetrar este en la habitación donde se hallaba el conde, echóse este en sus brazos en medio de convulsivos sollozos.

¡Y si al menos pudiera llorar sobre su tumba Rafael; besar el mármol que ocultara sus despojos! más ni aún ese consuelo puedo tener en mi dolor dijo Edmundo separándose de los brazos de su amigo y dejándose caer en el sillón que antes ocupaba.

¿Pero á que tormento tan bárbaro ha querido someterla? exclamó Rafael sentándose junto al conde? Que castigo monstruoso le impondría para que ella tan santa, tan sumisa y sufrida, haya preferido la muerte antes que soportarlo?

¡Oh! dolor que tan cruelmente laceras mi corazón, exclamó Edmundo, acaba de una vez con esta vida que sin ella me será odiosa.

¿Y que nada pueda yó hacer? prosiguió después; que no me sea posible vengarla y arrojar al rostro de esa madre infame, toda la bárbara crueldad de su monstruoso crímen?

Nada, nada puedo hacer, sino llorar.

¡Ah! Señor y al pronunciar estas palabras una violenta crísis de desesperación hizo presa de él.

Honda impresión causó en toda Venecia el trágico fin de aquella apasible criatura y asi las damas como los caballeros acudieron á hacer presente su condolencia á lia nfortunada madre!

Aurora envuelta en sus negros ropajes que hacían más extrema la habitual palidez de su rostro, permanecía ensismimada en su dolor mudo y sin lágrimas, insensible á las manifestaciones de pesar de las personas que la acompañaban; y aquel dolor que acumulaba amarguras en su corazón, lejos de extinguir sus ódios; aquella pasión tan arraigada con ella, dominábala por completo: Rafael y Valentina eran para ella causa viviente de sus males y el nuevo golpe que entonces la hería, no hacía más que aumentar su aversión á ellos.

En la mañana del cuarto día de haber tenido lugar aquel trágico suceso, recibió Edmundo una orden de España en la cual se le llamaba con urgencia, pués se temían temores de guerra.

Como hijo adicto y valiente, quiso acudir presuroso al llamado de la lejana patria para ofrecerle en su ara su sangre y su vida.

Al amanecer del siguiente día partió con rumbo á España en su buque, Reina del Mar.

Era un misterio para casi todos los habitantes de la ciudad de Venecia la causa de la muerte de la infeliz Enriqueta y todos íntimamente conmovidos, exclamaban: Dios tenga piedad de ella y le dé paz en su tumba.

CAPITULO XIV

El Castillo de los Manantiales

Han transcurrido doce meses desde que Edmundo de Miramar, abandonara á Venecia para volver á las playas Españolas.

Poco tiempo después Rafael y Valentina acompañada de sus padres, se trasladaron á Florencia en donde Rafael poseía un hermoso castillo, herencia de su madre la duquesa de X, allí debía celebrarse poco después, su boda.

Era aquel castillo una espléndida mansión construída sobre una alta eminencia en medio de las feraces campiñas de Florencia.

Morada de recreo de los poderosos duques, hallábase rodeada de corpulentos castaños y magestuosas encinas.

Descendían de la cima de la alta eminencia, pequeños manantiales, los cuales al unirse en la base, formaban caprichosos arroyuelos que fecundizaban con sus aguas las dilatadas campiñas del ducado aquel.

Dos años después de contraer matrimonio, la duquesa Marta con el Dux Enrique Dandolo, murieron los padres de aquella y pasó el castillo á manos de un tío de la duquesa: era este un solterón recalcitrante, vivía entregado á sus libros y á la caza, pero sin ocuparse en absoluto de su castillo.

Cuando Rafael y Valentina se instalaron allí, hacían cinco años que el castillo estaba cerrado, pués su morador había pasado á mejor vida, quedando todo por completo abandonado.

Cuando los moradores del ducado vieron la actividad y los buenos deseos que hacia ellos manifestaban los nuevos señores; quienes comenzaron con ahinco á mejorar la mala situación de sus vasallos, estos comprendieron que todos sus males tendrían pronto remedio.

Valentina anciosa de aliviar la miseria de aquellas gentes que vivían en la mayor pobreza, informábase personalmente de todas sus necesidades y en cada una de las humildes chozas que alegraba con su presencia, encontraba siempre ocasión de dar cumplimiento á los buenos deseos de su corazón.

Visitó también la pequeña y bonita Iglesia que encontró pobre y destruída; luego el hospital vasto y hermoso edificio, el cual se hallaba casi destruído y en un estado de lamentable abandono.

Ambos edificios fueron restaurados prontamente y provistos de cuanto en ellos hacía falta.

Deseando la bondadosa joven emplear lo más acertadamente posible su cuantiosa fortuna, quiso hacer algo en beneficio de los infelices menesterosos y al efecto hizo construir un hermoso edificio destinado á alvergar en él á los ancianos y niños desvalidos.

Cuando este estuvo concluído, Valentina fué con su esposo á visitarlo.

Era un edificio sencillo y sólido, rodeado de un ameno jardín y en cuyo frente y en lo más alto del cuerpo principal destacábase una gran estátua de mármol blanco representando la caridad bajo la forma de una majestuosa matrona coronada de rosas y cubierta por un ancho manto bajo el cual cobijaba algunos ancianos y niños, quienes posternados la adoraban.

De los más apartados rincones de Florencia llegaban desamparados séres que venían á cobijarse bajo aquel hospitalario techo que la caridad les deparaba.

El día anterior había mandado Valentina un cargamento de juguetes para los niños, y su júbilo fué inmenso al contemplar la alegría de aquellos pobres ángeles cuyas infantiles frentes estaban ya marcadas con el indeleble sello de la miseria y del dolor.

Valentina llena su alma del más profundo regocijo, partió de aquella morada seguida de las bendiciones de aquellas pobres gentes, quienes querían besar la orla de su vestido.

Hacía un año que los jóvenes esposos habitaban en el castillo y ya sus dominios se habían convertido en uno de los más ricos y florecientes de aquella comarca.

Entonces no se veían como antes las campiñas desprovistas de rebaños, ni los campos sin cultivar; á la pobreza y el abandono habían sucedido la abundancia y el bien estar.

En las hermosas mañanas primaverales, veía la rica castellana desde la más alta torre de su castillo á las pastoras que conducían sus rebaños al campo de pastoreo y á los mozos de labranza que uncían sus bueyes al arado y acompañados de las robustas aldeanas empezaban sus rudas tareas.

Los dos esposos pasaban allí una vida llena de felicidades y esta llegó á su colmo, cuando á mediados del verano un feliz acontecimiento vino á interrumpir el apacible transcurso de sus días y fué este nacimiento de una niña sana y hermosa como sus padres.

Algunos días antes de aquel feliz suceso llegaron al castillo los esposos Evoli, lo que fué causa de infinita alegría para sus hijos, quienes en medio de su completa

dicha no cesaban nunca de recordar á sus amados padres.

La pequeñita fué bautizada en la Iglesia del castillo con el nombre de Marta. Los regocijos que con este motivo se celebraron duraron una semana entera.

Todas las aldeanas iban á saludar á su ama y á conocer á la recien nacida, trayendo cada una algún humilde presente para la primera.

Quién presentaba una vasija de dorada miel, quién los más esquisitos frutos de su huerta, quién los más tiernos bocados del palomar y del corral.

Todos contemplaban á la hermosa niña sin atreverse á posar los lábios sobre aquella frentecita de jazmín y rosa que descansaba entre nubes de seda y encajes.

De los castillos circunvecinos, llovieron ricos presentes sobre la afortunada recien nacida acompañados con los fervientes votos que todos hacían para que Dios la colmara de felicidades y le diera largos años de vida.

Cuando Valentina dejó el lecho y pudo bajar á la aldea fué motivo de júbilo general.

Era domingo, la Iglesia preciosamente adornada con profusión de flores y cirios, presentaba un aspecto encantador. Aquella mañana se celebraba un Tedeum en acción de gracia por el feliz nacimiento de la futura duquesita y por los beneficios recibidos durante aquel año.

Quiso Valentina que aquel día fuera de alegría para todos los habitantes de sus dominios, no olvidando á los pobres enfermos del hospital á donde envió algunos músicos que tocaban alegres piezas mientras el sacerdote distribuía la sagrada comunión á los enfermos, después de lo cual Valentina distribuyó dulces y confituras.

Siguió á esta ceremonia un suntuoso banquete, al que fueron invitados todos los nobles de los vecinos castillos.

En el gran patio de honor servióse un suculento almuerzo para todos los pobres del Ducado.

* * *

La felicidad de los jóvenes esposos parecia basada

sobre muy sólidos cimientos, pero mientras que Aurora, su comun enemiga no perdonara no podrián ellos vivir tranquilos.

Valentina tenia ahora una obligación mas, pero cuán liviana y agradable de cumplir.

Todo el tiempo que su esposo estaba ausente de su lado, dedicábalo ella á su hijita y cuando Rafael volvia de sus ocupaciones que nunca le faltaban compartia con él sus cuidados y atenciones mientras que el amante esposo y solícito padre repartía entre aquellos dos pedazos de su corazón sus caricias y sus ternuras.

En aquellos momentos ni la mas pequeña nubecilla empañaba el diáfano cielo de su dicha.

Felíces criaturas que en medio de su opulencia é ilustre alcurnia preferían á los bulliciosos y arrebatadores placeres mundanos, los tranquilos y santos goces del hogar donde se albergan las mas puras y duraderas afecciones del corazón.

¡Oh! querido hogar donde se deslizan los tranquilos dias de la inocente niñez cobijados cual tiernos pajarillos bajo el ala maternal!

¡Oh! recuerdos queridos del hogar paterno que iluminas nuestra mente mostrándonos el cuadro de la felicídad sencilla y pura y del mas casto amor que como santa enseñanza eleva y purifica el alma. Hogar dulce hogar.

......Bendito seas......

A principios del mes de Noviembre los esposos Evoli partieron para Venecia.

En cuanto sus numerosas relaciones tuvieron noticía de su llegada acudieron presurosos á darles la bien venida,

Como es de imaginar el tema de las conversaciones eran referente á Rafael y su esposa, y las preguntas respecto á la pequeñita á quien todos imaginaban bella como su madre.

Leonor satisfacia la natural curiosidad de las damas contándoles lo felices que eran sus hijos, mas en lo que no encontraba palabras para espresarse era al hablar de su nieta en quien veia reunidos todos los encantos que podián embellecer á una niñita de su edad, revelando en su conversación la idolatria que por ella sentia.

Desgraciadamente muchas de las personas que acudian á los salones de Leonor eran tambien amigas de Aurora é inocentemente referian á la vengativa mujer todo cuanto sabian respecto á su hijastro, sin saber que sus palabras producian en su oyente muy distinto efęcto del que ellas imaginaban.

Sí Rafael y Valentina huvieran visto á Aurora en aquella epoca de su vida habrian quedado á no dudarlo asombrados ante el cambio verificado en aquella altiva y hermosa mujer.

Notablemente enflaquecida sus ojos parecian mas grandes notándose en ellos una marcada espresión de dureza y amargura.

Entre sus cabellos tan negros y sedosos advertiánse ya algunas hebras de plata mientras que su frente en otros tiempos tan tersa y blanca estaba muy surcada de tempranas arrugas.

Su caracter que nunca fué bueno se habia vuelto tan ágrio y taciturno que se hacia insoportable.

Todos atribuian este notable cambio á la muerte de la infeliz Enriqueta. Mucho influia esto á no dudarlo pero habia otra causa; mientras ella veia destruidos todos sus planes para impedir aquel matrimonio entre el odiado Rafael y la pleveya Valentina; mientras el remordimiento por ser causa de la muerte de Enriqueta iba royendo día á día su ya lacerado corazón y en tanto que ella envejecida y abrumada por su impotencia veia transcurrir los dias de su vída en la mayor soledad y abandono y en los momentos cuando llegaba á sus oidos que aquellos seres á quienes tanto odiaba vivian tan felices y contentos como ella desgraciada, tan queridos y considerados como ella abandonada y aborrecida y como si todo esto no fuese bastante ahora tenían, para complemento de su dicha una hija cuando ella !Oh! desdichada habia perdido la unica que Dios le diera.

Todos estos pensamientos cruzaban como revuelto torbellino por la mente de Aurora producíendole vértigos de dolor y de odio, no queriendo reconocer, en su culpable ceguedad, que ella era la causante de todos sus males, hasta de la indiferencia con que su esposo habia llegado á tratarla, cansado de sus continuos desdenes.

Yo me vengaré, decia, yo me vengaré por cualquier medio que encuentre á mi alcance.

El Dux padre al fin habia acabado por olvidar la desobediencia de su hijo y cuando supo que aquel matrimonio á cuya celebración se opuso, mas por complacer á Aurora que por otra causa, habia realizado la felicidad de dos seres que habian nacido el uno para el otro, no dió oidos mas que á la voz de su corazón y perdonó muy sinceramente á Rafael contestándole con una carta tierna y cariñosa á la que su hijo le escribiera participándole el nacimiento de su hijita.

Pobre hijo mio, solia esclamar el desgraciado esposo en sus horas de soledad y tristeza, Dios me ha salvado de cometer la mas cruel acción que pudiera haber cometido en mi vida. Quizás si le hubiera obligado á obedecerme por medios violentos que estaban á mi alcance, lloraria hoy su felicidad muerta para siempre, su porvenir destruido como lo está el mio por haberme unido á ese impacable ser cuya figura de mujer encierra un corazón de demonio.

A mediados del invierno la salud del Dux se resintió visiblemente; hubo un día que su quebranto era tan grande que los médicos le mandaron quedase en cama y no hallando remedio para su mal le aconsejaron el cambio de aires y el descanso por algun tiempo de sus pesadas tareas.

El Dux mantenia correspondencia con su hijo y en sus cartas decíale lo delicado de su salud que se encontraba y espresaba en ella el temor que abrigaba de que los médicos fueran impotentes para curar su mal.

Estas cartas llenaban de sobresalto á Rafael y á no haberle escrito su padre que partia para D. hubiera regresado á Venecia permaneciendo alli hasta verle mejorado.

CAPITULO XV

La Carta

Corrian los primeros días del mes de Marzo precursor de la hermosa primavera.

Aurora Dandolo refugiada en su saloncito de lectura y muellemente recostada en un cómodo diván dejaba vagar su pensamiento por los desconocidos ámbitos del infinito.

Aurora no estaba sola; sus damas de honor la acompañaban sentadas en pequeños taburetes, bordaban unas y otras hilaban mientras una de ellas, la mas joven, tenia un gran libro sobre sus rodillas, en el cual leia en voz alta. Todos escuchaban con la mayor atencion la interesante lectura, pero no asi Aurora quien con los ojos ligeramente entornados y contraida la frente cual si una tenaz preocupación la dominara, tenia sin duda alguna lejos, muy lejos de allí su pensamiento.

Las horas pasaban sin que ninguna de las damas interrumpieran sus respectivas tareas.

Las cuatro habian dado ya y Aurora al oir sonar la media hora se incorporó en su asiento.

Hijas mias esclamó, dirigiendose á sus acompañantes. Dejad por hoy vuestras tareas:

Teneís dos horas para emplearlas á vuestro antojo, hasta las seís y media no os necesitaré. Ydos.

Un instante después Aurora quedó sola.

Cual si tomara repentinamente una resolución púsose de pié.

Una túnica de terciopelo negro la envolvia por completo y llevaba sobre esta una capa de talí blanco orlada de pieles del mismo color.

El dia espiraba y las brumas de la noche comenzaban, dejando la habitación en triste penumbra. Hacia tiempo que la oscuridad amedrentaba á Aurora y temia quedarse á solas con ella.

Fué hácia un velador y encendió una bujia que colocó

sobre un pupitre encima del cual habia un pequeño armarito de ebano con incrustaciones de nacar.

Luego que dejó la luz, abrió el diminuto armario y sacó de el un abultado paquete de cartas que á juzgar por el delicado perfume que aun conservaban debian ser cartas de amor.

Desató con cuidado la cinta que las sujetaba y sentándose ante el pupitre comenzó á examinarlas detenidamente.

Tomó de entre todas una sin duda la de fecha más reciente y despues de guardar las demás puso aquel papel ante su vista y apoyando los codos sobre la mesa dejó caer la cabeza sobre sus manos y permaneció asi por largo rato, inmóvil y silenciosa.

Pero no creais que leia, no, examinaba detenidamente los desiguales caracteres que llenaban aquel papel.

Retíró luego este y empezó á trazar cautelosamente algunas lineas.

¡Perfecto! No hay diferencia alguna, murmuró á media voz; cualquíera diria que una misma mano ha escrito las dos; !Oh¡ esta vez cae, esclamó al mismo tiempo que una sonrisa de júbilo infernal iluminaba su macilento y y descolorido semblante.

Desde muy niña tuvo Aurora una maravillosa habilidad para imitar cualquier letra por hermosa ó contrahecha que ella fuera y aquella noche habia dado una prueba mas de su habilidad, falsificando admirablemente bien, la letra y firma de su esposo, quien para escribir á su hijo no usaba sino su nombre sencillamente.

Las cinco y media sonaron en la Torre del Reloj.

Apresuremosnós dijo ella, tengo tiempo hasta para enviarla y tomando un papel escríbió rapidamente una breve carta.

Despues de firmarla y cerrarla fué hacia uno de los muros de la habitación y abrió una pequeña puerta habilmente desimulada por el tapiz que cubría las paredes.

Aparecció una lámina de metal del tamaño de la abertura, en el centro de la cual se veia un boton, el cual al ser oprimido.

Aurora dió en la lámina dos golpes con un fino martillo de metal y al extinguirse la ultima vibración apareció

en ella el negrillo Otelo al que vimos recibir al Dux en el palacio Alcibiani.

Toma, esclamó, Aurora entregándole la carta con presteza, lleva esta á Tancredo y dile que con toda urgencia la lleve á su destino valiendose de los medios que le endiqué.

Partió el pajecillo y des pues de cerrar la puerta retirose Aurora al salon inmediato donde poco después se les reunieron sus damas de honor para acompañarla á la suntuosa mesa.

CAPITULO XVI

Rafael en Venecia

Quince dias habia estado Rafael sin tener noticias de su padre y ya comenzaba á inquietarse sinceramente, cuando el décimo sesto recibió una en la cual le decia el Dux entre otras cosas que sintiendose mejorado regresaba á Venecia donde esperaba verlo antes de morir, sí era que su última hora habia de llegar pronto.

Con el corazón desgarrado por tan tristes nuevas y llena el alma de negros presentimientos, Rafael se dispuso á partir sin pérdida de tiempo.

Valentina apesadumbrada por la pena de su esposo hacia con solicíto afan los preparativos para su marcha.

Cuando llegó la hora de la partida Rafael abrazó estrechamente á su esposa, la cual deshecha en lágrimas no podia desprenderse del cuello de su esposo, como si presintíera que en el solo hecho de separarse de ella, le amenazaba alguna desgracia de la que hallándose lejos de él no podria librarle.

Vamos mi buena Valentina ten un poco de valor y no te apesadumbres tanto ante la idea de una separación que Dios mediante no durará mucho, pues si mi padre estuviera muy grave enviaré por vosotras y sí le encontrara mejorado vendría á veros sin demora.

Así pues vida mia, déjame enjugar esas lágrimas y que vea tu amado semblante sereno y hermoso como siempre.

Valentina sonrió dulcemente al oir las palabras de su

esposo y haciendo un esfuerzo por alejar de su espiritu los tristes presentimientos que le embargaban, estrechólo fuertemente entre sus brazos tranquilizada por las promesas que le hiciera; promesas que estaba segura cumpliria.

Estando ya tranquila la joven, tomó él en sus brazos á su hija y sentándola sobre sus rodillas, estubo acariciandola largo rato hasta que vinieron á anunciarle que solo se esperaba al señor para marchar.

Valentina acompañó á su esposo hasta el patio de honor donde un lacayo tenia de las bridas á un brioso corcel que esperaba á su amo bufando impaciente.

Cuando la joven madre recibió el último adios de su amado dueño y le vió alejarse seguido por su pequeña comitiva subió á la torre del Atalaya desde donde le siguió con la vista hasta que caballeros y caballos no fueron mas que un punto negro en el horízonte.

A las dos de la tarde salió Valentina acompañada de su niña y del aya á dar el cuotidiano paseo.

El día no podia ser mas hermoso, el sol brillaba en toda su fuerza calentando las plantas y la tierra de las cuales se exhalaba un perfume suave y embriagador; y abajo en el valle rasgando el vasto manto de esmeralda que comenzaba á cubrir la tierra el arroyuelo de caprichoso curso semejando ancha faja de bruñida plata en el cual infinidad de blancos cisnes y pesados anados nadaban tranquilamente luciendo los unos su gallarda esbeltez y los otros su vistoso plumaje.

Todo era encantador á aquellas horas y en aquel hermoso sitio.

Mas á pesar del bello dia, del delicioso panorama, del murmullo de las aguas, del perfume de las tempranas flores; del canto suave y melodioso de las pintadas avecillas que ocultas entre el naciente follaje de la arboleda amenizaban el ambiente; apesar de esto el corazón de Valentina estaba profundamente triste.

Felizmente para ella dos dias despues de partir Rafael llegaron á los Manantiales los esposos Evoli, haciendo con su presencia menos triste el vacio que dejara Rafael en su ausencia.

El señor Evoli y su esposa despues de haber pasado algunos meses en compañia de sus hijos y de su nieta erales imposible habituarse á la solitaria vida de su morada y no teniendo nada que los retuviera en Venecia volvieron nuevamente al castillo.

No careció de fatigas el viaje de Rafael pero llegó sano y bueno haciendose conducir enseguida á la morada Ducal.

Una fuerte emoción embargaba su ser al pisar el suelo de su patria donde esperaba ver á su padre, ¿Mas en que estado le hallaria?

Con creciente ansiedad ponia prisa al gondolero pareciéndole que la góndola no se movia sobre la superficie de las oscuras aguas.

Llegó la noche. Pero una de aquellas noches que solo se contemplan en Venecia, en la melancólica ciudad del silencio y del misterio.

Millares de brillantes estrellas esmaltaban la azulada superficie de los cielos y la luna blanca iluminaba los blancos palacios que se elevaban, destacándose majestuosos sobre las aguas de los canales, y allá á lo lejos oíase de cuando en cuando el canto triste y melodíoso de algun enamorado gondolero que en tiernas barcarolas cantaba sus endichas amorosas á alguna beldad, desdeñosa y cruel.

Calma infinita reinaba por doquier, escuchándose esos vagos y misteriosos ruidos confusos y apagados que ignoramos la causa que los produce y de donde vienen.

El chocar de los remos al sumergirse en el agua y á veces el raudo vuelo de alguna blanca gaviota que pasaba rozando con sus niveas alas la líquida superficie y desapareciendo luego en la sombra, era la única que venia á sacar á Rafael de su muda abstracción.

Serian mas de las diez cuando llegó al palacio.

En cuanto la góndola tocó junto á la escalerilla trepó por ella con precipitación. Llegaba al último escalon cuando un hombre poniendose ante él, atajole el paso y quitándose la gorra inclinóse respectuosamente ante el joven entregándole un papel que contenia estas palabras: Hijo mio sigúe á la persona que te entregue estas lineas

pues quiero que nadie te vea hasta que no estes junto á mí: Tu padre.

No dejó de sorprender á Rafael aquel deseo del Dux, pero no queriendose manifestar desconfiado siguió á su guia sin hacer objección alguna. Penetraron al palacio no por la puerta principal sino por una puertecilla lateral.

Habían andado unos cien pasos por una estrecha y oscurisima galería cuando sin que Rafael pudiera darse cuenta ni hacer el menor movimiento para impedirlo, cuatro vigorosos hombres lo dieron por tierra y con increible rapidez le amordazaron y cubriéndole sus ojos con un pañuelo, ataronle luego ambas manos atras.

Tal fué la sorpresa, el estupor que se apoderó del caballero que no hizo el menor movimiento ni intentó siquiera luchar con sus raptores, que le obligaron á marchar pero sin pronunciar una palabra.

Aquellos hombres iban con la faz cubierta por una máscara de terciopelo negro y llevaban sobre el pecho en el lado izquierdo una especie de escudo formado por un corazón atravesado por un puñal, que parecia ser un distintivo.

Uno de ellos sostenia en sus manos una tea encendida y alumbraba los estrechos pasillos por los que era conducido Rafael.

Llegaron por fin ante una pesada puerta de hierro; el de la tea sacó un manojo de llaves y abrió con una de ellas la citada puerta; acto continuo Rafael fué introducido en lo que no era otra cosa que una fria y lobrega prisión.

Quitaronle entonces la mordaza y la venda de los ojos y salieron todos en el mas completo sílencio dejando al joven en su húmedo encierro, cerrando la puerta con doble llave y cerrojo.

Pudo entonces darse cuenta Rafael de su crítica situación

Mil encontradas ideas bullian en su cerebro, sin saber cual seria la mano que con tan inaudita cobardia le asestara aquel terrible golpe.

En el primer momento pensó que su padre no le habia perdonado su desobediencia y queriendo apoderarse

de él sin ruido ni escándalo se habia valido de aquel ardid para atraerlo.

Luego reflexionando con mas calma horrorízóse de su sacrilego pensamiento. ¿Como es posible. se díjo, que pueda juzgar á mi padre, tan mezquino y cruel?

No, no puedo creerlo capaz de tan vil cobardia y hubiera querido huir de si mismo por sustraerse á aquel pensamiento torturador.

Pasó asi algun tiempo echándose al humedo suelo y recostado sobre las piedras de su calabozo.

Pareciale que era aquello una horrible pesadilla de la que por momentos iba á despertar.

Lo que en aquellas memorables horas sufrió el desventurado, no es posible describirlo, rendido por las fatigas de su viaje, por el quebranto de su espiritu y entumecido por el horrible frio que alli se sentia.

Serián poco mas ó menos las doce de la noche.

Lúgubre silencio reinaba en derredor del infortunado Rafael.

De pronto pareció á este sentir un leve ruido, el que poco á poco se hizo más distinguible hasta que pudo percibir claramente los pasos de una persona que se acercaba cautelosamente: Un instante después la puerta se abria en silencio.

Rafael se había puesto instintivamente en pié y al abrirse la puerta la prisión se iluminó por completo con la luz que traía en su mano la nocturna visita.

Al entrar ésta, Rafael lanzó una exclamación de sorpresa al ver, nó á un hombre como él esperaba, sino á una mujer de elevada estatura y sombríamente vestida de negro.

Llevaba la cabeza cubierta con una capucha negra también y una mascarrilla del mismo color cubría su faz.

Más, á pesar de esto, Rafael conoció al instante que aquella esbelta mujer era Aurora.

Colocó ésta la luz en el suelo y echándose atrás el capuchón con ademán nervioso: Buenas noches, señor Dandolo, exclamó con voz reconcentrada y ronca.

Rafael cruzado de brazos ante ella, no respóndió. Con el semblante pálido hasta la lividez, contemplaba sombría-

mente á la vengativa mujer, advirtiéndose por la profunda arruga que surcaba su frente, el terrible pensamiento que le torturaba cruelmente.

Notando ella el silencio del caballero, dió un paso hacia él y con irónico acento, dijo: Parece que seguís vuestra costumbre de despreciarme y de provocar mi enojo, pero tened cuidado, pues estáis en mi poder y de él no saldráis hasta que no me devolváis viva á la hija que por tí he perdido, miserable. Al decir estas palabras, arrancóse el antifáz con violento ademán.

Al ver ante sí aquel semblante pálido y demudado, Rafael no pudo contener una ahogada exclamación y su magnánimo corazón se conmovió dolorosamente á pesar del mal que aquella mujer le hacía.

Desde el primer momento comprendió que era prisionero de Aurora y una sorda cólera se había apoderado de su ser, más cuando pudo contemplar detenidamente aquel rostro enflaquecido, aquella frente marchita y sus ojos sin brillo, hundidos en las órbitas y rodeados de un ancho círculo morado, entónces, solo sintió lástima, profunda lástima por aquella desdichada y si en su mano hubiera estado, habría remediado sus males con el más íntimo placer.

Aurora fijó en el semblante de su hijastro el efecto que su presencia había hecho en él y acercándose aún más: ¿Me ves?, exclamó: Contemplas mi semblante ajado y enflaquecido por mis crueles sufrimientos? Pues esto es obra tuya y vas á pagarme todo el mal que me has hecho; ten esto presente, no esperes de mí piedad ni compasión, pues me conoces y sabes que en mi corazón no tienen cabida esos sentimientos.

—Pero señora, exclamó al fin Rafael herido por los cargos de la madrastra y deseando hacer penetrar un rayo de luz en aquel cerebro en tinieblas; porque me culpáis á mí de todas vuestras desventuras?, ¿porque queréis que yo os devuelva vuestra hija cuando no he sido yo quien os la quitó?

Lo que ella y yo intentamos era evitar que cometierais el más monstruoso abuso para que más tarde vuestra propia hija no os...

—¡Calla, cállate infame! No vengas á echarme en cara las faltas que por tu causa cometía, gritó Aurora fuera de sí y levantando sobre el joven sus crispadas manos.

La capa que envolvía á Aurora, se desprendió de su cuello y cayó á sus pies. Rafael se inclinó para recojerla é iba á colocarla sobre los hombros de su dueña, más ésta con un ademán brusco se la arrebató colocándosela ella misma.

El pobre cautivo no sabía que hacer para calmar la cólera de aquella mujer.

—Por Dios señora, la dijo con suavidad y dulzura: Decid que es necesario para aplacar vuestra sed de venganza.

—Dejarme beber, interrumpió Aurora con lúgubre voz.

Rafael sintió de nuevo que le ahogaba la cólera, pero haciendo un esfuerzo de voluntad logró dominarse.

—Está bien señora, bebed hasta saciar vuestra sed vengandoos en mi que ningún daño os hice, pero juradme ante algo sagrado para vos, que cuando esten satisfechos vuestros anhelos, olvidaréis esas terribles pasiones que son para vos un puñal de dos filos que desgarra vuestro corazón y vuestra alma sin acarrearos bien alguno.

—¡Ah, canalla, exclamó Aurora humillada ante la grandeza de aquella alma que á su pesar, hacíale ver la mezquindad de la suya; te atreves á dictarme condiciones?

—No son condiciones señora, es una súplica que vos despreciás porque ignoráis que si la escucharáis seríais la mujer más dichosa de cuantas existen sobre la tierra.

—Necio, mentecato, murmuró Aurora con desdeñoso acento. ¿Quieres ablandar mi corazón para sustraerte á mi castigo?, ¿quieres la libertad de que tanto me ha costado privarte? ¡Ah!, no la obtendrás yo te lo juro: caistes torpemente en la red que te tendí, pero no hay que extrañarse, pues que estaba bien urdida, ¿no es verdad?, y al decir esto reía con placer satánico.

Rafael palideció más aún y con voz temblorosa y ahogada dijo: ¿entónces todo ha sido una vil mentira? El llamamiento de mi padre, su enfermedad, en fin, todo.

—Nó, interrumpió ella: vuestro padre está realmente

enfermo y ausente de Venecia, es sola la última carta la que fué obra mía.

—Así que soy vuestro prisionero señora?

—Si lo sois: Todo lo que por vuestra causa sufro yo, lo vais á sufrir vos en este calabozo lóbrego y frío.

—Quiero que empapeis el pavimento de vuestra prisión con las lágrimas de vuestros ojos y que á fuerza de sufrir se incline vuestro cuerpo y se hundan vuestras mejillas.

Si vos, prosiguió, no me hubierais provocado con desprecio y no hubierais encendido en mi pecho esta hoguera de odio, con la antipatía que hacia mi demostrábais, me habríais sido indiferente y para nada me ocupara de vos, pero no quisisteis que fuera así y ahora ya no tenéis más que conformaros con vuestra suerte.

Aurora cesó de hablar y cubriéndose con el capuchón tomó la linterna, disponiéndose á salir.

—Ahora, dijo al encaminarse á la puerta, os traerán una cama y algo para que comáis.

No quiero mataros, tengo horror á la muerte y se extremeció visiblemente.

Rafael no pronunció una palabra más; con el semblante pálido y contraído, los brazos cruzados sobre el pecho y recostado contra uno de los húmedos muros de su prisión, fijaba en su madrastra una mirada desdeñosa y fría.

Al ver á aquella llegar á la puerta é introducir la llave en la cerradura, sintió un vivo impulso de apoderarse de la atrevida mujer y recobrar su libertad: hizo un movimiento para lanzarse sobre ella, pero en aquel momento la puerta se abría y Rafael vió á dos de los robustos hombres que lo hicieron cautivo, armados con agudos puñales que brillaron siniestramente á la luz de la tea.

¡Padre, padre mío! A que clase de mujer habeis dado vuestro nombre?, exclamó el joven al quedar solo en su oscura prisión.

Poco después volvieron sus carceleros trayendo lo que ofreciera Aurora. Arreglaron cada cosa en su sitio y salieron después, cerrando cuidadosamente la pesada puerta.

Cuando Rafael quedó solo, dejóse caer en el duro lecho,

no para dormir, que esto le era imposible, sino para dar algún descanso á su rendido cuerpo.

Un hondo suspiro se escapó de su oprimido pecho. ¡Valentina, esposa mía, que dirás cuando pasen días tras días sin tener noticias del que tanto amas!

Dios mío, haced que de algún modo pueda ella saber donde me hallo.

Al día siguiente vinieron á traerle el desayuno; preguntó el joven á su carcelero si había regresado el Dux, á lo que este respondió por señas que no.

Pensó el pobre cautivo que no quería hablarle, pero no era así, sino que aquellos infelices eran mudos.

Al tercer día de estar encerrado Rafael, se presentó nuevamente Aurora en la prisión y de la puerta preguntó al joven que deseaba.

El pidió recado de escribir.

—¡Ah!, no, eso no puede ser.

—Entonces nada quiero replicó el joven.

—Está bien, dijo ella y así continuó sus visitas, gozando con el tormento de su víctima.

Nada hubiera atemorizado á Aurora, á no ser la vuelta del Dux, pues sabía que si este llegaba á enterarse de la horrible maquinación de que se había valido para apoderarse de su hijo, apesar del amor que le profesaba, pagaría bien cara su vil acción.

Asi pasaban los días, sin que Rafael pudiera dar noticias á su esposa y sin que esta acertara á explicarse la causa de tan prolongado silencio.

Una mañana recibióse en palacio la noticia del regreso del Dux, algo mejorado ya de sus dolencias y con esta noticia hiciéronse mayores los temores de Aurora.

Ocultar á su esposo el paradero de su hijo, era cosa bien fácil, pues el calabozo en que estaba encerrado era el más apartado y sombrío de cuantos existían en palacio, pero, ¿no llegaría á saberlo de una manera imprevista por Aurora y por consiguiente imposible de conjurar?

Valentina alarmada por el silencio de su esposo y la desaparición de sus emisarios no vendría á Venecia á preguntar al Dux por su hijo?

Recien entónces tuvo miedo de las consecuencias que para ella podría tener su infame acción.

Cuando el Dux se presentó en la morada Ducal, fué ella á su encuentro, recibiéndole con regocijo tan marcado que el Dux se sorprendió, pues estaba acostumbrado á la frialdad imperturbable de su esposa y creyendo que al fin iba á conseguir lo que tanto había anhelado, quiso tomar revancha de lo que le había hecho sufrir y correspondió con marcada frialdad á las inusitadas atenciones de su esposa.

—Malo, dijo ésta al encontrarse sola, creo que voy perdiendo sitio en el corazón de mi ilustre dueño, y esto en las presentes circunstancias puede serme fatal.

Rafael ignoraba el regreso del Dux y tenía momentos de verdadera desesperación al ver su impotencia para revelarse contra aquella perversa mujer.

Aquellos fueron los días más aciagos de su vida. No es posible describir los tormentos que le producían sus días de completa soledad y sus noches de insomnio.

¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho para merecer este castigo tan bárbaro? ¡Mi esposa, mi hija! ¿Qué será de ellos? ¿Qué pensarán? ¡Oh! Dios mío, ¿cuál será su dolor y sus ansias después de dos meses de ausencia y sin tener la menor idea de lo que pueda haberme ocurrido?

El temor más grande que experimentaba era que su esposa alarmada y desesperada por su misteriosa desaparición se trasladara á Venecia y que la indigna madrastra se apoderara de su más preciado tesoro.

Y si eso sucediera ¿qué suerte cabría á aquel delicado é inocente sér en manos de tan terrible enemigo?

Cuando él recordaba la escena que tuvo lugar la primera noche de su cautiverio, creía capaz de todo á aquella furia implacable y en medio de estos negros pensamientos el infeliz preso de impotente rabia se revolcaba en su prisión con accesos que rayaban en locura.

CAPÍTULO XVII

La Providencia guíe mis pasos

En el castillo de los Manantiales todo era duelo y consternación.

Habían transcurrido dos meses desde el día de la partida del señor Dandolo y desde entonces no se habían tenido noticias suyas.

Valentina había enviado varios emisarios elegidos entre los más adictos vasallos de su esposo, pero ninguno había vuelto ni se sabía qué había sido de ellos. Esto, como es de suponer, hacía más terrible y angustiosa la situación de Valentina.

Esta, no pudiendo sufrir por más tiempo tan penosa incertidumbre, disponíase á partir ella misma para saber á qué obedecía el silencio de Rafael y la desaparición de sus enviados.

Sus padres se oponían á que su hija hiciera aquel viaje lleno de peligros para una mujer, y el señor Evoli quiso partir en su lugar ó al menos acompañarla, pero la joven esposa se negó, diciéndole: Padre mío, sólo á vosotros confiaré mi niña, á tí, madre, encomiéndote su cuidado, y á tí, amado padre, el de las dos.

Yo no consiento compañía sino durante el viaje y para ello me bastan mis adictos servidores, en quienes puedo ciegamente confiar. Así, pues, nada temáis. Rogad á Dios por él y por mí y esperemos en que la Divina Providencia me ilumine y guíe mis pasos.

Cuando vió que los aprestos para la marcha estaban ya listos puso á la niña en brazos de su madre y deshecha en lágrimas subió en su hermoso corsel con un valor que desmentía su palidez y su emoción.

Ya á caballo, hizo á todos un cariñoso saludo con la mano, no pudiendo apartar la vista de aquel querubin de sonrosadas mejillas que al verla alejarse paso á paso tendíale las manecitas como llamándola.

¡Hija de mi alma!—gritó la acongojada y valerosa madre—y como si temiera que aquellos débiles bracitos la

retuvieran tan fuertemente que la impidiera partir, dió un fustaso al brioso corcel, que poco acostumbrado á tan enérgico tratamiento echó á correr con ímpetu.

. . . .

Sin ningún contratiempo llegó á Venecia Valentina Dandolo, temblando de terror por las nuevas que allí tendría.

Sus primeros pasos se encaminaron á palacio.

Ella sabía que hasta allí había llegado Rafael sano y salvo, de manera que sólo en la ducal morada era á donde debía acudir para tener noticias del que buscaba.

Pidió al primer ugier que se presentó que solicitara del Dux una audiencia en nombre de la esposa de su hijo.

—¡Ah, señora! es imposible lo que deseais.

—¿Cómo? ¿qué queréis decir?

—Que habéis llegado tarde, señora, pues Su Alteza ha partido ya.

—¿Cómo puede ser eso si me ha asegurado que hasta anoche estaba aquí?

—No os han engañado, pero hoy al amanecer partió nuevamente, pues lo delicado de su salud le impide dedicarse por mucho tiempo á sus tareas y su regreso sólo fué para atender algunos asuntos de la mayor urgencia.

Aquella inesperada é infausta nueva causó á la afligida esposa tan hondo pesar, que sus ideas bullían en su cerebro cual agitado torbellino, confundiéndola hasta tal punto que quedó de pie frente al criado, que la miraba sorprendido sin saber que decir ni que partido tomar.

El ugier compadecido quizás ante el dolor que se advertía en aquel bello semblante:

—Si el asunto que tenéis que tratar es particular y tan urgente que no permite esperar al regreso de mi señor, podéis en ese caso hablar con la señora; ella está y creo no tendrá inconveniente en recibiros.

Valentina aceptó esto sin darse cuenta de lo que hacía.

Tan confundida y desesperada estaba que no se le ocurrió esperar el regreso del Dux ó ir en su busca, aunque esto no hubiera podido hacerlo, pues allí estaba Aurora para impedirlo.

A aquellas horas ya sabía ella que Valentina estaba en palacio.

—Venid, señora, dijo el ugier, y andando él delante condujo á la joven á un pequeño saloncito, cuyos tapices alfombrados y mueblaje era todo de terciopelo blanco.

La pobre Valentina dejóse caer sobre un diván casi desfallecida y sin saber qué iba á decir á aquella mujer que la odiaba tanto á ella como á aquel en busca de quien íba.

Al estar esperándola en el solitario saloncito pasó por la mente de la joven la idea de que nadie más que ella era la causante de la desaparición de su esposo, pues su padre, cualquiera que fueran los motivos que tuviera para apoderarse de su hijo, no hubiera tenido la crueldad de impedir que se comunicara con su esposa.

Y no siendo el Dux el autor de aquella traición ¿quién más que Aurora podía tener motivo para cometerla?

¡Ah! decía la joven: yo sabré arrancarle su secreto.

Sería capaz hasta de arrodillarme á sus piés para que me saque de esta incertidumbre que no me deja un instante de reposo.

Un cuarto de hora después de ser introducida Valentina, presentóse Aurora acompañada por dos damas de honor y vestida á lo ducal con un rico traje de brocato blanco cuya delantera estaba toda bordada con hilo de oro y diamantes lo mismo que las franjas de las mangas y el cintillo que oprimía su esbelto talle.

A pesar de tan regia vestidura y de los afeites del rostro no había podido disimular los estragos que la mano del destino imprimiera en ella.

Levantóse Valentina al ver aparecer á Aurora; ésta, después de despedir á sus damas, acercóse á la joven, permaneciendo de pie ante la afligida esposa.

—Acaban de anunciarme que deseabais hablarme, exclamó Aurora.

—Sí, respondió Valentina con temblorosa voz; recién llego á Venecia deseando vivamente hablar con el señor Dux por un asunto de la mayor importancia, pues que se trata nada menos que de saber lo que ha sido de su hijo, el cual abandonó su hogar hace dos meses, y como

su viaje no tenía otro objeto que visitar á su padre enfermo después de tan prolongada ausencia, durante la cual nada he sabido de él, decidíme á venir para saber lo que acontece á mi amado esposo.

Figuráos, pues, señora, cual no habrá sido mi dolor al tener la noticia de la partida del Dux. Sin saber qué partido tomar, consentí en que os molestaran para saber si pedéis darme alguna noticia respecto á lo que anhelo saber.

—Si algo supiera no tendría inconveniente alguno en decíroslo, pero ignoro por completo el paradero de vuéstro esposo, pues en Palacio no se le ha visto, á lo menos yo, y creo que si interrogáis á cuantas personas habitan aquí os responderán lo mismo.

—¿Entonces el pobre Rafael no ha visto á su padre, único motivo que le obligaba á hacer aquel malhadado viaje?

—Que yo sepa, no señora

—¡Oh, Dios mío! murmuró Valentina con afligido acento, sintiéndoso su corazón lleno de dolorosa angustia. ¿Cómo se explica esto? Aquí hay un misterio que es necesario poner en claro.

Ei señor Dandolo recibió una carta de su padre por la que éste le hace saber que presintíendo que su fin está cercano anhela verle. Corre el bondadoso hijo junto al enfermo querido y al llegar al hogar paterno desaparece sin dejar tras sí huella alguna que indique su paradero.

Aurora la interrumpió, y con acento que quería hacer indiferente y tranquilo, dijo:

—¿Y por qué venís aquí á buscarle? ¿No puede haberle sucedido cualquier accidente en el camino?

—No, señora, eso es inadmisible, pues que cualquier cosa que en el camino podía acaecerle hubiera tenido noticias de ello, sin contar con que las personas que le acompañaban aseguran haberlo dejado en Venecia sano y salvo y es aquí, no cabe la menor duda, donde algo ha sucedido. Y dijo Valentina estas frases con un acento tal, que Aurora se sobresaltó visiblemente, pensando que la joven pudiera vislumbrar algo de la verdad.

No queriendo perder su ascendiente sobre su interlo-

cutora y como si lo que esta acababa de decirle la hubiera ofendido, exclamó:

—Pero decidme, ¿qué tengo yo que ver con todo eso, ó estoy yo obligada á saber cuanto á vuestro esposo concierne? Y al decir esto dejóse caer en un diván con un marcado gesto de desdén.

—¡Ay de mí! gimió la acongojada esposa, si supiérais cuanto sufro os compadeceríais de mí y me ayudaríais á descifrar este misterio que me enloquece.

Una imperceptible sonrisa de triunfo crispó los labios de Aurora y con acento cruel y altanero, dijo: ¿Me pedís ayuda? No puedo concederósla, pues en este momento ninguna intervención quiero tener.

Toda la sangre afluyó al rostro de la señora Dandolo y con la voz ahogada por el dolor y las lágrimas que á duras penas podía contener, exclamó:

—¡Ah, señora, olvidaba al hablaros que érais la mortal enemiga de mi pobre Rafael y que en vez de compadeceros de mí os gozaríais con mi dolor: olvidaba, incensata de mí, que en vuestro pecho no tenéis corazón!

—Sí, respondió Aurora, hay en mi pecho corazón; pero tantas heridas ha recibido y tanto lo han destrozado, que ha quedado insensible á todo sentimiento que no sea el del odio que siento por todos aquellos que contribuyeron á aumentar mis sufrimientos; así, pues, no debe sorprenderos el que no os compadezca, porque tampoco lo hicisteis conmigo en los momentos de agonía y luto que soportó este corazón, del que vos negáis la existencia.

—¡Virgen santa! ¿Que yo no os compadecí? ¿Cómo tenéis valor para decir tal cosa? balbució Valentina con dolorido acento, mezcla de asombro y recriminación. ¿No os ayudé á velar junto al lecho de vuestra hija cuando ella estaba en la agonía?

Al oir estas palabras los ojos de Aurora se obscurecieron cual se obscurece la luz del día al cernirse sobre ella la parda nube, y poniéndose de pie con un violento ademán, dijo:

—Ni una palabra más sobre ese asunto. ¿Cómo os atrevéis á mencionar ante mí á aquella que he perdido por vuestra causa y la de ese hombre?

Valentina temió el enojo de aquella mujer, enojo que debía ser terrible como implacable era su odio.

—Calmaos, señora, dijo, no era mi intención disgustaros; sólo os pido que escuchéis mis ruegos.

—He dicho mi última palabra; así pues nada debéis esperar de mí.

—¿Sois inflexible? exclamó Valentina no pudiendo ya contener el llanto que la ahogaba.

Decidme que queréis verme arrodillada á vuestras plantas y humillarme de todos modos; pero sabed que todo, todo me parecería menos duro que verme privada de mi amado compañero.

—Esta escena se prolonga ya demasiado y os pido que acabemos de una vez, dijo Aurora.

Valentina perdió toda esperanza de conmover á aquella perversa mujer y sintiendo que las fuerzas la abandonaban dió un paso hácia su enemiga y conteniendo con una mano los latidos de su corazón:

—Por última vez os conjuro á que me digáis donde habéis ocultado á Rafael, gritó fuera de sí.

Aurora se turbó visiblemente, mas haciendo un poderoso esfuerzo consiguió disimular su emoción.

—Pero decid ¿quién os ha sugerido la absurda idea de que yo tengo que saber lo que ha sido del señor Dandolo? Decidlo, si no queréis que ría ante vuestra loca obstinación.

—Reid, exclamó Valentina con los dientes apretados por la cólera y el dolor; reid cuanto queráis, que tras esa risa verteréis, yo os lo aseguro, lágrimas más amargas que cuantas hayais vertido...

Valiéndome de cuantos medios estén á mi alcance y aun cuando en mi empeño haya de perder la vida, no cejaré hasta que haya encontrado á mi carísimo esposo, y entonces desgraciada de vos, vuestro castigo será igual á vuestra culpa.

—No os temo. y como ya os he dicho que esta escena me cansa, dejadme, dijo en tono imperativo.

—¡Hasta más ver, señora! murmuró Valentina inclinándose con soberbia magestad ante la madrastra, y no os digo adiós porque confío en que no será la última vez

que nos veamos, y dichas estas palabras salió con vacilante paso, trémulos los labios y nublados por el llanto sus bellos ojos.

Como una autómata llegó á la puerta de palacio embarcándose en su góndola.

La desvalida joven sentía que la fiebre comenzaba á apoderarse de ella, dolíanle horriblemente las sienes y un ruido ensordecedor bullía en sus oídos.

—¡Vogad! ordenó al gondolero, y éste obedeció llevándola por los canales sin dirección fija.

Recién entonces comprendió Valentina lo arriesgado del paso que acababa de dar, y lo que más le sorprendía era que su enemiga no se hubiera apoderado de ella para no ser descubierta, pues no le cabía la menor duda de que sólo ella era la autora del secuestro de Rafael.

En los primeros momentos pensó dirigirse á la ciudad de ————, donde se hallaba el Dux, y hacerle saber, si lo ignoraba, lo sucedido á su hijo; pero bien pronto tuvo que desistir de aquel proyecto, pues no haría aun media hora que saliera del palacio cuando se vió seguida sin disimulo alguno por un enamorado, quien embarcado en una pequeña gondolilla iba en pos de ella.

Al momento comprendió ésta que aquel era una espía enviado por Aurora y que no solo le sería posible presentarse al Dux sino que ni aun podría escribirle.

Valentina temió no solo por su libertad sino que también por su vida.

En aquel país en el que todos dependían de un poder absoluto; donde todo era misterioso y terrible, ¿quién se atrevería á prestarle ayuda y ponerse en lucha con aquella mujer que tan grande infuencia tenía entre los personajes más poderosos de la corte.

Allí donde ni el pueblo ni la nobleza podían intervenir en nada y donde se veían desaparecer personas entre las garras de esa justicia ante cuyo terrible nombre todos, chicos y grandes, poderosos y débiles inclinaban la cerviz como la inclina el esclavo ante el amo, ¿encontraría alguien que se atreviera á ayudarla, á descubrir aquel misterio, lo que les pondría frente á frente de aquella mujer que tanto ascendiente había tomado sobre el Dux

y que podría anonadarlos con una sola palabra de sus labios? No, bien lo sabía ella, estaba sola, completamente sola en la difícil y escabrosa senda.

Aquel silencioso enamorado que la seguía constantemente, producía en el ánimo de Valentina tal sensación de miedo y disgusto, que se vió precisada á dar orden al gondolero de conducirla á casa de sus padres para verse así libre de aquel odioso espionaje.

Había momentos en que Valentina tenía miedo de dar el más insignificante paso para buscar á su esposo, pues temía tanto á aquella mujer sin escrúpulo, sin conciencia, que al verse descubierta para no ser castigada contando siempre con las poderosas influencias que contaba podría lanzar sobre Rafael cualquier acusación que le sería á no dudarlo fatal. Bien podía hacerle aparecer como conspirador contra su patria, de la cual se hallaba ausente á causa de su desigual matrimonio.

Y entonces ¿qué valdría la protección del Dux?

Nada, y hubiera sucedido lo que años después sucedió al infortunado Dux de Toscari con su hijo Jacobo.

Muchos de estos pensamientos pasaban por la imaginación de Valentina en tanto era conducida á su antigua morada.

Por la primera vez después de dos años y medio de ausencia volvía á ver su habitación de soltera.

Encontrándolo todo en el mismo estado y como si aún estuviera allí su antigua moradora:

Su lecho en el mismo sitio y arreglado como si fuera á reposar en él, sus blancos cortinados sujetos con lazos celestes; sobre el velador el florero cargado de las últimas flores que ella colocara en él; junto á la ventana la mesita de labor y la silla en que ella se sentaba, todos sus libros, sus cuadernos y adornos tal como ella los dejara.

Al penetrar en el saloncito inmediato á la alcoba, tuvo la misma impresion de alegría.

Colgados sobre la pared principal estaban los retratos de sus padres y de Rafael.

Por largo rato contempló aquellos seres tan queridos que formaban su mundo.

¡Ah, no! Faltaba allí una carita pequeña y sonrosada con sus dulces ojitos color de cielo y sus flexibles y dorados ricitos formando gracioso marco á su lindo rostro.

El recuerdo de esta graciosa personita hizo desaparecer la nube de tristeza que empañaba el semblante de la joven madre, al fijar sus miradas en la imagen del que separado de su lado sufría quizá en aquellos momentos un duro cautiverio.

Pasó aquel triste día, buscando inútilmente el medio de hallar á su esposo sin exponer la vida de ambos.

A la mañana siguiente cuando apenas el alba despuntaba hácia Oriente, Valentina estaba ya despierta.

Por los cristales del balcón contemplaba el cielo cubierto aún de pálidas estrellas que iban desapareciendo una á una, á medida que avanzaba la aurora en su brillante carro inundando el espacio con su fulgente luz.

Ya comenzaban á sentirse los matinales cantos de las cautivas avecillas encerradas en magníficas jaulas; el penetrante canto de los gallos y el suave choque de los remos en las aguas del canal que empezaban á platear los rayos del naciente sol.

Valentina cerró los ojos y permaneció inmóvil. Pareciale que de un momento á otro iba á sentir el cauteloso paso de su amado padre, quien al pasar por delante de las habitaciones de ella caminaba de puntillas para no hacer ruido por temor á interrumpir su sueño, ó la voz de su cariñosa madre que la llamaba á su lado cuando por el mal tiempo ó el frío demasiado intenso la obligaban á quedarse en el lecho hasta después de levantados ellos.

Permaneció así largo rato soñando despierta, hasta ya algo entrada la mañana, bajó del lecho con presteza y comenzó á vestirse.

Luego abrió las ventanas y descendió á su jardincillo, era una mañana serena y hermosísima, la brisa fresca y saturada del perfume de las flores, y las plantas cubiertas de rocio, el suave trinar de las aves y el cadencioso rumor de las aguas, infiltraron en el ánimo de la joven una dulce sensacion de bienestar y calma que levantó un tanto su decaido espiritu.

De las mas frescas y perfumadas flores formó un ramo que fué á depositar á los pies de una hermosa ímagen de la Virgen que entre un nicho destacábase en uno de los muros del palacio, ante la cual ella desde muy niña acostumbraba á hacer sus oraciones de la mañana.

CAPITULO XVIII

La Sibila

En uno de los apartados barrios de la ciudad de Venecia habitaba hacia algunos años una hermosa mujer, conocida en toda Venecia con el nombre de la "Sibila".

Llamábase Yolanda y gozaba en el estenso circulo de las persónas que la conocian, de gran fama y consideración.

Contaria á la sazon veinte y cinco ó veinte y ocho años.

Su vida estaba rodeada del mas impenetrable misterio, unos decían que era casada y que su marido la habia abandonado, después de sacarla del seno de una familia noble y rica, contra la voluntad de la cual se habia casado, por cuya causa se encontraba desterrada de su país y condenada á vivir lejos de los suyos con el fruto de su trabajo.

Otros decían que era sencillamente una jitana de raro talento é incomparable belleza aunque de oscuro origen.

Esta joven, decia la buena ventura y jugaba á las cartas, pero lo que le habia dado el renombre y la fama de que gozaba, eran las maravillosas curas que habia hecho, con raices y yerba traidas de su país y de las cuales solo ella poseia el secreto.

Tambien la consultaban en cualquier conflicto. y en las situaciones mas dificiles, con sus sabios consejos y prodigiosa inteligencia encontraba siempre el remedio de ayudar á las personas que acudian á ella.

La dulzura y bondad de su caracter y su acrisolada virtud, conquistáronle pronto las simpatias y consideraciones de que era objeto, por lo que no habia que estrañar

que su casa estuviera siempre llena de damas y caballeros de las más elevada alcurnia de Venecía y de los pueblos circunvecinos.

Como todos, habia oido tambien Valentina los prodigios que de aquella mujer se contaban y en la dificil situación en que se hallaba pensó que nadie mejor que la Sibila podria iluminarla en medio de las tenieblas que la rodeaban.

Si, decididamente iría á verla y le espondria con todos sus detalles cuanto habia sucedido.

Así pensaba aquella mañana durante su solitario paseo por su jardincillo.

Temiendo que sinó se apresuraba á salir mas tarde seria espiada hizo llamar á su gondolero y sin mas demora dirigiose á la casa de Sibila.

Cuando llegó era muy temprano así que tuvo que esperar un largo rato.

Hicieronla pasar luego al salon donde ella recibia á sus clientes: era esta una habitacion circular sin otra abertura que la puerta que daba acseso á este.

Las paredes estaban tipizadas de damasco color verde claro, sembrado de estrellas doradas, pendia del techo una gran lampara de porcelana verde tambien con una pantalla del mismo color, como asi mismo el mueblaje, la alfombra y los cortinados.

Al frente de la puerta y cerca de la pared habia una mesita cubierta con un tapete de terciopelo blanco y junto á esta un sillon del mismo color en el cual estaba arrellenada una hermosa mujer vestida con una larga túnica de raso blanco; un collar de esmeraldas y brazaletes de las mismas piedras adornaban su desnudo cuello y brazos.

Valentína quedó admirada ante aquella mujer prodigiosamente bella. Nunca vieron sus ojos beldad comparable á aquella que tenia ante su vista.

Intentaré describirla: Era alta esbelta, sin ser demasiado delgada, asemejándose á una hada envuelta en su blanca vestidura.

Tenia en el negro y sedoso cabello ligeramente ondulado, en la pureza del alabastrino cutis, en el profundo

y oscuro color azul de sus anchos y rasgados ojos sombreados por largas y rizadas pestañas, en su nariz recta y afilada, en su boca admirablemente modelada y en todo aquel divino conjunto, un encanto tan irresistible que cual poderoso iman atraia al contemplarla.

Con un gracioso y suelto ademan indicó un asiento á Valentina y en el mas puro dialecto Veneciano, pidióle mil disculpas por haberla hecho esperar; luego la interrogó sobre lo que deseaba.

Vengo señora, dijo Valentina, á pediros me ayudeis á descubrir el paradero de una persona que hacen dos meses ha desaparecido.

¿Aqui en la ciudad? pregunto la Sibila.

Si señora: voy á contaros todos los pormenores del suceso para que podais daros exacta cuenta de lo que ha pasado, confiando siempre con vuestra discrección.

Podeis contar con ella noble señora, pués los secretos que se me confian quedan eternamente sepultados en lo íntimo de mi pecho.

Contóle entonces Valentina los acontecimientos que habían tenido lugar desde que conociera á Rafael hasta que este llegó á Venecia la última vez.

Durante un momento meditó la Sibila, luego preguntó.

¿Ningun otro enemigo tenia vuestro esposo?

!Oh¡ no señora, él no ha tenido nunca enemigos: es tan bueno.

Entonces teneis razon no debemos buscarlo en otra parte que en el palacio Ducal; pero veo por los antecedentes que me habeis dado que no es prudente ni tal vez posible que procedais por los medios que os darían mejores y mas inmediatos resultados, sobre todo después de la entrevista que habeis tenido con la Duquesa y la que en mi concepto lo ha echado todo á perder.

No debísteis verla señora; si no hubierais dado ese imprudente paso y está como lo imaginamos en Palacio, yo os lo aseguro que mañana á más tardar hubiera podido daros noticias exactas respecto al que buscais.

Bien comprendo ahora que teneis razon, pero en aquel momento yo estaba loca y no supe que hacer

Bien ya que lo hecho no tiene remedio, pensemos en lo que pueda hacerse.

Ante todo tenemos que cerciorarnos de si está en palacio vuestro esposo; esto vos lo comprendeis es muy dificil pero no imposible.

¡Dios mio! Y quien vá á darnos esa seguridad; gimió la esposa desalentada.

Nadie nos lo dirá mi buena señora pero nosotras la averiguaremos.

¿Y como?

Haciendo penetrar en la Ducal mansión á una persona capaz de llenar, la misión que le encomendemos y no valiéndonos del vulgar medio de colmar á la serbidumbre que muchas veces suele ser fiel, sino sencillamente espiando los pasos de vuestra comun enemiga.

Como supondreis es necesario emplear una persona lo bastante habil para prestaros este servicio sin despertar sospechas, y yo puedo felizmente contar con esa persona.

De pronto Valentina se puso en pié como movida por un resorte.

Yó, señora esclamó interrumpiendola sin poder contener su inmensa alegria, yo seré esa persona, tengo los medios para introducirme en palacio y tan secretamente que nadie absolutamente nadie podrá saberlo.

¿Puedo saber como?

Tengo la llave de una puerta secreta que da acceso al Palacio.

Gracias á Dios esclamó la Sibila y prosiguió, pero dejadme deciros hija mia que es muy arriesgado el paso que vais á dar y que no debeis esponeros vos pudiendo....

No, no, dijo la joven, dejadme que sí está alli mi amado esposo, sea yo quien le salve; no podria confiar á nadie una misión que soy yó la que debe cumplir.

Pero pensad señora, que para vos será mil veces mas dificil complir la misión que vais á imponeros, pues teneís la desventaja de ser conocida en Palacio. Además no podeis llevar un plan preconcebido, sino que teneis que esperar la noche y buscar por todos los medios á vuestro alcance, espiar las conversaciones, los pasos y las acciones de vuestra comun enemiga. Para esto teneis que valeros de los cortinados, de los pasillos, etc

etc lo que os espondrá en todos los instantes á veros descubierta sino por la duquesa, por cualquiera de sus satélites.

No señora, pues procederé con tal cuatela que Dios mediante espero salir còn felicidad de mi arriesgada empresa.

Entonces nada tengo que objetaros, id y que el Señor guie vuestros pasos.

Salió Valentina de aquella consulta, con el semblante alegre y el corazón palpitante de esperanza.

En cuanto llegó á su casa hizo llamar á uno de los criados de su mayor confianza dandole orden de que al llegar la noche hora en que cesaba la vigilancia que Aurora habia establecido ante su casa, partiera para Florencia siendo portador de una carta para sus padres en la cual les comunicaba sus proyectos pidiendoles al mismo tiempo el envio de la llave que le abriria el camino para buscar á su esposo. Por temor de que el enviado de Valentina pudíera ser conocido como de la servidumbre de sus padres y despertara sospechas Tinoleto encargó su misión á un amigo suyo hombre de toda su confianza y el cual pudo salir de la ciudad, sin inconveniente alguno.

Con las primeras sombras de la noche salió Tinoleto burlando habilmente la vigilancia del enmascarado espia que en aquella ocasión parecia no tener miras de abandonar su lugar de observación.

Con indecible ansiedad esperó Valentina el regreso del emisario al cual se le habia recomendado hiciera el viaje con toda la rapidez posible.

Mucho antes de lo que se esperaba llegó el portador de la llave y en vez de encaminarse á la mansión de su señora, fuese directamente á ver á la Sibila pidiendo hablar con ella urgentemente.

Cuando esta le recibió puso en sus manos una carta diciendole: De parte de el señor Fernando Evoli traigo esta para vos.

Abrióla Yolanda la misiva y leyó lo que sigue: Señora: á pedido de mi hija la señora Dandolo os envio con el portador de esta una cajita la cual contiene la llave de

que ella os habló y la que os ruego pongais en sus manos, pues la persona que os la entregue no debe ir á mi casa en esa, para evitar sospechas. Os agradeceré cuanto en obsequio de mi hija hagais y os juro sereis recompensada por su padre: Fernando Evoli:

Aquella misma tarde estuvo la susodicha caja en poder de Valentina la cual estaba completamente decidida á entrar aquella misma noche en el Palacio Ducal.

Podia Valentina por intermedio del señor Evoli hacer saber al Dux lo que acontecia con su hijo, pero temiendo siempre las acusaciones que podian hacer caer sobre él su mortal enemiga, prefirió, proceder sin la intervención del Dux ya que tenia ella un medio de salvarlo sin exponerlo á nada.

CAPITULO IXX

El alma de Enriqueta

Para estar segura de no ser espiada cuando se dirigia á Palacio salió Valentina muy temprano encaminándose á casa de una antigua y buena amiga de su madre á la cual puso al corriente de cuanto le sucedia.

Alli esperó hasta bien entrada la noche y luego en vez de salir por la puerta principal lo hizo por una puerta falsa que daba á un canal completamente solitario.

Una vez encerrada en su góndola, vagó por los canales hasta las doce de la noche: A esa hora y con toda clase de precauciones encaminóse al palacio.

Serián las doce y media cuando llegó al sitio donde debia hallarse la secreta puerta y paró la barca junto al muro de la majestuosa morada.

El mas profundo silencio reinaba por doquier.

Súbito temor se apoderó de nuestra jóven al sacar la llavecita é introducirla en la cerradura, oculta bajo una moldura movible y habilmente desimulada.

Giró la llave silenciosamente y se abrió una puertecilla.
Armandose de valor penetró en la abertura y despidió á su fiel criado hasta la noche siguiente que debia venir para saber el resultado del arriesgado paso dado por la jóven.
Ya sabes mi buen Tinoleto: si mañana á esta hora no estoy aqui, corres á casa de la Sibila para hacérselo saber; no lo olvides y hasta mañana.
Cerróse la puerta y se oyó el acompasado golpe de los remos al caer sobre las aguas.
Sigamos á Valentina.
Una vez cerrada la puerta quedó la jóven rodeada de profunda oscuridad.
Ahogada por intensa emoción, comenzó á subir á tientas las gradas de una angosta escalera que tenia ante si y que parecia ser interminable tan larga era.
Por fin llegó á un pequeño descanso; tanteó hacia adelante y sus manos tropezaron con una pared.
Ya he llegado dijo la joven buscó algo en dicha pared hasta que encontró una presillita metalica que sobresalia en el muro, oprimió esta y abriose una segunda puerta.
Dió unos pasos y penetró en una habitación cuyo pavimento estaba alfombrado.
Chocóle un fuerte olor á humedad y un aire frio y pesado azotole el rostro.
Por un momento permaneció inmóvil con el oido atento al menor ruido pero nada sintió y desechando un resto de temor sacó una lamparita que llevava bajo el manto y la encendió..
Una espresión de tristeza y de infinito dolor se retrató en su pálido rostro: hallábase en una de las habitaciones de su inolvidable y amada Enriqueta.
Todas las puertas estaban cerradas pero ninguna tenia echada la llave.
Con gran sigilo abrió una de aquellas, la cual daba á una larga y estrecha galeria. En aquel momento daban las doce y al extingirse las vibraciones de la ultima campanada percibió la jóven el ruido de unos pasos que se acercaban á donde ella estaba.
No pudo darse cuenta de donde venián pero instintiva-

mente apagó la luz y dió algunos pasos hacia atrás; apénas tuvo tiempo de penetrar en la habitación y cerrar la puerta.

Un instante despues una viva claridad iluminó la galeria.

En el primer momento creyó Valentina que la persona que llevaba aquella luz iba á descubrir su escondite; tal fué el temor que se apoderó de ella que quedó inmóvil junto á la puerta, paralizada por el temor.

Mas sintiendo que los pasos se alejaban quíso saber quien era y entreabrió nuevamente la puerta.

Cual seria su sorpresa al ver que aquella persona no era otra que Aurora la cual iba sombriamente vestida de negro.

Paulatinamente fué desapareciendo la luz y extinguiendose el eco de los pasos de Aurora en los ámbitos de la desierta galeria.

Cuando de nuevo quedó todo en silencio salió Valentina y casi á tientas comenzó á seguir á su enemíga sin que desde aquel momento le quedara ya duda alguna de que su esposo era prisionero de aquella vengativa mujer.

Esta llevaba gran delantera á Valentina por lo cual al llegar á la mitad de la galeria vió desaparecer por completo la luz, lo que llenó de temor á la valerosa esposa de Rafael.

!Dios mio se dijo que he de hacer ahora¡ Como saber el camino que sigue esta mujer si la he perdido de vista y estoy completamente á oscuras.

¡Oh Buen Dios! pero tu ves por mi, guia pues mis pasos.

Alentada por esta súplica prosiguió su marcha sin separarse del muro.

Ella sabia que este camino habia seguido Aurora y asi anduvo durante un largo rato hasta que sintió que la pared acababa alli; tomó hacia la derecha siempre junto al muro y se dió cuenta en el acto de que aqdella galeria terminaba en otra que iba en sentido contrario á la que dejaba.

Caminó unos veinte metros al fin de los cuales sus manos estendidas hacia adelante tocaron una pared que le cerraba el paso.

La angustia mas grande se apoderó de ella en aquel momento, pués pensó que habia equivocado el camino.

Tal vez debí seguir á la izquierda y no á la derecha; y ya iba á volver sobre sus pasos cuando con un estremecimiento de placer notó que lo que ella tomara por pared era una ancha puerta de hierro; dió algunos pasos hacia el centro de la galeria palpando siempre la puerta y estuvo á punto de caer de rodillas: aquella estaba abierta.

Probablemente Aurora acababa de pasar por ella y teniendo que volver no se detuvo á cerrarla.

Decididamente Dios me ampara, pensó la jóven y siguió su camino, mas ya no era una ancha galeria sino un estrecho pasillo por el cual apenas cabia una persona.

Valentina caminaba con tanta prisa como se la permitia la completa oscuridad y el cansancio que ya empezaba á apoderarse de ella.

Latianle fuertemente las sienes, su frente ardiale y ya le faltaba la respiración cuando encontró otra puerta abierta tambien, y al penetrar por ella un aire frio y humedo refrescó su rostro y su ardorosa frente.

Esta fué su salvación, pues ya sus piernas se doblaban y hubiera caido desmayada á no llegar tan á tiempo aquel auxilio del cielo.

Buen cuidado habia tenido la astuta mujer de encerrar á su hijastro en el mas apartado rincon del Palacio.

Despues de haber andado Valentina un corto trecho y bajado una larga escalera distinguió á su izquierda una ténue claridad, tomó hacia allí y penetró de nuevo en una angosta galeria á cuyos lados y en toda su estensión se veian pequeñas puertas con gruesas rejas. que conducian seguramente á los calabozos mas lóbregos del Palacio.

El corazón de la infeliz esposa oprimióse dolorosamente; tras alguna de aquellas sombrias rejas estaría su adorado cautivo.

A medida que avanzaba, se aumentaba la claridad y parecíale percibir el lejano rumor de voces, hasta que por fin oyó distintamente la voz de un hombre el cual parecía hallarse en el paroxismo de la cólera.

Poco faltó para que aquella emoción la hiciera perder

el sentido, pues reconoció al instante aquel acento que le era tan querido.

Ahora ya podía escuchar perfectamente cuanto decían en la prisión de su esposo.

Acomódose como pudo en el hueco de una puerta y después de dar gracias á Dios desde lo más íntimo de su corazón, púsose á escuchar.

—Elegid, decía Aurora, la carta ó la vida. No hay otro remedio.

—Haced lo que queráis, gritó Rafael, pero esa carta no la escribiré, estoy resuelto.

—Pues bien, os dejó solo esta noche para que meditéis sobre vuestra resolución y pensad que de una prisión se sale, en tanto que de una tumba, jamás!

Aquellas palabras salidas de los labios de una mujer, llegaron á los oidos de Valentina con fatídico son y conmovieron dolorosamente todo su ser.

Sin darse cuenta de lo que hacía y sin poderse contener, dió un salto y se halló junto á la puerta del calabozo.

Afortunadamente la luz se hizo pronto en su espíritu y comprendiendo lo desatinado de aquel movimiento volvióse al instante á su sitio.

—Así, pues, siguió diciendo Aurora, no os digo adiós sino hasta mañana.

Rafael nada contestó.

Iba á salir aquel verdugo, cuando fué interrogada por su víctima.

Pensó entonces Valentina que si permanecía allí sería vista por Aurora y que si no llegaba antes que ella á su escondite quedaría encerrada en los corredores; alejóse de allí á toda prisa y volvió á tomar el camino que poco antes había andado.

Ahora más que nunca tengo que tomar precauciones, pensó la joven, porque hoy sé de lo que es capaz ese monstruo infame.

Estas reflexiones se hacía mientras se alejaba de aquel que tanto ansiaba estrechar contra su pecho.

Con rápido paso llegó hasta la primera puerta y penetró en la galería casi á la carrera y ya encontrándose

en la segunda volvió la cabeza y vió á lo lejos la luz de la tea que traía Aurora levantada sobre su cabeza para alumbrar el camino.

Andaba ésta tan aprisa, que á no llevarle tanta delantera ya la hubiera alcanzado.

¡Qué crueles momentos aquellos para Valentina!

Sus zapatos, aunque finos y pequeños, tenían necesariamente que hacer algún ruido.

Al llegar á la última galería despojóse de ellos y echó á correr velozmente.

Faltábale aún un largo trecho para llegar cuando la tea de Aurora alumbró por completo la galería.

Valentina sintió paralizarse su corazón dentro del pecho, un helado sudor le bañó la frente y la luz huyó de sus ojos: á no haberse apoyado en la pared hubiera caído... Aurora se acercaba.

Un poderoso esfuerzo de voluntad le volvió la razón; calculó con terror las consecuencias que traerían consigo su encuentro con Aurora y resuelta á jugar el todo por el todo, desprendióse del muro con la rapidez del rayo y echó á correr nuevamente, llegando á la puerta de la habitación que por fortuna dejara abierta.

En aquel momento Aurora levantó los ojos fijándolos en aquella muda sombra blanca que sin producir el menor ruido desaparecia en la habitación de su hija.

A su vez Aurora tembló y la luz estuvo á punto de caer de sus manos; su dañada conciencia y el estado de ánimo en que se hallaba le sugirieron la supersticiosa idea de que aquella sombra que acababa de aparecérsele era el alma de su infortunada Enriqueta que abandonaba el recinto de la tumba y vagaba por los desiertos ámbitos del Palacio, siguiendo sus pasos á aquella hora en que ella iba á su perdición en su sed de venganza.

Entretanto y mientras duraba el supersticioso terror de la madrastra, Valentina había tenido tiempo de desaparecer por la puerta secreta.

En el primer momento creyóse allí tan segura como en la fortaleza mas impugnable, pero luego pensó que Aurora pudo reconocerla y siendo así la haría buscar hasta que diera con el secreto. Como última precaución echó la llave por dentro y se puso á escuchar.

Mas si en aquellos momentos Valentina hubiera podido ver á su enemiga, habría comprendido que nada debía temer de esta.

Sin apartar la vista de aquella puerta abierta intentó Aurora alejarse de allí, mas las fuerzas le faltaron y presa de un terror que rayaba en locura, cayó sobre sus rodillas; quiso ponerse de pie y no pudo, procuró gritar mas la voz se ahogó en su garganta.

Entonces, con el semblante lívido y las facciones descompuestas por el miedo y el dolor, juntó las manos sobre el pecho, levantó sus ojos al cielo y con voz ronca y cavernosa balbució: ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! y calló; luego volvió á decir: ¡Hija mía, inocente víctima de mis faltas, tengo miedo y creo haber ido demasiado lejos para lograr mi venganza!

Ven, ven y sálvame tú de la justicia de los hombres y. . . de la justicia de Dios. Y al decir estas palabras cayó desplomada sobre el frío y duro pavimento.

Serían las tres y media de la mañana cuando Aurora volvió en sí; una fiebre devoradora se había apoderado de ella y temblaba todo su cuerpo cual si estuviera transida de frío; con algún trabajo consiguió ponerse en pie y recogiendo la tea que seguía alumbrando con su vacilante y mortecina luz, echó á andar hacia sus habitaciones evitando pasar cerca de la de Enriqueta.

Llegó á su alcoba en medio del más completo silencio.

Apenas pudo con sus desfallecidas manos despojarse de sus ropas para meterse en el lecho.

Cuando á la hora de costumbre entró su doncella, quedó asombrada ante el estado de su señora; ésta era presa de un espantoso delirio, pero ni un grito salía de sus labios; sólo se la oía pronunciar palabras incoherentes y frases sin sentido.

En medio de su cruel desasosiego decía que su hija se le había aparecido.—Sí, exclamaba, yo la he visto, la he visto y luego se ha ocultado en sus habitaciones.

Sí, sí, allí debe estar; id á buscarla y veréis si me engaño.

Laura, la doncella de Aurora, intrigada por la obstinación de su ama, corrió á ver si encontraba algún vestigio

de la aparecida, pues ella creía firmemente en todas aquellas agûerías y supersticiones.

¡Cuál no sería su asombro al encontrar abierta una de aquellas habitaciones que el día anterior estaba cerrada, de lo que ella tenía la más completa seguridad!

—Pobre mi señora, murmuró alejándose llena de pavór; habrá que hacer decir una misa por el alma de la señorita que debe de estar en pena por el crimen que cometió.

La noticia de la enfermedad de Aurora cundió con rapidez en todo el Palacio y como el médico pronosticara ser grave el estado de la paciente, se dispuso avisar al Dux.

CAPÍTULO XX

Libres

Mientras Aurora yacía postrada en el lecho del dolor› Valentina, completamente agena á cuanto había sucedido á la madrastra la noche pasada, esperaba con gran ansiedad que llegara la hora en que pudiera salir de su escondite para ir hasta la prisión de Rafael.

Las horas de aquel día pasaron con desesperante lentitud para Valentina. Poco faltarían para las doce de la noche cuando esta, pensando que ya podía estar Tinoleto esperándola, bajó hasta el fondo de su escondrijo y abriendo la puertecilla que daba al canal vió que efectivamente el criado ya la esperaba: éste manifestó la alegría que le causaba ver que nada malo acontecía á su ama.

—¿Qué noticias me traes, mi buen Tinoleto?

—Las mejores que podéis esperar, señora: el señor Dux llega en estos días. pues ha salido un emisario llevándole la noticia de que su esposa está gravemente enferma á causa de....

—¿Aurora enferma? interrumpió Valentina muy admirada, pues recordaba que la noche anterior la habia visto muy buena y sana.

—Sí, señora, gravemente enferma, y por lo que dice supongo que sois vos la causante de su mal.

—Explícate, ¿por qué crees eso?

—Porque la enferma jura en su delirio que se le ha aparecido el alma de su hija y que al acercarse ella, desapareció en sus habitaciones.

Laura, su doncella favorita, dice que su ama no se engaña, pues ella encontró abierta esta mañana la puerta de la sala de lectura de la señorita Enriqueta, donde ninguna alma viviente ha puesto los piés desde la muerte de su dueña.

Es por eso que al tener esas noticias supuse que el alma que ella cree haber visto, erais vos.

—Tienes razón, esa desgraciada ha debido verme, pues estuve en grave peligro de ser descubierta, pero una vez más veo que Dios me ha protegido sugiriendo á esa mujer culpable tan supersticiosa idea.

¡Pobre Aurora! Quiera el Señor que el terrible susto que ha debido llevarse regenere su vengativo corazón.

Ahora tengo que darte una buena noticia. Mi amado esposo está aquí encerrado en un calabozo.

—¡Oh, qué iniquidad! dijo el criado. ¡Mi pobre señor, cuándo lo veré libre!

—Con la ayuda del cielo creo que bien pronto.

Ven mañana á las siete y media que es la hora en que come la servidumbre de Palacio y aprovecharemos esta circunstancia para estar mas seguros de no ser vistos.

Despues de despedir al criado subió la escalera con toda prisa y pronto estuvo en la habitación.

Tomo la linterna y salió á la galeria comenzando á andar con silencioso paso.

Cuando llegó á la primera puerta acercóse á ella para abrirla, mas con indecible pena vió qne estaba cerrada con llave.

!Oh¡ Dios mio, esclamó, que he de hacer.

¿Sera posible que despues de haberle encontrado no pueda llegar hasta él y salvarle?

Intentó abrirla por cuantos medios le sugirió su imaginacion pero todo fué inutil.

Abatida y desalentada iba ya á volver sobre sus pasos, cuando sus ojos que buscaban ansiosos en todas direcciones, descubrieron colgada de un clavo una gran llave.

Ahogando un grito de suprema alegria precipitóse sobre ella y tomándola entre sus temblorosas manos introdujola en la cerradura: giró la llave y la puerta se abrió sin la menor resistencia.

Aquel fué el único tropiezo que tuvo en su camino; todas las demas puertas se abrian con la misma llave y pocos momentos despues hallábase ante la prisión de su esposo.

Mas una vez alli ¿como advertir su presencia á Rafael? Escuchó por un momento junto á la puerta por cuyas rendijas escapabase una tenue claridad; percibió unos angustiosos suspiros y el acompasado andar de una persona que se paseaba.

Valentina escuchaba con el corazón palpitante y temblando de emoción.

Alli á dos pasos de ella y separados solo por una puerta cuya llave tenia ella en sus manos, hallabáse el amante compañero de su vida.

No siendo ya dueña de contener su impaciencia, aplicó sus labios á la cerradura y llamó con voz suave....... Rafael....... Rafael........

Los pasos cesaron: ella volvió á llamar y entonces sintió que se acercó á la puerta y preguntó con anhelante voz ¿Quien llama?

Soy yo Rafael ¿No me conoces?

¡Valentina! Dios mio esto no puede ser yo sueño!

No carísimo esposo, no sueñas y has reconocido la voz de tu Valentina.

¡Oh! si esposa mia, eres tú, gritó Rafael al mismo tiempo que se abrió la puerta y la jóven en el parasismo de la alegria y de la dicha caia en los brazos de su esposo.

¿Pero como te hallas aqui esposa mia? Y donde está nuestra hija?

Nuestra hija está en Florencia al cuidado de mis padres y yo he venido para librarte de las garras de nuestra indigna enemiga.

Luego separándose un poco de ella contempló un instante el hermoso semblante de su esposo visiblemente desmejorado.

!Oh¡ Rafael cuan combiado te encuentro, que enflaquecido y pálido estas, cuanto debes de haber sufrido en esta lóbrega prisión.

No pienses en eso, querida mia, no es nada lo que ha sufrido mi cuerpo, lo que ha padecido mi alma, eso es lo que aun me hace estremecer, no se de donde he sacado valor para no morir cuando pensaba en ti y en nuestra niña.

Mi constante pensamiento erais vosotras, y me decia en medio de mi aflicción si esa mujer sin conciencia se límitaria á herirme solo á mi, ó si haria estensiva su venganza hasta los seres que ella sabe tanto amo.

!Ay¡ Valentina despues de haber pasado por esta duda desgarradora paréceme un sueño que te tengo entre mis brazos, que beso tus labios y contemplo tu idolatrada faz.

Mi pobre amor dijo ella tomándole la cabeza entre sus manos y acariciando con sus labios los rizados cabellos de su esposo.

Pero dime, dime ¿como has podido saber donde yo estaba y de que medios te has valido para llegar hasta mi?

Si Rafael, voy á contarte todo cuanto ha sucedido desde el triste día de tu partida y luego nos ocuparemos en buscar el medio que tenga menos peligros para sacarte de aqui y debemos aprovechar la buena ocasión que hoy se nos presenta por hallarse gravemente enferma nuestra enemiga, y voy á decirte el porqué y á quien contó la joven los acontecimientos que habian tenido lugar durante el cautiverio del caballero.

Rafael no cabía en si de gozo al saber cuanto habia hecho ella por encontrarle.

Querida Valentina, la dijo cuando esta cesó de hablar, que buena y abnegada eres. Me estremezco aun, el pensar que tu libertad y tu vida han estado en manos de mi verdugo.

Yo no sé, por mas que te amo tanto, como podré pagar tu ternura y tus desvelos por mi,

Bien sabes, contesto ella, que esto y mucho más haria yo por ti, y en cuanto á pagar mi ternura y mis desvelos que bien los mereces, lo haces amándome, que es cuanto anhelo; con tu amor soy la mujer mas feliz de la creación; muchas veces te he dicho que uno de los ruegos mas fervientes que hice á Dios cuando aun no habia amado, fué que aquel á quien yo consagrara mi amor y mis esperanzas, correspondiera en igual grado á mi ternura. Creo que tu lo haces ¿verdad? dijo ella con una encantadora y picaresca sonrisa.

El tambien sonrió y la respuesta á aquella cariñosa pregunta fué una caricia.

Recien entonces fijó Valentina mas detenidamente sus miradas sobre aquellos destartalados muebles que llenaban la prisión de su pobre cautivo.

Un calafrio recorrió todo su cuerpo al contemplar aquella cama con un duro jergon y sin abrigos donde su esposo habia dormido durante dos meses con sus largas y frias noches.

Aquella mesa de ordinario pino, el suelo de fria piedra, las sillas de madera y un cántaro de barro lleno de agua, en el cual tenia que beber pues no se veia alli copa ó vasija que la sustituyera.

Tanta pena esperimentó al ver aquel triste cuadro que sus ojos se nublaron por las lágrimas.

Rafael que comprendió lo que pasaba en el ánimo de su esposa, la distrajo de aquel pensamiento, diciéndola; vaya no quiero que te apenes por una cosa que ya ha pasado; pues podemos decir que estoy salvado.

Mañana á eso de las siete y media cuando mi carcelero haya entrado por ultima vez y toda la servidumbre se reuna para comer, ven á buscarme y aprovechando la enfermedad de Aurora nos será mas facil salir de aqui y de la ciudad antes de que ella se de cuenta de mi desaparición y en cuanto regrese mi padre pondré en su conocimiento el atropello de que he sido victima y estoy seguro de que á pesar del inmenso amor que la profesa sabrá hacerme justicia y castigarla como merece.

No pienses en eso, mi querido Rafael, dejemos mas bien en manos de la Justicia Divina el castigo de esa

infeliz. La escena de anoche nos demuestra claramente que su conciencia no está tranquila y que los remordimientos que ella debe sufrir no la dejan, estoy segura ni un momento de reposo.

Tienes razon Valentina dijo él dando por terminado aquel asunto.

Sentados sobre el duro lecho permanecieron hablando y combinando el mejor medio de salir de allí y llegar á Florencia.

Estuvieron juntos hasta que los primeros resplandores de la aurora iluminaron debilmente con sus blanquísimos rayos las paredes de la estrecha prisión,

Despidiose entonces Valentina y despues de cerrar la puerta con gran dolor de su corazón echó á andar por los solitarios corredores hasta que llegó á la habitación de Enriqueta, penetró por la puerta secreta y despues de llegar hasta el ultimo descanso se envolvió en un gran manto y se acostó en un almohadon que habia colocado allí preparándose á dormir después de tantas noches de vigilia.

CAPITULO XXI

Aurora y Yolanda

Aurora seguia postrada en el lecho, sin que todos los cuidados de los médicos fueran eficaces para calmar la intensa fiebre que la devoraba.

Aquella mañana amaneció tan desmejorada que los médicos se alarmaron visiblemente lamentando que no se encontrara ya el Dux junto á la enferma.

Laura no se apartaba un solo instante del lecho de su ama.

Viendola tan grave aquel día acercóse á ella y la dijo.

Señora, recordando que ayer deciais que dariais cuanto poseeis por sanar pronto y como los medicos no os curan, yo he pensado en.........

¿En quien? interrogó ansiosamente la enferma.

La señora habrá oido hablar de esa famosa mujer que ha hecho tan maravillosas curas entre aquellas personas que á ella acuden.

¿Porque no probais ama mia? y quízas ella os curaria más pronto que los médicos.

Al oir las palabras de la buena muchacha, un destello de alegria iluminó el demacrado semblante de la enferma y haciendo un violento esfuerzo para incorporarse en el lecho dijo: tienes razón mi fiel Laura, yo no habia pensado en esa sabia mujer. Sin pérdida de tiempo vé y dila que venga al instante, pero ten presente que es necesario el mayor sigilo y secreto: anda hija mia y desempeña lo mas pronto posible esta misión que tu pobre ama te encomienda.

Aquellas ultimas palabras dieron alas á la doncella y una hora mas tarde estaba de regreso.

A la agitación y delirio de Aurora había sucedido una inmovilidad y postración completa.

Los médicos se hallaban en aquel momento junto á la enferma y cuando estos se hubieron alejado, aprovechó la doncella para participar á su ama el buen resultado de su encargo.

Dentro de una hora, dijo, estará aqui la Sibila.

¿Pero la has recomendado que no se descubra ante nadie?.

No os inquíeteis señora, todo lo he previsto.

Quedaron ambas silenciosas esperando con afan la llegada de Yolanda á la que no tuvieron que esperar por mucho tiempo.

En la sala inmediata al aposento de Aurora hallabanse constantemente algunas damas y caballeros de la corte, prontos á atender al menor deseo de la augusta enferma.

Serian las diez de la mañana cuando un ugier penetró en dicha sala y pronunció éstas palabras: Una dama cubierta, solicita ver con la mayor urgencia á nuestra señora.

Bien sabeis que eso no puede ser contestó uno de los caballeros allì presentes y así debisteis decirlo á esa persona.

Se lo he dicho pero tanto insistió y suplicó que la

introdujera que no sabiendo que hacer he venido á consultaros.

Id pues á decirle que es imposible lo que desea pues el estado de la enferma no le permite recibir á nadie.

Salió el ugier, mas no tardó en volver con compungido semblante y sufriendo con paciencia las irritadas miradas de damas y caballeros.

Señor balbuceó dirigiéndose al caballero que antes hablára. esa dama dice que la dejeis entrar que ella responde de la curación de la enferma.

Todos se miraron sin saber que decir; en aquel momento preséntose Laura y dijo: mi ama desea permitais la entrada á la incógnita.

La voluntad de Aurora era siempre respetada, y sus órdenes obedecidas al punto, nadie pues se atrevió á oponerse á aquel deseo y un momento despues apareció en el salon una esbelta mujer cubierta su faz por una negra máscara.

Al pasar ante las personas allí presentes inclinose silenciosamente y con ligero paso penetró en la alcoba de Aurora.

Pasemos por alto los cuchicheos de ante cámara y oigamos la conversación que sostuvieron Aurora y la Sibila, pués no era otra que ella, la incógnita visita.

Aurora intentó incorporarse en el lecho pero la jóven se lo impidió poniéndole suavemente una mano sobre el hombro y diciéndole con reposado acento:

Cuidado señora, no os violenteis, pués si os agravais pensad en mi responsabilidad.

Descuidad señora respondió la enferma con voz anhelante y dirigiéndose á la doncella, retírate un momento la dijo; cierra esa puerta y no permitas la entrada á nadie sin mi consentimiento.

Cerróse la puerta trás la doncella y quedaron las damas frente la una de la otra y ambas silenciosas.

Aurora fué la primera que habló después de exhalar un dolorido suspiro.

Tal vez os estrañeis señora del misterio con que os he hecho llamar, no por temor de nada ni de nadie, sino porque cuanto mas secreto esté lo que vamos á tratar,

estaré yo mas tranquila pues comprendereis, por lo que acabo de deciros que no es solo para que me cureis que os he llamado sino para pediros un consejo tambien.

Si en mis manos está el serviros pronta estoy á hacerlo, respondióle la Sibila.

Gracias murmuró Aurora: confiando en vuestra discreción os diré que me hallo en una situación tan dificil que no encuentro el medio de conjurar el peligro que me amenaza.

He cometido una acción, de la cual hoy sinceramente me arrepiento, mas como con esto nada consiguiré, sabed que tengo encerrado en una prisión de Palacio al hijo de mi esposo á quien odio con todo mi corazón por ser el causante de muchas desgracias que me han herido cruelmente, me apoderé de él valiendome de un ardid algo indigno, pero como conseguí mi objeto no pensé mas que en el triunfo, que dejaba á merced mia á aquel hombre que detestaba.

Las consecuencias que yo no habia previsto se presentan ahora y es este el peligro que quiero evitar: decidme pues si podréis encontrar el medio.

Recordó entonces la sibila, la entrevista que con ella tuviera Valentina y deseando ayudarla, habló asi á la enferma: A mi modo de ver, lo que debeis hacer sin pérdida de tiempo, es poner en libertad á vuestro prisionero, exigiendole como única condición para obtener esta, el solemne juramento de no descubrir vuestro proceder, ante su padre. Creo que es hombre de honor y que sabrá cumplir su palabra.

¿Y si rehusa prestar tal juramento, que hacer entonces?

Un cautivo solo anhela recobrar su libertad y generalmente no repara en los medios.

¿Mas como poner en práctica vuestro consejo no siendome posible dejar el lecho? y confiar á un tercero mi secreto no quiero, ni debo hacerlo.

Si no teneis inconveniente, esclamó Yolanda, puedo yo hacer ese pequeño favor.

!Ah¡ señora ¿es posible? jamás podré pagaros tanta bondad, acepto sin vacilar vuestro ofrecimiento pero

juzgo que á estas horas cuando toda la servidumbre de palacio está en movimiento es algo arriesgado intentar ese paso.

Ya he pensado en eso, interrumpió la Sibila pero yo puedo volver á la hora que juzgueis conveniente.

Eso me parece lo mas acertado hija mia, tened pues la bondad de no faltar esta noche á las ocho que yo haré que entreis sin ser vista de nadie.

Levantosé entonces la Sibila cubriéndose el semblante con la máscara.

Una palabra mas, esclamó Aurora, quisiera me dierais algunas de esas maravillosas drogas con las cuales habeis curado á tantas personas que á vos han acudido, para calmar esta espantosa fiebre, contra la cual los remedios de los médicos han sido hasta ahora impotentes.

Muy bien. dijo Yolanda, haced que vayan por ella á mi casa, poseo una tan eficaz contra las fiebres que por mas persistente que sea la vuestra, en pocas horas habrá desaparecido por completo.

Volvamos ahora á la prisión de Rafael.

Después de salir Valentina recostóse él en el lecho quedándose poco despues profundamente dormido.

A las seis de la tarde entró como de costumbre el carcelero, á llevar la comida al prisionero.

Comió este apresuradamente y luego esperó con ansiedad facil de imaginar la llegada de Valentina.

Cuando sonó la ultima campanada de las ocho, prosternose Rafael pidiendo á Dios no fracasara su proyectada evasión: aun estaba de rodillas cuando percibió unos ligeros y cautelosos pasos que á poco se detenian ante su celda, y un instante después apareció Valentina.

¡Pronto Rafael, sígueme! La voz de la jóven temblaba y su rostro estaba tan pálido que parecia de marmol.

No habia encontrado alma viviente en todo el trayecto entre su escondrijo y la prisión ¿mas al regresar sucederia lo mismo?

Reinaba la mas completa oscuridad, pero como ella conocia perfectamente el camino se abstuvieron de encender luz pués yendo sin ella, les seria mas fácil pasar desapercibidos en caso de apuro.

Valentina conducia de la mano á Rafael y ambos caminaban sin producir el menor ruido; llegaban ya al fin de de la jornada cuando vieron iluminarse debilmente la galeria por donde ellos tenian qué pasar.

La jóven sintió el frio de la muerte correr por todo su cuerpo, una nube pasó por sus ojos y cayó exanime en los brazos de su esposo.

Este comprendió que estaban perdidos sino llegaban á la habitación de Enriqueta antes que la persona que traia la luz desembocara en la galeria por la que ellos tenian que cruzar.

La idea del eminente peligro que corrian, dió fuerzas al estenuado caballero para levantar en sus brazos á Valentina y con increible rapidez salvó el espacio que los separaba del anhelado refugió.

Una vez en la habitación dejó á Valentina en el suelo y cerró la puerta con llave.

En aquel instante la galeria se iluminó por completo y Rafael pudo ver por el ojo de la llave á una mujer alta, vestida de negro y cubierto el rostro por un antifaz del mismo color.

Creyó como es de suponer que era Aurora y no fué dueño de contener una sonrisa de maligna alegria al pensar en la sorpresa y la rabiosa desesperación que esperimentaría ella al encontrar la prisión desierta.

Inclinóse sobre su esposa á quien la misma intuición del peligro que corria la hizo volver en si y al sentir la voz de Rafael que la llamaba incorporóse y con un movimiento nervioso asióse fuertemente de su cuello.

Cálmate Valentina por Dios, es absolutamente necesario que salgamos presto de aqui, pues una vez que esa mujer se entere de mi desaparición tomará todas las medidas para que sea imposible mi huida.

Ayudó á Valentina á ponerse en pie, luego á tientas buscaron la puerta secreta que dejara abierta Valentina previendo un apuro.

Descendieron ambos la empinada escalera y una vez que se hallaron en el último descanso cayeron de rodillas, dando desde el fondo de su alma las más fervientes gracias al Creador que no los había abandonado.

Luego uniéronse en estrecho abrazo, llenos de alegría pués ya lo más difícil se había conseguido.

Lo que los jóvenes no acertaban á explicarse era á que obedecía la presencia de Aurora en aquel sitio y á una hora en que nunca iba y más aún cuando se decía que estaba tan gravemente enferma.

Por más que pensaban en esto no se sospecharon como es de suponer quién fuera aquella á quién ellos creían su enemiga.

Finalmente, sin ningún tropiezo consiguieron embarcarse en su góndola y salir de la ciudad á toda prisa.

CAPÍTULO XXII

¡Pérdida!

Serían próximamente las siete y media de la tarde de aquel mismo día, cuando Sibila se presentó nuevamente en Palacio y sin demora alguna fué introducida por Laura en el aposento de su ama. Allí entre ambas arreglaron todo para que en caso de que el cautivo aceptara á prestar el juramento, fuera inmediatamente puesto en libertad con el mismo secreto con que había sido privado de ella.

Cuando llegó la hora convenida salió Yolanda á llenar su cometido.

Ya hemos visto en que momentos tan críticos para los perseguidos esposos, iba en busca de ellos para prestarle su ayuda.

¿Cómo expresar la sorpresa, la confusión que experimentó al ver la celda desierta?

Al instante se acordó de Valentina y comprendió que aquello era obra suya.

Sin vacilar ni un momento cerró de nuevo la prisión y con presuroso paso encaminóse nuevamente á las habitaciones de Aurora.

Más, al penetrar en la alcoba se detuvo ¿Cómo iba

á dar aquella noticia á la desgraciada mujer cuya vida estaba en peligro?

Pero no fué muy larga su vacilación, pués Aurora había sentido sus pasos y la llamaba repetidas veces con alterada voz.

Cuando la Sibila entró, la enferma dejó escapar un ahogado grito incorporándose en el lecho con increible energía.

¿Qué ocurre? interrogó pintándose en su rostro mortal angustia al ver el pronto regreso de su emisaria, comprendiendo que esto solo podía obedecer el fracaso de su misión.

La Sibila se acercó á ella y en voz baja exclamó. No levanteis tanto la voz señora que hay oídos indiscretos que pueden escuchar vuestras palabras.

Decid, decidme ¿Qué ocurre? por qué habeis vuelto tan pronto?

Si quereis que me explique, tened un poco de calma.

Yo os escucho, hablad y al decir esto fijaba anciosas miradas en su interlocutora.

Señora, he llegado hasta la prisión del caballero, más él no estaba ya allí. Permitídme os diga que habeis hecho muy mal en dejar las llaves tan á mano, pués es muy posible que alguna persona interesada haya encontrado el medio de llegar hasta vuestro cautivo, para darle la libertad de que vos le habiais privado.

No, no puede haberse escapado; no, es imposible, tiene que estar en el recinto del Palacio; es preciso buscarle sin pérdida de tiempo.

¡Oh! si hay que buscarle repetía la infeliz culpable, agitándose en el lecho presa de un desasociego indescriptible.

Tranquilizaos señora en nombre del Cielo.

¿No comprendeis que en vuestro estado esto puede seros funesto? indicad lo que creais conveniente hacer y yo estoy pronta á ayudaros, dijo la Sibila.

Sin demora alguna Aurora hizo llamar al carcelero de Rafael, pero él infeliz nada sabía, aquella noche á la hora de costumbre había llevado la comida al preso el cual se hallaba en la prisión.

De esto hacía tan poco, que ella creyó imposible que su hijastro hubiera tenido tiempo de salir ya de Palacio.

Alentada por esta esperanza dijo al carcelero: anda al instante y en unión de tus compañeros registralo todo sin olvidar el más apartado rincón y ven sin demora á daros cuenta del resultado de este paso.

Los compañeros del carcelero eran cuatro mudos, los cuales estaban al exclusivo servicio de Aurora.

Eran estos unos infelices á quienes el Dux había salvado la vida, aunque no pudo conseguir el evitarles el horrible suplicio de ser privados de su lengua. Habíanle jurado sumisión y fidelidad eterna.

Cuando el Dux se unió á Aurora, aquellos hombres pasaron al servicio de esta, dispensándole la misma fidelidad que á su antiguo amo.

Más, á pesar del ahinco con que buscaron y de sus vehementes deseos de complacer á su ama, mis lectores saben que no encontrarían al fugitivo.

Cuando Aurora supo lo infructuoso de aquella medida, pudo convencerse recien de que su víctima había escapado ya á su poder ¿pero por dónde?

Sin duda, pensó Aurora, conocía alguna puerta secreta, pero esto no es posible, pués se me ha asegurado que el Palacio no tiene más que una de estas salidas y para escapar por ella tendría que haber cruzado por mis habitaciones lo que no ha podido suceder.

Ni por un momento pensó Aurora en hacerlo buscar fuera del Palacio. En todo el tiempo transcurrido yá, podría haber visto á alguno de sus amigos y referirle lo que le sucedía.

Tomarle entonces, hubiera sido reagravar la situación.

Juzgóse Aurora desde aquel momento irremisiblemente perdida, esperando con sorprendente calma la hora en que se presentaría ante ella su irritado esposo para pedirle estrecha cuenta de la iniquidad cometida con su hijo.

En vano buscaba en su imaginación el medio de salvarse, el único que existía según Yolanda ella no había querido aceptarlo y era pedir humildemente perdón de

la falta cometida, á su esposo y á Rafael, más para esto no tenía valor; era algo superior á sus fuerzas y por consiguiente imposible de llevarlo á cabo.

Muchas veces la idea de huir de aquella morada y de la ciudad, vino á su imaginación, pero sintiéndose tan débil y apocada ¿cómo realizarlo?

Aurora había pedido á sus damas que la dejaran sola; serían las diez de la noche. Laura penetró en la alcoba de su señora llevándole la eficaz pócima recetada por Yolanda y que tan buenos resultados le había dado.

La buena doncella comprendió que algo muy grave debía suceder á su ama al notar la marcada expresión de angustia y sufrimiento que se advertía en su demacrado semblante.

Cuando esta se incorporó para tomar el remedio, notó Laura con indecible pena que las almohadas estaban humedecidas por sus lágrimas.

¿Sufris mucho amada señora?

Mucho Laura, muchísimo.

¡Oh! y nada podemos hacer para aliviaros?

Nada buena criatura, ningún poder humano puede librarme del mal que me amenaza.

¿Y qué importa señora que no haya poder humano, capaz de salvaros si sobre todos estos está el Supremo Creador, ante cuya voluntad nada es, la del mundo entero?

Encomendaos á Él señora, yo os lo suplico, y vereis como no os niega su auxilio.

Aurora no contestó: bebió el contenido del vaso y dejándose caer sobre las almohadas, cubrióse el rostro con las ropas del lecho.

Cuando la doncella se alejó, Aurora se incorporó de nuevo: fuertes sollozos escapábanse de su pecho y las lágrimas corríanle abundantes por sus enflaquecidas mejillas.

¡El momento solemne había llegado! La gracia del Señor iba á penetrar por fin en el corazón empedernido de aquella pecadora.

¡Oh Dios mio! gimió con la voz entrecortada por el llanto y en un momento de suprema angustia: libradme

dijo del terrible instante de comparecer ante mi irritado Juez y yo os juro señor, renunciar de hoy en adelante á todo lo que hasta ahora fué mi único y constante anhelo!

Solo el culpable que reconociendo sus faltas se arrepiente de ellas prometiendo marchar en la senda de la vida por el camino del justo, podrá hacerse una idea de la sublime calma, del divino sociego que descendió al alma de la infeliz criatura, al hacer ante Dios adjuración completa de todos sus errores.

Después del primero y supremo ruego elevado al Cielo después de tan largos años de culpable y azarosa vida, recostóse en el lecho y trás breves instantes durmióse con un sueño sosegado y reparador, que duró hasta el alba del siguiente día.

Amaneció este nublado y frío; la lluvia que poco después comenzó á caer golpeaba en los cristales con monótono son, mientras el viento al penetrar por las rendijas de la puerta, silvaba de un modo lúgubre y desconsolador que repercutía tristemente en el decaído ánimo de Aurora.

Durante aquellas horas de mortal angustia, permanecía la infeliz atormentándose con mil ideas descabelladas que su misma situación la sujerían.

En ese estado entre la vigilia y el sueño, las más terribles pesadillas la martirizaban de contínuo.

Parecíale ver á Rafael encaminándose en busca de su padre para pedirle justicia: oía luego la voz del irritado esposo que la pedía cuenta de su inícuo proceder: y ella ¿qué había de responder?

Nada, no tenía disculpa y entonces venía el castigo, y este era terrible: ya se veía hundida para siempre en el mismo calabozo donde ella sepultó á Rafael; ya arrojada ignominiosamente de Palacio seguida por los insultos y sarcasmos de cuantos la habían temido y odiado; ó ya se veía desterrada en una isla desierta donde los buitres y los cuervos se cernían sobre ella para devorarla; volvía la cabeza y á corta distancia distinguía un ataúd donde reposaban los mortales despojos de su desdichada hija.

Ante estas espantosas visiones incorporábase en el lecho presa de un terror indescriptible, la frente inundada de frío sudor ya hogándola los violentos latidos de su angustiado corazón.

Mas no llamaba, no quería que nadie se apercibiera de su estado, ni tener que dar ninguna explicación.

Unicamente Laura podía estar libremente en la alcoba y al advertir los estragos que la enfermedad hacía en Aurora, lloraba silenciosamente sin poder comprender cual sería la causa de aquellas fatales crisis.

La noche llegó presurosa envolviendo en pardos nubarrones las brumosas claridades de la tarde.

Conducidos por el viento, se oyeron en distintas direcciones melancólicos tañidos de campanas que tocaban el Angelus. . . . . y Aurora, aquella mujer de corazón empedernido por el mal, aquella vez, (quizás por la primera de su vida) rezó ferviente la hermosa oración dedicada á la madre del amor divino.

Aún no se había extinguido el éco de las campanas, cuando Aurora que estaba con el oído atento al menor ruido oyó el murmullo de voces y exclamaciones entre las personas que se hallaban cerca de ella y un instante después penetraban en su alcoba algunas damas para hacerle saber que á la mañana del siguiente día llegaba el Dux á su morada.

Aquella noticia cayó como un rayo sobre la infeliz mujer, y de tal modo la conmovió que por espacio de algunos minutos permaneció sin poder articular palabra, los ojos extremadamente abiertos, crispadas las manos y pálida como el espectro de la muerte.

Las damas alarmadas ante aquella terrible crisis le echaban aire, mientras el médico se preparaba para hacerle una sangría.

Hasta las doce de la noche no se apartaron estos del lado de la enferma; recien á esa hora cuando recobró la calma, pidióles que se retiraran á descansar.

Tanto las damas como los caballeros de la corte, comprendian que había algo anormal en la situación de aquella mujer, pero ninguno se atrevía á decir una palabra y todos inclusos los médicos abandonaron la habitación. Solo quedaron en pie Laura y otra doncella.

Aurora hacía grandes esfuerzos por conciliar el sueño, más todo era en vano.

A medida que las horas pasaban, una lucidez admirable se hacía en su cerebro y no pudiendo dormir pensaba; con la frente apoyada sobre su mano; y en aquellos momentos tomó una inquebrantable resolución.

A los piés del lecho recostada en un sillón, Laura dormitaba; más allá en un cómodo diván, la otra doncella estaba dormida profundamente.

En cuanto Laura abrió los ojos, vió á su ama incorporada, acercóse á ella y con solícito afán la dijo: ¿Os sentís mal señora? deseais algo?

Me siento bien, hija mía, pero no puedo dormir y esto me mortifica bastante.

Mira continuó, alcánzame aquel frasquito de cristal rojo que está allí y al decir esto señalaba con su mano á una repiza atestada de pomos y redomas de variadas formas.

La doncella trajo á su ama lo que le pedía.

Ahora dame una copa con agua.

Obedeció aquella y Aurora vertió en ella algunas gotas de aquel líquido de un color rojo pálido; mientras hacía esto preguntó á su doncella, ¿sabes lo que es este licor?

Nó, señora respondió.

Pués es un eficaz calmante para esta agitación nerviosa que tanto me hace sufrir y que no me permite entregarme al reposo.

Bebiendo esto decía, voy á dormir tranquilamente y como creo que tú padeces de este mismo mal, voy á darte una pequeña dósis.

Pero señora, si lo que quiero es no dormir.

¿Porqué?

Pués por que estoy aquí para velaros y atenderos.

Eso sería si yo necesitase de tus cuidados, pero ya te he dicho que hasta mañana no me despertaré, así que házme el gusto: bebe.

La buena muchacha no se atrevió á desobedecer á su ama y tras corta vacilación bebió el contenido de la copa que le ofrecía Aurora, pudiendo notarse que esta tenía un color mucho más subido que el que ella bebiera.

Ahora recuéstate y duerme que yo voy hacer lo mismo, y esto diciendo arrebujóse con las ropas del lecho y cerró los ojos fingiendo dormirse tranquilamente.

Sentóse Laura en un sillón dispuesta á seguir velando á pesar de los deseos de su señora.

Pasó un cuarto de hora durante el cual no cesaba de contemplar á la enferma, cuya acompasada respiración anunciaba un sueño tranquilo y reparador.

La pobre muchacha luchaba porque sus párpados no se cerraran; algo como un denso velo empezó á cubrir sus ojos y veía los objetos como á traves de una nube de vapor; quiso levantarse para andar, más las fuerzas le faltaron y volvió á caer sobre un asiento quedando presa de un sueño tan profundo que más se asemejaba á un letargo.

En aquel momento con un movimiento casi imperceptible, la cabeza de Aurora se descubrió y alzándola de las almohadas fijó sus miradas en la dormida doncella. Observóla durante breves instantes y satisfecha, sin duda de aquel examen bajóse con cautela del lecho.

Cubrióse con un ropaje y apoyándose en los muebles cruzó la alcoba con vacilantes pasos y entró en la habitación inmediata donde procedió á vestirse.

Solo por un poderoso esfuerzo de su voluntad podía mantenerse en pie. En aquellos momentos supremos Aurora temblaba de piés á cabeza, temiendo que el paso que iba á dar fracasara como sucedía con cuanto ella intentaba.

Más, aquella vez no sucedió así; cuando estuvo vestida se acercó á la puerta que daba á su alcoba, echó una mirada sobre las veladoras: Ambas dormían, la una narcotizada, la otra con un sueño natural pero profundo.

Abandonando toda vacilación, volvió sobre sus pasos y tomando una bujía que había sobre un velador; acercóse á un armario y abrió la puerta metiéndose luego dentro del mueble.

Oprimió con el tacón de su coturno una manchita que imitaba uno de esos nudos tan comunes en la madera y al hacer esto corrióse hacia abajo el espaldar, dejando ver una larga y estrecha galería por la que ella penetró después de cerrar cuidadosamente la puerta secreta.

Caminó hasta encontrarse ante un pequeño ventanillo que se abría sobre el canal.

Hecho esto, asomóse con precaución, viendo con gran satisfacción que todo estaba desierto.

El viento y la lluvia habían cesado por completo.

La luna luchaba por asomar su plateada faz á traves de las nubes que cubrian la celeste bóveda, ocultando tras sí los brillantes astros de la noche.

Un silencio y una calma absoluta reinaba en derredor de la atribulada mujer, desprendiendo su alma de las cosas terrenas y elevándolas hasta Dios.

¡Señor, señor! decía con voz desfallecida, si es cierto que velas sobre tus criaturas por indignas y perversas que ellas sean, si es cierto que atiendes las súplicas del pecador arrepentido que humildemente implora tu perdón, veme á tus plantas invocando tu nombre y esperando tu misericordia.

En aquel momento oyóse el ruido que producen los remos al chocar en el agua, y al mismo tiempo vió Aurora aparecer á alguna distancia una góndola débilmente alumbrada.

Rápidamente púsose en pie y después de cerrar por fuera la puerta. sentóse sobre una grada que había allí destinada al parecer á arrodillarse ante una imagen de la Vírgen que había colocada en un nicho, pero que realmente no tenía otro objeto que dar acceso y salida á la puerta secreta.

No tardó en llegar la pequeña embarcación frente al sitio donde Aurora arrebujada con un gran manto fingia dormir.

Asomóse el gondolero que era un jovenzuelo como de 18 á 20 años y fijándose detenidamente en aquel bulto informe, parecióle que era una persona, la cual no debia de estar alli muy á gusto, con la temperatura helada que reinaba.

Acercó más su barca y tocando el pie de Aurora con el cabo del remo exclamó:

¡Eh! quién quiera que seais qué estais haciendo ahí con este frío del diablo.

La interpelada levantó la cabeza y fijó una soñolenta mirada en su interlocutor.

¡Ah es una mujer! Y enmascarada. Vamos es valor el suyo.

¿Que me queréis? interrogó Aurora con mal humorado acento y cambiando por completo su voz.

Yo nada quiero, contestó el muchacho, pero me estraña que en esta noche esteis ahí durmiendo sin miedo de helaros.

Y qué he de hacer, si los de vuestro oficio sois tan miserables que ninguno ha querido conducirme á una casa porque no tengo un cequi en mi bolsillo.

—¡Eh! no nos confundáis á todos con ese bonito calificativo, pues gracias á Dios todos no somos iguales.

—¿Quiere decir que vos no haríais lo mismo?

—Claro está, y en prueba de ello vamos donde queráis.

Aurora no se hizo repetir la invitación y apoyándose en la mano que el gondolero le ofrecía, penetró en la barca.

Nadie hubiera reconocido á la altiva Aurora bajo aquel vasto manto que ocultaba por completo su lujoso ropaje.

El muchacho comenzó á remar con vigor y presto se alejaron de aquel sitio.

Aurora temía á cada instante que á su conductor se le ocurriera preguntarle como había llegado hasta el lugar donde la encontrara, viendo que no tenía como hacerse conducir hasta su casa; pero sea que el muchacho no fuera curioso ó que se hallara preocupado por sus propios pensamientos, no se le ocurrió hacer aquella pregunta que hubiera puesto en conflicto á la pobre Aurora.

—Pero á todo esto no me habéis dicho donde queréis que os lleve, exclamó el gondolero.

—Es verdad, dijo ella, pero no importa, vamos en buena dirección, vivo casi frente á la morada de Yolanda. ¿Sabéis donde es?

—Ya lo creo; pero el trayecto es largo y si queréis que no nos aburramos conversemos.

—Con mucho gusto, dijo Aurora, con una entonación particular.

¿Os agrada vuestro oficio?

—Como el que más; desde mi niñez acompañaba á mi padre que era también gondolero. y como es natural le tomé afición al oficio y van para tres años que empecé á trabajar.

—¿Y os deja buenas ganancias?

—Hum, tenemos días buenos y días malos, pero... siempre sacamos para vivir. Y después de una corta pausa, añadió: por ejemplo, hoy ha sido para mi un *buen día*, pues ni en diez hubiera ganado lo que hoy en unas cuantas horas.

—¿Sí? algún pasajero muy generoso.

—Así es; figuraos que un caballero de lo más amable que podáis imaginaros me ofreció una buena gratificación si lo llevaba hasta D, dondé llega esta noche el Dux nuestro señor, y al decir estas palabras quitóse respetuosamente la gorra.

Aurora tembló al oir esto, pues comprendió al instante que se trataba de su hijastro, y entonces más que nunca se aferró á la idea de huir, pues este hecho confirmó sus sospechas de que Rafael no dejaría pasar mucho tiempo sin pedir justicia.

Serían las dos de la mañana cuando Aurora llegó frente á la casa de Yolanda.

—Haced el favor de detener la góndola, dijo, y continuó: de algún modo quiero demostraros mi agradecimiento por el servicio que me habéis hecho, y esto diciendo sacó una bolsita que llevaba colgada al cuello y la dejó sobre el asiento que había ocupado.

Es una piedra, dijo, á la cual se le atribuye la virtud de dar la felicidad al que la posee.

—¿A qué vais á privaros de ella entonces? Yo no necesito ninguna recompensa por...

—No, no, yo tengo otras; y sin más, descendió de la barca y echó á andar con la lijereza que su debilidad le permitía.

Cuando ella hubo desaparecido el gondolero tomó la bolsita y la abrió con la curiosidad de ver lo que contenía.

Allí no había tal piedra, sino relucientes monedas de oro hasta sumar *cincuenta* marcos.

—¡Esta es una fortuna! exclamó; bien sabía yo que no era lo que aparentaba.

Aurora caminó hasta un puente que unía las dos aceras, cruzó por él y poco después se hallaba ante la morada de Yolanda, donde golpeó con febril impaciencia.

Inmediatamente abrió la puerta un criado que estaba allí toda la noche para recibir á las personas que iban ya á buscar á la Sibila ó ya á hospedarse en su casa, pues había en ella cuartos amueblados como en nuestros hoteles.

—¿Qué deseais, señora? interrogó el criado.

—Deseo un cuarto con una buena cama y que mañana en cuanto vuestra señora esté visible me hagáis el favor de llamarme, pues tengo absoluta necesidad de hablar con ella á primera hora.

Para que no olvidéis mi encargo, tomad, añadió, alargando al criado algunas monedas.

Poco después de amanecer, Aurora dejó el lecho y tras cortos momentos de espera fueron á llamarla de parte de Yolanda.

Siempre cubierta con la mascarilla atravesó varias habitaciones hasta llegar á la sala donde acostumbraba la Sibila á recibir.

Cuando quedó sola con ella descubrióse el rostro antes de tomar asiento.

Estaba aquel semblante tan descolorido y demacrado, que en el primer instante Yolanda no la reconoció.

—Mi aspecto dice con harta claridad cuan grandes deben ser mis penas para reducirme á este mísero estado en tan corto tiempo.

Y nada serían, continuó tras brevísima pausa. los dolores físicos, que valor no me falta para soportarlos; mas lo que aniquila mi ser y hace que desfallezca son los sufrimientos morales.

¡Oh! para estos no hay remedio, ya lo sé, y como no quiero luchar más, estoy firmemente resuelta á dejar esta ciudad maldita donde nada más que dolores y desdichas he sufrido.

—¿Y no pensais en la trascendencia del paso que vais á dar, señora? interrogó la Sibila.

—Sí, lo he pensado, pero no vacilo y como me veo obligada á proceder ocultamente, vengo á solicitar vuestra ayuda.

—¿En qué puedo serviros, mi noble señora?

—Quisiera salir de la ciudad hoy mismo y sin que nadie sepa que lo hago, pues ya os figuráis que pondrá todo en movimiento en cuanto llegue mi esposo y se entere de mi desaparición.

Comprendo que es algo difícil lo que intento, pero vos que sois buena no me desampararéis en estos momentos aciagos para mí en que á nadie tengo en quien pueda confiar como en vos y es por esto que no dudo en pediros este favor, aunque sé que es casi un imposible la realización de mi deseo.

—Vuestras desgracias, señora, exclamó la Sibila con voz conmovida, han despertado en mi corazón ardientes deseos de ayudaros, así que haré por vos lo que hasta hoy por nadie hice.

—Esta noche saldréis de la ciudad, contando con la protección de Dios.

—¡Oh! gracias, gracias, bondadosa criatura.

No puedo hoy hacer nada por vos, pero mi sincera gratitud durará, os lo juro, lo que dure mi existencia y hasta en el postrer instante de mi vida mi corazón sentirá dulcificadas sus penas al recuerdo de vuestras bondades.

—¡Oh! señora, no exageréis, yo no hago más que cumplir con un deber de buena cristiana, tendiendo mi mano al desvalido que necesita un sostén.

Sentíase Aurora cada vez más débil y extenuada; no tenía casi fuerzas para hablar y se preguntaba con indecible angustia si podría en aquel estado llevar á cabo su proyectada fuga.

¡Oh! Dios mío, cuán terribles son las pasiones mundanas y cuán fácilmente destruyen y aniquilan una vida.

¿Cómo es posible que morando en el cielo un Dios todo amor, todo bondad, un Dios que descendió al mundo por nuestra salvación, que predicó con su palabra y ejemplo la humildad, la mansedumbre, el perdón y la caridad; cómo es posible, repito, que haya séres tan ciegos

que le ofendan desobedeciendo sus más santos y divinos mandamientos y despreciando tanto amor?

¡Pobres criaturas sin valor ni abnegación!

¡Cuán débiles y solas os halláis para sufrir las penas inherentes á vuestra condición humana!

Aurora contestó con una triste sonrisa á las últimas palabras de Yolanda; luego dijo:

—¿Entonces cuento con vos para esta noche?

—Sí, señora, respondió la Sibila dejando su asiento y acercándose á su interlocutora.

Por última vez, dijo inclinándose ante ésta, os recuerdo que obráis precipitadamente al querer huir de vuestro hogar: perdonad mi obstinación, pues es prueba del interés que me inspiráis.

Seguid mi consejo, no huyáis.

Ya que estáis arrepentida de lo que habéis hecho, presentáos humildemente á vuestro esposo y pedidle el perdón de vuestra falta.

—¡Ah! señora, se vé que no conocéis al Dux al creer que me perdonaría.

Agradezco una vez más vuestro consejo, pero también os digo una vez más que no puedo seguirlo.

Prefiero someterme á mi destino por triste que sea y no resignarme á sufrir el desprecio y el enojo del Dux.

Estoy cansada ya de esta vida; tal vez cuando esté lejos, les escribiré pidiéndoles me perdonen todo el mal que les hice; nada más puedo hacer, pues estoy cansada de luchar.

He visto fracasar todo en derredor de mí y los sufrimientos que esto me ha causado, ha dejado mi ser aniquilado; estoy quebrantada, física y moralmente y solo me queda un acerbo y eterno pesar.

Si es así, dijo la Sibila, conmovida ante aquel dolor tan vehemente, nada más puedo deciros.

Esta noche saldreis de Venecia tan secretamente como sea posible.

Una vez más os doy las gracias hija mia, y quedó silenciosa con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos cruzadas sobre sus faldas.

—Ahora necesitais descansar exclamó dulcemente Yolanda tras un prolongado suspiro; Venid.

Aurora siguió á la joven como una autómata, que ni ve ni siente.

Así atravesaron varias habitaciones hasta llegar á una gran sala sumida en la más completa obscuridad.

Yolanda tomó de la mano á Aurora y la condujo á tientas ante una de las paredes de la sala, se oyó un ruido metálico y al momento se abrió una puerta y apareció ante ellas una confortable habitación elegantemente amueblada.

Había allí un lecho, un sofá, varias sillas y dos pequeñas mesitas cargadas de libros.

Las paredes tapizadas de seda color violeta, el alfombrado y las cortinas del mismo color impregnadas de un suave perfume de lirio.

Aurora se dejó caer en el blando lecho.

—¿Puedo descansar sin temor de ser sorprendida? interrogó á Yolanda.

—Sí respondió esta, aunque vendrán no lo dudo, á buscaros aqui, pero estad segura de que no os encontrarán y diciendo esto salió cerrando cuidadosamente la puerta secreta.

Jamás pudo saberse el secreto de aquella puerta por donde tantas personas entraron para refugiarse bajo aquel techo contra los castigos terribles impuestos á tantos infelices por aquel poder sin límites que hería á sus víctimas en el silencioso misterio, pero con segura y poderosa mano.

CAPÍTULO XXIII

¡ Adios Venecia !

El día declinaba lentamente. El fuerte viento que reinaba agitaba las aguas del canal y pardas nubes cubrian el cielo envolviendo los resplandores del moribundo sol que se escondía tristemente en el ocaso.

Ante las gradas de mármol de una hermosa mansión situada en uno de los barrios apartados de Venecia, una góndola ocupada por su remero esperaba á alguna per-

sona que sin duda se hacía esperar demasiado á juzgar por las señales de impaciencia que daba el gondolero.

Estas cesaron al ver aparecer en el dintel de la puerta á una dama ataviada con un oscuro traje de viage.

Un criado traía unas maletas que colocó en la barca, luego que en ella hubo subido la viajera.

No era posible saber quien era la dama, pués llevaba el rostro cubierto con una mascarilla de terciopelo negro.

En cuanto la incógnita hubo tomado asiento, el impaciente gondolero empuñó los remos y empezó á remar con toda prisa.

Los canales de la ciudad se veían surcados por infinidad de negras góndolas con sus faroles rojos.

A cada encuentro con una de estas, podía notarse en los tripulantes de nuestra barca, marcadas señales de angustia y de terror, pero seguía la marcha sin que la viajera se incomodara por la torpeza del remero, el cual parecía muy poco experto en el oficio.

Al llegar á la desembocadura del canal que conduce á X, dos góndolas se acercaron á la que iba la enmascarada, interceptándole el paso.

La dama se asomó á fuera y gritó con imperioso acento.

¡Eh! qué hacéis? Dejad el paso libre!

De una de las góndolas salió un hombre y encarándose con la viajera, dijo:

—No podemos dejaros el paso libre, señora mía, pués está prohibido salir de la ciudad sin una orden.

—Vedla aqui, exclamó la interpelada, entregando un papel al gendarme.

—Muy bien dijo este después que hubo leído.

Vos y vuestro gondolero ¿pero donde está él?

Entonces el aludido asomó su faz con más deseos (me atrevo á asegurarlo) de ocultarse en el más oscuro rincón de la barca.

—Ahora podeis pasar, dijo el gendarme, pero no antes de haberme enseñado vuestro rostro, pués en la orden no dice que vendriais enmascarada.

—Sois exigente por demás, exclamó la viajera, con mal humorado acento.

– Asi lo exige el cumplimiento de mi deber señora, y al decir esto acercó la roja luz del farol sobre el rostro de la dama que había levantado su antifáz dejando ver la hermosa faz de Yolanda.

¡Ah! exclamó el gendarme y acto continuo retiró la luz y mandó dejar el paso libre.

El huraño gondolero tomó de nuevo los remos volviendo á ponerse la barca en movimiento.

Habiéndose alejado ya un gran trecho, cuando de pronto el fingido remero, soltó los remos y en un abrir y cerrar los ojos desaparecieron los grandes bigotes negros, el sombrero de hombre de cabellera postiza y por último una fina mascarilla admirablemente adherida al demacrado rostro de Aurora Dandolo actual esposa del Dux de Venecia.

—Pero ¿qué habeís hecho? exclamó Yolanda asustada al ver la imprudencia que su protejida cometía despojándose tan pronto de su admirable disfráz.

—Nada temais hija mía, aquí no corre ya riesgo alguno.

—Sin embargo hubiera sido prudente esperar un poco más.

– ¡Oh! noble criatura, como podré pagaros lo que por mi habeis hecho?

—No hableis más de ello señora dijo Yolanda, estoy bien recompensada con vuestro agradecimiento y con la satisfacción que experimento por haber podido ayudaros cuando lo habeis necesitado y agregó, no diré que poseo una gran fortuna, pero si lo necesario para pasar holgadamente el resto de mi vida, así pués puedo tener la satisfacción de hacer buenas obras y no negocios.

Aurora volvió la cabeza para ocultar una cristalina lágrima que rodó por sus mejillas ajadas por la fiebre.

La noche se había serenado por completo; las nubes se desvanecieron á lo lejos, dejando lucir en el diáfano cielo la pálida luna cuya luz rielaba sobre las tranquilas aguas.

Deslizábase la barca rápidamente impelida por los remos que Yolanda manejaba con admirable destreza.

Aurora de pie junto á la borda de estribor, con la mirada perdida en la inmensidad del infinito, la boca do-

lorosamente contraída y palpitante el pecho, daba el adios postrero á la ciudad de Venecia donde en el pasado y en el presente solo le ofreciera tristes recuerdos y crueles sinsabores.

En el silencio y como una ave de negras alas avanzaba la barca sobre las aguas, en cuyo límpido espejo retratábase la majestuosa figura de Aurora con las manos cruzadas sobre el pecho y agobiada por el peso de 15 años de recuerdos siempre dolorosos y abrumadores.

Cuando las últimas luces de la ciudad desaparecieron á la vista de Aurora, cuando ya no pudo distinguir ni la silueta de la gran ciudad, dejó escapar un angustioso suspiro y entrándose en la barca dejóse caer sobre un asiento.

Casi al amanecer llegaron á X.

Después de dar un estrecho abrazo á su salvadora desembarcó la infeliz mujer mientras de sus ojos se desprendía un raudal de llanto.

Iba á quedarse sola, sola quizá para toda su vida en aquella ciudad desconocida sin contar allí en adelante con una mano amiga que se la tendiera compasiva en medio de su triste desamparo.

Un gondolero enviado allí para esperar á Yolanda, condújola nuevamente á Venecia, consiguiendo así no despertar sospechas á su regreso.

CAPÍTULO XXIV

El esposo abandonado

Dejamos á Rafael y á Valentina camino de Florencia, habiendo decidido de común acuerdo y en obsequio de una persona que les fué siempre muy querida no poner en conocimiento del Dux el atropello de que fuera víctima Rafael.

Cuando llegaron á Florencia, encamináronse presurosamente á su morada, anciosos de estrechar entre sus brazos á los caros pedazos de su corazón.

El recuerdo de cuanto acababan de sufrir, borróse por

completo de su imaginación, dando lugar á otros sentimientos de felicidad y alegría al encontrarse frente á sus padres y besar los dorados cabellos y sonrosadas mejillas de su hijita huérfana por tanto tiempo de sus paternales caricias.

Encontráronla robusta y hermosa, como siempre llena de esa alegría de la niñez que nada es capaz de destruir y de todos esos encantos que subyugan y atraen, haciéndonos amar á esos seres tan inocentes, puros y sencillos, almas inmaculadas que conservan aun palpitante sobre su frente el beso que Dios les imprimiera al hacerles sus hijos.

La noche del día en que llegaron vieron en el Castillo gran cantidad de personas del ducado y en sus cercanías los que iban á saludarle y felicitarles por su feliz regreso.

Un cuadro encantador presentaba aquella noche el gran salon lleno de damas y caballeros reunidos todos juntos al hogar donde, mientras aquellos sostenían animada conversación, las damas según costumbre de aquellos tiempos, ocupábanse en alguna labor.

Unas tejiendo, otras hilando, cosiendo y bordando otras amenizaban la reunión.

La calma y la alegria constantes moradores del Castillo de los Manantiales, volvió á reinar allí con sus señores.

Valentina obtuvo de sus padres la promesa de pasar con ellos el resto de la primavera y el verano, promesa que ellos hicieron gustosos, pues les hubiera sido muy penoso separarse entonces de su amada nietecita.

Rafael tenía vehementes deseos de ver á su padre. En la última carta que de él había llegado al Castillo, decíale que estaba muy mejorado y que esperaba poder regresar en breve á Venecia, manifestándole también extrañeza de no recibir contestación á las numerosas cartas que le habia escrito.

En el primer momento pensó Rafael en escribir á su padre, pero como deseaba verle decidió luego reunirse con él y al tercer día de su llegada á Florencia partió nuevamente.

Nada sabía de Aurora, pero estando con su padre nada tenía que temer de ella.

Sabemos que la noche que Aurora huía de palacio, Rafael se hacia conducir hasta D, donde poco después llegaba el Dux.

Cuando éste le interrogó sobre el motivo de su silencio, inventó cualquier pretexto para no descubrir la verdadera causa.

Llegaron ambos á Venecia la mañana en que Aurora descansaba en casa de la Sibila.

Al penetrar en palacio, sorprendióles la alarma y la consternación pintada en el semblante de cuantos acudían á recibirles.

Como es de suponer, nadie se atrevía á dar al Dux la infausta nueva.

Su primera palabra fué para informarse del estado de su esposa y al apercibirse del efecto que producían sus palabras creyó que había llegado demasiado tarde y sin que nadie osara impedírselo precipitóse en las habitaciones de Aurora.

En la antecámara de la alcoba estaban algunas doncellas, entre las cuales se hallaba Laura, en cuyo semblante se reflejaba la angustia de su corazón.

El Dux penetró en la alcoba sin decir una palabra, mas al ver el lecho abandonado y todo en el mayor desorden, no pudo darse cuenta de lo que había pasado, y volviéndose colérico hácia las personas que allí estaban:

—¿Pero vais á decirme dónde está mi esposa ó queréis que me vuelva loco? gritó.

Adelantóse entonces Laura con vacilantes pasos.

—¡Oh! mi señor, dijo llorando la pobre muchacha: Yo voy á deciros cuanto ha sucedido; y aquí contó al Dux lo ocurrido la noche anterior, sin omitir ningún detalle.

El Dux quedó como atontado sin poder darse cuenta aún de la magnitud del golpe que le hirió.

Rafael, ya enterado por los gentiles hombres de palacio de lo que ocurría, fué á reunirse con su padre sin poder en el primer momento acertar el motivo de aquella desaparición.

El Dux dió orden inmediatamente de que se buscara en todas las dependencias de Palacio y en la ciudad, prohibiendo también la salida de ella sin una orden.

En cuanto quedaron solos el Dux y su hijo, el desgraciado esposo echóse en los brazos de éste, dejando ver sólo ante él la inmensa amargura que de su corazón se desbordaba.

—Díme, hijo mío, ¿no es duro á mi edad recibir tan rudo golpe? Yo merezco esta afrenta, ¿es verdad, Rafael?

—No, padre mío, pero pensad que en esta vida casi nunca se recibe lo que cada uno merece.

—¡Oh, qué maldad, qué maldad, Dios mío!... Y si al menos hubiera dejado una carta, solo un adiós para el que abandonaba... pero nada, ni tan solo eso.

Este es el último golpe de su venganza; no estaba aún satisfecha con haber hecho de mí un viejo á los cuarenta y cinco años...

Rafael había prometido no descubrir ante nadie y menos ante su padre el proceder de Aurora y sufría cruelmente viendo á su acongojado padre devanándose los sesos por descubrir aquel misterio.

Vanos fueron cuantos trabajos se hicieron para hallar á la fugitiva; pues á pesar de los fervientes deseos de encontrarla no quería aumentar el escándalo con pesquisas que podían no dar resultado.

La primera casa que se registró fué como es de imaginar la de la Sibila, y muchas veces pasaron tan cerca de la fugitiva que ésta se creyó ya descubierta; pero lo he dicho, jamás pudo saberse ni aún donde existía aquella habitación.

Luego que el Dux se hubo convencido de lo infructuoso de aquellas pesquisas que de la manera más secreta había mandado practicar, hizo retirar las góndolas que cerraban la salida de la ciudad y se dijo: puesto que ella me ha abandonado es que no quiere vivir más á mi lado y contra su voluntad jamás la retendría.

Hizo como que olvidaba aquel desgraciado asunto mostrando ante su corte una indiferencia y entereza que estaba muy lejos de sentir.

Rafael permaneció cerca de su padre durante algunos días para aliviar su dolor y darle consuelo que sólo de él admitía.

Costábale mucho al poderoso Dux Enrique Dandolo resignarse, quizás por primera vez de su vida, á que su poder fuera vencido y burlada su autoridad en su propio hogar.

Aquel hombre fiero como el león ante el enemigo, poderoso entre los poderosos, pues era jefe de aquella nación que representaba entonces, uno de los poderes más grandes del mundo, acostumbrado á vencer siempre en la lucha y á que su poderoso brazo no se armara nunca sin que alcanzara una víctima, costábale, repito, verse reducido en aquella ocasión á la más completa impotencia.

Y cosa rara, desde entonces sus dolencias parecieron curadas por completo y al recordar á su esposa se despertaba en su corazón un sentimiento de odiosa repulsión hácia la infeliz mujer.

Reanudó el Dux sus tareas con la rectitud y el ahinco de siempre y nadie al oir su voz clara y vibrante ni al ver su atlético cuerpo síempre erguido y magestuoso, hubiera dicho que las horas de soledad de aquel hombre eran muy tristes y que en sus noches de insomnios vertía ardientes lágrimas.

Rafael regresó por fin á Florencia después de obtener de su padre la promesa de hacerles una visita en su castillo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I.

Regeneración

Nacía el alba. Los sonrosados tintes de la aurora coloreaban débilmente el límpido cielo envuelto aún en los pálidos celajes matinales.

La ciudad de Florencia aparecía cubierta toda por una gruesa capa de nieve, la que durante el día y la noche anterior no había cesado un momento de caer en gruesos copos que paulatinamente iban cubriéndolo todo bajo un manto glacíal.

Aquella nevada fué considerada como una cosa excepcional no sólo por la enorme abundancia en que cayó la nieve, sino también por la época en que tuvo lugar: la primavera muy avanzada ya, por lo que fué considerada como un fenómeno atmosférico.

A la salida del sol podía contemplarse un hermosísimo espectáculo; hácia el naciente las blanquecinas nubes que aparecían en el cielo eran heridas por los rayos del sol, produciendo magníficos arreboles.

Pronto comenzó el deshielo y así los montes como las torres, los árboles y la ciudad entera, aparecían brillantes ostentando los vivos y variados colores del arco-iris.

La ciudad despertaba con sus mil diferentes ruidos. Uno que otro transeunte circulaba por las calles aún cubiertas de nieve. En una eminencia del terreno y á

corta distancia del bosque que cubría las riberas del Arno, alzábase la majestuosa mole de un convento que allí existía desde tiempos inmemoriales. En la época de que voy á hablar, estaba habitado por una congregacion de piadosas mujeres pertenecientes casi todas á familias pudientes que vivían consagradas á hacer el bien, socorriendo á los infelices desheredados del mundo.

Aquella congregación era designada con el nombre de «Hermanas de los Desamparados».—

En aquella fría mañana las puertas del convento se abrieron al amanecer para dar paso á dos hermanas, con sus largos hábitos de color gris y sus mantos blancos, las que salían como de costumbre después de un temporal, una nevada ó cualquier suceso análogo, á socorrer las víctimas que causan casi siempre.

Caminaban, la una al lado de la otra, con la frente inclinada y las manos ocultas bajo los mantos para que no se helaran, pues á pesar del radiante sol, el aire era tan frío que ateria las carnes.

Fijaban sus investigadoras miradas á uno y otro lado y andaban con acelerado paso, pues estaban seguras de encontrar alguna desgraciada víctima de tan fuerte nevada, pues son muchos los infelices que en esas ocasiones perecen, encontrándose en las campiñas ó lejos de sus hogares y faltarles el socorro de las buenas hermanas serían aquellos mucho más numerosos; principalmente mujeres y niños, los cuales muchas veces fueron encontrados ya sin vida ó tan helados que era ya imposible volverlos á ella.

En aquella ocasión, habían andado unos doscientos metros é iban ya á penetrar en el bosque, cuando vieron al pié de un gigantesco álamo desnudo de follage, un bulto informe casi cubierto por la nieve.

Con gran presteza acercáronse ambas hermanas y bajo el burdo manto que lo cubría, víeron un cuerpo humano, en el cual no se advertía el menor movimiento de vida.

Después de quitarle la nieve que se había acumulado sobre él, descubriéronle la cabeza, encontrándose con una mujer, la que se hallaba completamente exámine!

¡Vírgen mía! exclamó la más anciana de las hermanas; pobre criatura, ¡si está casi sin vida! y al decir esto, intentaba levantarla entre sus brazos.

Vano empeño, era un cuerpo inerte y helado bajo la capa de nieve que lo había cubierto durante muchas horas.

—Id hasta el convento hermana Inés, y trae una camilla. Haceros acompañar y no tardeis, pués esta desgraciada necesita inmediatos cuidados.

Cuando vió alejarse á toda prisa á su compañera, inclinóse ella sobre la moribunda y escuchó el mísero soplo de vida que alentaba aquel cuerpo.

Con grandes esfuerzos consiguió arrastrarla hasta un sitio desprovisto de árboles y donde caían los rayos del benéfico sol.

Esperó allí un momento, pero ni el menor movimiento de vida se produjo.

Púsole una mano sobre la frente y procuró hacerla beber algunas gotas de cordial que se lleva siempre para aquellos casos.

En aquel momento llegaba la hermana Inés con otra de sus compañeras y entre ambas traían una camilla, sobre la cual colocaron á la enferma, luego de haberla despojado del mojado manto y de envolverla en una gruesa frazada de lana.

Poco después llegaban al convento, y una vez allí, pusiéronla en cama y sin pérdida de tiempo requiriéronse los cuidados de un médico.

Recién al despojarla de sus ropas, pudieron darse cuenta de que aquella mujer no pertenecía á la clase del pueblo; dábanlo á comprender así las ricas ropas interiores, hechas de fina holanda, los valiosos encajes que la guarnecian y el traje de terciopelo que llevaba bajo una basta túnica de oscuro paño. La Hermana Inés y la que la acompañaba, salieron á continuar su noble faena, quedando al cuidado de la enferma la más anciana llamada Margarita del Corazón de Jesús.

Con mucho trabajo consiguió hacer beber á la paciente una taza de un aromático té de naranjas bien caliente, lo que unido al calor de la chimenea, donde ardía un

buen fuego, y á la sensación del bien estar que debió producirle el hallarse en el mullido lecho, hízola volver á la vida.

Primero se extremeció todo su cuerpo, luego entre abrió los ojos dirigiendo azoradas miradas, después cerró de nuevo los párpados y quedó inmóvil.

El pronóstico del médico fué menos grave de lo que al principio creyeron las buenas hermanas al ver á la enferma en tan decaído estado.

Dentro de diez ó quince días dijo aquel, Dios mediante, vereis fuera de peligro á vuestra enferma.

Las religiosas comprendieron que aquella mujer encerraba un misterio, pero se guardaron muy bien de hacerle pregunta alguna.

Sabían que necesitaba de sus cuidados y esto era lo suficiente para que se les prodigaran tierna y expontáneamente.

Un día la hermana preguntó su nombre á la convaleciente, más al momento arrepintióse de haberlo hecho, pués notó el embarazo y la turbación que se pintó en aquel demacrado semblante al hacer ella tan inocente pregunta.

Después de un corto instante de vacilación la incógnita incorporóse en el lecho y tomando entre las suyas una mano de su solícita enfermera, exclamó resueltamente.

—Vos sois mi buena salvadora, una santa y noble criatura, y teneis sobrados derechos para saber quien soy.

—¡Oh! nó! interrumpió la Hermana; creeme que no os he hecho esta pregunta por que lo haya pensado así, sino por saber como llamaos.

—Si, sí, ya lo sé, pero yo que podría deciros el primer nombre que viniera á mis lábios, voy á descubriros el mío verdadero para demostraros así mi agradecimiento y la confianza que en vos tengo; pero quiero decíroslo al oído para estar segura de que nadie pueda escucharlo, y así diciendo, acercó su rostro al de la Hermana y por largo rato estuvo hablándole en secreto. Luego cuando dejó caer los brazos que había echado al cuello de la piadosa mujer y esta se incorporó, vióse el semblante de la dama bañado en lágrimas.

—Vuelvo á suplícaros Hermana mía, que mi nombre no salga de vuestros lábios, porque si llegara á saber donde estoy, sabría hacer pesar sobre mi sus derechos y conducirme á su presencia, yo lo os aseguro, jamás me perdonaría.

—Confiad en mi, hija mía, vuestro nombre no saldrá nunca de mis lábios para haceros un mal; y después de pronunciadas estas palabras, ambas quedaron silenciosas, entregadas á sus propios pensamientos.

Pasados algunos instantes, la religiosa que había inclinado sobre el pecho su seráfico semblante, dijo levantando la frente y fijando en la dama su dulce y penetrante mirada.

—Por lo que me habeis dicho, hija mia, comprendo que vuestra vida ha sido agitada y llena de contratiempos, y también veo con dolor de mi alma, que ninguna influencia ha tenido sobre vos nuestra Santa Religión, la que tantos y tan grandes consuelos nos proporciona á nosotras pobres habitantes en este inmenso piélago de amarguras llamado mundo.

—¡Oh! Hermana, aunque hoy me avergüenza el decirlo, nunca en mis aflicciones y dolores busqué el consuelo que necesitaba, ni la fortaleza de que carecía y me hubiera librado de cometer acciones de las que hoy tengo que arrepentirme.

—Pués bién, dijo Sor Margarita, yo tengo un hermano sacerdote; que es un santo y piadoso anciano querida mía; instruido é indulgente; podeis confiar en él como en un padre.

Os hablo así, no del hermano, sino del sacerdote, verdadero apóstol de esa religión, nunca bien amada y cruelmente ofendida hasta por los mismos que la amamos.

Decid, pués, si deseais que le llame, y si ....

—Mi buena Hermana, exclamó la dama besando con veneración la mano de su salvadora. No solo deseo que le llameis sino que lo espero con vivo afan.

Al dia siguiente muy de mañana presentóse en el convento el Padre Angelino, fué recibido por su hermana, quien le habló por largo rato antes de llevarle junto al lecho de la enferma.

Cuando se envió á decir á esta que estaba el confesor, sentóse en el lecho y presa de una fuerte agitación permaneció así con el semblante cubierto por sus manos y el pecho palpitante por su anhelante respiración, pero aquella lucha duró bien poco, fué la última rebelión de sus pasiones, el postrer combate entre el pecado y la gracia.

—Decid que le espero, exclamó al fin, dejándose caer sobre sus almohadas.

Un instante después entraba el sacerdote.

Este, un venerable anciano, alto y delgado, que conservaba á pesar de sus setenta años, el cuerpo erguido y mostraba en su semblante pálido y adelgazado, una marcada expresión de bondad y de dulzura. Largos cabellos más blancos que las inmaculadas capas de nieve que viera caer durante los inviernos de su vida, coronaban aquella cabeza, en torno de la cual parecía irradiar un suave y místico resplandor. Era piadoso sin ostentación, caritativo, paciente, dotado de un ánimo sereno y de una inteligencia poco común, conseguía atraer al buen camino las almas extraviadas. Nadie pués más apropósito que él para volver al seno de su madre á aquella hija que la había abandonado.

Vióle esta acercarse con la tranquilidad del justo y ella sintió latir su corazón dentro del pecho, cual si ya no cupiera dentro de él.

—Hija mía, murmuró el anciano, después de sentarse junto al lecho: que Dios ilumine tu espíritu y abra tu corazón á su santa gracia.

—Así sea, padre mío, respondió ella uniendo sus manos sobre el pecho.

—Confíame tus culpas criatura.

—¡Oh! padre, balbució la pobre mujer cubriéndose el semblante con sus manos: soy la más grande pecadora.

—La misericordia de Dios, es mas grande hija mía: confía en El.

Eutonces empezó ella la confesión de sus culpas con grande y sincero dolor.

CAPÍTULO II

Arrepentimiento

Más de dos horas permaneció el anciano sacerdote hasta convertir por completo aquel corazón empedernido durante tanto tiempo por el mal.

Cuando la penitente quedó sola con sus recuerdos de tantos años de dolores, por la primera vez de su vida lloró sin cólera, miró al cielo y no á la tierra, oró en vez de blasfemar .... y entonces como nunca torturó su corazón el recuerdo de su hija infelíz.

¡Ah! si á costa del más grande sacrificio pudiera ella resucitar á la muerta querida! ¡Cuán diferente seria ahora su vida! ¡Cómo se consagraría por eterno á labrar la felicidad de la pobre niña y á hacerla olvidar, con su ternura todas las ofensas, las injurias y los pesares que le había hecho sufrir.

Pero ya no había remedio, su arrepentimiento era tardío; así lo pensaba ella y el tormento de su corazón era muy grande.

¿Porqué Dios mío, por qué has tardado tanto en venir á mí?

Pero, ¿qué estoy diciendo?

¡Yo blasfemo!

¿La Majestad ir en pos del esclavo? ¿El Rey de lo creado en busca de la más miserable de sus criaturas?

¡Ah! ¿por qué yo antes no sentía ni pensaba como hoy pienso y siento? ¿Por qué sólo hallaban cabida en mi pecho el odio y la indiferencia hasta por mi propia hija?

Porque una madre sin religión, no es madre, porque una mujer que no la ama y olvida sus prácticas y sus mandamientos, no es mujer; ¡hija mía!... dijo una dulce voz, respondiendo á las desoladas preguntas de aquella infeliz.

Volvió Aurora la cara, encontrándose frente á frente con su salvadora, la bondadosa hermana Margarita.

Dejamos á Aurora en la ciudad de X.

Al día siguiente de su llegada y después de haberse separado de Yolanda, alejóse de la ciudad, buscando la soledad de la campiña y anduvo largas horas vagando triste y solitaria, sin rumbo y sin hallar níngún consuelo á sus multiples y crueles sinsabores.

Cuando la tarde caía volvió á la ciudad más abatida y cansada de su lucha por una vida tan mísera y estéril.

Ya nada ni á nadie tenía en el mundo. ¿Qué iba á ser de ella?

Hacía tiempo que sentía vehementes é irresistibles deseos de ir á Florencia, experimentando misteriosa é inexplicable atracción por aquella hermosa ciudad y no teniendo ningún obstáculo quiso realizar aquel anhelo.

Deseando pasar lo más desapercibida posible, no se quitó el abrigo de su doncella, con el cual se cubriera al abandonar su hogar, ni el largo manto que la envolvía por completo dándole el aspecto de una humilde campesina, en quien nadie paraba la atención.

Gracias á esto pudo llegar hasta Fiesole sin el menor contratiempo.

Después de permanecer todo el día y la noche en este pueblo, salió á la mañana siguiente muy temprano en dirección de Florencia.

Pero aún debía experimentar una contrariedad más.

Cuando después de haber hallado un bonito albergue, de sencilla apariencia, apartado y solitario, como ella lo deseaba, iba á sacar su bolsa para satisfacer el importe de su locación, vió con angustia fácil de imaginarse, que aquélla había desaparecido de su sitio.

¡Dios mío! exclamó la infeiiz, ¿qué he de hacer ahora?

¡Yo estoy maldita! gritó en un arranque de su indómito carácter...

Luego, sacando fuerzas de flaqueza y sintiendo desvanecerse la cólera que momentáneamente se había apoderado de ella: no importa, se dijo, recurriré á la caridad; después de todo, quizá sea mejor para mí, pues nadie imaginará hallar á la marquesa Aurora, esposa del ilustre Dux de Venecia, pidiendo por amor de Dios un techo para cobijarse y un mendrugo de pan para sostener su vida.

Mas ¡ay! no halla un alma bastante caritativa para dar cabida bajo su techo á una mujer enteramente desconocida, que evitaba hablar y hasta mostrar su rostro. No tuvo, pues, otro recurso que proseguir su ruta, sin más compañía que sus dolorosas reflexiones, sin más apoyo que sus delicados pies, calzados con finísimos zapatos de raso y debilitados por la enfermedad.

Cuando después de largas horas de marcha no pudo dar un paso más, cuando falta de aliento y exhausta de fuerzas se negaban sus pies á sostenerla, reconociendo su impotencia para vencer su quebranto, dejóse caer sobre la húmeda hierba, al pié de un gigantesco álamo.

La noche se acercaba presurosa; una noche lóbrega y triste, como el incierto porvenir de aquella desamparada criatura.

Comenzaba á nevar; Aurora recostada, ó mejor dicho, acurrucada al pié de aquel árbol escueto, lloraba amargamente y aquellas ardientes lágrimas al caer de sus ojos se helaban en sus mejillas. Bien pronto gruesos copos de nieve se amontonaron sobre aquel pobre cuerpo extenuado por la fatiga y consumido por la fiebre. El instinto de vivir fué lo que le dió fuerzas para envolverse en su grueso manto, preservándose así de una muerte segura. En este estado halláronla al día siguiente las buenas Hermanas de los Desamparados.

* * *

Recostada lánguidamente en las blanquísimas almohadas del lecho, Aurora contaba á su salvadora todos los acontecimientos de su vida.

Cuando en el curso de su relato nombró al señor Dandolo y á su esposa Valentina, la hermana lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Cómo! dijo, ¿los señores del castillo de los Manantiales son las personas de quienes me estáis hablando?

—Sí, hermana mía, son las mismas; pero, ¿acaso las conocéis?

—Y cómo no he de conocerles, si nada menos que dos veces por mes viene la bondadosa castellana á traernos

ropa para nuestros pobrecitos huárfanos; ropa confeccionada por ella misma. ayudada por las jóvenes del caserío vecino á su castillo; y agregó: es un ángel la bondadosa señora, un ángel de caridad y de amor al prójimo. En cuanto á su esposo, querida mía, no se encuentra en toda la Toscana un señor más justo y magnánimo.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó Aurora, ante esa mujer y ante ese hombre habré de arrodillarme en demanda de perdón. ¿Tendré valor, hermana mía, para pasar por esa humillación?

—Sí, lo tendrás, si haces un firme propósito y piensas en las consoladoras promesas y en las dulces palabras que el Salvador dirigía á la muchedumbre: «Bienaventurados los mansos y humildes, porque ellos poseerán la tierra . Y si Dios nos pide mansedumbre y humildad ¿cómo no escuchar las palabras de tan alta Majestad?

Aurora se resignaba oyendo las piadosas palabras de la hermana y de nuevo prometía el sacrificio de su orgullo. Así pasaban los días tranquilos y apacibles en aquella mansión donde todo era paz y reposo. La enferma no abandonaba aún el lecho, hallábase demasiado débil y su convalecencia fué muy larga.

Sentíase tan bien allí, en su clara y espaciosa habitación, rodeada de cuadros, libros y otros objetos santos, que tan dulcemente hablaban á su corazón, que no anhelaba salir de ella.

Recostada en el mullido lecho miraba por la ancha ventana abierta el agreste paisaje que se ofrecía á sus miradas.

Las altas montañas comenzaban á revestirse de tierna vegetación, alternando el color verde obscuro de los pinos y de los abetos con el claro verdor de otros muchos más arbustos.

Al lado opuesto, el frondoso bosque á las márgenes del río, cuyas aguas corrían con blando y melancólico rumor.

En los días apacibles y durante las horas en que era el sol más fuerte, la hermana Margarita abría de par en par las ventanas, por donde penetraban á raudales los tibios rayos solares, manteniendo el ambiente de la ha-

bitación en una tibieza dulce y saludable. Las golondrinas juguetonas y vivaces entraban y salían rozando con sus alas los blancos cortinados del lecho, lanzando alegres y agudos chillidos y allá entre el ramaje de los árboles que circundaban el convento, oíase el suave y melodioso canto de la alondra y el tristísimo arrullo de las tórtolas.

En aquel puro ambiente, Aurora se sentía renacer á una vida nueva, que á no estar amargada por un cruel torcedor, hubiera sido para ella llena de encantos y alegrías, mas el acíbar que ella misma habia vertido en su pasado, no le permitía un sólo momento de ventura.

Muchas veces pensaba Aurora en su porvenir y experimentaba tal angustia y desconsuelo, que rompía á llorar amargamente, comprendiendo que su arrepentimiento, aunque sincero, era tardío, pues no había llegado á tiempo para salvar la existencia de su hija, sin la cual comprendía que su vida sería en adelante una eterna noche de duelo.

En una de aquellas ocasiones en que se entregaba á estos tristes pensamientos, entró en su habitación su buena salvadora. Hermana, exclamó la enferma, quiero pediros una gracia y es que no me dejéis tan á menudo sola, pues cuando así me hallo vienen á mi mente ideas tan desconsoladoras, que me llevan á la desesperación sin que mi voluntad sea suficiente para impedir que esto suceda.

La religiosa tuvo piedad de aquella alma enferma que estaba condenada al más horrible de los tormentos, vivir sin afecciones, y vivamente interesada en hacerle menos triste su suerte, decidió ir al castillo de los Manantiales é interceder ante los esposos Dandolo por aquella desdichada. Permaneció la hermana largo rato junto á la enferma, prodigándole esas frases de consuelo y de aliento que tan dulcemente resuenan en nuestros oídos cuando un acerbo dolor oprime nuestro pecho.

Un mes había transcurrido antes de que Aurora abandonara el lecho. Cuando lo hizo fué en los últimos días del mes de Mayo.

Los colores de sus buenos días volvieron nuevamente

á sus mejillas, enflaquecidas aún por la pasada enfermedad.

Sentíase mejor, física y moralmente, hallándose muy á gusto con la vida de actividad y orden que hacía en el convento, cuando pudo ayudar á las hermanas en sus cuotidianas tareas.

En medio de la tranquilidad de que á pesar de todo disfrutaba, no dejaba de inquietarla la idea del sacrificio que el buen padre Angelino exigía de ella y aunque estaba resuelta á cumplir la promesa que le hiciera, retardaba siempre el terrible momento.

Mas como en esta vida todo tiene su fin, también hubo de llegar para Aurora el día de la prueba.

Era una mañana algo fría y desapacible, lo que impedía á Aurora salir fuera de su aposento.

Con la frente apoyada en los cristales, miraba la campiña cubierta con su esmeraldino manto salpicado de cristalinas y brillantes gotas de rocío; cuando vió aparecer á lo lejos el oscuro traje de una Hermana de los desamparados. Mirábala Aurora alejarse rápidamente por el estrecho sendero que tenía á su vista.

En aquel momento un pálido rayo de sol, que alumbraba á intérvalos, vino á caer sobre la abnegada mujer que sin hacer caso del frío aire que azotaba su rostro, seguía impertérrita avanzando.

Al volver un recodo del camino, reconoció Aurora á la hermana Margarita, marchando con su firme y acompasado paso, hasta que una ondulación del terreno la ocultó á sus miradas. ¿Á dónde iría? pensó.

¿A dónde ha de ir, sino en auxilio de los desgraciados que han menester de su amparo?

¡Nobles y santas criaturas; heroinas sin laureles y sin gloria, cuanto os admiro!

Al llegar aquí en su soliloquio, sintió resonar en el cláustro las pesadas sandalias del padre Angelino, quien se acercaba lentamente, apoyado en su báculo.

Recibióle llena de contento y con gran reverencia, y acercando á la chimenea un sillón, hízole sentar allí cómodamente, luego tomó ella asiento en un taburetillo, casi á los piés del venerable anciano.

Padre, dijo Aurora, antes de que él hablara. Se que venís á recomendarme nuevamente, el cumplimiento de mi promesa y me avergüenzo por mi poco celo en complaceros á vos padre mío, que tanto bien me habeis hecho.

No es á mi hija mia á quien debes complacer, sino á Dios. Él es quien te ha hecho bien y no yo: crée á la voz de la experiencia; cuanto más tiempo dejes pasar, más duro te parecerá el hacer lo que tú llamas sacrificio.

Yo conozco á esas personas á quienes tanto temes, y lo sé, estoy seguro de ello, no será á sus piés donde irás á caer sino en sus brazos, para recibir el ósculo santo de la paz. Desde que habitan el castillo, continuó el anciano, los he tratado con mucha frecuencia y he podido apreciar cuán grande es la bondad y la nobleza de esos dos seres. Nada temas, pués, hija mía, vé, vé cuanto antes á cumplir con tu deber. Tú me has dicho que en adelante quieres ser una buena cristiana y esto no lo conseguirás, hasta que no extirpes por completo de tu corazón las mezquinas pasiones que lo han agitado, hasta que no arrojes de él, el ódio, el rencor, y cuanto con el nombre de cristiana esté reñido.

¡Oh! padre mío, yo os juro que todo lo he olvidado, pero

Nada, nada, no hay pero que valga; anda cuanto antes, si no quieres darme una idea muy mezquina de tu amor á Dios.

Al terminar estas palabras, un refulgente rayo de sol vino á caer sobre la alba cabellera del sacerdote.

Mira, dijo entonces éste poniéndose en pie: Dime si no parece que el Señor te invita á que pongas en práctica mi consejo. Hace un momento el cielo estaba nebuloso y sombrío, y el frío se dejaba sentir, pués el sol pálido y sin fuerza se escondía á cada instante tras las pardas nubes.

Contémplalo ahora, brillar con intenso fulgór en el cielo límpido y sereno, esparciendo calor, luz y contento.

Y así era en realidad; parecía que la vara mágica de

una hada benéfica hubiera alejado las brumas que cubría el claro y hermoso azul del cielo.

Es verdad padre, exclamó Aurora contemplando el firmamento con sus hermosos y rasgados ojos en los cuales se veía una expresión de tristeza infinita. Hoy mismo pediré á vuestra hermana que me acompañe y cumpliré así lo que os tengo ofrecido.

Después de medio día, regresó la hermana Margarita, montada en una lujosa litera del castillo, en la cual debía conducir á Aurora, á ruegos de Valentina que enviaba un cariñoso recado á su madrastra.

CAPITULO III

Reconciliación

En el hermoso castillo de "Los Manantiales" todo era movimiento y animación.

Leonor y su hija, impartían órdenes á la servidumbre.

Rafael y Rosaura, hallábanse en el jardín y allí el bondadoso y paciente padre, ayudaba á la niña á cortar flores que ésta colocaba con mucha gracia en una primorosa cestilla que la abuela había tejido, para la adorada nietecita.

El señor Evoli, solo en la biblioteca permanecía ageno al movimiento general.

Sin duda el huesped esperado, se retardaba demasiado. á juzgar por las señales de impasiencia que se advertían en la hermosa castellana, quien desde el patio de honor, fijaba investigadoras miradas en el camino que conducía á la ciudad.

Serían más ó menos las tres de la tarde, cuando vió aparecer á los lejos la litera, en que pocas horas antes partiera la hermana Margarita.

Pocos momentos después llegaba al castillo y descendían de ella, la religiosa y Aurora. Ambas caminaban con lento paso y al poner el pie en el primer tramo de la escalinata que conducía al patio de honor, las rodillas de Aurora se doblaron y cayó su cuerpo sobre ellas.

Sin vacilar un solo instante, Valentina corrió al encuentro de su madrastra y levantándola en sus brazos besóle con ternura maternal la pálida y contraída frente.

La buena hermana conmovida hasta las lágrimas: os lo dijo, exclamó, bien segura de que su porvenir queda en buenas manos.

Aurora inclinó la frente, sin valor para levartar sus ojos hasta aquella faz noble y hermosa que ante sí tenía.

Durante un corto íntérvalo, no se oyeron más que sollozos, pero aquellas lágrimas en el silencio vertidas, fueron mil veces más elocuentes que el más brillante discurso.

—Basta ya de sufrir, dijo Valentina, sobreponiéndose á su emoción. De hoy en adelante no pensaremos más en los pesares, sino en la felicidad que el porvenir nos ofrece.

—¡Oh Valentina! ¿Cómo podeis creer que para mi pueda existir en este mundo la felicidad? si mi corazón, como madre y como esposa, se halla desgarrado por ponzoñosa é incurable herida?

—Confiad en Dios, que para Él no hay herida incurable, respondióle Valentina, con dulce y persuacivo acento.

Un prolongado gemido, fué la respuesta de la infeliz mujer.

—Vamos, continuó Valentina, venid á estrechar en vuestros brazos á aquel que de hoy en adelante será para vos un verdadero hijo.

Comenzaron á ascender por la ancha escalinata y al llegar al último tramo, apareció en el patio la hermosa Rosaura con su cestito cargada de frescas y perfumadas flores.

Con una sencillez y naturalidad increibles, por sus cortos años, fué hacia Aurora y en esa media lengua encantadora, de los niños, ofreció á la abuela su canastilla, diciéndole después de darle un beso: mira abuela que frescas y hermosas son mis flores; son todas para tí; tómalas.

Aurora sintió de nuevo agolparse las lágrimas á sus

ojos y balbuciando antrecortadas frases de ternura, cubrió de besos los dorados y sedosos bucles de aquel ángel.

En ese momento vieron á Rafael que se acercaba lentamente con una dulce sonrisa sobre los lábios.

Aurora creyó morir de vergüenza al encontrarse ante su hijastro. ¡Dios mío! murmuró y se cubrió el semblante con las manos.

Rafael se apoderó de una de aquellas y sin poder disimular la violenta emoción que le dominaba, exclamó. Es este señora uno de los días más hermosos de mi vida, pués en él me es dado hallar á la esposa de mi padre regenerada por el arrepentimiento, pudiendo al fin ofreceros mi cariño y mi respeto.

—¿Y son estas las palabras que para mí teneis? ¿Es así como os vengais y castigais las maldades que os he.....

—Basta, basta, os lo suplico, de castigos y venganzas, quisiera que esas odiosas palabras no salieran ya de vuestros lábios.

Olvidemos señora el triste pasado y que Dios os compense en el porvenir por lo que habeis sufrido.

—No, Rafael, yo no puedo ser feliz; caí en un abismo demasiado profundo, del cual he salido con vida, pero con el alma tan abatida y enferma, que para mi no puede existir en este mundo, ni calma ni reposo.

Como Rafael y Valentina callaron contemplándola con compasivos ojos, ella prosiguió: creedme hijos míos, mis culpas son demasiado grandes para que puedan serme tan pronto perdonadas.

Es necesario que sufra aún, muchas congojas, que haga mucho bien por todo el mal que ocasioné y que enjugue tantas lágrimas como hice verter en mi seguedad y á causa de mis errores.

Vosotros, dijo con la voz ahogada por el llanto, habeis sido siempre buenos y justos y teneis el premio de vuestras buenas acciones; yó, por el contrario, recojo lo que he sembrado: mala y vengativa, no he gozado ni gozo de un instante de sociego; si miro al pasado, todo mi ser se estremece, pués solo veo en el, injusticias, desdichas y amarguras; si interrogo al porvenir, solo me

ofrece remordimientos, soledad y esta agonía lenta y terrible á la que no puedo sustraerme.

Valentina lloraba, no hallando palabras para aliviar aquel dolor tan vehemente y Rafael, dejaba desahogar de intento aquel corazón henchido de amargura.

—Vos exageraís, dijo por fin Valentina y lo que estais haciendo es exacerbar vuestras heridas.

Venid, vamos donde está mi madre, ella como todas nosotras deseamos haceros grata vuestra permanencia en esta casa y nos consideraremos muy dichosas al poder teneros en el seno de nuestra familia. Y al decir esto, pasó su brazo por la cintura de Aurora y la condujo al salón, donde se hallaba la señora Evoli acompañada de su nietecita, quien preguntó con la curiosidad fácil de exitar en los niños, por que lloraba tanto esa señora que decían ser su abuela.

—Esa señora, hija mía, respondióle Leonor, es muy desgraciada, por lo cual tú debes quererla mucho y procurar distraerla y alegrarla, si es posible mientras ella permanezca con nosotros.

Abrióse en aquel momento la puerta del salón dando paso á Valentina y á Aurora. La entrevista de esta con la señora Evoli fué conmovedora. Por largo rato permanecieron abrazadas; luego Leonor condujo á la pobre mujer junto á la chimenea y allí la hizo sentar.

Valentina salió con su niña dejándola sola. Nadie como mi buena madre pensó, sabrá consolarla; con su dulzura y sus elocuentes palabras de aliento.

Momentos después entró Rosaura en el salón trayendo dos hermosas tórtolas paradas sobre sus hombros; ella las había criado desde pequeñitas (bajo la vigilancia maternal) y las cuidaba con delicado esmero.

—Mira abuelita, dijo dirigiéndose á Aurora; estas son mis queridas tórtolas; pero si á tí te gustan, de hoy en adelante serán de las dos, ¿quereis?

—¡Oh! sí! encantadora criatura, exclamó la interpelada; y tomando á la niña en brazos, besó repetidas veces sus sonrosadas mejillas. Ahora prosiguió la niña, quisiera mostrarte muchas cosas bonitas que papá y los abuelitos me han dado—primero, iremos al jardín que

mamá y yo cuidamos, luego al corral donde están los polluelos que pian y corren á rodearme en cuanto me ven, después te mostraré mi pequeño lago con sus pececillos de muchos colores, y mis botecillos de pesca. Todo, todo lo veremos y luego me dirás si algo es feo para decirle á papá que lo cambie.

Cuando la hermosa niña hubo hecho admirar á su abuela las maravillas que poseía en su castillo, comprendieron que la pequeña había tenido éxito.

Aquella noche durante la comida todos estuvieron muy alegres, procurando con una animada conversación, borrar las sombras del contristado semblante de Aurora, más la única que lo conseguía á ratos era Rosaura, que con infantiles gracias y su arrevesada charla lograba disipar de aquel bello y triste rostro la expresión de inextinguible anhelo, y la cruel ansiedad de aquellos ojos que parecían invocar la sombra de un ser llamado en vano, que permanecía sordo á su invocación.

La velada fué corta, pués Aurora débil aún debía recogerse temprano, además las violentas conmociones sufridas aquel día, habíanla postrado por completo.

Valentina había destinado para su huésped, un precioso departamento, compuesto de tres habitaciones; una salita de lectura, alcoba y un gabinete de tocador. En cuanto Aurora penetró en la alcoba, vió colgado á la cabecera de la cama un magnífico cuadro del Divino Redentor en la cruz y bajo de este un retrato de su hija pintado al óleo.

Por largo rato permaneció la triste madre con los codos apoyados en el espaldar del lecho y la cabeza sobre las manos, fijas las miradas en aquel retrato, mudo testigo de las amargas lágrimas que caían de sus ojos.

¡Pobre Enriqueta! cuán bella y parecida estaba. Tenía Aurora tan presente aquel lindo rostro, que fué muy poca su impresión al ver el retrato. Cada una y el conjunto de aquellas delicadas facciones estaba tan firmemente impreso en su memoria como el lienzo donde la mano del pintor las había estampado.

Después de un largo rato, llamaron suavemente á la puerta; era una doncella que venía á ponerse á las órdenes de Aurora y á ayudarla á deshacer su tocado.

Después de rezar sus oraciones y acostarse, quedó sola y por la primera vez de su vida sintió entonces, una dulcísima sensación de paz divina.

¡¡Había cumplido su promesa!!

¡El paso tan temido por ella estaba dado!

¿ Y quién le hubiera dicho que aquella reconciliación traería á su alma, consuelo tan íntimo y tan puro?

Experimentó una dulce quietud y poco á poco, sin esfuerzo de su parte, un sueño tranquilo y reparador se apoderó de ella, pareciéndole entonces que en torno suyo un coro de ángeles entonaba con voz suave y melodiosa cantos purísimos, acompañados por instrumentos divinos y...... vió entre aquellos ángeles, uno más hermoso, más tierno y sonriente, y con sus blancas alas extendidas, descendía hasta su lecho y posando sus rojos lábios sobre sus cansados párpados, cerrábale los ojos diciéndole con voz de caricia; duérmete madre mía, duérmete tranquila.

CAPITULO IV

Había en el castillo de "Los Manantiales", una pequeña torrecilla de recreo. Era esta de forma circular y estaba rodeada de un ancho balcón de rejas, tapizado por completo de plantas trepadoras, jazmines, rosas clemátidas y enredaderas variadas.

Había allí cuatro alegres y pequeñas habitaciones, donde Valentina acostumbraba á pasar la mayor parte del tiempo.

Allí tenía su arpa, sus libros, labores, sus útiles de pintura, etc.

Una noche, una de aquellas noches encantadoras y poéticas de la bella Italia, una mujer esbelta y de lánguido andar, envuelta en albas vestiduras, paseábase por las floridas sendas del jardín que circundaba el castillo, andaba con lentos y acompasados pasos y los pálidos rayos de la luna cayendo sobre ella, permitían distinguir claramente sus bellas facciones y la abundosa madeja de sus negros cabellos que flotaban sueltos sobre su espalda. Era Aurora.

Encaminóse hacia la torrecilla y al pasar junto á ella una ventana se abrió quedamente, apareciendo una mujer, vestida también de blanco.

Aurora, pasó sin apercibirse de aquella aparición y prosiguió su solitario paseo, internándose por una umbría y estrecha callejuela de gigantescos pinos.

La dama del balcón, permaneció recostada en la barandilla, siguiendo con la vista á aquella silenciosa mujer y aún después que hubo desaparecido entre los árboles, permanecía inmóvil en el mismo sitio, cual si viera flotar la sombra de aquella entre los grupos de perfumados alelíes y jazmines por donde acababa de pasar.

Al siguiente día, serían las dos de la tarde, cuando Valentina y su hija paseaban por el parque. Aurora había salido momentos antes, y las dos primeras iban á reunírsele, junto á un cristalino arroyuelo á cuyas márgenes había un bosquecillo de corpulentos sauces: aquel era el sitio predilecto de la infeliz Aurora.

Allí estaba sentada en un rústico banco y sosteniendo entre sus manos un gran libro; pero sus miradas no estaban fijas en él, sino que avanzaban por el espacio interrogando siempre el más allá.

Valentina tomó asiento junto á su madrastra, mientras la pequeña en la envidiable inocencia y veleidad de la niñez, corría por el verde cesped seguida de su hermoso perro, su fiel amigo y valeroso guardián.

—Qué hermoso día Valentina, murmuró Aurora, y que bien se está en esta bendita morada donde todo es felicidad y sociego. Luego tras una breve pausa, prosiguió.

¡Cuán dichosa sería yó, querida mía en el más apartado rincón de la tierra, si pudiera ver junto á mí, como la veis vos, satisfecha y feliz, á aquel ángel querido que por mi causa he perdido. ¡Oh! Valentina, no ceso de pensar un solo instante que el sincero arrepentimiento mío, no es más que el castigo que Dios ha querido imponernos.

—No desespereis, mi querida Aurora, quízá no esté lejano el fausto día en que el Señor colme para siempre

vuestros sufrimientos, trocando los días de duelo en dias de inefable felicidad.

¿Vos no teneis esa esperanza?

—A no realizarse un milagro, no puedo ya esperar felicidad en este mundo

—¿Y por qué no podria realizarse ese milagro? ¿No ha hecho Dios tantos y tan portentosos que os permitan también á vos esperar?

—¡Valentina, hija mía, no prosigas hablándome así, os lo suplico, no sabes el mal tan grande que me hacen vuestras palabras, pués consibo al escucharlas ilusiones tan locas, que creeme el desengaño me mataría!

—Todo lo que yo os digo, Aurora, es que espereis en la infinita misericordia de Dios. ¿No recordais acaso, lo que á su paso por este mundo hizo Jesús. No estaba muerta en su lecho de rosas la hija de Jairo, cuando por la omnipotente voluntad de Dios dejó aquel lecho? ¿No estaba Lázaro en su frío sepulcro, cuando Jesús hizo abrir este y lo volvió á la vida?

Y quién pone límites al poder de Dios, no le concibe en toda su grandeza!

Aurora, no respondía, con el semblante oculto entre las manos sollozaba. Valentina estaba en pie ante ella, pálida y transfigurada por su fé infinita: aquella fé que anhelaba comunicar á su infeliz madrastra.

Cuando Aurora logró dominar su emoción, levantó la vista, hasta su interlocutora y fijando en ella una mirada de suprema angustia..... ¿Vas á creerlo Valentina? le dijo, cuando busco á mi hija allá en los cielos transformada en incorpóreo espíritu, la busco en vano, pués nada veo; y entonces mis ojos vuelven á la tierra, y aquí Valentina, aquí la hallan, llena de vida, pero profundamente triste. ¿Por qué, porqué es esto, interrogaba ansiosa, fijando sus extraviadas miradas en Valentina, quien no se atrevía á pronunciar palabra, pués veía que la razón estaba próxima á abandonar aquel cerebro.

—Calmáos, calmáos señora, os lo suplico, pudo esclamar al fin, sin poder disimular la fuerte emoción que desfiguraba su rostro. Voy en busca de mi hija y vuelvo al instante agregó, y echó á correr.

Cuando Aurora quedó sola, dejó el asiento que ocupaba y comenzó á pasearse, acercándose al castillo, más, recordando que Valentina iba á volver, sentóse á esperarla en un banco desde el cual, destinguía claramente la hermosa mansión con todas sus dependencias.

Desde allí vió á Valentina, acercarse á la torrecilla de recreo y desaparecer por la escalera interior que conducía á las habitaciones. Momentos después la puerta se abrió violentamente y aparecieron en ella dos personas; la una alta esbelta, tenía la cabeza coronada de dorados cabellos que brillaban á los rayos del sol; la otra, pequeña y graciosa, caminaba con vicilantes pasos, apoyándose en el brazo de su compañera; llevaba la cabeza inclinada y suelta por la espalda la negrísima y rísada cabellera, que sombreaba un semblante de diosa, algo pálido y enflaquecido, más aun así; ¡Cuán bello era!

Desde el rústico banco que Aurora ocupaba, distinguía, cuanto en la torrecilla pasaba. Al abrirse la puerta por donde las jóvenes salieron, las miradas de Aurora se fijaban en ella y al ver aparecer aquella cabecita coronada de negros rizos, un grito inhumano y gutural salió de su pecho. Quiso correr hacia ellas, pero no pudo y cayó nuevamente sobre su asiento. Con los ojos desmesuradamente abiertos, la frente inundada de helado sudor y lívido el rostro, permanecía allí, inmóvil, cual si un poder superior á sus fuerzas la retuvieran en aquel sitio.

Serían las cinco de la tarde.

El sol corría hácia el ocaso, inundando la tierra con su difusa luz; filtrábanse sus mortecinos rayos por entre el nacíente follage de los árboles y al acercarse esa hora tan triste del crepúsculo, la naturaleza toda, respiraba una calma solemne.

Por el espacioso sendero que tenía Aurora á su vista, acercábanse las dos jóvenes, aumentando cada vez más la celeridad de sus pasos; ya solo un corto trecho separaba á las unas de la otra, cuando la joven de los cabellos negros, se desprendió violentamente de las manos que la retenían y velozmente salvó aquella distancia, precipitándose hacia Aurora y tomándola en sus brazos, en momentos en que esta se desplomaba al suelo, sin sentido,

al intentar nuevamente, correr al encuentro de su hija, pués como mis lectores habrán comprendido, no era otra que ella, la que tenía entre sus brazos á su adorada madre, redimida por sus sufrimientos y los ruegos de una hija que no quiso un solo instante de felicidad, mientras aquella que le diera el ser, gemía en el duro cautiverio de sus faltas.

Así como hay paisajes, que aunque sean copiados por el pincel del mejor artista, jamás se pintan con la perfección y la belleza que Natura les dió; así como hay sentimientos tan grandes y sublimes que es imposible describir con la realidad debida, así también, la escena que tuvo lugar entre aquellos dos pobres séres, por tanto tiempo separados, me es imposible describirla, sin que esta descripción parezca sin colorido ni expresión.

Todos los amantes transportes de una hija cariñosa separada por tan largo tiempo de aquella á quien tanto amaba, todas las caricias y palabras del dulce lenguaje de la ternura y del amor, prodigó entonces á su pobre madre aquella noble y abnegada criatura. Fácil es de imaginar lo que pasaría en el corazón de aquella mujer que encontraba con vida á la hija llorada muerta durante tres largos años!

Después de volver en sí, gracias á los cuidados que Enriqueta le prodigó, Aurora estrechó repetidas veces contra su pecho aquel tesoro que volvía á recobrar.

El llanto, la risa la ansiedad y la alegría, se mezclaban en tumultuosas confusiones, en aquel sér tan combatido por la desdicha y el dolor.

Cuando la fuerte emoción que embargaba su voz, la permitió hablar, exclamaba lleno de alborozo: ¿pero es cierto Dios mío, es cierto, que yo estrecho entre mis brazos á mi hija adorada? ¿eres tú mi Enriqueta? eres tú?

¡Ah señor¡ haced que esto no sea una ilusión, un sueño delicioso, pués sí esta no es la realidad, me moriría de dolor al llegar ella!

—Cálmate madre mía, cálmate y escucha;....... Pero

Aurora no la dejaba concluír, otras exclamaciones, salían de sus labios:

—Sí, decía, es su voz, su voz tan querida, la que escucho, son sus amantes brazos los que me enlazan tan tiernamente!

—Oye, madre mía, murmuró Enriqueta tomando entre sus manos temblorosas la cara de Aurora y besándola, primero en los labios, luego en la frente, yo te debo la dijo, una explicación y si quieres escucharme voy á dártela. ¡Oh! sí, todo lo que tú quieras haré, hijita querida, de hoy en adelante, tu voluntad será la mía.

—No madre, eso jamás, dijo la joven posando su linda cabecita sobre el seno maternal.

CAPITULO V

El Relato

Dejamos á Enriqueta tres años atrás, en el momento en que sale de su alcoba y después de echar la llave penetra en la inmediata habitación; momento desde el cual desaparece para el lector.

Las paredes del saloncito donde penetrara Enriqueta. hallábanse cubiertas por un rico tapiz de color de rosa con grandes flores de color verde claro y el centro dorado. Una noche de las muchas de completa soledad de la pobre Enriqueta, paseábase pensativa y triste, por el pequeño saloncito; de pronto, un prolongado suspiro salió de sus labios y como si quisiera alejar de su mente algún sombrío pensamiento, sacudió su hermosa cabeza, fijando sus miradas en el tapiz y completamente distraída contaba maquinalmente las flores que lo adornaban y al hacerlo así oprimiólas con sus dedos. Al llegar al medio de la pared y oprimir la flor que se hallaba en aquel sitio, sonó un ruido metálico al mismo tiempo se abría una puertecilla, tan estrecha, que apenas cabía por ella una persona. Al abrirse esta, dejó ver una empinada escalera que se perdía en la oscuridad. Pasado el primer momento de estupor, que esto causó á la joven, quiso saber á donde conducía aquella.

Tomó una luz y comenzó á bajar por la estrecha escalerilla.

Tendría esta unos veinte metros y llegaba hasta el canal cuyas aguas bañaban los muros del palacio. Al llegar al último descanso hallábase la pared exterior y en ella se veía una puertecita cuadrada y en su cerradura una diminuta llavecita de oro. No se atrevió Enriqueta á abrír aquella puerta, por temor de ser vista, y comprendiendo que era una salida secreta, ignorada quizá de todos los habitantes de la ducal mansión, pues á no ser así, aquella llave no hubiera estado allí; tornó á subír, resuelta á no dar á conocer á nadie su secreto por temor de ser mal recibida.

Una vez arriba, Enriqueta cerró la puerta y volvió á abrirla repetidas veces, para estar segura de poder hacerlo, si algun día fuera necesario. Luego fijóse detenidamente en aquella flor tan admirablemente igual á las otras que nadie hubiera podido hallar en ella la menor señal de resorte. Ni remotamente llegó á imaginar aquella, noche que su descubrimiento sería más tarde, la puerta de su salvación.

Cuando algunos meses después viéndose acusada por su injusta madre, iba á ser encerrada en un convento y separada quizá para siempre de lo que más amaba en el mundo, vino á su mente una idea salvadora, sugerida por la Divina Providencia, que por ella velaba, sacándola de la terrible situación en que se encontraba, y se dijo: puesto que mi madre me persigue y me hiere de todos modos; puesto que quiere alejarme de su lado y encerrarme tal vez para el resto de mis días entre los muros de un claustro, yo me revelo. No puedo luchar con ella abiertamente (mi deber y mi decoro me lo impiden) pero ya que he encontrado el medio de salvarme, no lo despreciaré.

Es lo único que encuentro en medio de mi aflicción y por eso no vacilo en recurrir al engaño.

Si ella quería que fuera monja, ¿por qué no me enclaustró cuando no hubiera sentido tanto dejar el mundo?

¿Cómo puedo, buen Dios, ofreceros un corazón que no es todo vuestro? Porque vos lo sabéis, Señor, yo no po-

dría desligar mi alma de este dulce afecto que me liga á la tierra; el único que responde á mi ternura y me hace ver la vida por un prisma menos sombrío de lo que antes la veía.

¡Ah! si yo no te amara, como te amo, Edmundo, iría gustosa donde mi madre quiere conducirme y consagrada á Dios rogaría día y noche por mi desventurada madre, para que al menos no la dejara partir de este mundo manchada con sus pecados y cargada con sus culpas.

Mas ¡ay! esto ahora es imposible. Iluminadme, Señor, para que no haga nada contrario al cumplimiento de mi deber.

Después de desechar los escrúpulos que le impedían obrar según el proyecto de antemano concebido, escribió la carta que vimos en manos de Aurora y al sonar las doce y media, abrió la puerta secreta é iba á desaparecer por ella, cuando tuvo una inspiración. Volvióse quitándose la gola que llevaba al cuello, arrojándola á las obscuras y encrespadas aguas del canal. Esto, se dijo, las hará creer más firmemente que he cumplido mi palabra.

¡Ay de mí! á que medios tan mezquinos tengo que recurrir para salvarme—y al acabar estas palabras desapareció en su escondrijo.

La empresa que iba á acometer era harto peligrosa y tenía tan pocas probabilidades de éxito, que á haber tenido de quien recibir un consejo, habría rechazado aquel arriesgado plan; pero estaba ella tan sola... su situación era tan apremiante y se hallaba tan cansada de aquella lucha incesante en el seno de su hogar, que ni un sólo instante pensó en renunciar á poner en práctica el proyecto concebido.

Y era el siguiente:

Muchas veces, durante su estadía en Palacio, había visto desde la ventana de su habitación, pasar en la góndola de servicio del palacio Evoli al fiel y antiguo criado Tinoleto.

Tenía éste su madre, una viejecita achacosa á quien el buen hijo no dejaba de ver ni un sólo día.

Valentina aprovechaba estos viajes del criado para mandar saludar á su amiga y recibir de ella cualquier recado.

Una mañana, haría de esto cinco ó seis días, estaba Enriqueta asomada al balcón cuando vió venir á Tinoleto á toda prisa.

Detuvo un poco la góndola y después de saludarla pidióle disculpa por no detenerse como de costumbre, pues iba á casa de su viejecita la que estaba tan gravemente enferma, que le llamaban con toda urgencia.

Desde aquel día no le había vuelto á ver; y Enriqueta pensaba: si no ha regresado es porque la gravedad de su madre continúa, pues si hubiera fallecido ó se hallara mejor, su hijo habría vuelto á casa de sus amos.

El criado sólo acostumbraba á pasar muy de mañana ó después de las diez de la noche. En el invierno á esa hora ya los canales estaban casi desiertos y entonces, aprovechando esas circunstancias, podría la joven llamar la atención del criado y una vez conseguido esto arrojarle una esquela que llevaba ya escrita y atada con un peso á un largo cordón que había quitado á uno de sus trajes.

En la esquela, que podía entregarla á la familia Evoli, á Rafael ó á Edmundo, hacíales saber la resolución tomada por ella y les pedía que si alguno de ellos se dolía de sus tormentos, acudiera á salvarla, sacándola de su encierro tomando antes las mayores precauciones.

He ahí, pues, en lo que se fundaba la única esperanza de la desvalida criatura.

Si Dios no realiza la única probabilidad de salvarme... moriré de hambre y de sed en este obscuro encierro ignorado de todos: y si mi faz no debe aparecer ya más en el mundo de los vivos, pido á Dios que este horrible martirio mío sea en beneficio de mi madre, y en estos momentos que de un desconsuelo infinito mi corazón está lleno, hago la misma invocación de todos los días de mi vida.

"Tened piedad Señor de ella y de mí", y arrodillándose levantó al cielo sus manitas unidas, exclamando:—¡Oh dulcísimo Salvador mío! permítid que mi humilde sú-

plica llegue hasta vuestro augusto trono!... y prorrumpiendo en ahogados sollozos, sentóse en el primer peldaño junto á la puerta, donde pasó el resto de aquella noche memorable.

Vanos eran los esfuerzos que ella hacía para dormir; el sueño huía de sus ojos, manteniéndola durante aquellas mortales horas en un sobresalto fácil de imaginar. Su mayor temor era que descubrieran su escondite, pues temía y no sin motivos el castigo que se le impondría.

Cuando la doncella que enviara Aurora á despertarla, pasó por el saloncito, ella la síntió y se echó á temblar. Momentos después oyó los presurosos pasos de Aurora que venía en su busca y cuando escuchó el grito de espanto que ésta lanzó al asomarse al balcón, tuvo que hacer un violento esfuerzo de voluntad para no salir y echarse á los piés de su madre pidiéndole perdón por el disgusto que le ocasionaba, y durante todo el día resonaba en sus oídos aquel lúgubre grito de terror sin límites.

En las primeras horas ni siquiera pensó en tomar alimento, pero al llegar la noche una sed devoradora vino á aumentar el número de sus tormentos y... la anhelada barca no aparecía sobre las obscuras aguas... Pasaron las horas y con su primer sonrisa vió la aurora aquel pálido y extenuado semblante que se ocultaba más y más á medida que su rosada luz se enseñoreaba del espacio y... la anhelada barca no aparecía sobre la superficie de las dormidas aguas.

Así pasaron tres días con sus noches, con el mismo resultado negativo para la angustiada joven, ya semienloquecida por el hambre y la sed, desesperada de la idea de morir allí donde ningún socorro humano podía llegarle.

A la tercera noche, no pudiendo ya sufrir aquel doble martirio, sintiendo arder su frente y turbarse por momentos su razón, se dijo: ¡Oh Dios mío! es imposible que me deje morir sin intentar, no digo salvarme, pero siquiera prolongar mi vida, y esto diciendo abrió la puertecilla que daba al canal, tomó su pañuelo por una extremidad y sumergiéndolo en el agua colocóselo sobre

su frente y sus sienes abrazadas. Repitiendo muchas veces esta operación logró aplacar el fuego que la devoraba.

Como el canal se hallara desierto, dejó la puerta entreabierta para renovar así el aire. Hacía una noche fría, pero clara y apacible; la luna iluminaba con argentada luz las dormidas aguas del canal, que aparecían como vasto y luminoso espejo, donde se reflejaban los objetos que en sus márgenes se hallaban.

La ciudad toda dormía en una calma absoluta. Sólo se veían cruzar de cuando en cuando algunas gaviotas que desaparecían silenciosas y fugaces con sus blancas alas tendidas.

Animada Enriqueta ante aquella soledad. permaneció largo rato junto á la puertecilla, contemplando melancólicamente aquel hermoso cielo con sus múltiples y brillantes luminares.

Cuando más abstraída se hallaba, percibió á lo lejos el suave ruido de unos remos, al sumergirse en el agua. Los latidos de su corazón eran tan fuertes, que ella creyó iba á ahogarla.

En aquel momento dieron las doce y media.

Apresuradamente y sin producir el menor ruido, entornó la puerta dejando una pequeña rendija.

Un instante después una barca pasó casi rozando el muro del palacio y gracias á esto pudo Enriqueta ver al que iba en ella; pero sea que la rendija fuera muy estrecha, ó que aquél iba casi de espaldas á ella, lo cierto es que no le reconoció.

No es él, dijo, fija siempre su mente en la misma idea; y al decir estas palabras una ola de amargo desconsuelo inundó todo su ser.

Su última esperanza acababa de morir, pues cada instante que pasaba sentía disminuir sus fuerzas y presentía que una vez que el sueño que luchaba por cerrar sus párpados se apoderase de ella... ya no despertaría más en este mundo... el hambre, el frío y la sed habrían consumado su obra.

Causóle gran sorpresa ver que la góndola se detenía á unos quince ó veinte pasos de ella, justamente bajo la

ventana por la cual se creía que la joven se había arrojado.

Cuando el nocturno paseante se volvió hácia el muro y levantó la mirada hasta aquella ventana, lanzando un doloroso suspiro, una queja más bien, entonces ella le reconoció, era su amado Edmundo!... y sin darse cuenta de lo que hacía, dejó escapar un imprudente grito: ¡¡¡Edmundo!!! dijo, y cien ecos distintos repitieron aquel nombre.

Fácil es imaginar el efecto que aquel grito produciría en el ánimo del marino; á punto estuvo de caer de la barca, sintiendo algo como un violento golpe en el pecho; mas, repuesto al instante de su violenta emoción, tomó el remo y bogó hacia el sitio de donde le parecía que había salido el grito y mientras examinaba el muro, se decía:

¿Habré padecido una alucinación? Nó, yo estoy bien seguro de haber oído realmente un grito de mujer que me ha llamado, pronunciando mi nombre, y si es así ¿gran Dios, qué misterio es este? Aquí mismo, proseguía, aquí mismo he visto moverse un pedazo del muro y al decir esto dió un nuevo golpe con el remo. Entonces la puerta secreta se abrió, dejando ver á la joven arrodillada y cubierta el semblante con sus manos. En el primer momento un supersticioso movimiento de terror de apoderó del conde, pero dominado aquel sentimiento del cual se avergonzó, acercó cuanto le fué posible la barca y á media voz exclamó: Si perteneceis á los séres de este mundo, responded, ¿quién sois? Esperó en vano respuesta, pues Enriqueta, no tuvo fuerzas para pronunciar palabra.

Entonces Edmundo tomó entre las suyas aquellas manos enflaquecidas y ardientes, y descubrió aquel semblante, para convencerse de que no estaba pádeciendo una dolorosa alucinación. Pero no bien aquel hermoso rostro quedó al descubierto, cuando Edmundo lanzando una exclamación de sorpresa y de inmensa dicha, atrajo hacia sí la cabeza de su amada y con los transpórtes del más vehemente y apasionado amor, besó aquellos divinos ojos húmedos por las lágrimas.

—Ella, ella, decía riendo loco de alegria, ¿pero cómo estás tú aquí ángel mío? ¿es esta una salida secreta?

—Edmundo, ¡Edmundo! exclamó la joven poniendo sus manos juntas sobre el pecho de su amado, salvadme por piedad! Vida mía, ¿cómo puedes suplicarme así, que haga lo que es mi más ferviente anhelo?

¡Oh! si no llegais tan pronto hubiera perecido miserablemente en este encierro víctima del hambre y de la sed!!!

—¡Santo Cielo! Tú inocente y débil criatura, padeciendo esos terribles tormentos capaces de enloquecer al más valiente? ¿Pero cómo diste semejante paso sin tomar antes precauciones y qué causa tan poderosa puede haberte obligado á tan extrema resolución?

—No lo hice solo por mí, dijo ella, mirándole con amorosos ojos, sino porque querían separarme para siempre de lo que amo tanto en este mundo; de tí amor mío; dijo echando los brazos al cuello de su amante; querían hacerme monja; Edmundo, gimió ella y esto era insoportable para mí.

—¡Oh! murmuró el conde, apretando contra su pecho á su amada cual si temiera que aún pudieran arrebatarle su preciado tesoro.

Recién entonces, al contemplar más detenidamente el desfigurado rostro de Enriqueta, comprendió Edmundo que los tormentos del hambre estaban haciendo desfallecer á la joven y avergonzándose de su egoismo por haber permanecido allí tan largo rato sin procurar alimentos á su amada, dijo: Enriqueta, tú estas desfalleciendo de necesidad, espérame un instante mi bien, no tardaré en volver; cierra la puerta y no abras por Dios hasta que yo esté á tu lado.

Una hora después saciaba Enriqueta su apetito y su sed con delicados manjares y exquisitos vinos.

Luego contó á Edmundo, todos los acontecimientos que tuvieron lugar desde el momento en que se separaron en su saloncito de música.

Mira, bien mío, dijo él, cuando ella cesó de hablar, esa mujer puede considerarse dichosa de ser tu madre, pues á no ser asi, te juro que no quedaría impune su maldad sin nombre.

Ahora nada temas continuó, Dios está de nuestra parte y nos ayudará hasta el fin. Oye lo que he pensado. Mañana á la noche, ó mejor dicho, luego á la noche, pues ya es más de la una, vendré á buscarte en una góndola completamente cerrada, á una hora en que estén los canales desiertos y te conduciré á casa de mi buena madre, que te recibirá, te lo aseguro con los brazos abiertos.

—¡Que contenta estoy Edmundo, exclamó ella sonriendo dulcemente á su amado. ¡No sabes lo que es estar ya resignada á dormir el sueño eterno, sola é ignorada de todos, dejando en el mundo un ser á quien se ama tanto, como yo te amo á tí, y creedme que si no fuera por temor de que séamos descubiertos no te dejaría separarte de mi lado y no te diría lo que voy á decirte. Vete, vete bien mío, no séamos imprudentes.

El sonrió apasionadamente á su amada y con un tierno y prolongado beso; separáronse hasta el siguiente día.

CAPITULO VI

¡Salvada!

Sería la una de la mañana cuando el conde de Miramar llegaba ante la secreta puerta, la cual se abrió, en cuanto el joven dió dos suaves golpes con el cabo del remo. La noche estaba nublada; reinaba un fuerte viento y á cortos intérvalos dejábase oir el retumbar del trueno.

Enriqueta salió de aquel encierro y ayudada por el conde, embarcóse en la góndola Cerraron aquella puerta trás de la cual ella se había salvado y después de quitar la llavecita, alejáronse presurosos de aquel sitio.

—Que horrible noche, exclamó Enriqueta atemorizada por el mal tiempo.

—Al contrario, bien mio, no puede ser mejor para favorecer nuestros proyectos.

En aquel momento un espantoso relámpago iluminó el espacio con su cárdina y montecina luz y un estruendoso trueno retumbó por los ámbitos de la dormida ciudad.

—¡Santo Dios! exclamó Enriqueta y fué á guarecerse

cerca de su amado, quien dirigía la embarcación con sumo cuidado, evitando los pasos peligrosos y procurando no perder el rumbo.

—¿Tienes miedo? preguntóla él dulcemente, sintiéndola temblar.

—Estando junto á tí, no, respondió ella; lo que me hace temblar es la idea de que pueden sorprendernos y entonces tú sufrirías por mi causa.

—Si ese fuera el único riesgo,...... ¿no sabes niña mía que diera gustoso mi vida, por tí?

—¡Ah! pero eso yo no quiero que suceda!

—No Enriqueta, no temas nada, pues para evitar ese peligro he apagado las luces. Nadie podrá distinguirnos á alguna distancia mientras que nosotros podremos ver las demás barcas y evitarlas.

Mira, dijo el conde, señalando al mismo tiempo una luz roja que se veía á lo lejos: esas góndolas están apostadas por el Dux en todas las principales salidas de la ciudad, pero felizmente nosotras no tenemos que pasar ni cerca de ellas.

—¿Estamos aún muy lejos de tu morada, Edmundo?

—No, ya llegamos.

Efectivamente, un momento después, la góndola se detenía ante un pequeño palacete; morada de la condesa de Miramar y de su hijo, durante su estadía en Venecia.

La lluvia caía á torrentes; en el suntuoso palacio todo estaba en la más completa oscuridad. Los criados se habían retirado á sus habitaciones, para evitar así cualquier indiscreción.

Solo la noble y bondadosa dama, esperaba en el peristilo á su amado hijo y á la inocente niña víctima de la crueldad de una inhumana madre.

El conde echó sobre los hombros de su amada; una gruesa capa y ayudándola á bajar, condújola al interior de su morada.

La altiva y hermosa española recibió á la señorita de Alcibiani cual si fuera su propia hija y no cesaba de admirar su belleza y la bondad que parecía caracterizar á aquella desvalida criatura que tan cruelmente había sido tratada.

Era ya cerca del amanecer, cuando las dos damas se separaron quedando encantadas, una de otra.

Al día siguiente, resolvieron de común acuerdo hacer saber á la familia Evoli, la verdad de lo sucedido á la jóven, pués Enriqueta sufria mucho al saber por Edmundo, cuán grande era el dolor que su querida Valentina sufría por ella, lo mismo que el bondadoso Rafael y gozaba de antemano con la alegría que experimentarían al saber la verdad.

Aquella tarde hallábanse reunidas, la condesa, Enriqueta y el conde hablando del porvenir de la joven.

—Más tarde. decía Enriqueta, cuando Rafael y Valentina se hayan unido, iré á reunirme con ellos en Florencia donde sé que piensar habitar.

Alli esperaré á que las fatales pasiones que hoy dominan á mi madre se extingan en su corazón y quiera perdonarme el engaño de que la hice víctima.

—Temo mi querida Enriqueta dijo Edmundo que esperes en vano, pues cuando ella sepa lo que has hecho, verá en tu proceder una farsa indigna y aunque finguiera perdonarte no lo haría y estarías siempre en la misma situación.

Creeme Enriqueta, solo la acción del tiempo, podrá verificar en el corazón de tu madre el cambio que tú anhelas.

—Tendré paciencia, dijo ella dulcemente, con tal que Dios me dé vida hasta ese día venturoso.

—Quiera Él que llegase pronto. ¡Tanto como tú, lo deseo yo hija mía, murmuró la condesa, recostando sobre su pecho la cabeza de la joven y acariciando con sus afilados dedos los sedosos bucles de su negra cabellera.

★ ★ ★

Era el sexto día de la desaparición de la señorita de Alcibiani.

Esta pasaba los días en el oratorio de la condesa donde no entraba más que ella y su hijo y así se evitó que ni los criados de más confianza se dieran cuenta de la presencia de la joven.

Esta se hallaba sola, pués la condesa acababa de salir para acudir al llamado de una persona que solicitaba hablarla con urgencia.

En aquellos momentos entró Edmundo al saloncito que precedía al oratorio donde estaba Enriqueta. Esta lo miró con marcada ansiedad, presintiendo, sin duda, el objeto que allí le llevaba.

—Vengo á saber, dijo después de sentarse junto á su amada. Si aún persistes en tu idea Enriqueta.

—Sí, Edmundo, pues comprendo que así debe ser, si no quiero dar pruebas de mi egoismo monstruoso y si no basta que yo lo diga, pregúntale á tu madre si no es así.

—¡Oh, mi madre! Ella te dá en todo la razón!

—Eso es señal de que soy más razonable que tú.

—Entonces persistes en no ser mi esposa, en tanto que no os hayais reconciliado con vuestra madre ó mejor dicho, con vuestro verdugo, con.......

—Es mi madre sollozó, la joven y á pesar de todo, la amo, y no debeis insultarla, dijo con el pálido semblante inundado de lágrimas.

Aute el dolor y el llanto de la mujer tan ciegamente amada, toda la cólera del conde se desvaneció y su voz y sus miradas se dulcificaron al instante.

—¡Mi pobre Enriqueta! dijo doblando una rodilla ante ella.

¿Cómo es posible que sea yo tan cobarde para aumentar así tus pesares, en vez de consolarte y alentarte con mi amor?

Que mi corazón se rompa dentro de mi pecho, que sufra yo las amarguras más grandes, antes de ser la causa de que tus ojos viertan una lágrima.

—¡Oh! Edmundo, yo no quiero hacerte sufrir, solo te pido un año de plazo. Si dentro de ese tiempo no puedo volver al lado de mi madre, seré sin vacilar tu esposa y veré que Dios no ha aceptado mi sacrificio; si sucede lo contrario seremos felices y ella bendicirá nuestra unión.

¿Dime si, no eres capaz de concederme esto, por amor á mí?

—¡Oh! bien sabes que lo haré, puesto que tú lo pides. Pero ¿por qué quieres recluirte en un convento? ¿porqué añadir al dolor de no poder llamarte mía, el tormento de no verte?

—Porque si quieres estar segura de cumplir lo que he ofrecido, tengo que hacerlo así; por que creeme, si te viera á menudo, no podría cumplir con mi deber y sufriríamos, sin que este sufrimiento nos reportara ningún beneficio.

Llegaban aquí de su conversación, cuando entró la condesa llevando una carta para la señorita de Alcibiani.

La carta era de Valentina; decía: "Carísima amiga mía: puedes figurarte con cuanto alborozo recibo la noticia de que tú vives.

¡Por San Márcos glorioso! te juró cara mía que fué tan grande mi alegría al saber esto, como fué profundo mi dolor al creer que había perdido para siempre á la amiga más querida de mi corazón.

No te aflijas tanto por el disgusto que causas á tu madre, pues todos creemos que este golpe le será algún día provechoso.

Ahora te hablaré de nosotros, para enviarte las noticias que por intermedio del conde me pides.

Los preparativos para mi boda estarán terminados dentro de tres ó cuatro días y entonces saldremos para Florencia, donde se celebrará la ceremonia nupcial, pues aquí tú sabes que ès imposible.

Si quieres partir con nosotros nos proporcionarás un gran placer. Como de aquí al día de la partida todo habrá vuelto á la calma habitual, no te será difícil salir de la ciudad adoptando un sencillo disfráz que puedes llevar hasta salir de Venecia.

En fin esto lo dejo á tu elección.

Tengo grandes deseos de verte querida mía, pero no voy por que en estos momentos la menor indiscreción podría ser fatal. Que la Santa Vírgen te proteja y te ampare hasta que te halles fuera de todo peligro.

Te envío un fuerte abrazo de mi madre y el fiel cariño de tu amiga Valentina".

Aquella carta causó mucha tristeza á Enriqueta, pues consideraba cuán pocos días le quedaban para estar en Venecia y cerca de su amado.

Un motivo mucho más grande de duelo hubiera tenido ella á no ocultárselo el conde.

Acababa este de recibir un pliego de España en el cual se le decía que habiendo estallado la guerra contra los moros, la patria reclamaba la ayuda de todos sus hijos.

Aquella misma noche, dió el conde orden de preparar su fragata "Reina del Mar" para salir al día siguiente.

Dijo á su amada que le llamaban por asuntos de su cargo y que debía partir sin dilación.

—Sí mi querida Enriqueta, me deja, dijo la condesa, iré á reunirme contigo, hijo mío, pues ya voy siendo vieja y me disgusta la soledad.

—¿Entónces no pensais volver pronto? interrogó la joven con visible ansiedad.

—¿Cómo puedo saberlo? Según de lo que se trate será más ó menos larga mi ausencia; pero no por eso dejaré de haceros saber de mí, lo mismo que creo hará mi buena madre.

—¡Oh! ya lo creo, no os olvidaremos un solo día, mi querida hija, dijo la condesa abrazando á la atribulada joven y prodigándole tiernas caricias.

Recién mucho tiempo después supo Enriqueta el verdadero motivo de la partida del conde.

Después de la comida, Edmundo y su madre fueron á reunirse con la señorita de Alcibiani y á acompañarla mientras tomaba los manjares que la condesa le llevaba. Cuando concluyó, los dos amantes se sentaron en un divan y comenzaron una amorosa plática en voz baja, mientras la anciana leía junto á la chimenea.

Al día siguiente aún no había amanecido cuando la madre y la amante estaban ya en pie para despedir al marino.

Hallábanse los tres pesarosos y tristes por aquella separación en momentos tan críticos, pero la que llevaba, como siempre la peor parte de sufrimiento era Enriqueta, quien veía ante sí todo un año de soledad, lejos de los que más amaba en el mundo.

Cuando llegó la fatal hora estrechó él entre sus brazos á aquellos dos séres amados con idolatría; posó sus lábios sobre los plateados cabellos de su madre, luego sobre la frente de su amada y en aquellos ósculos de amor, dióle su corazón y su inmensa ternura que tan solo á ellos pertenecían.

CAPITULO VII

Sola

En la fecha fijada por Valentina partió esta, acompañada de sus padres, de Rafael y de Enriqueta, esta última perfectamente disfrazada de doncella. Era la única que llevaba consigo, para que la demás servidumbre no se diera cuenta de su presencia.

Todos los semblantes estaban pesarosos, ante el mudo y silencioso dolor de aquella huérfana infeliz, pues huérfana podía llamársele á aquella cuya madre era su verdugo.

Leonor se consagró por completo durante el viaje á consolar y cuidar á Enriqueta. Toda la ternura que guardaba, su sensible y bondadoso corazón, derramóla sobre las heridas de aquella alma enferma.

Rafael y Valentina ocultaban delante de ella, la inmensa alegría que experimentaban. para no hacer resaltar el contraste entre su situación y la de su desventurada amiga.

Enriqueta había manifestado el firme propósito de entrar en un convento después de su llegada á Florencia, una vez celebrado el matrimonio de Valentina y Rafael.

Ante este deseo manifestado por su hermanita, como él la llamaba, prometióle empeñarse con la madre abadesa del convento de monjas Ursulinas para que recibieran allí á la joven.

Era la abadesa una bondadosa anciana, que había conocido y amado tiernamente á Marta, la madre de Rafael; así que accedió gustosa al pedido de este.

Mucho costó á Enriqueta separarse de sus buenos y cariñosos amigos principalmente de Valentina, pero consiguiólo al fin y llena de tanta resignación fué á encerrarse en el cláustro, consagrándose á rogar al Supremo Hacedor para que librara á su madre de sus malas pasiones y á su amado de sus enemigos.

¡Pobre Enriqueta! Vedla marchar al sacrificio, que ella misma se ha impuesto. Ved su bello rostro de ángel, marcado con el sello de su fe infinita en la bondad divina.

En los cortos años de su vida, solo amarguras y sinsabores había experimentado y cuando sus labios iban á probar por la primera vez el néctar de la felicidad, lo apartaron violentamente de sus labios para brindarle el más terrible cáliz de amargura.

Y aun así, cuán inquebrantable era el amor de ella por su madre que ni el más mínimo vestigio de rencor guardaba su corazón.

Sabía cuanto había sufrido en su juventud y que toda su vida era un tejido de dolores y por eso, porque era tan desgraciada, amábala mucho más.

Con toda humildad, rogaba á Dios, para que el cambio tan anhelado por ella, se verificara en el corazón de su madre.

Hasta entonces no había sido escuchada, pero ante una fe tan íntima, ante una resignación y un amor tan profundo ¿no se abrirían las puertas celestiales para que aquellas súplicas llegaran hasta el excelso trono?

En el castillo de "Los Manantiales", podría haber sido feliz en el seno de una familia que tan tiernamente la amaba, pero ella no podía aceptar aquella felicidad, mientras su madre, abandonada de todos, veía fracasar sus planes, uno á uno, y lloraba á su hija muerta, sufriendo por su causa, mientras ella viviría en medio de los placeres del mundo. No, eso no podía ser, prefería antes de dar pruebas de tan negro egoismo, cargar sobre sus hombros la pesada cruz que sobre ellos echaba, para salvar una alma de la noche eterna ....
....

Expiró por fin el plazo fijado por Enriqueta para

unirse con los lazos del matrimonio al conde de Miramar, pero la guerra que en aquella época sostenía España contra los moros, impidióle volver á Italia para pedir á su amada el cumplimiento de su palabra.

Sólo después de dos años de aquella fecha. vióse libre de sus deberes de soldado, disponiéndose á regresar á Italia cuando recibió una carta de Rafael por la cual éste le llamaba urgentemente.

CAPÍTULO VIII

Edmundo de Miramar

En lontananza, sobre las encrespadas olas de la mar, distinguíase, desde el puerto de Barcelona, una fragata que acababa de zarpar con rumbo á Italia. Sobre cubierta y recostado en la barandilla de popa, destacábase la gallarda figura de un joven hermosamente varonil.

Vestía un traje de terciopelo azul turquí, adornado de precillas de plata; en la cabeza un gorro de terciopelo azul y plumaje blanco y pendiente de su cintura un magnífico puñal con mango de marfil y piedras preciosas; medias blancas y zapatos azules completaban su traje.

Algunos días después la hermosa fragata llegaba á Liorna; nuestro joven bajó á tierra encaminándose á la ciudad.

En las afueras, esperábale un criado con un caballo ricamente enjaezado.

—Buenos días Tinoleto, ¿cómo están tus señores?

—Muy bien estaban todos cuando yo los dejé, y esperan con gran anhelo á V. E.

Ya el joven había cabalgado y se alejaba de la ciudad perdiéndose poco después en las revueltas del camino.

Llegó Edmundo á Florencia al caer de una de esas hermosas tardes de primavera; el sol en medio de rojizos resplandores se hundía en el ocaso.

El cielo aparecía cubierto de tornasoladas nubecillas,

de las cuales se desprendía una luz suavemente sonrosada.

Los sencillos labradores cesaban en sus rudas faenas y cargados con sus útiles de labranza volvían á sus humildes y rústicos albergues, en la puerta de los cuales esperábanles sus esposas ó sus madres, rodeadas de tiernas criaturas.

Atravesando los hermosos prados tapizados de verdor veíanse las pastorcillas conduciendo sus rebaños al establo y se oía el quejumbroso valido de las mansas ovejas, alternando con el mujir de las vacas.

Las canoras avecillas buscando en las enramadas su habitación nocturna, lanzaban alegres arpegios despidiendo al día, y hasta las aguas de los cristalinos arroyuelos parecían modular más suavemente el rumor de su corriente.

Desde la torre de atalaya del castillo de "Los Manantiales", Rafael divisaba el camino por donde debía venir su amigo Edmundo.

De pronto vió aparecer á lo lejos dos jinetes montados en sus respectivos corceles.

—Es él, murmuró, y descendiendo de la torre avisó á su esposa la próxima llegada del esperado huésped; luego montando en su noble alazán adelantóse á recibirle.

Al encontrarse ambos jóvenes salió un grito de alegría de sus labios y desmontando, cayeron uno en brazos del otro.

—¡Rafael!

—¡Edmundo, por fin vuelvo á veros!

—En cuanto recibí vuestra carta, dijo el conde, me hice á la vela y heme hoy aquí, pronto á seguir vuestros consejos, siempre que concluya pronto el martirio de mi corazón.

—Creo que el momento ha llegado, querido Edmundo.

—Veamos, cuéntame cuanto haya sucedido y conducidme sin dilación á donde se halle mi amada Enriqueta.

Cabalgaron nuevamente y continuando su camino hacia el convento de las Ursulinas, contábale Rafael los acontecimientos que ignoraba el joven marino.

Cuando hubieron llegado al monasterio, llamaron á la

puerta y al instante abrióles la tornera, que reconociendo á Rafael llevóles sin demora ante la abudesa.

Esta tuvo gran alegría al ver á Rafael y al saber el regreso de Edmundo, de quien tanto le había hablado su bondadosa pupila.

Y cuando supo que Aurora regenerada por el arrepentimiento era, por fin, digna de recibir en su seno á su hija, el semblante de la venerable anciana se iluminó de gozo.

—¡Loado sea Dios! dijo: pues ha tenido piedad de esa pobre mártir y ha escuchado sus ardientes súplicas.

—Voy al punto á llamarla, pues no quiero robarle un solo instante de su felicidad—y diciendo esto salió en busca de Enriqueta.

Desde la puerta por donde salió la abadesa, veíase una larga galería, á cuyos costados había infinidad de puertas que daban acceso á las celdas de las novicias. En la última de éstas entró la religiosa.

Pasaron algunos momentos de cruda ansiedad para el marino. ¡Iba á ver después de una ausencla de tres años á la única mujer que había amado y amaba su corazón!

Al fin vieron aparecer á la extremidad de la galería, débilmente alumbrada por la luz de varias lámparas, suspendidas del techo, á una mujer esbelta y graciosa envuelta en un largo traje blanco y cubierta con un manto del mismo color. Traía la faz oculta por un espeso velo que impedía ver sus facciones.

Con acelerado paso se acercaba á los jóvenes; Edmundo se adelantó y casi desfallecida recibióla en sus brazos. Ella, sobreponiéndose inmediatamente á su debilidad, echóse á la espalda el velo con un nervioso movimiento.

—¡Amada de mi corazón! dijo entonces él; creía que este instante de felicidad no llegaría nunca para mí! y por breves momentos permanecieron fuertemente abrazados.

—¡Al fin, Edmundo! dijo Enriqueta; yo también llegué á temer que mis tormentos no tendrían término. Pero la inmensa dicha que experimento al volver á verte sano y salvo y poder estrechar á mi pobre madre entre mis

brazos, compensa mil veces cuanto he sufrido en estos crueles años.

Rafael se acercó entonces á los amantes.

—Ahora mi querida hermanita, dijo, espero también yo una palabra de cariño y de bienvenida, para hablarte luego de tu buena madre.

Enriqueta dió un cariñoso abrazo á aquel á quien consideraba y quería como á un hermano y esperó sus palabras, con creciente ansiedad.

—Tu madre, empezó diciendo Rafael, se halla en nuestra casa, completamente curada de aquellas terribles pasiones que tan desdichada hicieron la mayor parte de su vida.

Al oir Enriqueta estas palabras cayó de rodillas y levantando al cielo sus hermosos ojos inundados de lágrimas ¡Dios bondadoso, exclamó, gracias infinitas os sean dadas, pues os dignáisteis escuchar mis ruegos!

Ambos jóvenes conmovidos ante las lágrimas de intensa alegría de aquella santa criatura. inclinaron la frente con respeto y veneración.

Enriqueta se puso de pie.

Por piedad! exclamó, llevadme presto al lado de mi madre que muero porque me estreche en sus amantes brazos.

—Ahora me querrá mucho, ¿no es verdad? interrogó ansiosamente dirigiéndose á los jóvenes.

—¡Oh sí! respondióle Rafael fuertemente conmovido ante la ingénua pregunta de ella. Como que no hace más que hablar de tí y lamentarse, llena de desconsuelo por no poder tenerte á su lado.

Edmundo no cesaba de comtemplar á su adorada, pareciéndole más bella que nunca á pesar de aquella vestidura que tanto le désagradaba.

—¡Qué felices vamos á ser ahora Edmundo! no es verdad?

—Así lo espero dijo él, pues por mi parte bastaute he sufrido lejos de tu lado.

—Ingrato, quiere decir que vos solo habeis sufrido por esta prolongada ausencia, dijo ella, envolviendo á su amado en una mirada de infinito amor.

Momentos después contó Rafael á su hermana cuanto había sucedido, desde que ella se enclaustró y como una superticiosa creencia, había sido causa de que comenzara la regeneración de Aurora.

Al terminar el joven su relato presentóse nuevamente la abadesa y después de ponerla al corriente de la situación en que se hallaban, entre los cuatro combinaron el mejor medio para devolver su hija á Aurora sin ocasionarle una emoción demasiado violenta.

Serían las ocho de la noche cuando partieron Rafael y Edmundo dejando á Enriqueta con la esperanza de que al día siguiente vendrían en su busca, pues era necesario poner en conocimiento de Valentina lo que habían resuelto.

CAPITULO IX

A las puertas del Paraiso

Fué este el relato, que aunque muy abreviado, hizo Enriqueta á su alborozada madre.

La noche había cerrado por completo, cuando la madre é hija se encaminaron al interior del castillo.

En el gran salón las esperaba toda la familia reunida allí y como es de imaginar todos daban sus plácemes á Aurora y á su hija, siendo indescriptible la alegría y animación que reinaba en el castillo.

Enriqueta sobre todo, estaba aquella noche, resplandeciente de felicidad.

El día anterior lo había pasado casi todo en compañía de su amado y ahora se hallaba al lado de su cariñosa madre. Por primera vez, después de muchos años volvía á verse su rostro hermosísimo, revestido de esa expresión de placidez y candor que tantas simpatías le había atraído.

Aurora no cesaba un instante de contemplar á su adorada hija y se preguntaba una y mil veces, cómo era

posible que ella hubiera tratado tan cruelmente á aquel pedazo de su propio ser.

Parecíale ahora imposible, sintiendo vibrar en su corazón las fibras más sencibles del sublime amor maternal.

¡Pobre Aurora! Parecía haber rejuvenecido diez años en aquellos cortos momentos de paz y tranquilidad. Su estatura parecía ahora más pequeña y su magestad había disminuido, pues ya no levantaba su hermosa cabeza con el orgullo y la altivez que hasta entonces la habían caracterízudo. Su mirada tan dominante y fría, era ahora suave, húmeda, cual si una lágrima velara su limpidez. ¡Y cuanto más hermosa aparecía así, á los ojos de los que la contemplaban regocijados con su inmensa dicha!

Aquella noche la velada se prolongó hasta muy altas horas, todos tenían algo que contar y en medio de una animada conversación rodaron sin sentir las horas.

Al siguiente día muy de mañana Enriqueta penetró en el aposento de su madre, contiguo al suyo, encontrándola ya levantada. Despidió á la doncella y ella misma ayudóla con solícito afan á hacer su tocado.

Cuando Aurora estuvo vestida, arrodillóse ante una santa imagen y dió de lo íntimo de su ser gracias al Criador por la felicidad que disfrutaba después de sus días de duelo.

—Si no tienes inconveniente mi querida madre, daremos ahora un paseo por el valle para aprovechar tan hermosa mañana.

—Sí, hija mía, vamos, dijo Aurora acariciando los graciosos rizos que sombreaban la frente de su hija; vamos, pues yo tengo algo que hacer allá abajo, y al decir esto señalaba la pequeña iglesia cuyo alto campanario se destacaba junto al hospital, sobresaliendo de las demás casas.

Enriqueta sonrió dulcemente dirigiendo al cielo una mirada de gratitud.

Verdaderamente hacía una hermosa mañana y nunca pareció á Aurora, nada tan bello como el panorama que vieron sus ojos aquella fresca mañana de primavera. El

cielo estaba límpido y sereno, los árboles cubiertos de fresco verdor brillantes de rocío y abajo en el florido valle que doraba el sol, todo cubierto de lozanas y perfumadas florecillas y más allá extendiendo la mirada por los vastos prados cubiertos de heno, veíanse numerosos ganados paciendo tranquilamente.

Por el angosto sendero que seguian vieron venir una hermosa pastora que traía sus carneros á beber.

Aurora y Enriqueta se detuvieron á contemplar aquel espléndido cuadro. La pequeña pastora se entretenía, mientras los animales satisfacían su sed, en cortar rosas de pomposa forma, multicolores claveles y blancas margaritas. con las que adornaba luego su sombrero de paja amarilla.

Enriqueta siguió el ejemplo, recogiendo infinidad de flores cubiertas aún de rocío matinal y formó con ellas un hermoso ramo.

Cuando llegaron á la Iglesia, vieron entrar al padre Angelino, que venía á decir la cuotidiana misa de las seis.

Aurora se adelantó presurosa á besar la mano del venerable anciano.

Cuando él la vió, una expresión de seráfica alegría iluminó su semblante y con voz temblorosa, levantando los ojos al cielo; dijo: bendito sea el Señor y démosle infinitas gracias, pues ha escuchado las súplicas de tantos corazones que por tí rogaban.

Luego fijándose en Enriqueta, esta es tu hija? interrogó?

—Sí padre mio, respondió Aurora con maternal orgullo, fijando en la niña sus ojos llenos de ternura.

—¡Ah! su semblante dice con tanta claridad cuán noble es el corazón que late dentro de su pecho! Hazla feliz Aurora, hazla feliz, por el resto de su vida.

—Ese es padre mío el más grande anhelo de mi alma.

El último toque para la misa interrumpió aquella plática.

Cuando penetraron en el templo vieron á Valentina que estaba arrodillada en los primeros escaños.

Vestia un traje blanco y llevaba sobre sus dorados

cabellos un precioso birrete de tela de oro que le sentaba admirablemente.

Nunca estuvo más bella; con las manos cruzadas debajo de la barba y levantados al cielo sus azules ojos.

Hallábase tan abstraida en su místico arrobamiento, que no advirtió la presencia de sus huéspedes, hasta que Enriqueta se adelantó hasta el comulgatorio y entregó al sacristán las humildes flores, que este colocó sobre el altar.

Después de concluido el Santo Sacrificio, muy contentas y satisfechas de haber cumplido aquel piadoso deber, salieron juntas.

—Seguid paseando vosotras si lo deseais, dijo Valentina; yo vuelvo al castillo; pués mi esposo y mi niño requieren mis cuidados.

Hace ya mucho tiempo que mis protegidos no te ven mi querida Enriqueta, hazles pués una visita, lo cual será para vosotras una grata ocupación.

La señorita de Alcibiani, condujo á su madre, haciéndola penetrar en las humildes chozas, en las alquerias y las casas de los arrendatarios y labradores del ducado.

De regreso entraron en la humilde morada de una pobre anciana tullida hacía muchos años y que vivía en compañía de sus dos hijos; un joven de veinte y dos años y una niña de veinte.

Esta conocía á Enriqueta y le profesaba tierno y respetuoso cariño.

A pesar de la pobreza de aquella buena gente, la mayor tranquilidad y alegría reinaba en el humilde albergue.

Sentada á la puerta, en un sillón forrado con una blanquísima piel de carnero, una anciana limpia y bien peinada, trabajaba con admirable ligereza, unas calcetas para su hijo, mientras la joven, acompañándose con armonioso canto, aseaba las dos únicas habitaciones de la casa.

Delante de esta había dos corpulentos castaños y una higuera, los cuales proporcionaban con sus frutos el

sustento de la familia. Al lado opuesto estaba el corral, de donde llegaban los azorados gritos de los pavos, el piar de los polluelos y el alegre cacareo de las gallinas.

La anciana y sus hijos suspendieron sus respectivas tareas al ver llegar á las señoras.

Zoraida, este era el nombre de la joven, corrió al encuentro de aquellas, reconociendo con alegría á la señorita del castillo.

Como aún no se habian desayunado, colocó Zoraida una mesita .de blanco pino bajo los árboles y puso sobre ella dos tazas de fresca leche, queso hecho por sus blancas manos, pan é higos secos.

El ejercicio había abierto el apetito de los matinales visitantes, de Aurora y de su hija. así que aceptaron con plucer el rústico, pero sabroso desayuno.

Después de oír de lábios de la anciana algunos cuentos y leyendas de aquellas comarcas, regresaron al castillo, cuando los metálicos tañidos de la campana, llamaban para el almuerzo.

Al sentarse en la mesa, notaron que Rafael no estaba en su sitio.

—¿Rafael no nos acompaña hoy? interrogó Enriqueta, dirigiéndose á Valentina, y ésta respondió: No, querida, pues hoy salió de caza invitado por sus vecinos, el conde Turvino, el marqués de Ancialitto y el caballero de Pratino; me encargó que os saludara en su nombre, pues piensa permanecer algunos días en compañía de sus amigos.

Los días se pasaban en el castillo en medio de una felicidad completa, si bien Aurora estaba á veces preocupada buscando el medio de hacer saber á su esposo cuanto había sucedido y pedirle al mismo tiempo perdón por su mal proceder.

Muchas veces manifestó á Rafael este deseo y él le había prometido hacer de su parte cuanto fuera posible por conseguir lo que ella deseaba.

Extrañaban todos (excepto Valentina) la prolongada ausencia de Rafael, cuando llegó al castillo un emisario pidiendo hablar con la castellana.

Cuando fué introducido á su presencia, entrególe una carta, en cuyo sobrescrito conoció Valentina la letra de su esposo.

Después de despedir al emisario, con presteza abrió la misiva.

Decía así:

Carísima esposa mía:

He llegado á nuestra querida Venecia sin novedad alguna, é inmediatamente me dirigí á Palacio.

¡Pobre padre! ¡cuán triste y abatido le encontré!

Partióme el corazón ver aquella cabeza joven aún y ya emblanquecida, no por los años, sino por el dolor.

Sólo su gran altivez ha podido salvarle de caer en el más profundo aniquilamiento de todo su ser.

Aquí en Palacio no se oye hablar de otra cosa que de su valor y su fuerza de voluntad para sobreponerse á su terrible pena, á esta pena que roe su corazón y día á día va minando su salud.

Su alegría al verme no tuvo límites. Estábamos solos los dos y cuando al abrazarle, su cabeza cayó sobre mi pecho, creí que iba á desmayarse, tan abatido estaba. Sólo delante de tí, hijo mío, dejo ver el estado de mi ánimo, me dijo, como avergonzado de aquel movimiento de debilidad.

Nunca, querida Valentina, amó el Dux á mi madre como ama á esa mujer por la cual he venido á interceder.

Es muy triste, continuó mi padre, vivir completamente solo, sin ningún afecto verdadero, rodeado de envidias y de odios, sin tener, al abandonar las pesadas tareas de mi cargo, un pecho amante donde posar la cabeza abrumada de cansancio, sin escuchar jamás una palabra cariñosa, ni ver una sonrisa que no oculte un engaño.

Vivamente impresionado ante su pesadumbre: ¡padre mío! le dije, en vuestras manos está el medio de hacer que vuestros pesares se truequen en alegrías.

—¿Qué quieres decir? interrogó él sin imaginar ni remotamente el verdadero sentido de mis palabras.

—La verdad, padre, respondí.

Vuestra esposa (y dije apresuradamente estas pala-

bras) sinceramente arrepentida del mal que os hizo, me envía para solicitar en su nombre vuestro perdón.

—¡Tú, tú sabes donde está ella! rugió mi padre poniéndose en pié con el semblante enrojecido por la cólera; ¿sabías donde estaba y no me lo has hecho saber, para poder vengarme de esa infame?

Me quedé mirándole sin responder palabra.

—¡Habla, habla! gritó. Entonces me acerqué á él y poniéndole una mano sobre el hombro le obligué á sentarse nuevamente.

—Padre, le dije, desde mi más tierna edad oí hablar de vuestro valor temerario, de vuestra generosidad y nobleza, por eso hoy me he quedado sorprendido al oiros hablar de venganza cuando se os pide perdón.

¿Cómo es posible, agregué, que queráis vengaros de una débil mujer? y más aún tratándose de vuestra esposa, de aquella que me envía á deciros: esposo mío, os ofendí cruelmente, pero yo estaba ciega; hoy que la luz se ha hecho en mi cerebro, reconozco mis errores é imploro vuestro perdón. Para conseguirlo estoy pronta á arrodillarme á vuestras plantas y á besar humildemente vuestra mano.

Al escuchar estas palabras un violento cambio se operó en aquel corazón noble y generoso.

Pasó por sus ojos un destello luminoso, entreabrió sus labios cual si fuera á hablar y luego inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció así largo rato.

Nunca he visto llorar á mi padre, Valentina, pero hoy sus lágrimas han corrido copiosas de sus ojos, inundando su semblante descompuesto por la violenta lucha que sostenía entre sí.

En fin, mi amada esposa, defendí la causa de Aurora lo mejor que pude y gracias al Señor, he triunfado y creo que lo que me ha ayudado á esto ha sido el relato que le hice de todo cuanto ha pasado á su esposa.

Lo que más efecto le causó fué la terrible noche que pasó Aurora sola en medio de un bosque, cubierta de nieve y expuesta á perecer helada.

Al saber que Enriqueta vive fué tan grande su júbilo, que acabé con esto de obtener el perdón de su madre.

—Si esa noble criatura hubiera tenido el trágico fin que todos creíamos, te aseguro, hijo mío, que nunca me hubiera considerado completamente feliz, me dijo.

Acabo de obtener.del Dux la formal promeza de que me acompañará á mi regreso á esa; así, pues, espero querida mía, que harás á mi padre una espléndida recepción. Quiero, mi Valentina, que todo sea regio.

Encarga á mi mayordomo todo cuanto dispongas y procura que nada falte el día de nuestra llegada.

Cuando comuniques á mi madrastra el verdadero objeto y resultado de mi viaje, felicítala en mi nombre.

Hasta muy pronto, mi amada esposa. Abraza mil veces á nuestra hija, hasta que pueda hacerlo tu amante esposo—*Rafael.*

CAPITULO X

Cielo sin Nubes

Llegaba la resplandeciente aurora inundando la tierra con su luz sonrosada y los primeros resplandores del naciente sol, doraban con sus rayos las cristalinas lágrimas de la doliente diosa suspendidas de las plantas' las flores y el césped y apareciendo á la vista, cual un inmenso manto cuajado de fúlgidos diamantes.

A hora tan matinal, ya los moradores del castillo de "Los Manantiales" se hallaban en pie, aprestándolo todo para salir, damas y caballeros, al encuentro del Dux y su comitiva, que debían llegar pocas horas más tarde.

En su gabinete tocador, hallábase Aurora acompañada de Leonor y Valentina, que ataviadas ya, esperaban á que la doncella concluyera el artístico peinado con que adornaba la cabeza de Aurora.

En aquellos momentos presentóse Enriqueta, seguida de una sirvienta, que traía un rico cofre con agarraderas de plata.

Todas las miradas se fijaron ora en Enriqueta, ora en el misterioso cofre hasta que esta abriendolo sacó de él,

un magnifico traje ducal de brocato color plata bordado con hilo de oro y cuya delantera, mangas y cuello estaban adornadas de finas cadenillas de oro con hermosos y relucientes granates.

Cuando Aurora estuvo ataviada con aquel espléndido traje colocole Enriqueta en la cabeza un gracioso birrete de tela de oro, adornado con flores formadas con perlas y granates.

Enriqueta palmoteaba de alegría al contemplar á su madre hermosa como jamás la habián visto sus ojos.

Aurora no cesaba de dar las gracias á su hija por su rico y hermoso presente. Eres demasiado buena para mí, hija querida y no sé cómo demostrarte mi agradecimiento por tu delicada atención.

—Con un beso, nada más que con un beso, madre mía y al decir ésto acercole su blanca y tersa frente, sobre la cual sentió Enriqueta caer una tibía lágrima.

Salieron las damas al patio de honor donde ya las esperaban los caballeros ataviados tambien con deslumbradora esplendidez.

El anciano conde Ancioletto ofreció á Aurora su mano para ayudarla á descender la escalinata; los demás caballeros imitaron al conde, acompañando cada uno á una dama.

Cabalgaron unos y otros en briosos corceles cubiertos con ricas gualdrapas de terciopelo galoneado de oro y la brillante comitiva salió al encuentro del noble huesped esperado.

Enriqueta galopaba junto á su madre y hubo momento en que llegó á temer que ella se desmayara, tal era la palidez de su rostro que se acentuó cuando devisaron la comitiva del Dux, á un cuarto de legua del castillo.

Cuando estuvíeron más cerca vieron al Dux y á Rafael que venián delante, á cada lado de ellos galopaba un gentil hombre y detras los escuderos y sirvientes.

Agradablemente sorprendido quedó el Dux, cuando supo que aquel lujoso cortejo venía á su encuentro.

Solo faltarian unos veinte pasos para encontrarse, cuando al ver Aurora, los estragos que su mala acción había hecho en aquel hombre de hierro, sintió, verguenza

de si misma y hubiera querido huir muy lejos de la presencia de su esposo. Algo como un denso velo cubrió sus ojos; se sentió tambalear y sin darse cuenta de lo que hacía, soltó las riendas al brioso animal, que al sentirse libre, por completo, hizo un fiero movimiento con su hermosa cabeza é iba á lanzarse á la carrera.

Afortunadamente Rafael que no cesaba de observar á su madrasta al ver su imprudente movimiento, espoleó su caballo y llegó á tiempo de sugetar al de Aurora. El Dux que había seguido á su hijo recibía en el mismo momento, en sus brazos el inanimado cuerpo de su esposa.

Valentina y Enriqueta corrieron junto á ella y la hicieron aspirar un pequeño pomo que contenía un licor incoloro que le volvió al instante el sentido.

—Aurora dijo suavemente el Dux pudo costaros la vida vuestra gran impruduencia; y al decir esto su voz temblaba tanto, que las palabras salieron entrecortadas de sus labios, que no coloreaba ni una sola gota de sangre.

Aurora no se atrevía á levantar sus ojos hasta aquel hombre á quien tanto había ofendido y hacia el cual sentia renacer aquel amor sincero y prufundo que él había desdeñado.

—Perdón, esposo mio, exclamó, perdón por el mal que os he hecho.

—Ambos tenemos mucho que perdonarnos Aurora y como los dos lo hacemos de todo corazón, no hablemos más de nuestro triste pasado.

Solo Enriqueta y Rafael oyeron las palabras que mediaron entre ambos esposos.

Las demás personas estabán á respetuosa distancia y para los que no se hallaban en el secreto de la situación; aquel accidente era debido al sol demasiado fuerte y á la agitacion de aquellos días.

El Dux tendió su manto en la yerba é hizo sentar allí á su esposa.

Todos las caballeros que acompañaban al Dux, acudieron á rendir homenaje á la Dogaresa y ella tuvo para cada uno, una frase amable.

A su vez el Dux hizo un cortés saludo á las damas y

á sus acompañantes, agradeciendoles la atención de venir á recibirle.

Cuando Aurora estuvo enteramente repuesta, emprendieron nuevamente la marcha hacia el castillo.

El Dux manifestó grandes deseos de conocer á su nietecita y reia lleno de placer al oirle contar á Aurora las las gracias de la niña. No he visto dijo por fin, una criatura mas preciosa, inteligente y buena que nuestra amada nietecita.

Todos rompieron. á reir al escuchar aquellas palabras, dichas con tanto entusiasmo y aplomo.

Al pié de la eminencia, sobre la cual estaba situado el castillo; subida en una pequeñisima jaquita que conducia el fiel críado Tinoletto, vieron aparecer á la que en aquellos momentos ocupaba la atención general.

El Dux desmontó y lo mismo hizo Rafael yendo al encuentro de la diminuta y preciosa amazona.

Después de echar sus bracitos al cuello de su papá y darle la bien venida que su madre le había enseñado, fijó sus picarescos ojos en el Dux.

Tomóla entonces éste en sus brazos y después de besar sus sonrosadas mejillas, quedóse comtemplandola ¡Como se parece á tu madre, dijo á Rafael! es su vivo retrato.

Cuantos la conocieron á ellá y ven á mi niña opinan como vos padre mio.

Entonces el Dux la levantó en alto cuánto le permitian sus brazos para que sus caballeros pidieran verla.

Con su lujoso vestidito de raso color cielo, recamado de hilos de plata y sus dorados cabellos sueltos y entretegidos con una corona de rosas, parecía un amgel bajado del cielo.

Cuando el Dux la mostró un unánime grito de "viva la hermosa nieta de nuestro señor" salió de todos los pechos y aquel bullicio causó tan gran contento á la niña que empezó á tirar besos á diestra y siniestra, en las juntas de sus finos y sonrosados deditos.

Inútil es decir que desde aquel instante se ganó la niña la buena voluntad de todos.

Desde el principio de la avenida que conducía á la

hermosa mansión, se habian levantado espléndidos arcos cubiertos de flores y follage, pendiendo de ellos innumerables farolillos venecianos.

A un lado del patio de honor, había una glorieta que habia sido tapizada de follage y blanquisimas gardenias y en su interior se hallaba una esplédida orquesta compuesta toda de instrumentos de cuerda.

Valentina había pedido á un jóven poeta amigo de Rafael, que híciera un himno en obsequió y lóor del Dux; y en cuanto este puso el pié en el patio, las dulces notas de la música se dejaron oir y un coro de dulcisimas voces entonó el himno.

Dificilmente podría imaginarse el mágico efecto que aquella música y aquel canto producian saliendo de un enorme y compacto ramo de gardenias.

Cuando el canto y la música cesaron el Dux dió el ejemplo y todos los presentes rompieron en un frenético aplauso.

Aun no habian cesado estos cuando vieron levantarse infinidad de globos los cuales al llegar á cierta altura, estallaban dejando caer sobre la escojida concurrencía una lluvia de flores mientras blanquisimas tórtolas unidas de dos en dos, por largos lazos de cintas emprendian el vuelo y se alejaban.

En aquel momento la orquesta dejaba oir una hermosa barcarola muy en boga, entonces en Venecia, la que fué cantada por el mísmo coro y con igual corrección que el primer canto.

En el gran salon de recepción donde en aquella noche debía celebrarse un suntuoso baile; en el sitio de preferencia se había formado un docel de damasco blanco con flores de oro y colocado sobre un gran estrado cubierto con un tapiz de la misma tela hallabanse dos sillones de terciopelo blanco, destinados al Dux y á su esposa.

Otros muchos festejos tuvieron lugar en aquel día, después del banquete que se prolongó hasta las 2 de la tarde y al cual asistieron mas de quinientas personas.

Llegó la noche, una noche serena y hermosa!

El Dux y su cortejo acababan de penetrar en el salon profusamente iluminado.

En el centro había sido colocada el arpa de Valentina y ésta sentada ante el precíoso instrumento, con maestría y sentimiento ejecutaba un variado repertorio. Enriqueta se hallaba á su lado bella como siempre, envuelta en una larga túnica azul celeste con gruesos broches de plata y perlas y una sarta de estas hermosas piedras estaba colocada á la griega en sus negrisimos cabellos.

De pronto una melodía dulcisima se dejó oir al mismo tiempo que poblaban los ambitos del castillo, el eco de una voz de suave y delicada armonía.

Era Enriqueta que cantaba.

Aurora sentada al lado de su esposo, no cesaba de contemplar á su hija; tan bella y hechicera estaba aquella noche, y escuchaba con embeleso la purisima voz de la joven.

—Señor, dijo repentinamente no recordaís á aquel joven marino el conde de Miramar?

—Sí lo recuerdo y aunque poco le traté, pude apreciar sus bellas prendas.

¿Pero por que os habeis acordado ahora de él?

—Porque el conde amaba á Enriqueta y yo me opuse á esos amores. Y sí el la amara aún, sería para mí una gran satisfacción, hacer la felicidad de ambos, uniéndolos en matrimonio.

—¿Esta él aquí?

—No he tenido aun ocasión de interrogar á mi hija al respeto pero no dejaré de hacerlo esta misma noche.

Esta conversación tenía lugar, después de haber cesado el canto, de Enriqueta y mientras ella se hallaba rodeada de nobles y bizarros caballeros, que se disputaban el honor de cumplimentarla por su poderosa y dulce voz.

!Cuanto hubiera dado ella por que todos aquellos que le prodigaban alabanzas y galanteos, se hubieran convertido en uno solo, en aquel que ocupaba día y noche su pensamiento, en su adorado Edmundo¡

Después de haber bailado algunas piezas que le fué imposible rehusar y logrando con cualquíer pretesto

salir del salon se refugió en una estrecha galeria situada á un costado de aquel. Una ancha balaustrada de mármol formaba pequeños balcones que caián al jardin.

Allí podía estar algunos momentos, completamente sola, entregada á sus dulces pensamientos.

Pronto debía llegar su amado, pues solo había ido hasta Liorna á esperar allí á la condesa, que acudía á su llamado, para estar presente en la boda de su hijo.

El ruido producido entre las ramas de un arbusto que crecía junto á la balaustrada, hizo volver la cabeza á la joven, que con indecible sorpresa vió á un hombre que se acercaba al sitió donde ella estaba.

Aquel hombre era Edmundo.

—Edmundo. que susto me has dado.

¿Cuando llegasteis?

—Hará dos horas. Dos horas vida mía, y hace un momento, he tenido la dicha de escuchar tu melodioso canto. ¡Oh Enriqueta! nunca te oí cantar de un modo tan sublime, como lo has hecho esta noche ¿puedo saber por que?

—Pués, sencillamente, porque pensaba en tí.

El conde juzgó que aquellas palabras no podian ser oidas de lejos y con su asombrosa agilidad de marino, tomándose de los pilares del balcon trepóse hasta donde ella estaba y empezaron allí un animado coloquío, del que solo pudieron oirse, estas palabras: ya estoy cansado de tan larga espera y quiero que seas mí esposa, lo más á fin de esta semana.

—Y yo tambien lo quiero así, hijos míos; dijo una voz detras de la joven.

Fué tan grande el estupor que ellos esperimentaron, que no hicieron el menor movimiento ni pronunciaron palabra, sorprendidos por la presencia de Aurora, pués ella era la que estaba allí y habia oido las ultimas palabras del marino.

—Nada temas hija querida, pués ya sabes qne la madre que tuviste hace mucho que ha dejado de existir.

La que hoy se enorgullece, con darte el nombre de hija, no tiene más anhelo que complacerte y verte feliz. Y vos Edmundo, recibíd la mano de esta criatura

que hoy lo es todo para mí y que os la doy convencida de que pongo en buenas manos su porvenir y su dicha.

....

....

....

Aurora había visto salir á su hija, mas creyó que volvería presto. Viendo que no sucedía asi, fuése en su busca temiendo que se sentiera mala.

Al pasar por delante de la puerta oyó la voz de Enriqueta y la de un hombre. Inmediatamente se le ocurrió que aquel podía ser Edmundo; abrió la puerta y entró en la galería. Luegó ya hemos oido sus palabras.

Aurora y Enriqueta penetraron nuevamente en el salon, mientras el conde iba á cambiar su traje de viaje por uno de ceremonía y á conducir á su madre al salon.

Aurora presentó oficialmente al joven como futuro esposo de su hija. El Dux fué muy amable con la noble dama española; hablaron largo rato de su hermosa patria y del valor que habian demostrado sus heroicos hijos, durante la cruda guerra que sostuvieron para librarla de sus opresores.

Recién entonces pudo considerarse Enriqueta completamente feliz teniendo á su lado á los seres que más amaba su corazón.

El velo del olvido, había envuelto entre sus pliegues el triste pasado de Aurora y los sufrimientos que ella ocasionara á todos aquellos seres que tanto amó después.

El baile se prolongó hasta que las primeras claridades del día vinieron á anunciar la mañana.

La mayor parte de los invitados debian permanecer en el castillo hasta la celebración de la boda de Enriqueta, que debía tener lugar de alli á tres dias.

El Dux pidió ser padrino de los jóvenes prometidos, lo que considerado como un honor, fué aceptado con júbilo.

CAPITULO XI

Las Nupcias

Antes de celebrarse estas, Aurora, Valentina y Enriqueta, fueron á hacer una visita á la bondadosa hermana Margarita.

Recibiólas esta con una alegría tan intensa, que conmovió á las tres intimamente.

—Ahora ya sabeis dijo dirigiéndose á Aurora; cuán amarga es la fruta de la discordia, procurad, siempre mantener la paz en vuestro hogar, allí donde siempre que sepaís buscarlas, hallareis las más santas alegrias y los más puros placeres.

Reinad en el, querida mía, por la dulzura y el amor y aunque en el mundo halleis muchos sinsabores recordad que más fácilmente y con mayores méritos se vá al cielo, por un camino de espinas, que por uno de rosas.

Cuando regresaron al castillo después de aquella visita, esperaba á Enriqueta una gratísima sorpresa. Belisa su vieja nodriza, la que durante tantos años le había servido de madre: la única compañera de sus días más aciagos, estaba en el castillo.

Aurora, recordando cuán fielmente había querido la buena mujer á su hija y lo mucho que había llorado su muerte, había enviado á buscarla.

Cuando Leonor le refirió cuanto ya saben mis lectores y como la que ella creía muerta estaba sana y buena, la alegría de aquella excelente mujer, no tuvo límites y llorando y riendo quitóse con presteza el traje de luto que vestía desde la desaparición de "su amada pequeña" como ella la llamaba.

En cuanto vió á Enriqueta, no pudo contenerse y corriendo hacia ella, la estrechó en sus brazos y rompió á llorar. ¡Oh, hija mía, hija mía exclamó, no me separeis más de vuestro lado, tened piedad de mí, que tanto os he amado y os amo!

—Nó, mi buena Belisa, no te separarás de mí y si al fin del mundo voy. irás conmigo.

Así logró consolarla Enriqueta y llena de gratitud y cariño hacia su fiel nodriza, dió las gracias á su madre por aquella alegría que le había proporcionado.

Llegó por fin el anhelado día. La magnífica capilla del castillo primorosamente adornada con profusión de fragantes y variadas flores é infinidad de luces, presentaba un aspecto encantador, con sus grandes y ricos cortinados de terciopelo carmesí con flecos y galones de oro.

La portada principal estaba abierta de par en par y allá sobre el iluminado altar destacábase la dulce imagen de María Inmaculada, con una larga vestidura blanca y manto color celeste bordado de perlas.

En la hermosa cabeza de la imagen irradiaba una aureola de oro salpicada de diamantes, que lanzaban mil fulgidos reflejos á la pálida luz de los cirios.

El camino que debían recorrer los prometidos esposos, estaba todo alfombrado de terciopelo blanco y sembrado de pétalos de rosa.

Al sonar la primera campanada de las diez, aparecieron ambos jóvenes al extremo de la galería que conducía á la capilla.

Venía Enriqueta, envuelta en una larga túnica de tela tejida con hilos de plata y coronada de mirtos; cubríala de piés á cabeza un albo velo de candia, sostenido en la cabeza por un broche de plata y perlas.

Aquel bello semblante pálido y conmovido, envuelto entre los pliegues del velo, hubiera dado envidia al hada más hermosa.

La joven iba apoyada en la mano de su prometido.

Llevaba éste un traje blanco bordado de oro, el paliti abierto por delante, dejaba ver la pechera de encajes con botonadura de brillantes, calzón á la rodilla, sujeto allí con un broche de oro; gorro con gran plumage cayendo sobre sus dorados rizos y contorno de piel de armiño, completaba el atavio del apuesto y hermoso doncel.

Todos cuantos vieron aquel día la gentil pareja, quedaron admirados y jamás pudieron olvidarla.

Seguian á los novios sus padrinos el Dux y Aurora y numeroso cortejo.

Al pisar los jóvenes el umbral de la capilla, el órgano dejó oir sus dulces notas y una nube de incienso envolvió el altar y sus luces.

El Padre Angelino, que debía bendecir la unión, esperábales sonriendo dulcemente, con su venerable cabeza coronada de blancos cabellos y envuelto en el humo del incienso.

Delante del altar se habían colocado dos cogines blancos adornados con guirnaldas de azucenas y albos lirios.

Un coro de veinte niñas pobres del ducado, cantaron la solemne misa que todos los desposados oían en aquellos tiempos.

Todo aquel día fué de regocijo y espléndidas fiestas. El conde y su encantadora esposa partieron aquella tarde para Liorna donde les esperaba la "Reina del mar" que los conduciría á España.

Pasarían su luna de miel en el castillo de "Miramar" situado á algunas leguas de la ciudad de Granada, en la bella y pintoresca Andalucía.

Aurora no podía acostumbrarse á aquella separación, pareciéndole que volvía á perder á su hija al alejarse esta de su lado, pero queriendo mostrarse valerosa y abnegada, supo dominar su profunda pena para no perturbar la dicha de aquella que tanto había sufrido por su causa. Además causábale algún consuelo la idea de que aquella separación sería momentánea, pués sus hijos habíanle prometido pasar seis meses del año á su lado y seis con la condesa.

Al dia siguiente de la partida del conde y la condesita de Miramar; el Dux y su esposa, emprendieron su viaje de regreso á Venecia.

El Dux nunca amó tanto á su esposa, como en aquella época; y en cuanto á ella, correspondió sinceramente á aquel afecto que tanto necesitaba, para olvidar sus pasados sinsabores.

Aurora volvió á habitar aquel palacio ducal, que tan-

tos y tan tristes recuerdos tenía para ella; y donde tantas lágrimas había derramado.

Pero en aquel entonces, su mente estaba ocupada con otras ideas y el ejemplo que habia tenido ante sí durante su permanencia en "Los Manantiales", elevó su alma, dignificó sus sentimientos, experimentando el irresistible deseo de hacer el bien, allí en la gran ciudad, donde tantas ocasiones tendría de ejercer la caridad.

Y así como antes, el pobre, el enfermo, el desvalido causábanle repugnancia y desprecio; desde su vuelta á la vida cristiana fueron sus protegídos y su consuelo y fué bendecida, desde el más humilde albergue del menesroso, hasta la opulenta mansión de sus nobles amigas.

Frecuentemente recibía Aurora noticias de su hija y de "Los Manantiales" y era un gran placer para ella, dedicar algunas horas á hablar por carta, con sus hijos é hijastros.

CAPITULO XII

Conclusión

El castillo de "Los Manantiales" tenía muy gratos recuerdos para las personas que figuraran en esta narración.

Todos los años al cumplirse el aniversario en que madre é hija, esposo y esposa, se reconciliaron allí, se trasladaban al castillo, el Dux y Aurora y los condes de Miramar celebrándose grandes fiestas.

El primer aniversario de su matrimonio, Edmundo y Enriqueta traían á su primer hijo, un hermoso angelito de negros ojos y rubios cabellos, para que fuera bautizado en la misma capilla donde sus padres se habían unido en matrimonio. . . . .
. . . .

Solo me resta decir que Aurora y el Dux fueron tan felices como desgraciados habían sido á causa de sus errores.

En el pintoresco castillo de Miramar, Edmundo y su adorable esposa, ocultaban su felicidad completa.

¿Qué puede decirse de ellos? jóvenes, buenos y amándose síncera y profundamente fué su vida un dilatado sendero de flores, por el cual ellos avanzaban siempre contentos confiando en Dios en todos los trances de la vida, y prestándose mútuamente el apoyo que el uno ú el otro necesitaba.

Cuando la descarnada mano de la muerte se posó sobre la frente de la anciana condesa, sus hijos sanos y hermosos mitigaron en lo posible el dolor que esta desgracia les produjo.

Rafael y Valentina, fueron siempre dos buenos y cariñosos esposos. Sus hijos crecieron junto á ellos, fueron buenos y virtuosos, pues nada hay más eficaz para formar el corazón del niño, que el ejemplo recibido en el hogar.

¿Hay acaso nada más eternamente grabado en nues tra mente, que el recuerdo de una santa madre, que co mano firme y cariñosa nos enseña con infinito amor, ser buenos cristianos, mujeres de su casa, dignos espc sos y madres cuidadosas del porvenir de sus hijas Mientras el padre culto, instruido y digno, les propor ciona aquella sana y durable enseñanza destinada á vi vir perfectamente en el corazón del hombre. Es ciert que á veces los padres, no ven coronados por el éxit sus esfuerzos, pero no es, no, porque no hayan sabido guiar á sus hijos, sino porque desgraciadamente, no todos los corazones son sensibles á los buenos ejemplos, ni tienen el culto por lo aprendido en el hogar. Es por esto que la misión de los que dieron el ser es la más difícil, pero también, la más noble y augusta de cuant existen.

¡Padre! ¡Madre!

Hermosa y sólida base sobre la cual Dios ha coloca el mundo.



Imprenta de M. BIEDMA É HIJO, Bolívar 535